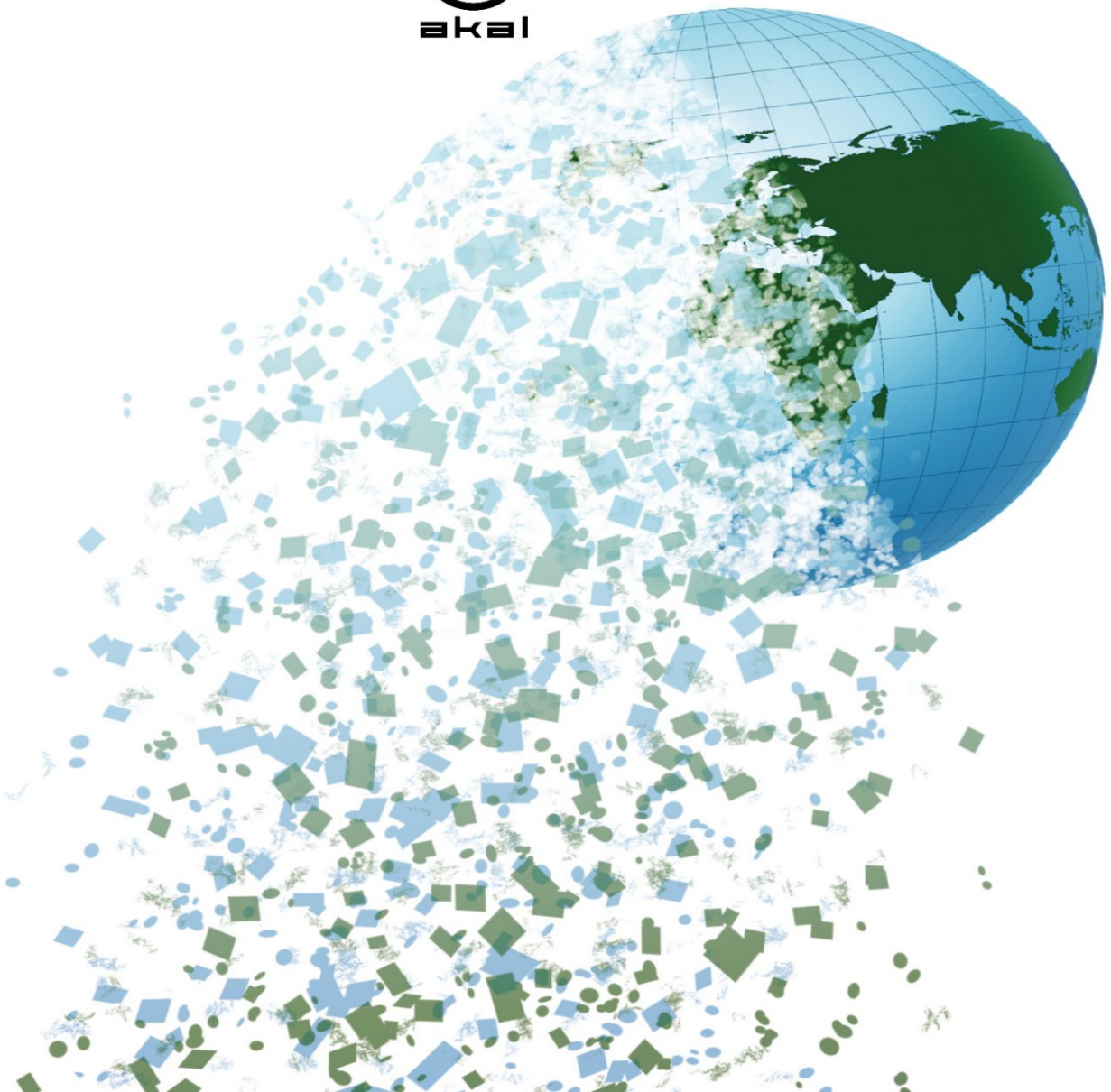
EMMANUEL TODD

LA DERROTA DE OCCIDENTE

A FONDO

akal



Akal / A Fondo

Emmanuel Todd
con la colaboración de Baptiste Touverey

La derrota de Occidente

Traducción: José Weissdorn

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

La implosión de la URSS volvió a poner la historia en movimiento. Sumió a Rusia en una violenta crisis, pero, sobre todo, creó un vacío mundial que absorbió a Estados Unidos, también en crisis desde 1980. Se desencadenó entonces un movimiento paradójico: la expansión conquistadora de un Occidente que se marchitaba. La desaparición del protestantismo condujo a Estados Unidos, por etapas, del neoliberalismo al nihilismo, y a Gran Bretaña, de la financiarización a la pérdida del sentido del humor. Mientras tanto, el estado cero de la religión conducía a la Unión Europea al declive, a pesar de que Alemania estaba a punto de resurgir.
Entre 2016 y 2022, el nihilismo occidental se fusionó con el ucraniano, nacido de la descomposición de la esfera soviética. Juntos, la OTAN y Ucrania se enfrentaron a una Rusia estabilizada, de nuevo una gran potencia, ahora conservadora, tranquilizadora para el resto del mundo que no quiere seguir a Occidente en su senda suicida. Los dirigentes rusos han decidido tomar partido: han desafiado a la OTAN y han invadido Ucrania.
Recurriendo a la economía crítica, la sociología religiosa y la antropología, Emmanuel Todd nos lleva a recorrer el mundo real, de Rusia a Ucrania, de las antiguas democracias populares a Alemania, de Gran Bretaña a Escandinavia y a Estados Unidos, sin olvidar al resto de países, cuya elección decidirá, si no lo ha hecho ya, no sólo el resultado de la guerra, sino el mundo por venir.

Emmanuel Todd, antropólogo, historiador y ensayista, es autor de numerosas publicaciones, entre las que cabe destacar el premonitorio *La chute finale,* que, ya en 1976, anunciaba el hundimiento del sistema soviético. En Akal ha publicado *Después del Imperio* y *Después de la democracia.* Sus análisis, siempre pertinentes y rigurosos, aportan puntos de vista realmente novedosos que, como ha demostrado el posterior transcurso de los hechos, acaban confirmándose como realidad.

Diseño de portada
RAG
Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
La Défaite de l'Occident
© Éditions Gallimard, París, 2024
© Ediciones Akal, S. A., 2024
para lengua española
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5558-7

Para Georges

Seguros de conocer de antemano el secreto de la aventura inconclusa, contemplan la confusión de los acontecimientos de ayer y de hoy con la pretensión del juez que domina los conflictos y distribuye soberano alabanzas y culpas. La existencia histórica, cuando se vive con autenticidad, enfrenta a individuos, grupos y naciones a la defensa de intereses o ideas incompatibles.

Ni el contemporáneo ni el historiador están en condiciones de dar la razón o no, sin matices, a ninguna de las partes. No es que ignoremos el bien y el mal, sino que ignoramos el futuro, y toda causa histórica acarrea injusticias.

RAYMOND ARON,

El opio de los intelectuales,

capítulo V: «El sentido de la historia»

Hier stehe ich, ich kann nicht anders.
(Aquí estoy, no puedo hacer otra cosa.)

MARTÍN LUTERO

a la Dieta de Worms, abril de 1521

INTRODUCCIÓN

LAS DIEZ SORPRESAS DE LA GUERRA

El 24 de febrero de 2022, Vladimir Putin apareció en las pantallas de televisión de todo el mundo. Anunció la entrada de tropas rusas en Ucrania. En lo fundamental, su discurso no se refería a Ucrania o al derecho a la autodeterminación de la población del Donbass. Era un desafío a la OTAN. Putin explicó por qué no quería que Rusia fuera cogida por sorpresa, como en 1941, alargando en exceso la espera del inevitable ataque: «La continua expansión de las infraestructuras de la Alianza del Atlántico Norte y el equipamento militar del territorio de Ucrania son inaceptables para nosotros». Se había cruzado una «línea roja»; no era cuestión de dejar que se desarrollase una «anti-Rusia» en Ucrania; era una acción, insistió, de autodefensa.

Este discurso, en el que afirmaba la validez histórica y, por así decirlo, jurídica de su decisión, revelaba, con cruel realismo, una relación técnica de fuerzas a su favor. Si había llegado el momento de que Rusia actuara, era porque la posesión de misiles hipersónicos le otorgaba una superioridad en el plano estratégico. El discurso de Putin, muy bien construido y muy sereno, aunque delatara cierta emoción, era perfectamente claro y, aunque no había motivos para ceder, merecía ser discutido. Sin embargo, lo que se impuso inmediatamente fue la visión de un Putin incomprensible y de unos rusos incomprensibles, sumisos o estúpidos. Lo que siguió fue una falta de debate que ha desacreditado a la democracia occidental: total en dos países, Francia y Reino Unido, relativa en Alemania y Estados Unidos.

Como la mayoría de las guerras, especialmente las mundiales, esta no ha salido según lo previsto; nos ha deparado muchas sorpresas. Voy a enumerar diez de las principales.

La primera fue la irrupción de la guerra en Europa, una guerra real entre dos Estados, un acontecimiento increíble en un continente que se creía instalado en la paz perpetua.

La segunda son los dos adversarios implicados en este conflicto: Estados Unidos y Rusia. Durante más de una década, el primero había identificado a China como su principal enemigo. En Washington, la hostilidad hacia China atravesaba todo el espectro político y era probablemente el único punto en el que republicanos y demócratas habían logrado ponerse de acuerdo en los últimos años. Ahora, a través de los ucranianos, asistimos a un enfrentamiento entre Estados Unidos y Rusia.

Tercera sorpresa: la resistencia militar de Ucrania. Todo el mundo esperaba que fuera rápidamente aplastada. Tras haberse formado una imagen infantil y exagerada de un Putin demoníaco, muchos occidentales se negaron a ver que Rusia sólo había enviado entre 100.000 y 120.000 soldados a Ucrania, un país de 603.700 km^2. A modo de comparación, en 1968, la URSS y sus satélites del Pacto de Varsovia habían enviado 500.000 soldados para invadir Checoslovaquia, un país de 127.900 km^2.

Pero los más sorprendidos fueron los propios rusos. En sus mentes, como en las de la mayoría de los occidentales informados y, de hecho, en la realidad, Ucrania era lo que técnicamente se conoce como un *failed state,* un Estado fallido. Desde su independencia en 1991, había perdido unos 11 millones de habitantes debido a la emigración y a la caída de la fecundidad. Estaba dominado por oligarcas; la corrupción alcanzaba niveles demenciales; el país y su gente parecían en venta. En vísperas de la guerra, Ucrania se había convertido en la tierra prometida de los vientres de alquiler baratos.

Cierto era que la OTAN había equipado a Ucrania con misiles antitanque Javelin y que, desde el comienzo de la guerra, había dispuesto de los sistemas de seguimeinto y navegación estadounidenses, pero la feroz resistencia de un país en descomposición plantea un problema histórico. Lo que nadie podía prever era que encontraría en la guerra una razón para vivir, una justificación para su propia existencia.

La cuarta sorpresa fue la resistencia económica de Rusia. Nos habían dicho que las sanciones, en particular la exclusión de los bancos rusos del sistema de intercambio interbancario Swift, pondrían al país de rodillas. Pero si algunas mentes curiosas de

nuestro personal político y periodístico se hubieran tomado la molestia de leer el libro de David Teurtrie *Russia. Le retour de la puissance,* publicado unos meses antes de la guerra, nos habríamos ahorrado esta ridícula fe en nuestra omnipotencia financiera[1]. Teurtrie demuestra que los rusos se habían adaptado a las sanciones de 2014 y que se habían preparado para ser autónomos en los ámbitos informático y bancario. En dicho libro, descubrimos una Rusia moderna y, muy alejada de la rígida autocracia neoestalinista que la prensa retrata día tras día, capaz de una gran flexibilidad técnica, económica y social; en resumen, un adversario al que hay que tomar en serio.

Quinta sorpresa: el desmoronamiento de toda voluntad europea. Al principio, Europa era la pareja franco-alemana, que, desde la crisis de 2007-2008, había adquirido ciertamente la apariencia de un matrimonio patriarcal, con Alemania en el papel de marido dominante que ya no escuchaba lo que su compañera le decía. Pero, incluso bajo esta hegemonía alemana, se pensaba que Europa conservaba cierta autonomía. A pesar de algunas reticencias iniciales al otro lado del Rin, incluidas las vacilaciones del canciller Scholz, la Unión Europea abandonó muy pronto cualquier atisbo de defender sus propios intereses; se desligó de su socio energético y (más en general) comercial ruso, castigándose cada vez más severamente. Alemania aceptó sin inmutarse el sabotaje de los gasoductos Nord Stream, que garantizaban en parte su abastecimiento energético, un acto terrorista dirigido contra ella tanto como contra Rusia, perpetrado por su «protector» estadounidense, asociado para la ocasión a Noruega, país que no pertenece a la Unión. Alemania incluso ignoró la excelente investigación de Seymour Hersh sobre este increíble acontecimiento, que ponía en tela de juicio al Estado que se presenta como garante indispensable del orden internacional. Pero también hemos visto a la Francia de Emmanuel Macron evaporarse en la escena internacional, mientras que Polonia se ha convertido en el principal agente de Washington en la Unión Europea, tomando el relevo de Reino Unido, que por obra y gracias del Brexit ha quedado fuera de la Unión. En el conjunto del continente, el eje París-Berlín ha sido sustituido por un eje Londres-

Varsovia-Kiev dirigido desde Washington. Esta evanescencia de Europa como actor geopolítico autónomo resulta desconcertante cuando recordamos que, hace apenas veinte años, la oposición conjunta de Alemania y Francia a la guerra de Iraq dio lugar a conferencias de prensa conjuntas del canciller Schröder, el presidente Chirac y el presidente Putin.

La sexta sorpresa de la guerra fue la aparición de Reino Unido como zascandil antirruso y mosca cojonera de la OTAN. Gracias a la difusión de la prensa occidental, su Ministerio de Defensa (MoD) se mostró inmediatamente como uno de los más entusiastas comentaristas del conflicto, hasta el punto de hacer que los neoconservadores estadounidenses parecieran tibios militaristas. Reino Unido quería ser el primero en enviar a Ucrania misiles de largo alcance y carros de combate.

De forma igualmente extraña, este belicismo también afectó a Escandinavia, que durante mucho tiempo había mostrado un temperamento pacífico y más proclive a la neutralidad que al combate. Así que nos encontramos con una séptima sorpresa, también protestante y unida al ardor británico, en el norte de Europa. Noruega y Dinamarca son importantes conectores militares de Estados Unidos, mientras que Finlandia y Suecia, al ingresar en la OTAN, muestran un nuevo interés por la guerra, que veremos preexistía a la invasión rusa de Ucrania.

La octava sorpresa es la más… sorprendente. Vino de Estados Unidos, la potencia militar dominante. Tras ir aumentando poco a poco, la preocupación se manifestó oficialmente en junio de 2023 en numerosos informes y artículos cuya fuente original era el Pentágono: la industria militar estadounidense era insuficiente; la superpotencia mundial era incapaz de garantizar el suministro de proyectiles –o de cualquier otra cosa– a su protegido ucraniano. Algo extraordinario si se tiene en cuenta que, en vísperas de la guerra, el producto interior bruto (PIB) combinado de Rusia y Bielorrusia representaba el 3,3% del PIB occidental (Estados Unidos, Canadá, Europa, Japón, Corea). Este 3,3% que es capaz de producir más armas que el mundo occidental, plantea un doble problema: en primer lugar, para el ejército ucraniano, que está perdiendo la guerra

por falta de recursos materiales, y, segundo, para la ciencia reina de Occidente, la economía política, cuya naturaleza –nos atrevemos a decir– fraudulenta se ha revelado, así, al mundo. El concepto de producto interior bruto está obsoleto, y en adelante tendremos que reflexionar sobre la relación entre la economía política neoliberal y la realidad.

La novena sorpresa es la soledad ideológica de Occidente y su ignorancia de su propio aislamiento. Acostumbrados a establecer los valores que el mundo debe suscribir, los países occidentales esperaban sincera, estúpidamente, que todo el planeta compartiría su indignación ante Rusia. Se sintieron decepcionados. Una vez pasada la conmoción inicial de la guerra, empezó a aparecer en todas partes un apoyo cada vez menos discreto a Rusia. Cabía esperar que China, a la que los estadounidenses han identificado como el siguiente adversario de su lista, no apoyara a la OTAN. Hay que señalar, sin embargo, que los comentaristas de ambos lados del Atlántico, cegados por su narcisismo ideológico, se las han arreglado durante más de un año para considerar seriamente que China podría no apoyar a Rusia. La negativa de India a implicarse fue aún más decepcionante, sin duda porque India es la mayor democracia del mundo, y esto es un poco embarazoso para el bando de las «democracias liberales». Nos tranquilizamos pensando que se debía a que el material militar indio era en gran parte de origen soviético. En el caso de Irán, que rápidamente suministró drones a Rusia, los comentaristas de la actualidad inmediata no supieron apreciar la importancia de este acercamiento. Acostumbrados a meter a estos dos países en el mismo saco, el de las fuerzas del mal, los geopolíticos aficionados de los medios de comunicación y de otras partes habían olvidado lo lejos que estaba de ser evidente su alianza. Históricamente, Irán tenía dos enemigos: Gran Bretaña, sustituida por Estados Unidos tras la caída del Imperio británico, y… Rusia. Este giro debería haber sido una llamada de atención sobre la magnitud de la convulsión geopolítica en curso. Turquía, por su parte, miembro de la OTAN, parece estar cada vez más implicada en una estrecha relación con la Rusia de Putin, una relación que ahora combina, en torno al mar Negro, un genuino entendimiento con la

rivalidad. Visto desde Occidente, la única interpretación era que estos colegas dictadores compartían obviamente aspiraciones comunes. Pero desde que Erdogan fue reelegido democráticamente en mayo de 2023, esta línea se ha vuelto difícil de mantener. De hecho, tras año y medio de guerra, el conjunto del mundo musulmán parece considerar a Rusia más como un socio que como un adversario. Cada vez está más claro que Arabia Saudí y Rusia se consideran socios económicos y no adversarios ideológicos cuando se trata de gestionar la producción y los precios del petróleo. En términos más globales, día tras día, la dinámica económica de la guerra ha aumentado la hostilidad hacia Occidente en el mundo en desarrollo, porque está sufriendo las sanciones.

La décima y última sorpresa está en vías de materializarse. Es la derrota de Occidente. Tal afirmación puede resultar sorprendente cuando la guerra aún no ha terminado. Pero esta derrota es una certeza porque Occidente se está destruyendo a sí mismo más que por un ataque de Rusia.

Ampliemos nuestra perspectiva y escapemos por un momento de la emoción que legítimamente suscita la violencia de la guerra. Estamos en la era de una globalización completa, en los dos sentidos de la palabra: máxima y acabada. Intentemos adoptar una visión geopolítica: en realidad, Rusia no es el principal problema. Demasiado vasta para una población que disminuye, sería incapaz de tomar el control del planeta y no tiene ningún deseo de hacerlo; es una potencia normal cuya evolución no ofrece ningún misterio. Ninguna crisis rusa desestabiliza el equilibrio mundial. Es una crisis occidental, y más concretamente una crisis terminal estadounidense, la que pone en peligro el equilibrio del planeta. Sus ondas más periféricas se han topado con un rompeolas ruso, un Estado-nación clásico y conservador.

* * *

El 3 de marzo de 2022, apenas una semana después del inicio de la guerra, John Mearsheimer, profesor de Geopolítica de la

Universidad de Chicago, presentó un análisis de los acontecimientos en un vídeo que dio la vuelta al mundo. Tenía la interesante particularidad de ser muy compatible con la visión de Vladimir Putin y de aceptar el axioma de un pensamiento ruso inteligente y comprensible. Mearsheimer es lo que en geopolítica se conoce como un «realista», miembro de una escuela de pensamiento que concibe las relaciones internacionales como una combinación de equilibrios de poder egoístas entre Estados-nación. Su análisis puede resumirse así: Rusia lleva muchos años diciéndonos que no toleraría la entrada de Ucrania en la OTAN. Pero Ucrania, el control de cuyo ejército había pasado a manos de asesores militares de la Alianza –estadounidenses, británicos y polacos–, estaba en proceso de convertirse en miembro *de facto* de la organización. Así que los rusos hicieron lo que dijeron que harían: entrar en guerra. En el fondo, lo sorprendente fue nuestra sorpresa.

Mearsheimer añadía que Rusia ganaría la guerra, porque Ucrania era una cuestión existencial para ellos, pero –se daba a entender– no para Estados Unidos; Washington sólo se jugaba unas ganancias marginales, a 8.000 kilómetros de distancia. Y deducía que sería un error alegrarnos de que los rusos se topaban con dificultades militares, ya que estas les llevarían inevitablemente a invertir más en la guerra. Si lo que estaba en juego era existencial para unos pero no para otros, Rusia ganaría.

No podemos sino admirar el coraje intelectual y social de Mearsheimer (es estadounidense). Sin embargo, su interpretación, que es clara y desarrolla una línea de pensamiento que ha expresado en sus libros o cuando la anexión de Crimea en 2014, tiene un fallo importante: sólo nos permite entender el comportamiento de los rusos. Al igual que nuestros exégetas televisivos, que no veían en la actitud de Putin más que locura asesina, Mearsheimer no ve en las acciones de la OTAN –de estadounidenses, británicos y ucranianos– más que irracionalidad e irresponsabilidad. Estoy de acuerdo con él, pero es un poco miope. Todavía tenemos que explicar esta irracionalidad occidental. Y lo que es más grave, no ha comprendido que la actuación militar de Ucrania ha conducido, paradójicamente, a una trampa a Estados

Unidos, que ahora tiene también un problema de supervivencia, mucho más allá de posibles ganancias marginales, una situación peligrosa que le ha llevado a reinvertir constantemente en la guerra. Me recuerda a un jugador de póker al que un amigo le aconseja que suba la apuesta y acaba yendo *all-in* con una pareja de doses. Enfrente tiene a un ajedrecista perplejo pero que gana.

En este libro, obviamente, describiré e intentaré comprender lo que está en juego en Ucrania, y plantearé hipótesis sobre lo que es probable que ocurra no sólo en Europa sino en todo el mundo. Mi objetivo es también desentrañar el misterio fundamental de la incomprensión mutua de los dos protagonistas: por un lado, un bando occidental que piensa que Putin está loco, y Rusia con él; por otro, una Rusia o un Mearsheimer que, en el fondo, piensan que son los occidentales los que están locos.

Putin y Mearsheimer no pertenecen al mismo bando y sin duda les resultaría muy difícil ponerse de acuerdo sobre unos valores comunes. Si sus visiones son, no obstante, compatibles, es porque comparten la misma representación básica de un mundo formado por Estados-nación. Estos Estados-nación, que detentan el monopolio de la violencia legítima a nivel interno, garantizan la paz civil dentro de sus fronteras. Por tanto, podemos hablar de Estados weberianos. Pero, en el plano exterior, como sobreviven en un entorno donde lo único que importa es el equilibrio de poder, estos Estados se comportan como agentes hobbesianos[2].

Lo que mejor define la concepción rusa del Estado-nación es la noción de soberanía, «entendida», dice Tatiana Kastouéva-Jean, «como la capacidad del Estado para definir su política interior y exterior de forma independiente, sin ninguna interferencia o influencia externas»[3]. Esta noción «ha adquirido un valor particular bajo las sucesivas presidencias de Vladimir Putin». Se menciona «en numerosos documentos oficiales y discursos como el bien más preciado que posee un país, sea cual sea su régimen u orientación políticos». Es «un bien escaso del que sólo disponen unos pocos Estados, entre los que destacan Estados Unidos, China y la propia Rusia. Por contra, los escritos y discursos más oficiales se refieren despectivamente a la "vasallización" de los países de la

Unión Europea respecto a Washington o califican a Ucrania de "protectorado" estadounidense».

En *The Great Delusion,* publicado en 2018, Mearsheimer también piensa en términos de Estados-nación y soberanía. Para él, el Estado-nación no es sólo el Estado o la nación descrita en abstracto[4]. Es un Estado y una nación, cierto, pero enraizados en una cultura y poseedores de unos valores compartidos. Esta visión, que es tradicional en su conjunto y que tiene en cuenta el espesor antropológico e histórico del mundo, se presenta en este libro, estaríamos tentados de decir, de un modo axiomático.

La característica de un axioma, o postulado, es que de él pueden deducirse teoremas, pero que él mismo no puede demostrarse. Sin embargo, es tan plausible que puede darse por supuesto. Por ejemplo, el quinto teorema de Euclides: por un punto dado sólo puede pasar una paralela a una recta dada. No es demostrable y las matemáticas poseuclidianas, con Riemann y Lobachevsky, partieron de un axioma diferente. Pero, de todos modos, para el sentido común, el quinto teorema de Euclides resulta muy convincente. Asimismo, afirmar que existen Estados-nación arraigados en culturas diversas es un axioma que, aunque se repita de forma un tanto dogmática como hace Mearsheimer, tiene un alto grado de verosimilitud. Al fin y al cabo, el mundo surgido de las grandes oleadas de descolonización de la segunda mitad del siglo XX se organiza en Estados que no podían imaginar otra cosa que no fuese tratar de llegar a ser naciones. No hay más que ver la composición de la ONU para convencerse.

Este axioma plantea un problema: ciega a Mearsheimer igual que ciega a los rusos; los coloca, frente a los gobiernos occidentales, en una posición de incomprensión simétrica a la de Occidente respecto a Rusia. En su discurso sobre la guerra del 24 de febrero de 2022, Putin calificó a Estados Unidos y a sus aliados de «imperio de la mentira», un término alejado del realismo estratégico y que evoca a un adversario perdido en un estado psicológico mal definido. En cuanto a Mearsheimer, recordemos que su libro se titula *The Great Delusion.* Más fuerte que ilusión, quimera, *delusion* remite eventualmente a la psicosis o la neurosis. El subtítulo del libro es

Liberal Dreams and Intenational Realities (Sueños liberales y realidades internacionales). El proyecto estadounidense de expansión «liberal» se presenta como un sueño y, frente a este sueño, hay una realidad de la que Mearsheimer sería el apoderado. Trata a los neoconservadores que han llegado a dominar el *establishment* geopolítico estadounidense como nosotros tratamos a Putin: los psiquiatriza.

Lo que Putin, un profesional de las relaciones internacionales, intuye en su expresión «imperio de la mentira», pero sin llegar a definirlo del todo, y lo que Mearsheimer, un teórico de las relaciones internacionales, se niega rotundamente a ver, es una verdad muy simple: en Occidente, el Estado-nación ya no existe.

En este libro, propongo una interpretación, por así decir, pos-euclidiana de la geopolítica mundial. No dará por sentado el axioma de un mundo de Estados-nación. Al contrario, partiendo de la hipótesis de su desaparición en Occidente, hará comprensible el comportamiento de los occidentales.

* * *

El concepto de Estado-nación presupone que los distintos estratos de la población de un territorio pertenecen a una cultura común, dentro de un sistema político que puede ser democrático, oligárquico, autoritario o totalitario. Para ser aplicable, también requiere que el territorio en cuestión disfrute de un grado mínimo de autonomía económica; esta autonomía no excluye, por supuesto, los intercambios comerciales, pero estos deben ser, a medio o largo plazo, más o menos equilibrados. Un déficit sistemático deja obsoleto el concepto de Estado-nación, ya que la entidad territorial en cuestión sólo puede sobrevivir por la percepción de un tributo o una prebenda del exterior, sin contrapartida. Este criterio por sí solo nos permite afirmar, incluso antes del análisis en profundidad de los capítulos 4 a 10, que Francia, Reino Unido y Estados Unidos, cuyo comercio exterior nunca está equilibrado sino que siempre es deficitario, ya no son plenamente Estados-nación.

Un Estado-nación que funcione de manera correcta presupone también una estructura de clases específica, con las clases medias como centro de gravedad, y, por tanto, algo más que un buen entendimiento entre la elite dirigente y las masas. Seamos aún más concretos y situemos los grupos sociales en el espacio geográfico. En la historia de las sociedades humanas, las clases medias forman, con otros grupos, una red urbana. Es gracias a una jerarquía urbana concreta, poblada por una clase media culta y diferenciada, que puede surgir el Estado, el sistema nervioso de la nación. Veremos hasta qué punto el desarrollo tardío, malparado, trágico de las clases medias urbanas en Europa del Este es un factor explicativo crucial de su historia hasta la guerra de Ucrania. También veremos cómo la destrucción de las clases medias ha contribuido a la desintegración del Estado-nación estadounidense.

La idea de un Estado-nación que sólo puede funcionar gracias a unas clases medias fuertes que rieguen y nutran al Estado recuerda mucho a la ciudad equilibrada de Aristóteles. Así habla Aristóteles de las clases medias en su *Política:*

> El legislador debe siempre contar con las clases medias en la constitución: si establece leyes oligárquicas es necesario que tenga presente a la clase media y si la legislación es democrática, atraerse a esta con las leyes. Pero donde la clase media aventaja en número a los dos extremos o bien a uno sólo, ahí es posible que la constitución tenga estabilidad. No se ha de temer que los ricos se pongan de acuerdo con los pobres para ir contra la clase media, porque jamás unos querrían estar sometidos a los otros, y aunque pretendiesen buscar una constitución que sirviese para ambos no encontrarán otra que no sea esta, pues a causa de su mutua desconfianza no aceptarían gobernar por turno. En todas partes el árbitro es el que goza de mayor crédito y el árbitro aquí es la clase media[5].

Prosigamos, sin aspirar a ser originales, con nuestro inventario de los conceptos cuya articulación permite la existencia misma del Estado-nación. Sin conciencia nacional, por definición, no hay Estado-nación, pero aquí estamos rozando la tautología.

En el caso de la Unión Europea, ir más allá de la nación es bastante fácil de aceptar porque está en el corazón mismo del

proyecto, aun cuando la forma que ha adquirido no sea la que se había previsto. Lo curioso es la pretensión de las elites europeas de permitir que la superación de la nación coexista con su persistencia. En el caso de Estados Unidos, no hay planes oficiales para dicha superación. Sin embargo, como veremos, el sistema estadounidense, aunque haya logrado subyugar a Europa, padece espontáneamente el mismo mal que esta última: la desaparición de una cultura nacional compartida por las masas y las clases dirigentes. La implosión por fases de la cultura WASP –blanca, anglosajona y protestante– desde los años 60 ha creado un imperio desprovisto de centro y de proyecto, una organización esencialmente militar dirigida por un grupo sin cultura (en el sentido antropológico) cuyos únicos valores fundamentales son el poder y la violencia. A este grupo se le suele denominar «neocon». Es bastante reducido, pero se mueve en el seno de una clase alta atomizada y anómica, y tiene una gran capacidad para causar daños geopolíticos e históricos.

La evolución social de los países occidentales ha provocado una difícil relación entre las elites y la realidad. Pero no podemos limitarnos a calificar los actos «posnacionales» de locos o incomprensibles; estos fenómenos tienen una lógica. Es otro mundo, un nuevo espacio mental que debemos definir, estudiar y comprender.

Volvamos a Mearsheimer y a su trascendental vídeo del 3 de marzo de 2022. En él, decía, vaticinaba una victoria inevitable de los rusos porque, a sus ojos, la cuestión ucraniana para ellos es existencial, mientras que no lo sería para Estados Unidos. Pero si desechamos la idea de que Estados Unidos es un Estado-nación y aceptamos que el sistema estadounidense se ha convertido en algo totalmente distinto; que el nivel de vida estadounidense depende de unas importaciones que las exportaciones ya no cubren; que Estados Unidos ya no tiene una clase dirigente nacional en el sentido clásico; que ya ni siquiera tiene una cultura central bien definida, sino que subsiste con una gigantesca maquinaria estatal y militar, se pueden concebir otros desenlaces que el simple repliegue de un Estado-nación que, tras sus retiradas de Vietnam, Iraq y Afganistán, asumiría una enésima derrota en Ucrania, encarnada en los

ucranianos.

¿Debería considerarse a Estados Unidos un Estado imperial en lugar de un Estado-nación? Muchos lo han hecho. Los propios rusos no son ajenos a ello. Lo que ellos llaman el «Occidente colectivo», en el que los europeos son meros vasallos, es una especie de sistema imperial pluralista. Pero utilizar el concepto de imperio exige el cumplimiento de ciertos criterios: un centro dominante y una periferia dominada. Se supone, además, que ese centro tiene una cultura común a las elites y una vida intelectual razonable. Como veremos, este ya no es el caso de Estados Unidos.

¿Un Estado *bajoimperial,* entonces? El paralelismo entre Estados Unidos y la Roma de la Antigüedad es atractivo. En *Après l'empire,* señalé que Roma, al hacerse con el control de toda la cuenca mediterránea e improvisar una especie de primera *globalización,* también había acabado con su clase media[6]. La afluencia masiva de trigo, productos manufacturados y esclavos a la península itálica había destruido el campesinado y la artesanía, de un modo no muy distinto a como la clase obrera estadounidense ha sucumbido a la llegada de productos chinos. En ambos casos, exagerando un poco, surgió una sociedad polarizada en una plebe económicamente inútil y una plutocracia depredadora. El camino hacia una larga decadencia estaba ya trazado y, a pesar de algunos sobresaltos, era inevitable.

Sin embargo, el término *Imperio tardío* o *Bajo Imperio* resulta insatisfactorio debido a la novedad de muchos de los elementos actuales: la existencia de internet, la velocidad de los cambios (sin parangón) y la presencia en torno a Estados Unidos de unas naciones gigantescas como son Rusia y China (el Imperio romano no tenía vecinos comparables; dejando al margen la lejana Persia, estaba, por así decirlo, prácticamente solo en su mundo). Por último, una diferencia fundamental: el Bajo Imperio romano asistió a la instauración del cristianismo. Ahora bien, una de las características esenciales de nuestra época es la completa desaparición del sustrato cristiano, fenómeno histórico crucial que explica precisamente la pulverización de las clases dirigentes norteamericanas. Volveremos sobre ello largo y tendido: el protestantismo, que en gran medida

dio a Occidente su fuerza económica, ha muerto. Fenómeno tan masivo como invisible, incluso vertiginoso si se piensa un poco, veremos que es una de las claves, si no *la* clave explicativa decisiva, de las actuales turbulencias mundiales.

Volviendo a nuestro intento de clasificación, estaría tentado de hablar, en lo que respecta a Estados Unidos y sus anexos, de Estado *posimperial:* si Estados Unidos conserva la maquinaria militar del imperio, ya no cuenta en su núcleo con una cultura que muestre inteligencia, razón por la cual en la práctica lleva a cabo acciones irreflexivas y contradictorias como la expansión diplomática y militar en un momento de contracción masiva de su base industrial, teniendo en cuenta que «guerra moderna sin industria» es un oxímoron.

Llevo observando la evolución de Estados Unidos desde 2002 (año de publicación de *Après l'empire*). En aquel momento, esperaba que retornara a una forma de Estado-nación gigante, lo que fue en su fase imperial positiva de 1945-1990, frente a la URSS. Hoy, tras constatar la muerte de protestantismo, tengo que admitir que este renacer es imposible, lo que en el fondo no hace sino confirmar un fenómeno histórico bastante general: el carácter irreversible de la mayoría de los procesos fundamentales. Este principio se aplica, en este caso, a varios ámbitos esenciales: a la secuencia «fase nacional, luego imperial, luego posimperial»; a la extinción religiosa, que ha acabado por conducir a la desaparición de la moralidad social y del sentimiento colectivo; a un proceso de expansión geográfica centrífuga combinado con una desintegración del núcleo original del sistema. El aumento de la mortalidad estadounidense, concretamente en los estados del interior republicano o trumpista, al tiempo que cientos de miles de millones de dólares fluyen hacia Kiev, es característico de este proceso.

En *La Chute finale* (1976) y *Après l'empire* (2002) (dos libros que especulaban sobre futuros colapsos sistémicos), había utilizado representaciones «racionalizadoras» de la historia humana y de la actividad estatal[7]. En *Après l'empire,* por ejemplo, interpreté la agitación diplomática y militar de Estados Unidos como «micromilitarismo teatral», una postura diseñada para dar, a un

coste razonable, la impresión de que seguía siendo indispensable para el mundo tras la caída de la Unión Soviética. Básicamente, se trataba de asumir un objetivo racional de poder. En este libro conservaré, por supuesto, los elementos de la geopolítica clásica: nivel de vida, fuerza del dólar, mecanismos de explotación, relaciones objetivas de poder militar, un universo más o menos racional en apariencia. La cuestión del nivel de vida estadounidense y del riesgo que correría en caso de colapso sistémico estará muy presente. Pero abandonaré la hipótesis exclusiva de una razón razonable y propondré una visión más amplia de la geopolítica y de la historia, que integre mejor lo que hay de absolutamente irracional en el hombre, en particular sus necesidades espirituales.

Por ello, los capítulos que siguen tratarán también de la matriz religiosa de las sociedades, de las soluciones que el ser humano ha intentado encontrar al misterio de su condición y a su naturaleza difícil de aceptar, y de las tribulaciones que puede causar la desintegración terminal de la matriz religiosa cristiana en Occidente, en particular de la variante protestante. No todo sobre sus efectos se presentará como negativo, y este libro no es radicalmente pesimista. Pero veremos el surgimiento de un «nihilismo» que nos ocupará mucho. Lo que llamaré el «estado religioso cero» producirá en algunos casos, los peores, una deificación del vacío.

Utilizaré la palabra *nihilismo* en un sentido que no es necesariamente el más común y que recuerda más –no por casualidad– al nihilismo ruso del siglo XIX. Es sobre una base nihilista que Estados Unidos y Ucrania han unido sus fuerzas, aun cuando estos dos nihilismos sean de hecho el resultado de dinámicas bastante diferentes. El nihilismo, tal como yo lo entiendo, tiene dos dimensiones fundamentales. La más visible es la física: una pulsión destructiva de cosas y personas, una noción que a veces resulta muy útil a la hora de estudiar la guerra. La segunda dimensión es conceptual, pero no menos esencial, sobre todo cuando consideramos el destino de las sociedades y la reversibilidad o no de su decadencia: el nihilismo tiende irresistiblemente a destruir la noción misma de verdad, a prohibir cualquier descripción razonable del mundo. En cierto modo, esta segunda dimensión coincide con la

interpretación más común del término, que lo define como un amoralismo derivado de la ausencia de valores. Dado mi carácter científico, me resulta muy difícil distinguir entre las dos parejas que forman el bien y el mal, lo verdadero y lo falso; a mis ojos, estos binomios conceptuales se cofunden.

* * *

Así pues, nos encontramos con dos mentalidades enfrentadas. Por un lado, el realismo estratégico de los Estados-nación y, por otro, la mentalidad posimperial, emanada de un imperio en desintegración. Ninguna de las dos tiene una visión completa de la realidad, ya que la primera no ha comprendido que Occidente ya no está formado por Estados-nación, que se ha convertido en otra cosa, y la segunda se ha vuelto impermeable a la idea de soberanía nacional. Pero su comprensión de la realidad no es equivalente, y la asimetría juega a favor de Rusia.

Como demostró Adam Ferguson, un representante de la Ilustración escocesa, en su *Essay on the History of Civil Sociey* (*Ensayo sobre la historia de la sociedad civil,* 1767), los grupos humanos no existen en sí mismos, sino siempre en relación con otros grupos humanos equivalentes. En la más pequeña y remota de las islas, explica, mientras esté habitada y por pocos que sean sus pobladores, siempre habrá dos grupos humanos enfrentados. La pluralidad de sistemas sociales es consustancial a la humanidad, y estos sistemas se organizan unos contra otros. «Los títulos de *ciudadanos* y *compatriotas*», escribió Ferguson, «si no tuvieran que oponerse a los de *emigrado* y *extranjero*, […] caerían en desuso y perderían su significado. Amamos a los individuos por sus cualidades personales, pero amamos a nuestro país porque forma parte de la humanidad […]»[8].

El surgimiento de Francia e Inglaterra es una espléndida ilustración de ello. Durante la Edad Media, estas dos producciones estatales del valle del Sena van a definirse el uno contra el otro. Luego, para nosotros los franceses, el adversario sustituto fue

Alemania, principal rival, no se olvide, de Inglaterra en vísperas de la guerra de 1914.

Una de las tesis clave de Ferguson es que la moralidad interna de una sociedad guarda relación con su inmoralidad externa. Es la hostilidad hacia otro grupo lo que hace que uno se sienta solidario con el suyo. «Sin la rivalidad entre las naciones, sin el ejercicio de la guerra», escribe, «la propia sociedad civil tendría apenas razón de ser y dificultad de encontrar una forma»[9]. Y continúa diciendo: «es inútil pretender dar a un pueblo entero un sentido de unión sin admitir su disposición a la hostilidad hacia los que se le oponen. Si, por casualidad, pudiéramos extirpar en una nación el sentimiento de antagonismo que le inspira el contacto con naciones vecinas, es probable que los lazos de la sociedad se debilitarían, incluso se romperían a la vez que se agotaría la fuente más fecunda de las ocupaciones y virtudes nacionales»[10].

El sistema occidental actual aspira a representar la totalidad del mundo y ya no reconoce la existencia de ese otro. Pero la lección de Ferguson es que, si ya no reconoces la existencia de un otro legítimo, tú mismo dejas de existir. La fuerza de Rusia, en cambio, reside en su capacidad de pensar en términos de soberanía y de equivalencia de las naciones: teniendo en cuenta la existencia de fuerzas hostiles, puede garantizar su cohesión social.

* * *

La paradoja de este libro es que, partiendo de una acción militar de Rusia, nos conducirá a la crisis de Occidente. El análisis de la dinámica social rusa entre 1990 y 2022, con el que comenzaré, resultará sencillo y fácil. Las trayectorias de Ucrania y de las antiguas democracias populares, paradójicas a su manera, no parecerán muy complicadas. En cambio, examinar Europa, Reino Unido y aún más Estados Unidos será un ejercicio intelectual más difícil. Tendremos que enfrentarnos a ilusiones, reflejos y espejismos antes de penetrar en la realidad de lo que cada vez se parece más a un agujero negro: más allá de la espiral descendente de Europa,

encontraremos, en Reino Unido y Estados Unidos, desequilibrios internos de tal magnitud que los convierten en amenazas para la estabilidad del mundo.

La última paradoja es que tenemos que admitir que la guerra, la experiencia de la violencia y el sufrimiento, el reino de la insensatez y el error, es también una prueba de realidad. La guerra nos lleva al otro lado del espejo, a un mundo en el que la ideología, los engaños estadísticos, la conculcación de los medios de comunicación y las mentiras del Estado, por no mencionar los delirios de los teóricos de la conspiración, están perdiendo gradualmente su poder. Emergerá una verdad simple: la crisis occidental es el motor de la historia que estamos viviendo. Algunos ya lo sabían. Cuando la guerra termine, nadie podrá negarlo.

---

[1] Davied Teurtrie, *Russie. Le retour de la puissance,* París, Dunod, 2021.

[2] Weber define el Estado por su monopolio de la violencia legítima; Hobbes presenta el estado de naturaleza como una guerra de todos contra todos.

[3] Tatiana Kastouéva-Jean, «La souveraineté nationale dans la vision russe», *Revue Défense nationale* 848 (marzo de 2022), pp. 26-31.

[4] Publicado por Yale University Press; por tanto, no estamos en la periferia del sistema estadounidense.

[5] Aristóteles, *Política,* ed. Pedro López Barja de Quiroga y Estela García Fernández, Madrid, Istmo, 2005, p. 255.

[6] *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain,* París, Gallimard, 2002; véase reed. en «Folio actuel», con un posfacio inédito del autor, 2004, pp. 94-95. [ed. cast.: *Después del Imperio,* trad. José Luis Sánchez-Silva, Madrid, Akal, 2003].

[7] *La Chute finale. Essai sur la décomposition de la sphère soviétique,* París, Robert Laffont, 1976; nueva edición aumentada, 1990.

[8] Adam Ferguson, *An Essay on the History of Civil Sociey,* Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 25 [ed. cast.: *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil,* ed. María Isabel Wences Simón, Madrid, Akal, 2010, pp. 62s.].

[9] *Ibid.,* p. 28 [ed. cast., p. 66].

[10] *Ibid.,* p. 29 [ed. cast., p. 67].

CAPÍTULO I

LA ESTABILIDAD RUSA

La fortaleza de Rusia ha sido una de las grandes sorpresas de la guerra. No debería haberlo sido; era fácil de prever y será fácil de explicar. La verdadera pregunta es: ¿por qué Occidente subestimó hasta tal punto a su adversario, cuando no había nada oculto sobre sus recursos y fortalezas, y los datos al respecto eran accesibles? ¿Cómo, con una *intelligence community* de cien mil personas sólo en Estados Unidos, pudo imaginar que la exclusión del sistema Swift y la imposición de sanciones someterían a este país de 17 millones de km^2, que dispone de todos los recursos naturales posibles y que, desde 2014, se estaba preparando claramente para hacer frente a sanciones de este tipo?

Para ilustrar la enormidad de un error de percepción que abarca todos los años de Putin, empecemos por el título de una columna aparecida en *Le Monde* el 2 de marzo de 2022, escrita por Sylvie Kauffmann, editorialista del periódico: «El balance de Putin al frente de Rusia es un largo descenso a los infiernos para un país al que ha convertido en agresor». Así describía el gran diario de referencia francés un periodo que, tras el colapso de los años 90, fue precisamente el de la salida de los infiernos. No se trata aquí de denunciar, de indignarse, de acusar de mala fe –las personas que piensan así son sinceras[1]–, sino de comprender cómo se han podido escribir semejantes disparates cuando era tan fácil ver que en Rusia las cosas iban mucho mejor.

UNA ESTABILIZACIÓN EXITOSA: LA PRUEBA DE LAS «ESTADÍSTICAS MORALES»

Entre 2000 y 2017, la fase central de la estabilización llevada a cabo por Putin, la tasa de mortalidad por alcoholismo en Rusia se redujo de 25,6 por cada 100.000 habitantes a 8,4, la tasa de

suicidios de 39,1 a 13,8, y la de homicidios de 28,2 a 6,2. En bruto, esto significa que las muertes por alcoholismo han bajado de 37.214 al año a 12.276, los suicidios de 56.934 a 20.278 y los homicidios de 41.090 a 9.048. Y es de un país que ha experimentado esta evolución del que se nos dice que está atrapado en «un largo descenso a los infiernos».

En 2020, la tasa de homicidios había descendido aún más: a 4,7 por 100.000, seis veces menos que cuando Putin llegó al poder. Y la tasa de suicidios en 2021 era de 10,7, 3,6 veces menos. En cuanto a la mortalidad infantil anual, ha caído de 19 por cada 1.000 «nacidos vivos» en 2000 a 4,4 en 2020, por debajo de la tasa estadounidense, de 5,4 (UNICEF). Ahora bien, este último indicador, en la medida en que afecta a los miembros más débiles de una sociedad, es especialmente significativo para evaluar su estado general.

Pero estos indicadores demográficos, que los sociólogos del siglo XX llamaban «estadísticas morales», sugieren una realidad aún más tangible y profunda que los demás. Si nos fijamos en los datos económicos de Rusia, vemos una rápida recuperación, un aumento del nivel de vida entre 2000 y 2010, seguida de una ralentización entre 2010 y 2020 como consecuencia de los problemas causados en particular por las sanciones tras la anexión de Crimea. Pero la tendencia que ilustran las estadísticas morales es más regular, más profunda, y refleja un estado de paz social, el redescubrimiento por los rusos, tras la pesadilla de los años 90, de que una existencia estable era posible.

Esta estabilidad, que puede verse en los más objetivos de los hechos, los datos demográficos, se ha convertido en algo fundamental para el país y es una de las obsesiones de Putin en sus discursos. Estos aspectos objetivos no han impedido que diversas ONG, la mayoría de las veces agencias indirectas del Gobierno estadounidense que podríamos llamar PONG (pseudoorganizaciones no gubernamentales), rebajen constantemente a Rusia en sus evaluaciones. Hasta el absurdo. Cuando, en 2021, Transparency International, que clasifica a los países del mundo según su índice de corrupción, situó a Estados Unidos en el puesto 27 y a Rusia en

el 136, nos encontramos ante un imposible. Un país con una tasa de mortalidad infantil inferior a la de Estados Unidos no puede ser más corrupto. La mortalidad infantil, al reflejar el estado profundo de una sociedad, es en sí misma un mejor indicador de la corrupción real que otros indicadores elaborados según quién sabe qué criterios. Es más, los países con menor mortalidad infantil son los que podemos comprobar que son también los menos corruptos: los países escandinavos y Japón. Vemos, pues, que, en la parte alta de la clasificación, los indicadores de mortalidad infantil y de corrupción están correlacionados.

LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA

No se puede culpar a *Le Monde* y a la CIA por no utilizar la mortalidad infantil como indicador de tendencia. Pero los datos económicos sí se conocían. A lo largo de todo el periodo, además de un aumento del nivel de vida, se observan tasas de desempleo muy bajas y el retorno de Rusia en áreas económicas estratégicas.

Los resultados más espectaculares son los tocantes a la agricultura. Como nos cuenta David Teurtrie en su libro de 2021, en el espacio de unos pocos años, Rusia no sólo ha logrado alcanzar la autosuficiencia alimentaria, sino convertirse en uno de los mayores exportadores mundiales de productos agrícolas: «En 2020, las exportaciones agroalimentarias rusas alcanzaron un nivel récord de 30.000 millones de dólares, una cifra superior a los ingresos por exportaciones de gas natural en el mismo año (26.000 millones). Esta dinámica, impulsada inicialmente por los cereales y las oleaginosas, se apoya ahora también en las exportaciones de carne. […] Los resultados del sector agrícola han permitido a Rusia convertirse en exportador neto de productos agrícolas en 2020, por primera vez en su historia reciente: entre 2013 y 2020, las exportaciones agroalimentarias rusas se han triplicado, mientras que las importaciones se han reducido a la mitad»[2]. Una espléndida chufla a la época soviética, que, como sabemos, estuvo marcada por el fracaso de la agricultura.

La permanencia de Rusia como segundo exportador mundial de armas es menos sorprendente. Sin embargo, después de Chernóbil, sí que lo es su nueva y reciente condición de primer exportador mundial de centrales nucleares, dejando muy atrás a Francia. En 2021, Rosatom, la empresa estatal encargada del sector, tenía treinta y cinco reactores en construcción en el extranjero (sobre todo en China, India, Turquía y Hungría)[3].

Otro ámbito en el que los rusos han demostrado flexibilidad y dinamismo es internet. Como para nosotros es la quintaesencia de la modernidad, cabía esperar que los servicios competentes estuvieran al tanto de los progresos realizados por los rusos. No ha sido así en absoluto.

Teurtrie explica muy bien hasta qué punto los rusos han tenido una actitud a la vez estatista y liberal, nacional y flexible: decididos a permanecer en un mundo competitivo y al mismo tiempo preocupados por preservar su autonomía. «En realidad», señala, «la versión rusa de la regulación de internet se encuentra, como en muchos ámbitos, a medio camino entre las medidas adoptadas en Europa y las adoptadas por China. Rusia comparte con Europa la presencia de los gigantes estadounidenses de internet, que gozan de una gran audiencia en el "internet de Rusia" o Runet (es el caso, en particular, de YouTube). […] Pero a diferencia de Europa, impotente en gran medida en este ámbito, Rusia puede apoyarse en empresas punteras nacionales presentes en todos los segmentos de internet para seguir siendo autónoma y ofrecer soluciones alternativas a los internautas rusos»[4]. Al tiempo que permanece «en gran medida abierta a las soluciones occidentales», Rusia «es sin duda la única potencia en la que existe una auténtica competencia entre los GAFA[5] y sus equivalentes locales»[6].

François Hollande, tras Angela Merkel, alegó haber firmado los Acuerdos de Minsk de 2014 para dar tiempo a los ucranianos a armarse. Esa era sin duda la intención de los ucranianos. En el caso de Angela Merkel y François Hollande, ¿quién puede saberlo? Pero lo que apenas hemos visto, y lo que sugiere el libro de Teurtrie, es que estos acuerdos fueron también para los rusos una forma de ganar tiempo[7]. Una de las razones por las que en 2014 no fueron más

allá de tomar Crimea y aceptar un alto el fuego es que no estaban dispuestos a verse desconectados del Swift, lo que entonces habría sido verdaderamente catastrófico. Los Acuerdos de Minsk se firmaron porque todos querían ganar tiempo: los ucranianos, para prepararse para la guerra sobre el terreno; los rusos, para estar listos para afrontar un régimen de sanciones máximo. Como informa Teurtrie, ya en 2014, el Banco Central de Rusia creó el Sistema de Mensajería Financiera ruso (SPFS)[8]. En abril de 2015, se puso en marcha el Sistema Nacional de Pagos con Tarjeta (NSPK), «que garantiza el funcionamiento de las tarjetas emitidas por los bancos rusos en territorio nacional incluso en caso de sanciones occidentales. Al mismo tiempo, el Banco Central de Rusia está creando el sistema de pago con tarjeta "Mir"»[9].

¡GRACIAS, SANCIONES!

Cuando se observa la evolución de Rusia desde el derrumbe del comunismo, es inevitable asombrarse por un recorrido tan extremadamente accidentado: una caída muy brusca, seguida de un ascenso muy rápido. Pero lo más desconcertante es la capacidad de adaptación que ha mostrado el país desde las sanciones que siguieron a la guerra de Crimea en 2014. Cada paquete de sanciones parece haber llevado a Rusia a realizar una serie de reconversiones económicas y a recuperar su autonomía con respecto al mercado occidental.

El ejemplo del trigo es quizá el más espectacular. En 2012, Rusia producía 37 millones de toneladas y, en 2022, 80 millones, más del doble en diez años. Esta flexibilidad tiene mucho sentido si se compara con la flexibilidad negativa de la Norteamérica neoliberal. En 1980, cuando Reagan llegó al poder, la producción de trigo estadounidense era de 65 millones de toneladas. En 2022, había descendido a sólo 47 millones. Consideremos este declive como una introducción a la realidad de la economía estadounidense, de la que hablaremos en el Capítulo 9.

Bajo el mandato de Putin, los rusos nunca han abrazado un

proteccionismo a ultranza, por lo que han aceptado que una serie de actividades hayan salido perjudicadas. Su industria aeronáutica civil se ha visto sacrificada desde que compraron los Airbus. Su industria automovilística también ha sufrido. Pero si el país ha logrado mantener una proporción relativamente elevada de su población activa en la industria, no integrarse completamente en la economía globalizada y no poner su mano de obra al servicio de Occidente como hicieron las antiguas democracias populares, es porque se ha beneficiado de un proteccionismo parcial y de las circunstancias.

Jacques Sapir me ha ilustrado sobre este punto. «La principal medida de protección de la industria y la agricultura fue la fortísima depreciación del rublo en 1998-1999. Expresada como tipo de cambio real (comparando las respectivas inflaciones y aumentos de la productividad), la depreciación a finales de 1999 debería haber sido de al menos un 35%. Posteriormente, el tipo de cambio nominal cayó menos de lo que subió el diferencial de inflación, pero las importantes ganancias de productividad entre 2000 y 2007 mantuvieron una depreciación del tipo de cambio real de alrededor del –25%. Esta depreciación se vio mermada entre 2008 y 2014. Después, con el cambio de estrategia del Banco Central de Rusia (con la fijación de unos objetivos de inflación), el rublo volvió a depreciarse en términos reales de 2014 a 2020»[10].

Los derechos de aduana se han añadido a la protección que ofrece un rublo débil: «En cuanto a los aranceles», prosigue Sapir, «Rusia aplicaba desde 2001 uno del 20% a los productos manufacturados industriales, antes de aceptar uno del 7,5% tras su entrada en Organización Mundial del Comercio en agosto de 2012. Evidentemente, con la guerra de Ucrania, esto ya no afecta a los productos occidentales. En cuanto a los productos agrícolas, el tipo de 2003 rondaba el 7,5% (frutas y hortalizas) y se redujo al 5% tras la adhesión de Rusia a la OMC. Pero, una vez más, el embargo ha permitido restablecer una política altamente proteccionista».

Como podemos ver en Teurtrie, las sanciones occidentales de 2014, aunque causaron algunas dificultades a la economía rusa, también fueron una oportunidad: la obligaron a encontrar sustitutos para sus importaciones y a reorganizarse internamente. En un

artículo publicado en abril de 2023, el economista estadounidense James Galbraith estimaba que las sanciones de 2022 habían tenido el mismo efecto[11]. Han permitido instaurar un sistema proteccionista que, teniendo en cuenta la fuerte adhesión actual de los rusos a la economía de mercado, el régimen nunca se habría atrevido a imponer a la población. «Sin las sanciones», escribe, «es difícil imaginar cómo podrían haber surgido las oportunidades que ahora se abren a las empresas y empresarios rusos. Desde un punto de vista político, administrativo, jurídico e ideológico, incluso a principios de 2022, el Gobierno ruso habría tenido grandes dificultades para adoptar medidas comparables, como derechos de aduana, cupos y expulsiones de empresas, dadas la profunda influencia que ejerce la idea de una economía de mercado en los responsables políticos, la influencia de los oligarcas y el carácter presuntamente limitado de la "operación militar especial". En este sentido, a pesar de la conmoción y los costes para la economía rusa, las sanciones han sido claramente un regalo».

PUTIN NO ES STALIN

Una vez más, todos estos datos estaban disponibles; mostraban la fortaleza y adaptabilidad de la economía rusa. Lo principal, repito, no es señalarlos, sino preguntarse por qué los líderes occidentales han permanecido ciegos a la realidad.

Su imagen de la Rusia actual como un país dominado por un Putin monstruoso y poblado por rusos imbéciles supone una vuelta a la casilla de Stalin. Todo se ha interpretado como un retorno de Rusia a su supuesta esencia bolchevique. Pero, además del excelente libro de David Teurtrie, los analistas y comentaristas especializados tenían a su disposición las obras de Vladimir Shlapentokh.

Shlapentokh (1926-2015), nacido judío soviético, en Kiev, fue uno de los fundadores de la sociología empírica en ruso en la época de Brezhnev. Enfrentado al antisemitismo de un sovietismo en descomposición, emigró a Estados Unidos en 1979, donde continuó trabajando sobre Rusia, Estados Unidos y cuestiones de sociología

general. Su *Freedom, Repression, and Private Property in Russia* fue publicado en 2013 por Cambridge University Press, una editorial que difícilmente puede calificarse de marginal o ajena al sistema. El libro ofrece la visión matizada y muy competente (y hostil a Putin) de un hombre que vivió la Rusia brezhneviana desde dentro y estudió la Rusia putiniana mientras se convertía en ciudadano estadounidense. Una vez leído, resulta fácil definir el régimen de Putin no como el ejercicio de poder por parte de un monstruo extraterrestre que subyuga a un pueblo pasivo y bobo, sino como un fenómeno comprensible, que se inscribe en una continuidad histórica aunque con sus propias características específicas.

Por supuesto, el aparato estatal sigue siendo fundamental. ¿Y cómo podría ser de otro modo, dada la importancia de los recursos energéticos? Una empresa como Gazprom sólo puede estar controlada por las autoridades públicas. Por supuesto, el KGB, ahora FSB, del que surgió Putin, sigue desempeñando un papel esencial. Por supuesto, Rusia no se ha convertido en una democracia liberal. Por mi parte, tendería a definirla como una democracia autoritaria, dando a cada uno de estos dos términos –democracia y autoritaria– la misma importancia. Democracia porque, aunque las elecciones estén algo amañadas, los sondeos –y esto no lo discute nadie– nos muestran que el apoyo al régimen es inquebrantable tanto en tiempos de guerra como de paz. Autoritaria porque, evidentemente, el régimen no cumple el criterio, esencial para una democracia liberal, del respeto de los derechos de las minorías. La dimensión unanimista del régimen es evidente, con todo lo que ello implica en términos de restricciones a las libertades de prensa y de los diversos grupos de la sociedad civil.

Pero el régimen de Putin destaca sobre todo por una serie de características que, por sí solas, marcan una ruptura radical con el autoritarismo de tipo soviético. En primer lugar, como ha señalado James Galbraith, un apoyo visceral a la economía de mercado, a pesar del papel central desempeñado por el Estado. Este apego es bastante comprensible para cualquiera que haya vivido el monumental fracaso de la economía dirigida. Es más, aunque Putin ha conseguido meter en cintura a las elites de Moscú y San

Petersburgo, presta una atención extrema a las reivindicaciones de los trabajadores y busca constantemente reforzar el apoyo a su régimen entre los sectores populares. Comprendo que este rasgo esté mal visto hoy en un Occidente que, por principio, desprecia a un pueblo del que sólo puede surgir… «populismo».

Un aspecto crucial debería haber alertado a los analistas occidentales sobre la novedad del objeto histórico que tenían ante sí: el firme compromiso de Putin con la libertad de circulación. Bajo su mandato, los rusos tienen derecho a salir de Rusia y conservan este derecho en tiempos de guerra. Es una de las señas de identidad de la democracia liberal: libertad total para salir del país. Es el signo de un régimen que, a su manera, está seguro de sí mismo o apuesta por estarlo.

La última novedad, de la que Shlapentokh estaba en condiciones para hablar, ya que había tenido que huir de la URSS por su condición de judío, es la ausencia total de antisemitismo, lo que debería alegrarnos a la vez que confirmar que el régimen y la sociedad rusos van por buen camino. Tradicionalmente, cuando los dirigentes rusos tenían problemas y trataban de restablecer su autoridad, echaban mano del antisemitismo. Shlapentokh recuerda hasta qué punto la URSS se volvió antisemita bajo Stalin y a partir de 1968. Esta es sencillamente la razón por la que los judíos se marcharon en masa en cuanto tuvieron la oportunidad, tras el derrumbe del sistema.

Poner en el haber de Putin estos dos rasgos singulares y positivos –la libertad para salir del país y la ausencia de antisemitismo– habría sido sin duda pedir demasiado a los periodistas y políticos occidentales. Al menos deberían haberles alertado sobre la confianza del régimen en sí mismo, sobre su estabilidad. El dogma *a priori* de la fragilidad del régimen, amenazado por sus clases medias, los cegó, y sigue haciéndolo. Algo que se confirmó cuando, los días 23 y 24 de junio de 2023, los comentaristas occidentales depositaron absurdamente sus esperanzas en la rebelión de Yevgueni Prigozhin, el jefe del grupo Wagner. Decididamente, la ceguera occidental no es menos estable que el régimen y la sociedad rusos.

MÁS INGENIEROS RUSOS QUE ESTADOUNIDENSES

Una sociedad estabilizada, una economía que funciona: ¿debemos detener nuestro análisis en este punto? ¿Basta con comprender la eficacia mostrada por los rusos durante la propia guerra? Permítanme recordar que, en vísperas de la invasión de Ucrania, Rusia, incluida Bielorrusia, sólo representaba el 3,3% del PIB occidental. ¿Cómo consiguió este 3,3% resistir y producir más armas que su adversario? ¿Por qué los misiles rusos, que se esperaba que desaparecieran cuando se agotaran las existencias, siguen cayendo sobre Ucrania y su ejército? ¿Cómo se ha podido desarrollar una producción masiva de drones militares desde el comienzo de la guerra, después de que los militares rusos se dieran cuenta de sus carencias en este ámbito?

Cuando lleguemos a Estados Unidos, mostraré el carácter en gran medida ficticio de su PIB, que registra actividades que no sabemos muy bien si calificar de inútiles o de irreales. De momento, digamos tan sólo que el PIB de Rusia representa más bien la producción de bienes tangibles y no actividades de difícil definición.

Vayamos más lejos. Descendamos a las profundidades sociológicas de la población activa, ya que, mejor y más que el PIB, una economía es una población que trabaja, con sus diferentes niveles de formación y sus distintas competencias. Lo que distingue fundamentalmente a la economía rusa de la estadounidense es, entre las personas con estudios superiores, la proporción mucho mayor que opta por estudiar ingeniería: en 2020, el 23,4%, frente al 7,2% de Estados Unidos.

Rusia no está sola en este aspecto, y rápidamente se verá que el indicador es operativo si tenemos en cuenta que Japón tiene un 18,5% de estudiantes de ingeniería y que Alemania, cuyo rendimiento industrial nos fascina, tiene un 24,2%. Francia está en el 14,1%, pero no hay que olvidar que de esta cifra hay que deducir los politécnicos, los ingenieros de minas y los *centraliens*[12] que acaban en la banca y la «ingeniería financiera»[13].

¿Qué representa, en términos cuantitativos brutos, este 23,4% de rusos frente al 7,2% de estadounidenses? Tomemos estos

porcentajes en relación con la población de los dos países. En aquel momento, Rusia tenía 146 millones de habitantes y Estados Unidos 330 millones. David contra Goliat. Se olvida por el tamaño del territorio ruso, pero, desde un punto de vista demográfico, la batalla es asimétrica. Estados Unidos es en sí mismo, y sin sus aliados, enorme. Rusia, en cambio, apenas está más poblada que Japón, y su población podría concentrarse sin demasiado esfuerzo en el limitado archipiélago nipón.

Tomemos el número de personas de entre 20 y 34 años en ambos países: 21,5 millones en Rusia (hacia 2020) y 46,8 millones en Estados Unidos. Estamos ante otro ejemplo del desequilibrio global. Además, aunque la enseñanza superior no se defina exactamente de la misma manera en Rusia y en Estados Unidos, estimemos que, en estos dos países, el 40% accede a la enseñanza superior. Ahora podemos hacer un cálculo clave. En Estados Unidos, el 7,2% del 40% de 46,8 millones de personas supone 1,35 millones de ingenieros. En Rusia, el 23,4% del 40% de 21,5 millones son 2 millones. A pesar de la desproporción de ambas poblaciones, Rusia consigue formar claramente más ingenieros que Estados Unidos.

Soy consciente de que se trata de un cálculo parcial, que no tiene en cuenta el hecho de que Estados Unidos importa ingenieros y, más en general, una parte muy importante de su comunidad científica, a menudo de origen chino o indio. El hecho es que podemos entender cómo el David ruso ha podido hacer frente al Goliat estadounidense en los planos industrial y tecnológico y, por tanto, militar.

CLASES MEDIAS Y REALIDADES ANTROPOLÓGICAS

Si nos fijamos en los textos sociológicos y políticos occidentales de 1840-1980, está claro que la clase obrera era la cuestión central, una clase problemática cuyo comportamiento generaría orden o desorden, estabilidad o revolución. Se confiaba en ella o se la temía, según el punto de vista. Hoy, en nuestro mundo globalizado, con las principales labores de nuestras clases trabajadoras deslocalizadas en Asia, son las clases medias las que atraen la atención de sociólogos

y políticos, y este libro no es una excepción: confiamos en ellas cuando crecen, nos preocupamos cuando se empobrecen. El marxismo esperaba que la revolución surgiera del proletariado. El neoliberalismo espera que el levantamiento de las clases medias –en Rusia, China e Irán– derribe los regímenes que se resisten al orden occidental. Desde la lección de Aristóteles (de la que he hablado en la introducción), se ha aceptado en Occidente que, sin unas clases medias dominantes, una sociedad no puede ser equilibrada, democrática, liberal. De hecho, en las últimas décadas hemos visto una relación entre la aparición de unas clases medias cultas y el desarrollo de tendencias liberales, cuando no libertarias. Pero ¿es realmente la estructura de clases, definida en términos económicos o educativos, el único factor de éxito o fracaso de la democracia liberal?

Fijémonos en las clases medias rusas. ¿Podemos imaginar razonablemente que algún día derrocarán al régimen autoritario de Putin?

Al fin y al cabo, fue la mayoría de edad de cierto tipo de clases medias, definidas por la educación, la que derribó el comunismo. En 1976, en *La Chute finale. Essai sur la décomposition de la sphère soviétique,* evalué el fracaso económico del sistema y predije su quiebra basándome en el aumento observado en la tasa de mortalidad infantil. Sin embargo, ahora me parece que el factor que desencadenó el colapso no fue la parálisis económica del sistema, sino la aparición de una clase media alta instruida.

Pero ¿qué representó el comunismo soviético? La etapa primera de la alfabetización a gran escala. Podemos asociar empíricamente la propagación de un carácter democrático primario, en diversas formas –liberal o autoritario, igualitario o no igualitario, según las estructuras antropológicas de cada país–, con el momento en que se cruza el umbral del 50% de personas alfabetizadas. En el mundo angloamericano, esta transición dio lugar a un liberalismo puro en los siglos XVII y XVIII, a un liberalismo igualitario en Francia a partir del siglo XVIII, a la socialdemocracia y al nazismo en Alemania en los siglos XIX y XX, y al comunismo en Rusia. De igual manera, el acceso a la enseñanza superior de un 20% a un 25% de estudiantes

por generación provocó la erosión de estas ideologías primarias asociadas al estadio de la alfabetización a gran escala. Una nueva estratificación de las sociedades tomó forma; la relación con el texto escrito y con la ideología se hizo más crítica, la palabra de Dios, los ensalmos del Führer, las consignas del Partido, o incluso de los partidos, dejaron de ser trascendentes. Rusia alcanzó este umbral entre 1985 y 1990 (en Estados Unidos fue hacia 1965, como veremos más adelante).

Observamos, pues, una concomitancia entre la aparición de clases medias con estudios superiores y la debacle del comunismo. Pero eso fue hace tres o cuatro décadas. El régimen de Putin surgió de esa crisis y sucedió al comunismo tras la fase de anarquía (más que de liberalismo) de los años noventa.

Por tanto, Occidente sueña con una clase media de doble acción, que, después de «derribar» el comunismo, acabaría derribando a Putin. De ahí sus repetidos llamamientos a las clases medias avanzadas de las grandes ciudades rusas. Esta esperanza no es del todo absurda. Es cierto que el mayor número de rusos hostiles a Vladimir Putin se encuentra en las clases educadas y verdaderamente altas de Moscú y San Petersburgo. Son las mismas clases y las mismas ciudades que apoyaron a Boris Yeltsin, el vencedor de la URSS, mimado por los reformistas liberales de la economía rusa que llegaron de Estados Unidos a principios de la década de 1990. Los magníficos estudios de Alexandre Latsa sobre geografía electoral muestran, en efecto, que los partidos que se oponen a Putin son más fuertes en los distritos más acomodados de las grandes ciudades, donde se concentra la población más instruida[14].

Podríamos incluso tratar de construir un modelo sociopolítico que enfrentara a Rusia con Occidente poniendo de relieve alineamientos entre clases diferentes. De un lado, un régimen ruso que se apoyaría en las clases trabajadoras y habría marginado a las clases medias. Del otro, un sistema occidental en el que las clases medias altas, aliadas con las clases medias centrales, habrían conseguido marginar a los sectores populares[15]. Pero una representación de este tipo no tiene en cuenta lo que distingue a las clases medias rusas de sus

homólogas occidentales. Si bien es cierto que las clases medias rusas son un poco más liberales que el resto de la población, distan mucho de parecerse a las clases medias occidentales. El hecho de que produzcan muchos más ingenieros ya lo ha revelado. Su diferencia radica en un trasfondo antropológico singular, que es, por otra parte, uno de los factores que explican la solidez de Rusia frente a Occidente.

En 1983, planteé la hipótesis de un vínculo entre el comunismo y la familia comunitaria campesina, que se observa no sólo en Rusia, sino también en China, Serbia, Toscana, Vietnam, Letonia, Estonia y las regiones del interior de Finlandia[16]. Este tipo de familia, patrilineal, que reúne al padre y a sus hijos casados en una explotación agrícola, transmite valores de autoridad (del padre sobre sus hijos) e igualdad (de los hermanos entre sí). En Rusia, era un fenómeno reciente, que no había llegado al campesinado hasta finales de los siglos XVI y XVII, al igual que la servidumbre. Por tanto, aún no había rebajado significativamente la condición de la mujer, como en China, por ejemplo. El principio patrilineal se perpetúa hoy simbólicamente en Rusia con el sistema de los tres nombres: nombre, nombre del padre y apellido. Vladímir Vladímirovich (hijo de Vladímir) Putin; Serguei Víktorovich (hijo de Víktor) Lavrov. En Francia, equivaldría a Emmanuel, hijo de Jean-Michel Macron, o Marine, hija de Jean-Marie Le Pen. Este sistema es común a todas las clases sociales y se extiende a personas que no son de origen ruso. La presidenta del Banco Central ruso, nacida en el seno de una familia tártara, se llama Elvira Sajipzádovna Nabiúllina.

El comunismo no nació del fecundo cerebro de Lenin, antes de ser impuesto por una minoría activa; fue el resultado de la de-sintegración de la familia campesina tradicional. La abolición de la servidumbre en 1861, la urbanización y la alfabetización liberaron al individuo de la asfixiante familia comunitaria. Pero el individuo liberado se encontró completamente desorientado; buscó en el Partido, la economía centralizada y el KGB sustitutos del poder paterno. Se podría decir que el KGB era, en cierto sentido, la institución más cercana a la familia tradicional, porque se ocupaba

de la gente personalmente, hasta el más mínimo detalle.

Dada esta naturalidad social del comunismo en la historia rusa, era poco probable que, tras su colapso, surgiera desde Moscú hasta Vladivostok una democracia liberal del alternancia, al estilo occidental. Los valores de autoridad e igualdad, observados en la familia y luego en el conjunto de la vida social durante la era soviética, no podían extinguirse en unos pocos años. Mi hipótesis me parece razonable y realista. Pero añadiría que es trivial.

CEGUERA ANTE LA DIVERSIDAD DEL MUNDO

Hay que recordar que la existencia de un carácter comunitario ruso específico, ajeno a la política pero capaz de influir en ella, está ampliamente aceptada desde hace tiempo en Europa occidental. Tomemos como ejemplo la magnífica obra de Anatole Leroy-Beaulieu *L'Empire des tsars et les Russes,* cuya primera edición se publicó en 1881 y la tercera, ampliada, en 1890. He aquí lo que dice:

> En la fábrica, como en el pueblo, el *mujik* se muestra poco individualista; su personalidad se desvanece voluntariamente en la comunidad; tiene miedo de estar solo, necesita sentirse unido a sus semejantes, ser uno con ellos. La gran familia patriarcal bajo la autoridad del padre o del *anciano,* las comunidades aldeanas bajo la autoridad del *mir,* le han moldeado de antemano para la vida en común y, por tanto, para la asociación. En cuanto se ponen a trabajar, y sobre todo en cuanto abandonan su aldea, los *mujiks* forman un *artel.* Esto es particularmente cierto en el caso de la mayoría de los obreros campesinos de las grandes fábricas. Conocen el poder de la asociación y forman entre ellos *arteles* temporales que, lejos de su *izba* y de su aldea, ocupan el lugar de la familia y de la comunidad. El *artel* es su refugio y su apoyo durante su exilio en la fábrica; gracias al *artel,* se sintieron menos aislados y desorientados. El *artel,* con sus tendencias comunistas y sus prácticas solidarias, es la forma espontánea y nacional de asociación[17].

Así que aquí, en 1890, encontramos la palabra *comunista* a propósito del pueblo ruso. Lo que la Francia de la primera mitad de la Tercera República podía concebir, nosotros hemos llegado a ser incapaces de hacerlo. Cuando, más o menos en la misma época, en

1892, establecimos una alianza con Rusia, sabíamos quién era nuestro socio: un país de carácter comunitario, por no decir comunista, el Imperio de los zares.

A riesgo de resultar aún más sorprendente, me gustaría recordar que los Estados Unidos de Eisenhower eran conscientes de la existencia de una singularidad rusa. La antropología cultural estadounidense se había puesto a trabajar sobre la cultura rusa. Mencionemos, en primer lugar, las obras de dos grandes de la disciplina: *Soviet Attitudes Toward Authority,* de Margaret Mead (1951)[18], y *The People of Great Russia,* de Geoffrey Gorer y John Rickman (1949)[19]. Gorer era británico, pero alumno de Mead. Añadamos, por su título particularmente evocador, *The Impact of Russian Culture on Soviet Communism* de Dinko Tomasic (1953)[20]. Un excelente artículo de 1953, titulado «Culture and World View: A Method or Analysis Applied to Rural Russia» y publicado en *American Anthropologist,* ofrece una descripción muy clara de la familia comunitaria rusa y la familia nuclear ucraniana. La utilizaré en el próximo capítulo para entender lo que separa a la Pequeña Rusia de la Gran Rusia. En plena Guerra Fría, Estados Unidos se interesaba por su adversario y, más en general, no dejaba de buscar en las profundidades culturales de las naciones el origen de su atraso (Italia)[21] o de sus extravagancias autoritarias (Alemania o Japón) [22].

Prevalecía la idea de que el mundo no era un lugar homogéneo. Esta actitud culminó en el texto de Ruth Benedict, hoy de culto (y a menudo criticado), *The Chrysanthemum and the Sword,* escrito en 1944-1945 a instancias del ejército, a partir de entrevistas con prisioneros de guerra japoneses[23]. Era necesario comprender la mentalidad del enemigo para preparar la ocupación del país. Esta obra ayudó a admitir que los japoneses eran diferentes y a aceptar la continuidad del emperador. Así pues, en el sistema mundial estadounidense en construcción existía una tolerancia hacia la diversidad basada en un carácter propio pluralista al que había dado forma una escuela de antropología razonable.

Personalmente estoy convencido de que una de las razones por las que la Guerra Fría no degeneró en una guerra en toda regla fue

que, aunque los dirigentes estadounidenses se veían a sí mismos como defensores conscientes de la libertad «en general» contra el comunismo «en general», consideraban que, en el fondo, había un carácter específico ruso y que la amenaza comunista no era tan «universal». George Kennan, el inventor de la noción de *containment,* era cualquier cosa menos un ofuscado anticomunista: hablaba ruso y conocía y amaba su cultura. La estrategia que ideó estaba diseñada para evitar una confrontación armada. Hasta el fin de su larga vejez (murió en 2005 a los 101 años), Kennan no dejó de indignarse por la forma en que se haxbía desnaturalizado, en Vietnam o por Reagan. Una de sus últimas declaraciones públicas, en 1997, advertía contra una ampliación de la OTAN hacia el este[24].

Por supuesto, Estados Unidos también conoció el macartismo, una paranoia universalista que Kennan repudiaba. Pero el brote fue breve y limitado. Habrá que esperar a los *neocons,* herederos triunfalistas del macartismo, para que la intolerancia se despliegue en todo su esplendor.

En mi opinión, la guerra de Vietnam marcó la universalización absoluta de la amenaza comunista por parte de los dirigentes estadounidenses. Walt Rostow (1916-2003), asesor de seguridad nacional de las administraciones Kennedy y Johnson, fue uno de los artífices de este declive intelectual con su libro *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto,* publicado en 1960[25]. En él encontramos una idea muy correcta y otra muy equivocada. La correcta es que todos los países, en el curso de su desarrollo, pasan por una fase peligrosa durante la cual puede producirse una crisis política. Rostow la asocia al desarrollo económico, yo la atribuyo a la alfabetización, pero no importa. Entonces surge la idea equivocada. Bastaría con intervenir para evitar la crisis política y permitir que el país en cuestión (con la colaboración del ejército estadounidense) pase directamente a la casilla de la democracia liberal. Rostow fue uno de los halcones de la guerra de Vietnam y la idea que subyacía en su obra era, obviamente, que el comunismo podía extenderse por todas partes.

Vietnam, país de familias comunitarias, tenía una predisposición al

comunismo, que triunfó allí a pesar de la intervención estadounidense. Camboya, donde dominaba un sistema familiar nuclear arcaico, pero que estaba tan cerca de Vietnam que se convirtió en zona de guerra, implosionó en el genocidio de los jemeres rojos. El hecho es que el comunismo, real o demenciado, no llegó más lejos, ni a Malasia ni a Tailandia, países de familia nuclear.

La actitud actual hacia Rusia –incapacidad de percibir el régimen de Putin en algo que no sean términos generales, negativa a tener en cuenta la existencia de una cultura rusa que lo explicaría– es, por tanto, el resultado de una mutación gradual en la postura occidental a partir de los años sesenta. La desaparición de nuestra capacidad para concebir la diversidad del mundo nos impide tener una visión realista de Rusia.

Era evidente que la Rusia poscomunista conservaría rasgos comunitarios a pesar de la adopción de la economía de mercado; que uno de estos rasgos sería la existencia de un Estado más fuerte que en otros lugares; que otro sería una relación de este Estado con las distintas clases de la sociedad diferente de la que existe en Occidente; que otro sería la aceptación, en grados diversos, en todas las clases sociales –más fuerte en los medios populares, más desigual en las clases medias–, de cierta forma de autoritarismo y de una aspiración a la homogeneidad social.

También debemos comprender que lo que ha hecho fuerte a Rusia, lo que le ha permitido preservar su soberanía en un sistema globalizado, es su capacidad espontánea para impedir el desarrollo de un individualismo absoluto (no hay juicio de valor en esta constatación, hablo aquí como lo haría un antropólogo estadounidense de los años cincuenta). En Rusia sigue habiendo suficientes valores comunitarios –autoritarios e igualitarios– para que sobreviva el ideal de una nación compacta y resurja una forma particular de patriotismo.

DESIGUALDADES PERO APOYO GENERAL AL RÉGIMEN

El carácter específico de la interacción directa entre las

autoridades y las clases trabajadoras en Rusia, y la identificación de rastros mentales comunitarios en el seno de las clases medias altas no deben hacernos olvidar que el principio general de jerarquización que afectó a todas las sociedades avanzadas entre 1960 y 2000 también lo hizo en Rusia.

La nueva estratificación educativa en Rusia se extendió más allá de los años 1985-1990, cuando se superó la barrera del 20% de personas con estudios superiores y entumeció la ideología comunista. El hundimiento de la economía centralizada y la avalancha de la facción más audaz y venal de la *nomenklatura* sobre los bienes públicos en curso de «privatización» durante la época de Yeltsin provocaron una explosión de la desigualdad y una concentración extrema de la riqueza y las rentas. Una vez estabilizada, esta concentración se ha ido ampliando hacia abajo, favoreciendo la aparición de una clase media alta cuyos privilegios económicos no tienen nada que envidiar a los de sus homólogos occidentales. La World Inequality Database (Base de Datos sobre Desigualdad en el Mundo) revela que, antes de impuestos, la fracción de renta percibida por el 1% de lo alto de la pirámide y luego por el 9% siguiente, en Rusia, supera incluso a los equivalentes estadounidenses: en 2021, el 24% de las rentas para el 1% superior en Rusia frente al 19% en Estados Unidos, y el 27% para el 9% siguiente tanto en Rusia como en Estados Unidos. Francia, en comparación, tiene unas clases alta y media alta modestas: el 1% más rico recibe sólo el 9% de los ingresos y el 9% siguiente, el 22%. La desigualdad objetiva en Francia se aproxima al equilibrio general europeo, en su versión más democrática, tal como se observa en los países escandinavos.

Al igual que el resto de la población, la clase media rusa, en su mayor parte producto de la transformación social comunista y de la educación meritocrática soviética, disfruta de la paz social de la era Putin, como demuestra el descenso de las tasas de suicidios, homicidios y muertes por alcoholismo. El descenso de la mortalidad infantil debe considerarse como efecto y símbolo de un clima mental y económico pacífico que nunca antes había existido en Rusia. Shlapentokh, por su parte, subrayaba que las condiciones de vida en

Rusia, incluida la libertad, nunca habían sido tan buenas como con Putin.

Por tanto, las clases medias altas han aceptado el régimen, al igual que los oligarcas han renunciado a cualquier veleidad de ejercer un poder autónomo. La detención de Mijaíl Jodorkovski en octubre de 2003 fue la ocasión para que el Estado y los oligarcas pusieran las cosas en su sitio. Putin les dejó su dinero, y sólo su dinero. La verdad es que la palabra *oligarca,* que incluye la noción de poder *(arkhè),* ya no describe correctamente la realidad rusa. Es divertido observar que la caza de «oligarcas» rusos lanzada en Occidente desde el inicio de la invasión de Ucrania ha generalizado al otro lado del Atlántico la noción de un Estados Unidos verdaderamente oligárquico. A diferencia de sus homólogos rusos, sus propios oligarcas pueden intervenir, y de forma masiva, como veremos, en el sistema político estadounidense.

El «sistema Putin» es estable porque es producto de la historia rusa y no obra de un solo hombre. El sueño que obsesiona a Washington de un levantamiento anti-Putin no es más que un sueño, fruto de la negativa de los países occidentales a ver que las condiciones de vida han mejorado bajo su mandato y a reconocer la especificidad de la cultura política rusa. Permítanme que pase ahora al verdadero punto débil de Rusia: su demografía.

LA ESTRATEGIA DEL HOMBRE ESCASO

Si sólo existieran los factores enumerados hasta ahora, podríamos predecir que Rusia haría algo más que resistir a Occidente; tendríamos que considerar la posibilidad de un nuevo imperialismo.

Pero Rusia tiene una debilidad fundamental, que es su baja fecundidad, rasgo que, a decir verdad, comparte con el conjunto del mundo más desarrollado. Entre 1995 y 2000, durante los años oscuros, la fecundidad cayó a 1,35 hijos por mujer. Subió a 1,8 en 2016 antes de estabilizarse en 1,5. Esta evolución hace prever un descenso de su población global que ya ha comenzado, aunque de

momento se está compensando con la anexión de territorios y poblaciones que antes pertenecían a Ucrania. En 2021, Rusia tenía 146 millones de habitantes. Según las proyecciones de la ONU, esta cifra descenderá a 143 millones en 2030 y a 126 millones en 2050. Si observamos la pirámide de población en 2020, en vísperas de la guerra, y en particular la población susceptible de ser reclutada, los hombres de 35 a 39 años eran 6 millones, los de 30 a 34 años, 6,3 millones, los de 25 a 29 años, 4,6 millones, y los de 20 a 24 años, 3,6 millones. No se trata de proyecciones, sino de cifras reales y actuales. Rusia ha entrado en una fase de contracción de su población masculina potencialmente movilizable: un 40% para estos grupos de edad. Por eso, hablar de una Rusia conquistadora, capaz de invadir Europa después de haber liquidado a Ucrania, es pura fantasía o propaganda. La verdad es que Rusia, con una población decreciente y una superficie de 17 millones de kilómetros cuadrados, lejos de querer conquistar nuevos territorios, se pregunta sobre todo cómo seguirá ocupando los que ya tiene.

La preocupación que suscita la situación demográfica es omnipresente en los discursos de Putin y de otros miembros del régimen en general. Explica una estrategia militar a menudo mal entendida por nuestros medios de comunicación, o demasiado bien entendida pero ocultada a lectores y oyentes[26]. El discurso dominante equipara a Putin con Stalin. Pero, con Stalin, la mano de obra era abundante, Rusia estaba en expansión demográfica (aunque la fecundidad había comenzado a caer hacia 1928) y el Ejército Rojo podía, por tanto, sacrificar hombres por millones, como hizo durante la Segunda Guerra Mundial. La actual doctrina militar rusa, en cambio, se basa en el hecho de que los hombres se han vuelto escasos. Esta es una de las razones por las que Rusia sólo entró en Ucrania con 120.000 soldados. Evidentemente, los rusos subestimaron a su adversario (veremos por qué en el próximo capítulo), pero es cierto que han conquistado una parte sustancial del territorio ucraniano a lo largo del mar Negro. Contrariamente a lo que hemos podido oír en todas partes, el ejército ruso optó por librar una guerra lenta para ahorrar hombres. El importante papel desempeñado por los regimientos chechenos y el grupo Wagner

durante las primeras fases del conflicto es resultado de esta elección, al igual que las movilizaciones parciales, graduales, llevadas a cabo con moderación. La prioridad de los rusos no es apoderarse del mayor territorio posible, sino perder el menor número posible de hombres. Durante la contraofensiva ucraniana del otoño de 2022, llevada a cabo tras una movilización masiva, los rusos, al encontrarse en proporción de uno a tres, prefirieron abandonar la parte que controlaban del óblast de Járkov en el este y, en el sur, retirarse sin combatir hasta la orilla izquierda del Dniéper. El general Surovikin, que tomó esta decisión, explicó que la guerra se ganaría de otro modo, no con el sacrificio inútil de hombres. Desde entonces, la guerra se ha intensificado y la pérdida de vidas se ha sucedido en ambos bandos. No disponemos de cifras creíbles ni para los ucranianos ni para los rusos. El final del conflicto permitirá hacer un balance realista, y creo que la mayoría de los historiadores esperan con curiosidad conocer el número de muertos y heridos de ambos bandos.

Desde la caída de la URSS y la desintegración de lo que fue su imperio, los rusos saben que ya no son rival para la OTAN, cuya población, si se puede llamar así, en 2023 era de 887 millones de habitantes (no he contado a Turquía, cuya posición diplomática no está clara). Por ello, el ejército ruso ha ido definiendo poco a poco una nueva doctrina militar que, además de la necesidad de economizar efectivos, introduce un cambio capital. Basándose en una superioridad cuantitativa en medios convencionales, la doctrina soviética descartaba el lanzamiento de un primer ataque nuclear. La nueva doctrina, teniendo en cuenta la escasez de efectivos, autoriza los ataques nucleares tácticos si la nación y el Estado rusos se ven amenazados.

Occidente debe tomar en serio esta advertencia. Creo que lo que más temían los dirigentes rusos era una intervención militar polaca directa, ya que el conjunto de Polonia les habría obligado a una movilización completa y, por tanto, a una militarización de la sociedad que les habría hecho perder el beneficio de la paz civil recuperada con Putin. Una de las características de la práctica diplomática y militar rusa (en contraste con la de Estados Unidos) es

la fiabilidad de sus compromisos. Por ejemplo, se comprometió a defender a Bashar al-Assad, que ha resultado ser un carnicero cuyo caso parecía perdido. Pero Rusia no se amilanó y desplegó tropas en Siria desde septiembre de 2015. Si ha teorizado sobre la posibilidad de ataques nucleares tácticos en caso de amenaza directa a su soberanía, la OTAN debería darse por aludida. Cumplirá su promesa. Son consideraciones sombrías, lo admito, pero nuestros dirigentes han tomado demasiadas decisiones precipitadas en esta guerra, así que nuestra prioridad como ciudadanos es asegurarnos de que sepan más sobre la doctrina del ejército ruso que sobre la capacidad de reacción de los bancos rusos en caso de desconexión del Swift.

CINCO AÑOS PARA GANAR LA GUERRA

Los rusos desafiaron a la OTAN en febrero de 2022 porque se sentían preparados. Desde 2018-2019, como hemos dicho, disponen de misiles hipersónicos que les otorgan una superioridad incuestionable, incluso sobre Estados Unidos; pueden, como han demostrado, verse desconectados del Swift. Es más, las cosas les fueron mejor de lo esperado, ya que muchos países, entre ellos algunos muy importantes, viendo que habían resistido el primer golpe y que tampoco ellos aguantaban más la tutela estadounidense, siguieron comerciando con ellos y, de hecho, les apoyaron (hablaremos más al respecto en el Capítulo 11). Pero si en 2022 se abrió una «ventana de oportunidad» para Rusia, también se acabará cerrando.

Los estadounidenses son tan conscientes del problema demográfico de Rusia como Putin, e incluso podría decirse que ha sido la raíz de su error estratégico. La perspectiva de que la población rusa disminuya mientras la suya sigue creciendo ha tenido mucho que ver con el desdén con que han tratado las protestas rusas contra la expansión de la OTAN. Los estrategas de Washington, que ahora parecen cometer el mismo error con China, han caído en la trampa de lo que llamaré demografismo. Han olvidado que un Estado con una población de alto nivel educativo y

tecnológico, aunque esté decreciendo, no pierde de inmediato su poder militar. En un primer momento, el aumento del nivel educativo y tecnológico compensa y más la caída de la población.

Los dirigentes rusos tienen las ideas claras y preservar la soberanía de su país es para ellos un imperativo moral. Intentemos ponernos en su lugar. Saben que su población va a disminuir. ¿Qué concluyen de ello? No, como pensaban los estadounidenses, que sería una locura atacar, sino que, como este declive sólo será peligroso a medio y largo plazo, hay que actuar lo antes posible, porque después será demasiado tarde. El ritmo de la contracción demográfica sugiere que, desde su punto de vista, el conflicto debería resolverse en cinco años. Luego empezará a haber grandes huecos y la movilización, tanto militar como civil, será muy difícil.

Hasta ahora, los rusos se han tomado su tiempo; su entrada en la guerra ha sido gradual. Para limitar las pérdidas humanas. Para preservar el logro fundamental de la era Putin, la vuelta a la estabilidad, garantizando una existencia razonable para todos. A estas alturas, parece que no me equivoqué mucho con el cálculo estratégico que había hecho: a medida que pasan los meses, se han ido revelando, una tras otra, las carencias industriales y, por tanto, militares de Occidente. Hoy, el tiempo juega a favor de Moscú. Pero también sabemos que los rusos no cuentan con todo el tiempo del mundo y que tendrán que lograr una victoria definitiva en unos cinco años. Por tanto, deben acabar con Ucrania y derrotar a la OTAN en un plazo limitado, sin permitirles que ganen tiempo mediante negociaciones, treguas o, peor aún, congelando el conflicto. Washington no debe hacerse ilusiones: Moscú quiere la victoria, ni más ni menos.

Admito, sin embargo, que mi modelo tiene un punto débil a los ojos de Occidente: supone que Vladímir Putin es inteligente.

---

[1] Quiero dar las gracias a Olivier Berruyer por hacerme comprender que era necesario plantear esta hipótesis: las elites occidentales eran sinceras.

[2] Teurtrie, *Russie,* cit., p. 84.

[3] *Ibid.,* p. 121.

[4] *Ibid.,* p. 187.

[5] Acrónimo de Google, Amazon, Facebook y Apple. *[N. del T.]*

[6] Teurtrie, *Russie,* cit., pp. 187-188.
[7] *Ibid.,* p. 93.
[8] *Ibid.,* p. 95.
[9] *Ibid.,* p. 94.
[10] Nota personal de Jacques Sapir, a quien agradezco sinceramente que respondiese a mis preguntas.
[11] James K. Galbraith, «The Gift of Sanctions: An Analysis of Assessments of the Russian Economy, 2022, 2023», *Institute for New Economic Thinking Working Paper* 204, 10 de abril de 2023.
[12] Término con que se conoce a los estudiantes-ingenieros o ingenieros diplomados de la École Centrale. *[N. del T.]*
[13] Datos de la OCDE.
[14] *Dissonance. Journal d'un Frussien* [https://alexandrelatsa.ru]. Véase el apartado «Elecciones».
[15] Un error que cometí en mi crónica para *Marianne* del 20 de abril de 2023, «Macronisme et poutinisme, une comparaison sociologique».
[16] Véase Emmanuel Todd, *La Troisième Planète. Structures familiales et systèmes idéologiques,* París, Seuil, 1983.
[17] Anatole Leroy-Beaulieu, *L'Empire des tsars et les Russes,* París, Robert Laffont, «Bouquins», 1991, p. 445.
[18] Margaret Mead, *Soviet Attitudes Toward Authority. An Interdisciplinary Approach to Problems of Soviet Character,* Santa Mónica, Rand Corporation, 1951.
[19] Geoffrey Gorer y John Rickman, *The People of Great Russia. A Psychological Study,* Londres, The Cresset Press, 1949.
[20] Dinko Tomasic, *The Impact of Russian Culture on Soviet Communism,* Glencoe, The Free Press, 1953.
[21] Edward Banfield, *The Moral Basis of a Backward Society,* Glencoe, The Free Press, 1958.
[22] Bertram Schaffner, *Fatherland. A Study of Authoritarianism in the German Family,* Nueva York, Columbia University Press, 1948, y Ruth Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword,* Boston, Houghton Mifflin, 1946.
[23] Véase nota anterior.
[24] Véase el artículo sobre Kennan del 30 de septiembre de 2016 en la *Smithsonian Magazine,* «George Kennan's Love of Russia Inspired His Legen-dary "Containment" Strategy».
[25] Cambridge, Cambridge University Press, 1960 [ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961; también Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1993].
[26] Conociendo personalmente a muchos periodistas de *Le Monde, L'Express, Le Point,* las radios públicas francesas y otros medios, creo que la hipótesis de una falta de competencia en materia demográfica y militar es más plausible que la de un encubrimiento consciente. Menciono esta posibilidad por cortesía.

CAPÍTULO II

EL ENIGMA UCRANIANO

El propósito de este capítulo no es repasar la historia de Ucrania, ni ofrecer una descripción completa del país en una fecha determinada, sino responder a una pregunta: ¿cómo una sociedad que todo el mundo percibía como en descomposición consiguió resistir tan bien la ofensiva militar rusa?

Empecemos por evaluar los acontecimientos en su justa medida. Conmocionados, los comentaristas que aparecían en bucle en las pantallas televisivas, no dejaban de hablar de una guerra de «alta intensidad». Cuando todo acabase, no había duda de que los muertos se iban a contar por centenares de miles. Pero esa cifra sólo definiría de hecho una guerra de intensidad media si la comparamos con las vividas en Europa. Cuando se abordan las bajas militares y civiles en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la unidad de cuenta es el millón de personas. En esta escala, las pérdidas ucranianas representan sólo una décima parte de las de estas guerras verdaderamente de alta intensidad. Recordemos, una vez más, que los rusos entraron en Ucrania con no más de 120.000 hombres.

No es menos cierto que muy probablemente esperaban una rendición o el colapso del régimen ucraniano, y desde luego no que resistiesen el primer asalto, a lo que siguió la intención de reconquistar los territorios perdidos del sur y el este, no simplemente ocupados por el ejército ruso, sino poblados por rusos (Donbass y Crimea) o por una mayoría de rusófonos (principalmente en los óblasts de Jerson y Zaporiya). Los propios estadounidenses se vieron sorprendidos por la resistencia de Ucrania. Ocupados en reequipar y reorganizar el ejército, habían anunciado que la invasión rusa era inminente, para después salir corriendo como conejos, instruidos sin duda en el arte de la evacuación por su experiencia en Kabul.

Si los rusos y los occidentales informados estaban tan sorprendidos, es porque consideraban que Ucrania era un *failed*

State, un Estado fallido, o un Estado fallido en ciernes. Y lo era. Incluso más que Rusia, su salida del sistema soviético se había saldado con un fracaso. Entre 1991 y 2021, su población se redujo de 52 a 41 millones de habitantes, es decir, una caída de más del 20%. Esto se debió, en primer lugar, a una fecundidad aún más baja que la de Rusia: en 2015-2020, cuando la tasa de fecundidad de Rusia era de 1,8, la de Ucrania era de 1,4; y en 2020, cuando la de Rusia era de 1,5, la de Ucrania era de 1,2. Y se debió, sobre todo, a la emigración. La huida de parte de la población a Rusia o a Europa occidental hizo que el sistema no pudiera encontrar un equilibrio a largo plazo.

No nos olvidemos, de acuerdo con tantos otros analistas, de la corrupción, de los oligarcas. Añadamos un indicador de descomposición social menos utilizado: la maternidad subrogada o gestación por encargo (GPE) practicada con fines lucrativos. La GPE no puede utilizarse en modo alguno para enfrentar a Oriente con Occidente, al Norte con el Sur, en términos de valores morales: para 2016, estaba autorizada en la gran mayoría de los estados que componen Estados Unidos, en Australia, Reino Unido, India, Rusia y Ucrania, y prohibida en la mayor parte de los países de la Unión Europea. Sin embargo, en vísperas de la guerra, Ucrania se había convertido en un Eldorado para la GPE[1]. Tenía una cuota del 25% del mercado mundial gracias a unos precios muy competitivos. Esta especialización económica atestigua su integración en la globalización y en Occidente, ya que se trataba (y se trata, como veremos) de alquilar cuerpos ucranianos para producir niños occidentales. Aunque la demanda de GPE procede de los países ricos de Occidente, la disposición favorable de Ucrania a esta práctica (que también es legal en Rusia, aunque actualmente está prohibida a los clientes extranjeros) también parece ser el legado de cierta indiferencia soviética hacia la persona física. Pensemos en el aborto, que se utilizaba en toda la URSS como una técnica habitual de control de la natalidad. Aunque estoy a favor del aborto libre, considero que su prohibición es igual de bárbara que su uso como técnica preferida de control de la natalidad. En cuanto a la GPE que da lugar a una transacción financiera, admito que no estoy a favor

por razones de moralidad común y considero que esta especialización económica es un signo de descomposición social. En Ucrania, es una síntesis de neoliberalismo y sovietismo.

La guerra poco ha frenado este fenómeno. Un artículo publicado en *The Guardian* el 26 de julio de 2023 informaba de que «más de 1.000 niños [habían] nacido de madres de alquiler en Ucrania desde el comienzo de la invasión rusa, 600 de ellos en la clínica BioTexCom de Kiev, una de las mayores de Europa». A pesar del conflicto, la demanda occidental no cesa y no puede satisfacerse por completo. *The Guardian,* que considera claramente que este dinamismo económico es una prueba de la vitalidad de la sociedad ucraniana, señalaba que los esposos o parejas de muchas madres de alquiler estaban en el frente. Daba la palabra a una tal Dana que, gestante del hijo de una pareja italiana, decía que sólo lo hacía por «los beneficios económicos». Es la compatibilidad de los sistemas morales británico y ucraniano en la era del neoliberalismo lo que hace aquí tan natural la descripción del intercambio económico. Esos cónyuges enviados al frente nos devuelven a la cuestión militar.

Para desentrañar el misterio de la resistencia de Ucrania, necesitamos resolver un segundo misterio: la desaparición, tras la revolución del Maidán de 2014 (el golpe de Estado del Maidán, según los rusos), de la Ucrania rusófona como fuerza política autónoma en el sistema ucraniano. Ucrania, en efecto, no era sólo un Estado fallido, era un Estado plural, con una composición etnolingüística compleja y problemática. Sin embargo, a partir de 2014, su parte rusófona desapareció repentinamente del tablero político, y es una Ucrania homogénea la que se ha mostrado capaz de resistir a los rusos. El fenómeno es tanto más sorprendente cuanto que la lengua rusa, aunque acosada por el Gobierno nacionalista de Kiev, que la ha despojado de su estatus oficial en las provincias rusófonas, era, sin embargo, la lengua de cultura en todo el país, al igual que el alemán, el francés o el inglés; el ucraniano se podía comparar más bien con el flamenco en cuanto a la riqueza relativa de su patrimonio literario y científico.

UCRANIA NO ES RUSIA

Existe una cultura netamente ucraniana, en el sentido profundo que la antropología da a esta expresión, que incluye la vida familiar y la organización del parentesco. Ucrania no es Rusia. La forma más segura de comprobarlo es empezar por los testimonios anteriores a las turbulencias del siglo xx, ya que los datos posteriores no son tan fiables porque algunos se han distorsionado para justificar posiciones ideológicas.

Volvamos al libro de Leroy-Beaulieu, citado en el capítulo anterior a propósito de la familia «comunista» rusa. He aquí cómo describe a la familia en la Pequeña Rusia, que se correspondía aproximadamente con la actual Ucrania central, pero no incluía los territorios de la «Nueva Rusia» (según la terminología del siglo XIX), bañados por el mar Negro: «El contraste sigue siendo visible en la familia y en la comunidad, en el hogar y en las aldeas de los dos grupos. En el caso "pequeño ruso", el individuo es más independiente, la mujer más libre, la familia menos algutinada; las casas están más separadas y a menudo se encuentran rodeadas de jardines y flores»[2].

Así pues, hacia finales del siglo XIX, en la época de los zares, la familia ucraniana se distinguía claramente de la rusa por su individualismo y por el superior estatus de la mujer, dos rasgos que, según mi modelo que asocia sistemas familiares e ideologías políticas, sugieren una cultura ucraniana más favorable a la democracia liberal y más capacitada para el debate que la rusa.

Estudios posteriores y más técnicos confirman este diagnóstico. El artículo del *American Anthropologist,* también mencionado en el capítulo anterior, puede que sea menos fiable porque data de la Guerra Fría. Pero, en aquella época, los estadounidenses aceptaban la idea de diversidad cultural y analizaban con calma y ecuanimidad las diferencias nacionales. De las tres comunidades estudiadas en este artículo, dos eran entonces «gran rusas», situadas en Rusia, y la tercera estaba formada por ucranianos pero un poco desplazados hacia el este, no lejos de Vorónezh, que actualmente se encuentra en Rusia. Como cabía esperar, en el caso de las comunidades «gran

rusas» se observa una variante de la familia indivisa en la que participan el padre y sus hijos. El tamaño medio de los hogares era de 6,5 miembros en una (1877) y de 6,2 en la otra (1864-1869). En cambio, en la comunidad poblada por ucranianos, el tamaño medio del hogar descendía a 4,7 miembros (en 1879). La diferencia es considerable, y cualquier analista actual de las estructuras familiares no dejaría de señalar que se trata de dos tipos diferentes de familia.

El artículo no lo dice, pero es probable que esta familia «pequeño rusa» estuviera englobada, no obstante, en un sistema de vínculos de parentesco patrilineales. Las asociaciones entre hombres, fuera de la unidad familiar, debían de tener su importancia. Así lo sugiere el sistema trinominal, que en ucraniano es el mismo que en ruso y especifica el nombre del padre –X, hijo de Y– y luego el apellido: en Rusia, como hemos visto, Vladímir Vladímirovich Putin; en Ucrania, Igor Volodímirovich Klimenko (en el momento de escribir estas líneas, ministro del Interior, nacido en Kiev).

¿Y en épocas más recientes? Faltan investigaciones fiables. La antropología de la época soviética no estaba muy interesada en estas cuestiones y, sobre todo, la práctica de las *kommunalka* o apartamentos comunitarios dificultaba bastante el análisis de las unidades familiares en el medio urbano. Con todo, debemos saber si el sistema familiar nuclear ucraniano está completamente desligado del parentesco, como ocurre en los sistemas nucleares francés o inglés. De ser así, pertenecería claramente a Occidente. Pero si se tratara de un sistema nuclear inserto en un sistema de parentesco patrilineal, estaría cerca del sistema familiar de la estepa tal como pudo existir entre los periodos huno y mongol. Esta es una cuestión para la que no tengo una respuesta fiable. No es imposible que en la Pequeña Rusia, hoy día, el sistema sea verdaderamente nuclear, aun cuando la persistencia del modo trinominal que especifica el nombre del padre arroje dudas sobre este punto. En cambio, en las regiones meridionales de Ucrania, que se corresponden con los antiguos territorios cosacos, debe predominar un sistema de tipo mongol. A menudo se dice que los cosacos estuvieron en el origen del primer Estado ucraniano. Pues bien, cosaco, esto es, *kazak,* es el mundo de la estepa.

Unos reportajes aparecidos recientemente en la prensa inglesa llamaron mi atención sobre este asunto. Su objetivo era a todas luces suscitar en nosotros un sentimiento de compasión al presentar a padres que se reúnen con sus hijos en su unidad militar o a hermanos que luchan juntos, dos combinaciones típicas de un sistema patrilineal blando.

Otro elemento sugiere que la cultura ucraniana sigue siendo patrilineal: el éxodo ultra-«generizado» (como decimos hoy en Occidente) de la población, por el que todos los hombres tienen que ir al frente y las mujeres (o al menos muchas de ellas) tienen que marcharse al extranjero. Este triaje por sexo, llevado a cabo con tal claridad y decisión, denota una cultura patrilineal en pleno funcionamiento; pero, repitámoslo, una cultura patrilineal blanda, nuclear y más propicia a la democracia liberal que el sistema comunitario, compacto, ruso, una cultura patrilineal de tipo mongol. No hay ironía en esta designación: la Mongolia actual ha heredado, por definición, el sistema familiar mongol y es una de las escasas democracias auténticas del espacio postsoviético. Un misterio para la ciencia política contemporánea, pero que mi modelo, que asocia familia e ideología, ayuda a desentrañar.

El último síntoma de una cultura patrilineal es la homofobia, que es casi tan fuerte en Ucrania como en Rusia, aunque los dirigentes actuales intenten borrarla mediante leyes inspiradas en la doctrina LGBT –obviamente para acelerar la integración de Ucrania en Occidente–[3].

UN ANTIGUO SENTIMIENTO NACIONAL

Para comprender la realidad nacional de hoy día, tenemos que remontarnos de nuevo a la época presoviética. En lo que respecta al carácter político de Ucrania, tenemos la suerte de contar con los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de noviembre de 1917. Fue la única vez que los habitantes del imperio pudieron expresarse libremente antes del fin del comunismo, porque en enero de 1918 los bolcheviques, descontentos por estar en

minoría, disolvieron esta asamblea. En *Russia Goes to the Polls,* Oliver Radkey ha analizado estos resultados hasta el nivel de los óblast[4]. La distribución geográfica muestra que el partido bolchevique era especialmente poderoso en el noroeste de Rusia, epicentro de la familia comunitaria.

En 1917, en Ucrania había partidos ucranianos que no eran necesariamente contrarrevolucionarios, por ejemplo el socialista revolucionario, distinto del socialista revolucionario ruso. El resultado total de los partidos plenamente ucranianos resulta elocuente. En la provincia de Kiev: 77%. En Podolia: 79%. En Volinia: 70%. En la provincia de Poltava: 66%. En la provincia de Chernigov: 51%. Pero en las regiones que seguían siendo predominantemente rusófonas en vísperas del Maidán, el resultado de los partidos específicamente ucranianos fue inferior. En la provincia de Ekaterinoslav, ciudad que más tarde se llamó Dniepropetrovsk y ahora Dnipro, la cifra bajó al 46%. En la provincia de Jerson era del 10%. En la provincia de Tauride, que corresponde a la península de Crimea y la zona continental situada justo al norte, también del 10%. En la provincia de Jarkov descendía al 0,3%. Estas cifras son las de los partidos ucranianos que se presentaban solos ante el electorado. No tienen en cuenta los partidos ucranianos asociados a partidos «rusos» en listas conjuntas.

Así pues, a partir de estas elecciones de 1917, podemos comprobar simultáneamente la existencia de una especificidad ucraniana, «pequeño rusa», y una especificidad secundaria en la «Nueva Rusia». En el centro del país, los resultados de los partidos ucranianos, por encima del 70%, no dejan lugar a dudas de que ya en la revolución de 1917 existía una identidad ucraniana. Pero, en aquella época, sentirse ucraniano no era, según Radkey, ser antirruso. La existencia de listas conjuntas indica que hace un siglo era posible la coexistencia pacífica.

UN PAÍS MÁRTIR Y LUEGO PRIVILEGIADO

Estos datos se refieren a Ucrania al término del zarismo. Sin

embargo, como todas las demás partes de la esfera soviética, iba a experimentar unas transformaciones de una magnitud difícil de imaginar. La violencia de su evolución económica entre 1917 y 1960 tan sólo es comparable a la de las islas Británicas entre 1780 y 1850, durante la Revolución industrial. No puede ser una coincidencia que las dos grandes hambrunas de la historia europea reciente, entre 1842 y 1845 en Irlanda y entre 1931 y 1933 en Ucrania, se produjeran respectivamente en Reino Unido y en la Unión Soviética, dos ámbitos de experimentación social radical.

Hoy se habla mucho del Holodomor, la «sección» ucraniana de la gran hambruna soviética, que también devastó Kazajstán. Si se quiere, puede interpretarse como una agresión dirigida contra la nación campesina ucraniana por parte de Stalin (quería acabar con los *kulaks,* los campesinos supuestamente ricos), y es natural que este acontecimiento haya alimentado un resentimiento persistente. Del mismo modo, la gran hambruna irlandesa explica en gran medida la animadversión de los irlandeses hacia Inglaterra.

Lo irónico es que estas dos hambrunas fueron provocadas o sublimadas por ideologías de sentido opuesto: un colectivismo estatal delirante en el caso de Ucrania y un liberalismo moralista que rechazaba la intervención del Estado en el de Irlanda. Pero seamos justos: una vez más debemos admitir la superioridad del liberalismo, que mató con más eficacia en Irlanda que el colectivismo en Ucrania. La gran hambruna irlandesa se cobró un millón de víctimas de una población de 8,5 millones, es decir, el 12% de la misma. La gran hambruna ucraniana supuso 2,6 millones de víctimas de una población de 31 millones, es decir, el 8,5%[5].

Pero sería un error limitar la historia de Ucrania al Holodomor. Si bien es cierto que el país fue martirizado por Stalin en cuanto nación campesina, fue, por el contrario, favorecido por el régimen tras la Segunda Guerra Mundial. Ucrania se convirtió entonces en una de las zonas prioritarias de desarrollo industrial de la URSS, incluidas las industrias más modernas: la aeroespacial y la militar. Esto nos ayuda a comprender el mapa de su red urbana en los albores de la independencia en 1991.

El mapa de densidad de población muestra cifras más altas en el

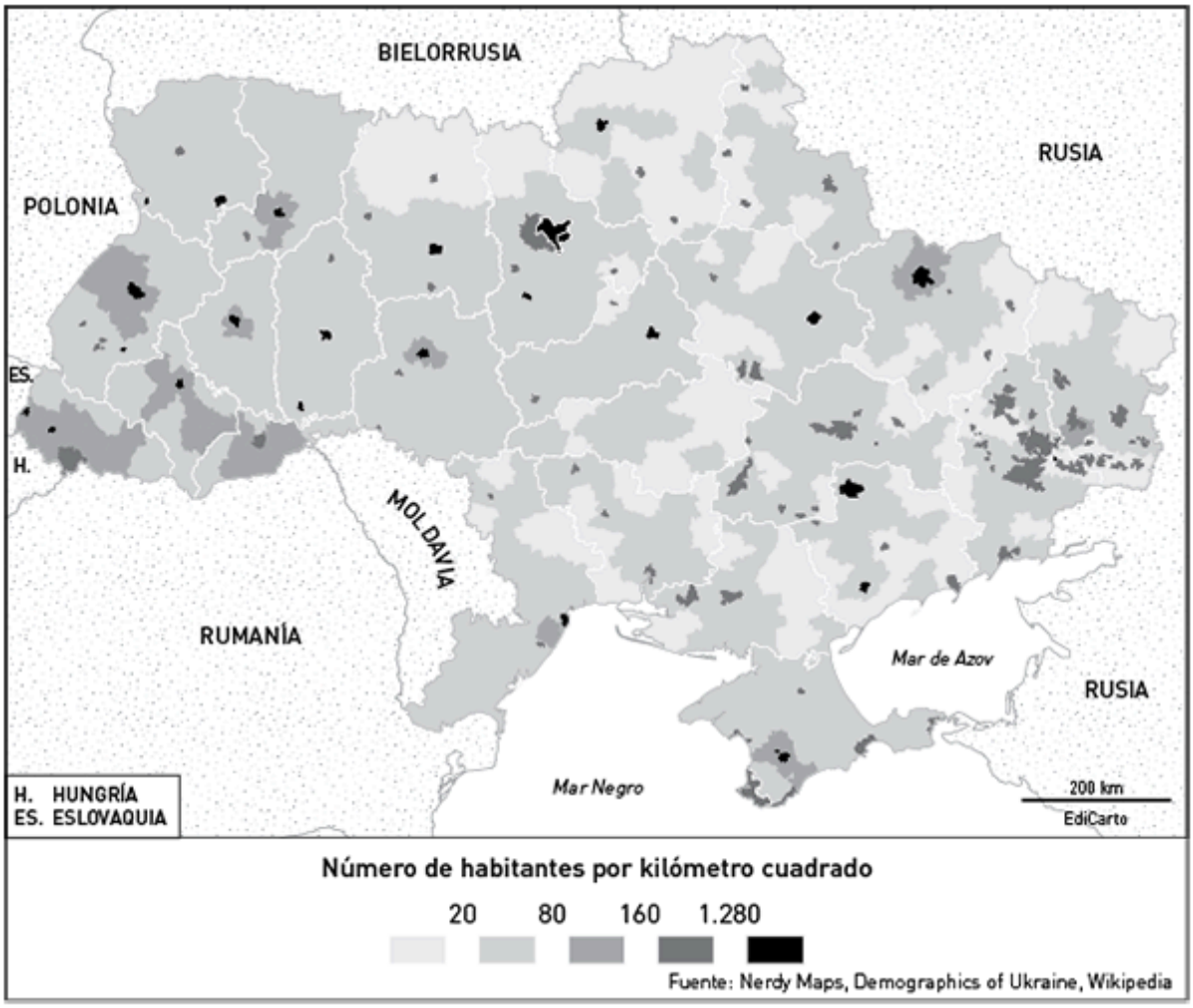
oeste y en el este, con un centro menos poblado si excluimos la aglomeración de Kiev. Pero las altas densidades del este y el oeste adoptan dos formas diferentes. En el este se observa la existencia de verdaderos centros urbanos, mientras que en el oeste, en las regiones que se incorporaron a la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial y que habían sido austrohúngaras o polacas, es el campo el que presenta mayor población y sólo hay una ciudad de cierta importancia, Lviv (Lvov, Lemberg). Aparte de Kiev, las principales ciudades de Ucrania en el momento de la independencia eran Odesa, Dnipro, Donetsk y Jarkov, todas ellas situadas en las regiones meridional y oriental, que son también las que cuentan con mayor población rusófona.

Mapa 2.1. La red urbana de Ucrania en 2001.



Entre 1959 y 1979, el número de ciudades con más de 100.000 habitantes pasó de 25 a 46. La Ucrania anterior a la independencia era, pues, una de las regiones de la URSS que más había progresado, aunque acabara, como el resto, atrapada en el callejón sin salida del sistema. No era una región en proceso de rusificación. Frente a la lengua y la identidad ucranianas, el régimen mostró sus dudas durante un tiempo. Pero en toda la URSS prevalecieron la teoría leninista del respeto a las culturas nacionales y una hostilidad a lo que el propio Lenin llamaba «chovinismo gran ruso», y ello a pesar de los frenos impuestos a las autonomías nacionales a partir de 1935, cuando se comprendió que el uso de varias lenguas en el ejército no era muy conveniente. En 1991, existían y se desarrollaban una cultura y una lengua ucranianas, pero, en el nivel más alto de la sociedad, la alta cultura y la administración se expresaban en ruso.

Mapa 2.2. Densidad de población en Ucrania en torno a 2020.



UNA NACIÓN SIN ESTADO

El hecho es que esta Ucrania, que fue bastante bien tratada en la última fase de la Unión Soviética, nunca había conseguido desarrollar su propio Estado, nunca había sido lo que llamaríamos un Estado-nación. Fue este país el que, en medio del pánico causado por la liquidación de la URSS por parte de la misma Rusia, decidió, mediante referéndum, independizarse en 1991.

No olvidemos que, para que nazca un Estado-nación, se necesita una cultura y, las más de las veces, una lengua comunes; no basta con la existencia de un campesinado o de una clase obrera; también son imprescindibles unas clases medias concentradas en las ciudades. La red urbana y las clases medias que la pueblan

constituyen el armazón humano del Estado, su sistema fisiológico. Porque el Estado no es sólo un concepto, una idea o incluso un organigrama; lo es, por supuesto, pero también es un conjunto de individuos reales con sus competencias, los más organizados de los cuales viven en las ciudades y forman esa fracción de las clases medias a la que anima cierto grado de conciencia colectiva. Pues bien, Ucrania carecía de clases medias, ya que estuvo infraurbanizada hasta la industrialización soviética.

Entre 1991 y 2014, el país no logró encontrar su equilibrio, aunque la crisis psicológica provocada por el fin del comunismo parecía menos violenta que en Rusia, como muestran los indicadores de esperanza de vida, suicidios, homicidios y muertes por alcoholismo. La tasa de homicidios, por ejemplo, sólo aumentó de 7 a 15 por cada 100.000 habitantes entre 1990 y 1996, mientras que en Rusia pasó de 14 a 34 entre 1990 y 1995. Al final de la era comunista, Ucrania estaba ligeramente mejor que Rusia según todos los índices de desarrollo.

En el momento de la desintegración de la Unión Soviética, por tanto, la cultura ucraniana era claramente más violenta que la de Europa Central y menos que la de Rusia. Sin embargo, esta diferencia no puede atribuirse a la familia nuclear, ya que Bielorrusia, foco absoluto del comunitarismo familiar en Europa, era aún menos violenta que Ucrania. Al comienzo de la crisis poscomunista, la tasa de homicidios de Ucrania era 2,5 veces inferior a la de Rusia, pero la de Bielorrusia era tres veces menor[6]. La variación regional de las tasas de homicidios en Rusia sugiere que la heterogeneidad étnica desempeña un papel. En la antigua Rusia de los zares, Bielorrusia y Ucrania eran básicamente provincias, simples ámbitos espaciales, a pesar de las diferencias entre ucranianos y rusófonos en Ucrania, una región que, en el fondo, es más homogénea culturalmente que la Rusia multiétnica actual, donde los rusos propiamente dichos constituyen sólo el 80% de la población.

Entonces, ¿por qué no se desarrolló una democracia liberal en una Ucrania un poco más tranquila y avanzada que Rusia, y donde la tradición familiar resultaba favorable? No intentaré elaborar aquí una teoría general del surgimiento del Estado en función del tipo de

familia; me limitaré a constatar que ni en Ucrania ni en ningún otro lugar una base familiar nuclear, aunque sí favorece el pluralismo, propicia por sí sola el advenimiento de un Estado, y menos aún de un Estado liberal y democrático. La gestación de un Estado es un proceso largo y complejo. Me inclino a pensar que ningún Estado puede nacer liberal y democrático; que siempre hay una fase autoritaria –monarquía, tiranía– antes de que el pueblo se haga con el control. Así ocurrió en Atenas, Inglaterra y Francia. ¿Cómo Ucrania, con sus débiles e inmaduras clases medias, en su mayoría rusófonas, y en ausencia de una tradición estatal, podría haberse transformado razonablemente en una democracia liberal «ucraniana» entre 1991 y 2014? En semejante contexto, el carácter individualista asociado a la familia nuclear difícilmente podía producir otra cosa que anarquía. Y así fue.

Entre 1990 y 2014 se celebraron elecciones. Había un pluralismo sin equivalente en Rusia, pero la estructura estatal seguía siendo deficiente. Durante el mismo periodo, Rusia experimentó una fase de disturbios muy violentos, seguida de la reaparición de un Estado autoritario; la población se agrupó en torno al régimen de Putin. En Ucrania no hubo disturbios comparables, pero tampoco se restableció el orden. Mientras que Putin acabó con los oligarcas en 2003, nada parecido ocurrió en Ucrania. Según Anders Åslund, un autor que trabaja oficialmente para difundir la influencia occidental en Ucrania, en ningún otro país del espacio postsoviético han tenido los oligarcas tanto peso social y político[7]. El control del comercio del gas (y añado: de los sectores industriales de Ucrania oriental) era la base de su poder. No sólo contribuyeron a la corrupción general del sistema político, sino que también ayudaron a mantener su pluralismo. Åslund relata cómo los oligarcas propietarios de los canales de televisión denunciaron el comportamiento megalómano del presidente Víktor Fiódorovich Yanukóvich, al que el Maidán obligó a huir en 2014. Sí, una persona megalómana, sin duda corruptor y corrupto, pero, aun así, elegido con normalidad cuatro años antes.

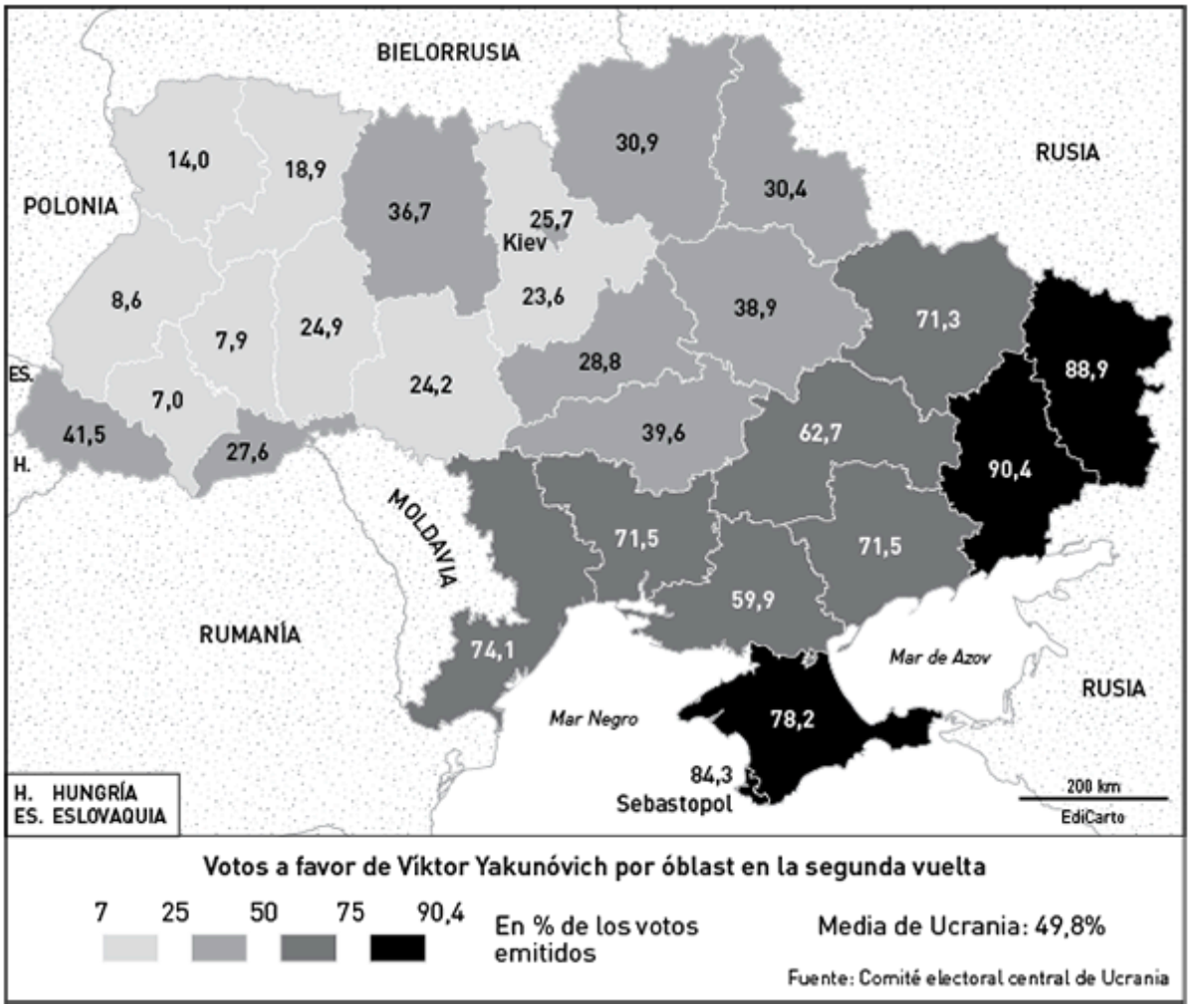
La aptitud de la población ucraniana para el pluralismo se debía, en parte, al carácter individualista alimentado por la familia nuclear y, en parte, como acabamos de ver, a las actividades de unos

oligarcas sin control. Pero también era, inevitablemente, resultado de la dualidad etnolingüística del país. Coexistían, una al lado de la otra, una Ucrania ucranianófona y otra más bien rusófona, decidida a mantener, de un modo u otro, su vínculo con Rusia.

La existencia de estas dos Ucranias se ve con una sencillez pasmosa en el mapa de las elecciones de 2010, donde encontramos una Ucrania occidental y central que votó a Yulia Volodímirivna Timoshenko, y una Ucrania meridional y oriental que votó a Víktor Fiódorovich Yanukóvich. Las diferencias son considerables: las provincias de Donetsk, Lugansk y Crimea votaron a favor de Yanukóvich en un 90,44%, 88,96% y 78,24% respectivamente, mientras que en las provincias occidentales de Lviv, Ternópil e Ivano-Frankivsk, sus resultados fueron sólo del 8,60%, 7,92% y 7,02%.

Si el oeste es ucranianófono y el este rusófono, es importante tener en cuenta que la diferenciación por lengua no siempre resulta operativa. Las evaluaciones para establecer el porcentaje de rusófonos, ucranianófonos y personas que hablan un dialecto que mezcla los dos idiomas están ahora tan contaminadas ideológicamente que han dejado de ser fiables. Este mapa electoral es mucho más eficaz. Permite distinguir de un vistazo la Ucrania más bien rusófila de la Ucrania simplemente ucraniana.

Mapa 2.3. Elecciones ucranianas de 2010: votos a favor de Yanukóvich.



Volvamos al estado anárquico del país. Para explicarlo, hemos destacado a la familia nuclear, los oligarcas y la dualidad etnolingüística. Ninguno de estos factores es suficiente por sí solo: Francia, un país de familia nuclear en su parte central, se ha convertido en el modelo mismo del Estado-nación; Rusia ha logrado someter a sus oligarcas, y hay Estados-nación en los que la diversidad etnolingüística es mucho más pronunciada que en Ucrania. Por último, hay que añadir que, en el momento de la caída del comunismo, Ucrania era un país situado en la periferia de la Unión Soviética donde los dirigentes locales del Partido Comunista eran meritócratas de segundo orden que no habían conseguido «llegar» a Moscú; en resumen, provincianos fracasados del sistema soviético. Este último elemento nos ayuda a entender por qué esta

«elite» regional tuvo algunas dificultades para adaptarse a la mutación liberal surgida de Moscú y San Petersburgo. Pero también debemos mirar más allá de este fenómeno coyuntural para comprender la debilidad del naciente Estado ucraniano. La razón fundamental de su fracaso me parece que ha sido la debilidad general de las clases medias urbanas.

Eran poco numerosas en el oeste, que seguía siendo más rural. Se trata de la región más nacionalista de Ucrania, con una población que no había estado vinculada a la Unión Soviética hasta 1945, y a menudo de religión uniata (ortodoxos que se habían unido a la Iglesia católica a finales del siglo XVI). Este oeste era el más propenso *a priori* a defender un proyecto de Estado-nación ucraniano, pero sus clases medias eran débiles.

En el este, más urbanizado, las clases medias eran más numerosas, pero eran demasiado rusófilas como para pensar y actuar decididamente en favor de un Estado-nación ucraniano. No obstante, la verdad última es más inesperada y simple: las clases medias orientales emigraron a Rusia.

EL VERDADERO MISTERIO:
EL DECLIVE DE LA UCRANIA RUSÓFONA

Aquí entramos en el meollo del enigma ucraniano, que no es sólo que Ucrania fuera incapaz de devenir un Estado-nación. Al fin y al cabo, este fracaso puede explicarse fácilmente por la debilidad de la red urbana en las zonas ucranianófonas, por el hecho de que la alta cultura era rusa y las zonas ucranianófonas, nacionalistas, querían hablar otra lengua. No hay nada sorprendente en que una nación de fuerte componente campesino no pueda dar a luz un Estado: lo hemos visto bastantes veces en la historia.

Lo más curioso es que después del Maidán, en 2014, la Ucrania rusófona, o rusófila, desapareció como agente político autónomo.

El extraño destino de la ciudad rusa de Belgorod, actualmente bombardeada de vez en cuando por el ejército ucraniano, nos indica una posible explicación.

En 2017, la embajada de Francia en Moscú, en la persona de Pascal Cauchy[8], elaboró un mapa de los estudios de doctorado en la Federación Rusa durante los cinco años anteriores, para lo que se basó en las estadísticas publicadas por el Ministerio de Educación Superior. En todas las universidades del país, el número de doctorandos disminuía o se estancaba. En cambio, en dos regiones de Rusia se registraron aumentos significativos: la república de Chechenia y la región de Belgorod. En el primer caso, el incremento fue el resultado de la política de prestigio llevada a cabo por Ramzán Ajmátovich Kadírov, jefe de la república de Chechenia, un hombre de Putin muy activo en la guerra actual. En Belgorod, el aumento fue consecuencia de la migración de estudiantes venidos de la vecina Jarkov, la principal ciudad universitaria de Ucrania, en franco declive económico y académico, a pesar de que su universidad, una de las primeras fundadas en Rusia, en 1804, era famosa por la calidad de sus estudios de ingeniería.

Creo que los dirigentes rusos no previeron la desaparición de la parte rusófona de Ucrania como agente político autónomo, aunque ahora sean necesariamente conscientes de ello. Su guion más probable era otro muy distinto: como Ucrania era incapaz de encontrar su equilibrio mientras Rusia se recuperaba, cabía suponer que se volvería hacia esta última para unírsele. Al fin y al cabo, las industrias ucranianas que operaban en sectores punteros, sobre todo el aeronáutico, el aeroespacial y el militar, estaban vinculadas a Rusia y se ubicaban principalmente en el este del país.

Estoy convencido de que los rusos hicieron este cálculo, y esta es sin duda una de las razones por las que, cuando estalló la Unión Soviética, dejaron que Ucrania se «independizara» sin pedir que se rectificaran las fronteras para recuperar a las poblaciones rusas o rusófonas del nuevo Estado. La persistencia de un componente ruso debía asegurar un control perpetuo de Rusia sobre Ucrania. La población rusa o rusófona habría servido de vínculo.

Esta visión resultó ser demasiado simple. El factor lingüístico no ha desempeñado el papel que se esperaba. Si el sistema ucraniano lucha por su supervivencia, muchos individuos y familias lo debilitan al luchar por la suya propia. En el caso de Jarkov, se trataba de

jóvenes rusófonos que, para su desarrollo intelectual, querían seguir utilizando su lengua materna, una de las grandes de la cultura europea, y no un dialecto de origen campesino reciente. En términos más generales, los miembros de las clases medias rusófonas, objetivo de la hostilidad de los nacionalistas ucranianos en una sociedad en quiebra, y que veían cómo Rusia prosperaba, decidieron emigrar. Al declarar la guerra a la lengua rusa, probablemente la intención de los nacionalistas era tanto o más expulsar a los rusófonos que convertirlos al uso de la suya propia.

Desde el comienzo de la guerra, en Occidente se ha hablado mucho de la emigración de ucranianos a la Unión Europea. Los especialistas también deberían habernos informado de la existencia de un flujo migratorio más antiguo y continuado hacia Rusia, que afectaba sobre todo a las clases medias, pero también, sin duda, a los trabajadores cualificados.

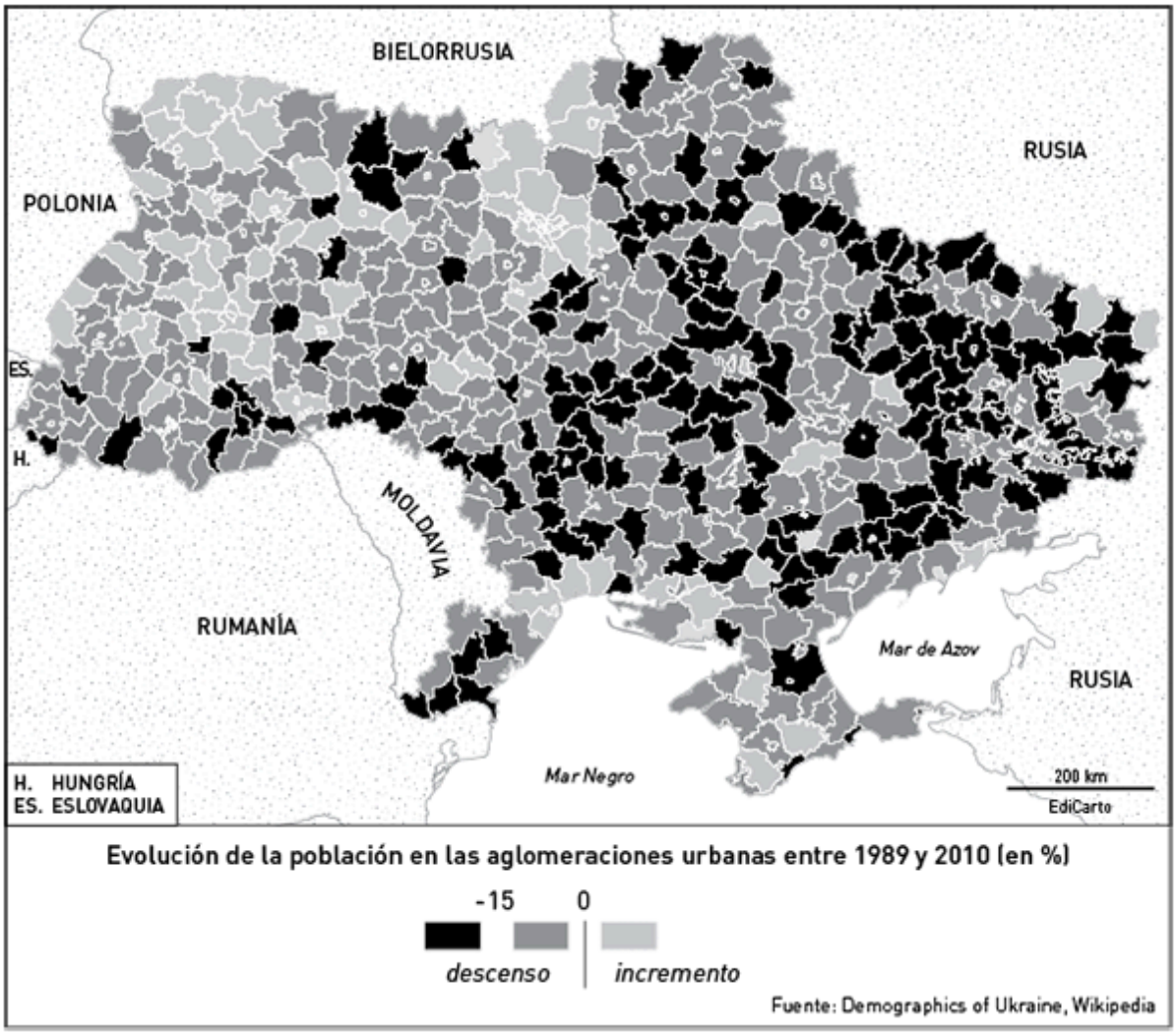
Este éxodo socialmente diferenciado hacia el polo de atracción ruso es demostrable si tenemos en cuenta el vínculo existente entre las clases medias y el sistema urbano. Basta con echar un vistazo al mapa que ilustra la evolución de los centros urbanos de Ucrania.

Entre 1989 y 2010, las poblaciones urbanas se mantuvieron estables, incluso mostraron cierto dinamismo en Ucrania occidental y en la mitad occidental de Ucrania central, zonas que, conviene recordar, estaban inicialmente poco urbanizadas y con escasa presencia de clases medias. Pero el fenómeno clave se observa en el este, donde muchas ciudades perdieron más del 20% de su población, incluso fuera de la parte rusófona del país. Esta es la verdadera crisis de la sociedad ucraniana: no sólo la fragilidad de sus clases medias, sino la desaparición de las clases medias rusófonas. Cabe señalar que esta Ucrania de las ciudades no es sólo la de las clases medias, sino también la de los oligarcas, que, en aquel momento, aún no habían sido domeñados. Parece que lo fueron tras el comienzo de la guerra.

Es interesante comparar el mapa que muestra la evolución de la población urbana con el de la población general. No coinciden. En el oeste, encontramos una Ucrania más resistente. Pero el principal foco de despoblación se encuentra esta vez en la Ucrania central,

particularmente en su parte norte. Chernóbil, justo al norte de Kiev, tiene sin duda algo que ver. Pero lo cierto es que el colapso de las ciudades en la parte rusófona es bastante concreto.

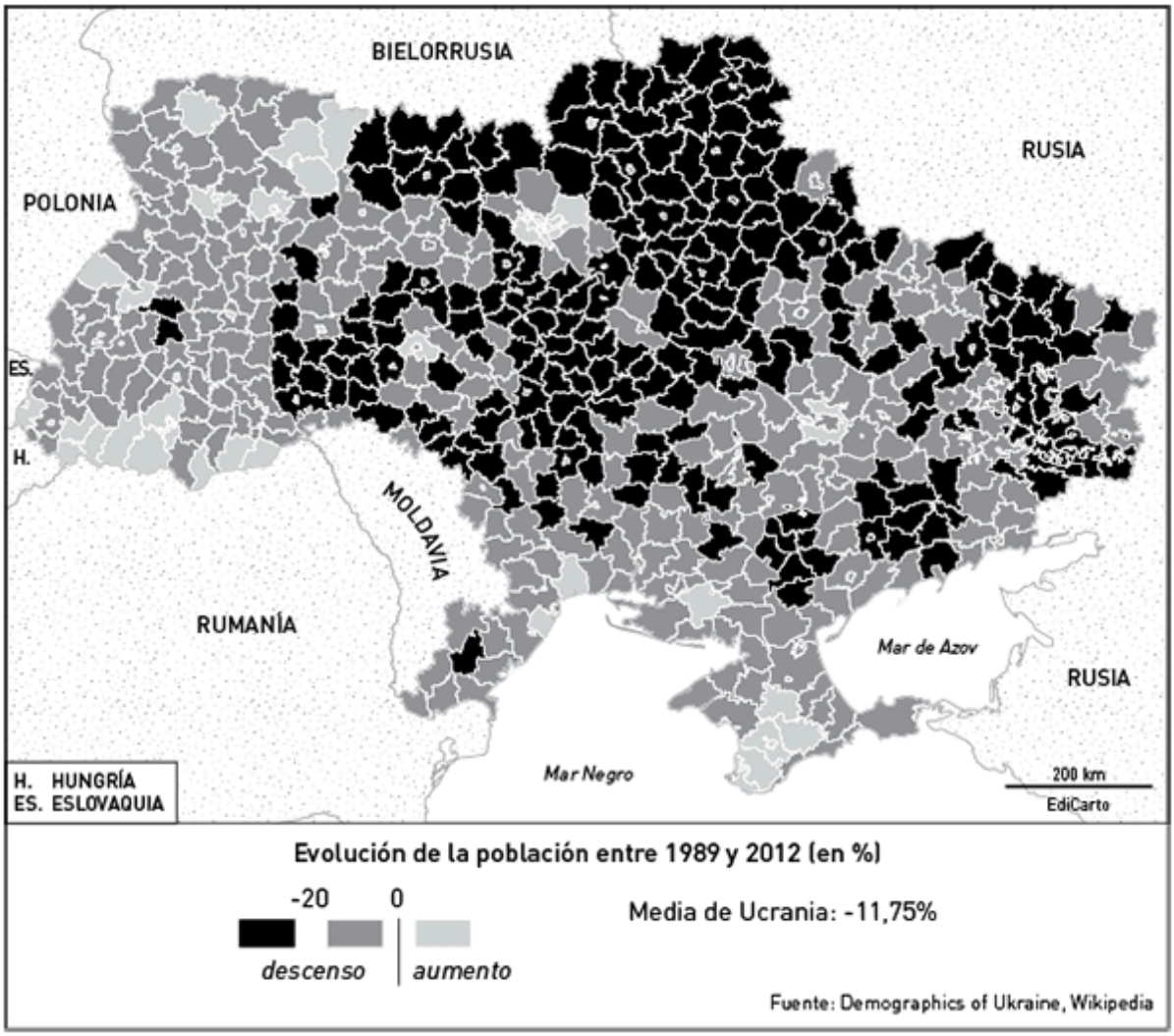
Mapa 2.4. El declive de la población urbana en Ucrania de 1989 a 2012.



En el siguiente capítulo nos ocuparemos de la fragilidad de las clases medias en Europa del Este, una característica de casi todas las antiguas democracias populares. En el caso de Ucrania, la huida de las clases medias rusófonas fue precedida por la de los judíos. De hecho, estos constituían una parte importante de las clases medias. Su nivel educativo, superior al del conjunto de la población, era

consecuencia de una religión que, al igual que el protestantismo (pero un milenio y medio antes), siempre ha considerado que la educación es esencial. En Ucrania, los judíos hablaban ruso o yiddish, no solían mostrar preferencia alguna por la lengua de los campesinos. Proporcionalmente, había más judíos en Ucrania que en Rusia, aunque hacia 1970 las cifras globales se aproximaban: 817.000 en Rusia, 777.000 en Ucrania (para una población un tercio de la rusa). En 2010, sólo había 158.000 judíos en Rusia y 71.000 en Ucrania, lo que significa que entre 1970 y 2010 su número descendió un 80% en Rusia y un 90% en Ucrania, donde en torno a 1970 representaban el 1,7% de la población, frente a sólo el 0,6% en Rusia[9]. Así pues, la sangría adicional de miembros de las clases medias ha sido más significativa en Ucrania.

Mapa 2.5. El declive de la población de Ucrania de 1989 a 2012.



2014, EL FIN DE LA ESPERANZA DEMOCRÁTICA

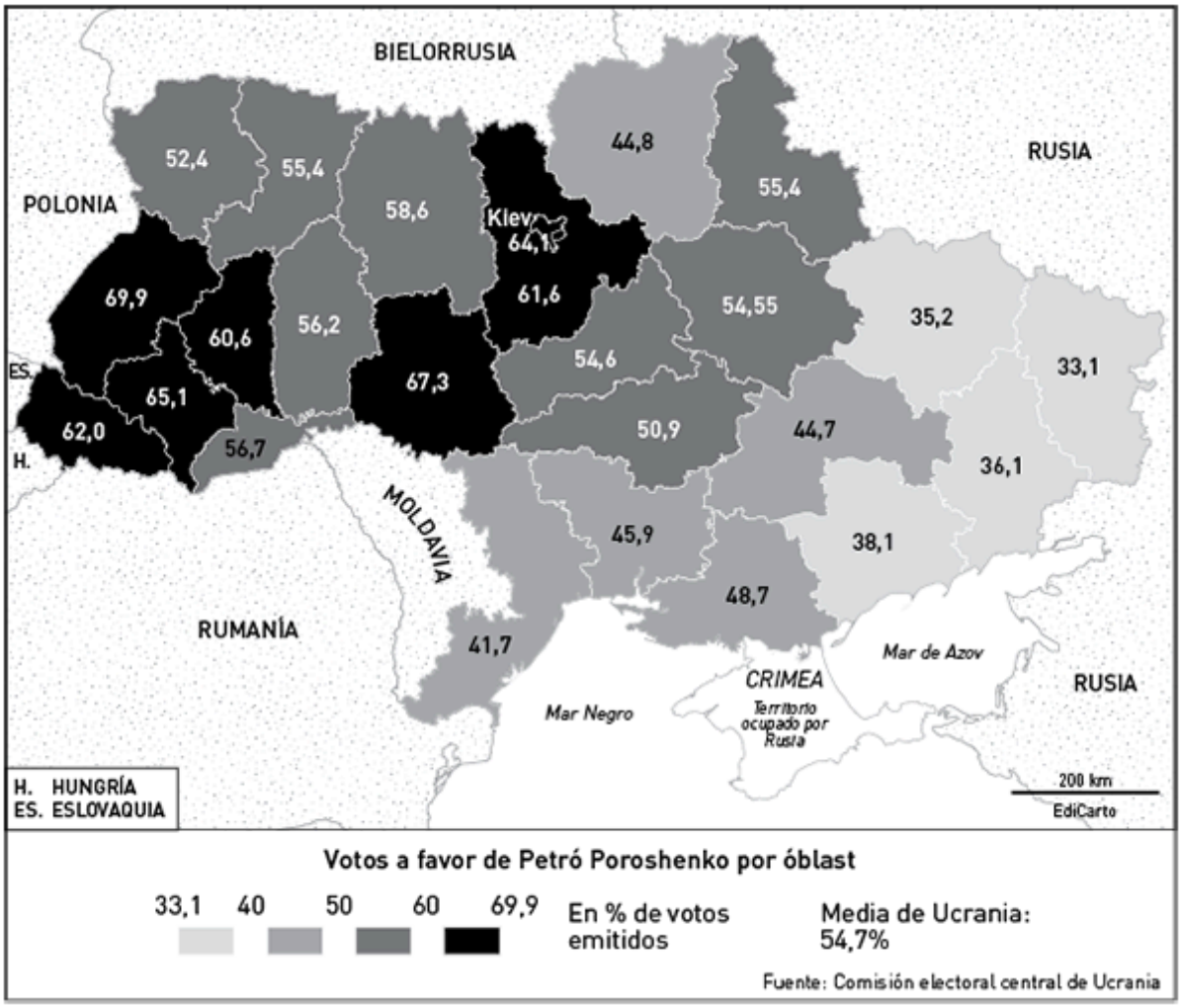
La crisis del Maidán en 2014 precipitó una ruptura. Las elecciones de 2010 se habían considerado limpias. Las que se celebraron tras el Maidán y la destitución de Yanukóvich fueron harina de otro costal.

En 2014, sin embargo, el mapa más importante no es el de los resultados. Como habitualmente, Poroshenko, en 2014, obtuvo sus mejores porcentajes en Ucrania occidental y central, y no logró la mayoría en Ucrania meridional y oriental. El mapa decisivo es el de la abstención. En 2014, la participación se había desplomado en las regiones rusófonas; estas elecciones marcan el momento en que dichas regiones desaparecieron del sistema político ucraniano. Sin

entrar en los detalles de las numerosas prohibiciones de partidos políticos, podemos decir, a partir de la abstención registrada, que las elecciones de 2014 marcaron el final de una democracia ucraniana, que, a decir verdad, nunca había funcionado.

Asistimos al nacimiento de una Ucrania restringida, reconcentrada en torno a sus regiones de habla ucraniana. Tiene dos polos. En primer lugar, uno nacionalista extremadamente activo en torno a Lviv, en Galitzia, una región sin vínculos culturales reales con Rusia y cuya historia entera, desde el Imperio austriaco hasta el pogromo de 1941, está ligada a la esfera germánica, con la excepción de un breve periodo de ocupación por las tropas de Stalin entre la firma del pacto germano-soviético y el comienzo de la *Operación Barbarroja* en junio de 1941. En segundo lugar, otro dominado por Kiev, la capital, con 2,9 millones de habitantes, cuya población no disminuyó durante la crisis y que desempeña un papel rector en la Ucrania central poco urbanizada, algo parecido a París en el corazón de su cuenca entre 1789 y 1848.

Mapa 2.6. Las elecciones ucranianas de 2014: votos a favor de Poroshenko.

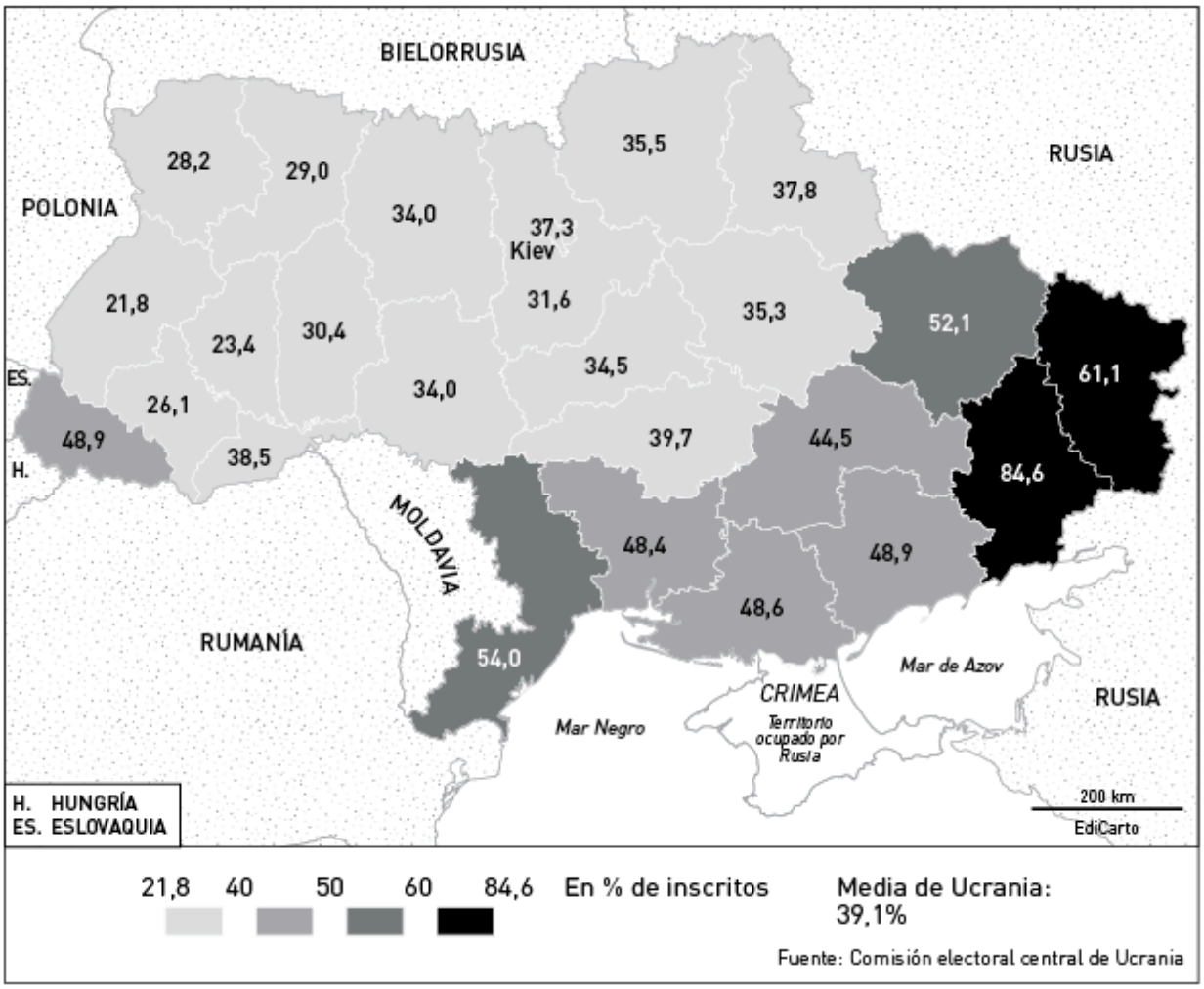


Recapitulemos. De entrada, distinguimos tres Ucranias. Por un lado, una Ucrania occidental, bastante rural, de familia nuclear muy clara, que sigue estructurada por tradiciones religiosas greco-católicas (los uniatas) y es el foco tradicional del nacionalismo en torno a Lviv, su principal centro urbano. Puede describirse como la *Ucrania ultranacionalista.*

Junto a ella hay una Ucrania central que incluye a Kiev, la capital, mucho menos definida, de religión ortodoxa, familia nuclear con un parentesco patrilineal débil y un carácter ciertamente individualista, pero que nunca ha conseguido dar a luz un Estado. Más que un lugar de construcción estatal, Kiev es el lugar donde «colapsa» el poder central: allí se desarrollaron la Revolución Naranja y luego la revuelta del Maidán, y donde, antes de la guerra, se llevaron a cabo las

manipulaciones económico-políticas de los oligarcas. Puede describirse como la *Ucrania anárquica.*

Mapa 2.7. Índice de abstención en 2014.

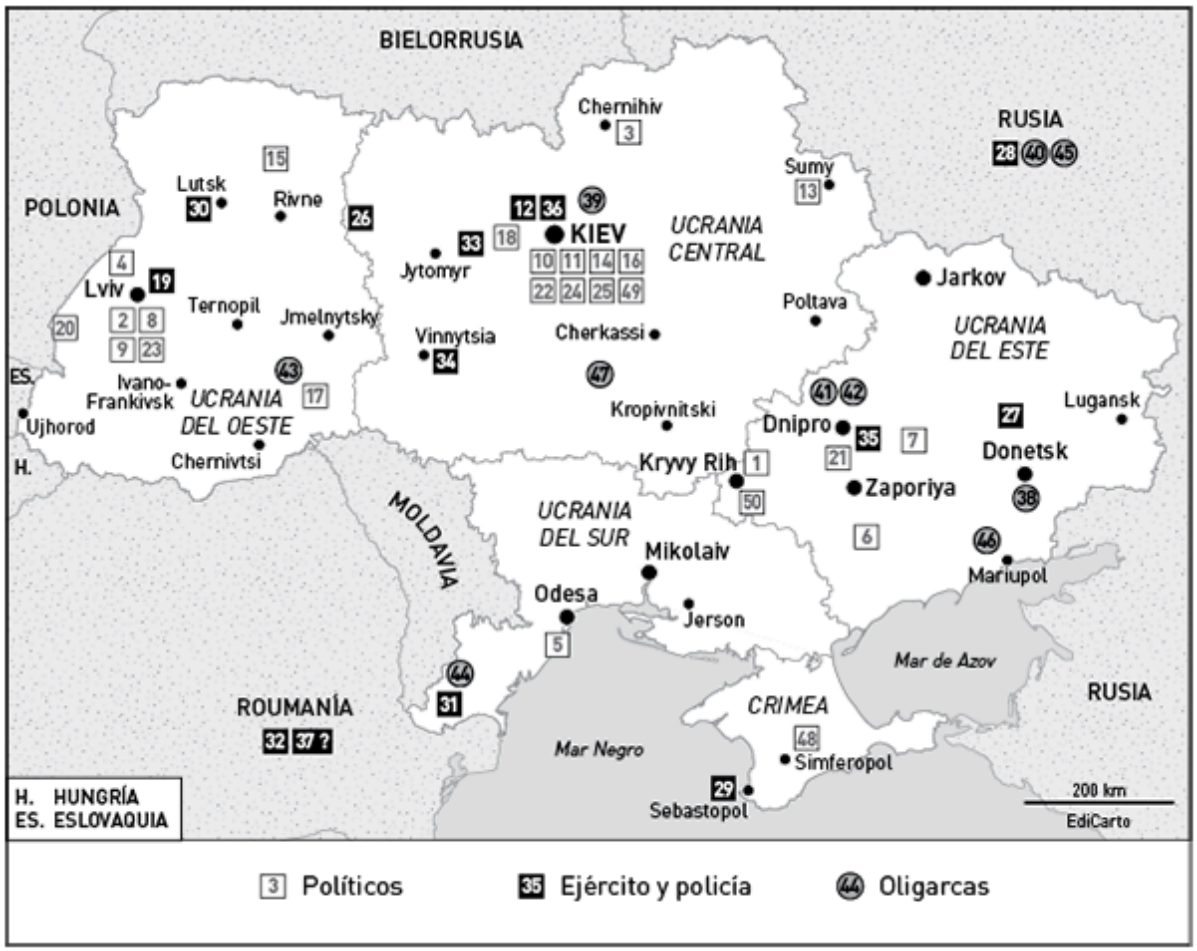


Por último, hay una región que comprende el sur y el este del país, que solía ser rusófila pero cuyas clases medias han desertado y que a día de hoy, si no está ocupada por el ejército ruso, carece de forma, a pesar de su fuerte base antropológica nuclear y patrilineal. Yo la llamaría la *Ucrania anómica,* en el sentido de atomización social que la sociología estadounidense da tradicionalmente a este término.

Está claro que, desde 2014, Occidente y la Ucrania central actúan de consuno contra la parte rusófila, algo que puede verse con

claridad en el mapa y la tabla que muestran el origen geográfico de las actuales elites ucranianas. Se han seleccionado los miembros del Gobierno, los más altos cargos del ejército y la policía, los diez oligarcas más ricos y algunas personalidades de los medios de comunicación. La tabla es nominal y los lectores podrán juzgar por sí mismos la pertinencia de la muestra.

Mapa 2.8. ¿De dónde son originarias las elites ucranianas?



El oeste, la Ucrania ultranacionalista, está sobrerrepresentado entre la elite política. El centro, la Ucrania anárquica, está sobrerrepresentado entre la elite militar-policial. El este y el sur, la Ucrania anómica, sólo tienen de su lado a los oligarcas, la mayoría de los cuales han sido marginados o reprimidos desde el inicio de la

guerra.

Los acontecimientos han favorecido el surgimiento de una estructura centralizada que no es un Estado propiamente dicho, sino una organización militar-policial financiada por Washington, por lo que los oligarcas han desaparecido de forma natural como órganos de poder autónomos, junto con el pluralismo que defendían. Su caída también está ligada a la caída global de la rusofonía. Esta descripción no excluye en absoluto la existencia de fuerzas ideológicas y grupos que compiten por el control de la Administración y de las ayudas occidentales, pero, ante todo y sobre todo, son firmemente nacionalistas.

Tabla 1. Las elites ucranianas.

(P) Políticos; (FAS) Ejército y policía; (O) Oligarcas	
1.	Volodímir Olexandrovich Zelenski, presidente de Ucranía (P)
2.	Denís Anatóliyoviych Shmihal, primer ministro (P)
3.	Yulia Anatolivna Sviridenko, primera viceprimera ministra y ministra de Economía y Comercio (P)
4.	Irina Andriivna Vereschuk, viceprimera ministra y ministra para la Reintegración de los Territorios Temporalmente Ocupados (P)
5.	Olga Vitaliyivna Stefanishina, viceprimera ministra para la Integración Europea y Euroatlántica de Ucrania (P).
6.	Mijaílo Albertovich Fedorov, viceprimer ministro para Innovación, Educación, Ciencia y Tecnología, ministro de Transformación Digital de Ucrania (P)
7.	Olexandr Mikolayovich Kubrakov, viceprimer ministro para la Reconstrucción de Ucrania y ministro de Desarrollo Territorial (P)
8.	Oleg Mikolayovich Nemchinov, secretario general del Gobierno (P)
9.	German Valeriyovich Galushchenko, ministro de Energía (P)
10.	Vadim Markovich Huttsait, ministro de Juventud y Deporte (P)
11.	Olexandr Mikolayovich Kamyshin, ministro de Industrias Estratégicas (P)
12.	Igor Volodímirovich Klimenko, ministro del Interior (A)
13.	Dmitro Ivánovich Kuleba, ministro de Asuntos Exteriores (P)
14.	Yulia Anatoliyivna Laputina, ministra de Asuntos de Veteranos (P)
15.	Víktor Kirilovich Liashko, ministro de Sanidad (P)

16. Oxen Vasiliovich Lisovyi, ministro de Educación y Ciencia (P)
17. Denis Leontiyovich Maliuska, ministro de Justicia (P)
18. Sergii Mijaílovich Marchenko, ministro de Finanzas (P)
19. Olexii Yuriyovich Reznikov, ministro de Defensa hasta el 6 de septiembre de 2023 (A)
20. Mykola Tarassovich Solsky, ministro de Política Agraria y de Alimentación (P)
21. Ruslan Olexandrovich Strilets, ministro de Protección de Medio Ambiente y Recursos Naturales (P)
22. Olexandr Vladislavovich Tkachenko, ministro de Cultura y Política de Información (P)
23. Oxana Ivanivna Zholnovych, ministra de Política Social (P)
24. Andriy Borísovich Yermak, al frente de la Administración Presidencial (P)
25. Vitali Volodímirovich Klichkó, alcalde de Kiev (P)
26. Valeri Fedorovich Zaluzhni, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas (A)
27. Sergii Olexandrovich Shaptala, jefe del Estado Mayor (A)
28. Olexandr Stanislavovich Sirski, comandante del Ejército de Tierra (A)
29. Olexi Leonidovich Neizhpapa, comandante de la Marina (A)
30. Mykola Mykolaiovych Oleschuk, comandante del Ejército del Aire (A)
31. Maxim Viktorovich Myrhorodsky, comandante de las Fuerzas de Asalto Aéreas (A)
32. Víktor Olexandrovích Jorenko, comandante de las Fuerzas de Operaciones Especiales (A)
33. Vasil Vasilovich Maliuk, jefe de los Servicios de Inteligencia ucranianos (SBU) (A)
34. Sergii Anatoliyovich Andruschenko, ayudante de Maliuk (A)
35. Sandurski Valeriyovich Anatoli, ayudante de Maliuk (A)
36. Kyrylo Olexiyovich Budánov, director de la Dirección General de Inteligencia del Ministerio de Defensa (GUR MOU) (A)
37. Vadim Skibitski, director adjunto de Servicios Militares (A)
38. Rinat Leonídovich Ajmétov (O)
39. Victor Mijaílovich Pinchuk (O)
40. Kostantin Valentinovich Zhevago (O)
41. Igor Valeriovich Kolomoiski (O)

42. Gennadi Borissovich Bogoliubov (O)
43. Olexandr Volodímirovich Gerega (O)
44. Petró Olexíyovich Poroshenko (O)
45. Vadim Vladislavovich Novinski (O)
46. Alexandr Vladilenovich Yaroslavski (O)
47. Yuri Anatoliovich Kosiuk (O)
48. Sevgil Jairetdynivna Musayeva, una de las periodistas más famosas de Ucrania, elegida por *Time* entre las cien personas más influyentes del mundo en 2022 (P)
49. Olexandra Viacheslavivna Matviichuk, abogada, activista, premio Nobel de la Paz 2022 (P)
50. Olena Volodímirivna Zelenska, primera dama (P)

(Fecha: 2 de julio de 2023)

La sobrerrepresentación de los ucranianos centrales en el aparato militar y policial puede resultar sorprendente. Paradójicamente, es resultado de la naturaleza anárquica de la Ucrania central, derivada de una base familiar nuclear en ausencia de tradiciones estatistas. El ejército y la policía encarnan lo contrario de esa naturaleza general. Basados en conceptos jerárquicos, representan un principio de orden y dominan de manera fácil y natural su entorno, siempre que lo consideren adecuado. El ejército tiene una particular fuerza política en sociedades caóticas y desorganizadas, y no le resulta difícil hacerse con el poder, como es tradicional en América Latina, un continente de familias nucleares. Paradójicamente, aunque las culturas autoritarias pueden producir grandes tradiciones militares, no son entornos propicios para los golpes de Estado. Hitler y Stalin jamás se vieron realmente amenazados por sus generales. La tradición rusa, en particular, garantiza la absoluta sumisión política del ejército, razón por la cual Putin tenía poco que temer de la rebelión de Prigozhin.

Así que en 2014 asistimos al verdadero nacimiento de la nación ucraniana, a través de la alianza del ultranacionalismo del oeste y el anarco-militarismo del centro contra la parte rusófila del país, debilitada por la huida de sus elites. Y fue esta nueva nación

ucraniana, reducida y concentrada, la que resistió eficazmente el ataque ruso. Basta con observar la geografía de la invasión para convencerse: el avance ruso en la región meridional, hasta Jerson, fue fácil, mientras que hacia Kiev se topó con una resistencia muy fuerte. Estos diferentes niveles de resistencia reflejan la relación específica que cada una de esas dos regiones mantiene con Rusia.

HACIA EL NIHILISMO ANTIRRUSO

Los rusos no fueron capaces de imaginar que el dinamismo de su propia sociedad vaciaría Ucrania de parte de sus elites, y menos aún que esta Ucrania sería capaz de resistir militarmente, movilizada por un sentimiento antirruso de nuevo calado.

He aquí una lección para nosotros. La guerra ha revelado procesos sociológicos e históricos inéditos, o que nunca se nos había ocurrido examinar en el pasado. En una sociedad ucraniana desequilibrada, el resentimiento contra Rusia se ha acabado convirtiendo en una guía, un horizonte; incluso me atrevería a escribir: un elemento de estructuración social.

De hecho, Rusia sigue habitando y regulando la psique ucraniana, pero de un modo negativo. Si la reconstrucción económica no fuera posible, la guerra (financiada por Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Europea) podría convertirse en una razón para vivir. Y también en un medio.

En un texto de julio de 2022, Putin habló largo y tendido sobre la asociación histórica entre Rusia y Ucrania. Si pensamos en términos de larga duración histórica, tiene razón. En efecto, la Nueva Rusia fue conquistada por los rusos y Odesa fue fundada por iniciativa de Catalina II en 1794. Pero lo que Putin no tuvo en cuenta fue que la desintegración de la URSS y de la economía comunista había producido en Ucrania una fijación negativa con Rusia. Sí, los rusos siguen ocupando el centro del sistema mental de los ucranianos… pero de un modo negativo.

Los rusos hablan sin cesar de neonazis ucranianos. Las «democracias occidentales» (a través del silencio de sus dirigentes,

periodistas y académicos) parece que consideran que lucir y enarbolar enseñas derivadas de las SS es algo inofensivo y compatible con sus ideales, probablemente sin evaluar la dejación que delata ese silencio. Como occidentales, nuestra actitud indiferente resulta inaceptable y dice algo terrible sobre nuestro estado moral y nuestra relación con la Shoah, aun cuando nos atiborremos de celebraciones conmemorativas. Pero este capítulo trata de Ucrania, no de nosotros, y no creo que la «cuestión neonazi» sea la fórmula adecuada, o cuando menos suficiente, para describir la situación ucraniana desde dentro.

Reactivando el recuerdo de la Gran Guerra Patria, los rusos pretenden estar desnazificando el país. Pero ¿de qué tipo de nazismo? Algo parecido al «neonazismo» existe sin duda en la parte occidental de Ucrania, donde, durante la Segunda Guerra Mundial, la organización nacionalista de Stepan Bandera, en coordinación con la Wehrmacht y las SS, masacró a muchos judíos. Bandera es venerado hoy en Ucrania. En la medida en que uno de los dos polos del actual poder político ucraniano se sitúa ahí, hay que tomar en serio el banderismo, ideología que está impregnada de antisemitismo.

Sin embargo, en la zona central rusófona o ucranianófona, sólo estamos, en mi opinión, ante un pseudonazismo, promovido por analfabetos en historia que retoman los símbolos del monstruo sin ser realmente antisemitas. Ahora bien, no existe nazismo sin antisemitismo. Lo que caracteriza hoy a la mayor parte de Ucrania, al margen de Galitzia, no es el antisemitismo sino la rusofobia, oposición conceptual entre dos odios que es también un acercamiento, ya que se dirigen contra grupos mitificados. De hecho, la rusofobia se da en ocasiones en la parte rusófona del país, donde revela un auténtico odio hacia sí misma. El núcleo fundador del Batallón Azov, batallón paramilitar especialmente señalado por las acusaciones rusas de neonazismo (y muy violento, por cierto), estaba formado por rusófonos.

Más que el neonazismo de Ucrania occidental, es la rusofobia generalizada en toda Ucrania *antes* de la invasión lo que constituye el nuevo fenómeno y lo que hay que comprender.

En este empeño nacionalista antirruso, no todo viene del pasado. Hubo, por supuesto, acontecimientos como el Holodomor que pudieron inspirar sentimientos de este tipo. Pero los rusófonos del Donbass que han tomado partido por Ucrania y utilizan símbolos nazis (sin duda son muy pocos) eran de cultura rusa. En este caso concreto, me gustaría ver una reacción minoritaria de esas clases bajas abandonadas por las clases medias rusas. Todo esto, lo admito, sigue siendo altamente especulativo. Pero debemos tratar de explicar por qué se desarrolló una nueva rusofobia entre la mayoría ucranianófona antes de la guerra.

Puedo proponer una hipótesis de carácter más general. La estrategia suicida de Kiev, tan poco realista, sugiere la paradoja de un apego patológico de los ucranianos a Rusia: una necesidad de conflicto que revela una incapacidad para separarse. Para valorar lo que viene a continuación, permítanme recordar que, al contrario de lo que repiten los medios de comunicación occidentales, el Donbass y Crimea no son simplemente rusófonos sino rusos.

Moscú pedía tres cosas. En primer lugar, por supuesto, conservar Crimea, que, desde el punto de vista estratégico, es vital para la seguridad e incluso la existencia de su flota en el mar Negro; en segundo lugar, que la situación de las poblaciones rusas del Donbass fuese aceptable; por último, la neutralidad de Ucrania. Pues bien, una nación ucraniana segura de su existencia y de su destino *en Europa occidental* habría aceptado estas condiciones; incluso se habría deshecho del Donbass. Tras la implosión del espacio soviético, los checos y los eslovacos, que ya no querían vivir juntos, se separaron amistosamente, y los primeros, que eran los que predominaban, renunciaron a su dominio. Al comprobar las desavenencias existentes entre rusos y ucranianos, Ucrania podría haber dejado que las regiones propiamente rusas se separaran, para así concentrarse en la construcción de un Estado-nación propiamente ucraniano, reconocido por todos y ayudado por algunos. Pero, después de 2014, decidió continuar la guerra para reconquistar el Donbass y su población rusa, y nunca dejó de reclamar Crimea y su población rusa; quería mantener su soberanía sobre las poblaciones de otra nación, y de una mucho más poderosa. En el universo

consciente y racional de las relaciones internacionales, el proyecto era, repito, suicida, y la realidad actual demuestra que Ucrania se está suicidando como Estado. Pero si nos fijamos en las motivaciones profundas de esa voluntad ucraniana de mantener las provincias rusas bajo la soberanía de Kiev, podemos intuir la acción de fuerzas inconscientes que se negaban a separarse de Rusia y querían seguir vinculadas a ella. Reconquistar el Donbass y Crimea era, en cierto modo, seguir siendo ruso en el sentido general del término, incluyendo tanto a los «gran rusos» como a los «pequeños rusos». Más allá de las incesantes proclamas de europeidad y occidentalidad por parte de Kiev, estar en guerra perpetua con Rusia era permanecer para siempre dentro del antiguo Imperio de los zares, ¡cuando habría sido tan fácil abandonarlo!

He planteado deliberadamente la entrada en acción de un inconsciente «ruso» en las elites ucranianas antes de examinar con más detalle la extrema violencia de sus acciones conscientes para librarse de la huella rusa, que han tomado la forma de un suicidio por etapas.

La primera fue el suicidio económico, que constituyó una especie de acto inaugural, en plena consonancia con la ideología economicista de la Unión Europea. Fue la cuestión de la asociación económica, ya fuera con Rusia, ya con la Unión Europea, lo que provocó el Maidán. Dado que las industrias, situadas principalmente en el este, mantenían relación con la industria rusa, Yanukóvich no podía optar por la UE sin provocar la destrucción no sólo de la zona oriental en términos industriales, sino de Ucrania en su conjunto.

Para Kiev, elegir la asociación económica con la Unión Europea significaba, insisto, condenar a la industria ucraniana, tan estrechamente vinculada a Rusia, al declive y devolver al país a la especialización agrícola del siglo XIX. La decisión se tomó, el objetivo se alcanzó… pero en contra de los intereses a largo plazo de un eventual Estado-nación ucraniano.

El ensañamiento del Gobierno central con la lengua rusa no sólo se dirige contra los rusófonos. En Ucrania, la lengua rusa era la lengua de la alta cultura. Por tanto, su erradicación no afecta sólo a la Ucrania rusófona; es un síntoma de auto-odio. El Gobierno del

presidente Volodímir Olexsandrovich Zelenski, él mismo de origen rusófono, no ha dejado de intensificar la guerra cultural. Según David Teurtrie, «en los últimos años, ha promulgado leyes destinadas a eliminar el ruso de todo el espacio social. Desde 2022 y el comienzo de la guerra, está prohibido estudiar a escritores rusos en la escuela, los académicos que utilicen el ruso en las clases pueden ser despedidos por hacerlo, hay multas para los funcionarios que publiquen mensajes en ruso en las redes sociales. Y Zelenski acaba de presentar en el Parlamento una ley que obliga a los funcionarios ucranianos a dominar… el inglés». Esta negación de uno mismo nos conduce hacia la noción de nihilismo.

Todos conocemos la sentencia de Clausewitz: «La guerra es simplemente la continuación de la política por otros medios». Apenas se puede aplicar al análisis del caso ucraniano. Querer sustituir o mantener bajo soberanía ucraniana a las poblaciones rusas, en el Donbass y Crimea, frente a una Rusia inmensamente más poderosa no puede considerarse un proyecto político llevado a cabo por otros medios. Aquí, la guerra es un objetivo en sí mismo, da sentido a una nación en la que la política no existe: es la incapacidad del Estado-nación ucraniano para emerger y encontrar su equilibrio lo que sostiene una guerra sin fin. «Neonazismo» no es el término adecuado para calificar la incapacidad existencial del Estado-nación ucraniano; para captar la insaciable necesidad de Kiev de erigirse en justiciero frente a Moscú; para comprender la autodestrucción de la industria ucraniana; para describir la regresión de la cultura y la vida ucranianas, tan dependientes de la lengua rusa. En el corazón de la política general del Gobierno ucraniano se percibe una especie de vértigo, una huida hacia el abismo, una pulsión destructiva de lo que es sin tener en cuenta lo que podría ser. El concepto que me viene a la mente es el de nihilismo.

UN OBJETO POLÍTICO NO IDENTIFICADO

Uno de los problemas que la guerra plantea a los analistas es que, más allá de su horror, produce inevitablemente la ilusión de

simplicidad. Dos generales incompetentes que se enfrenten siempre conseguirán librar una batalla que, la mayoría de las veces, a pesar de todos sus errores a la hora de enjuiciar sus propias tropas y las del adversario, terminará con un vencedor y un vencido. Incluso un empate se tomará en serio si se ha saldado con un número suficiente de muertos. Dos bandos cara a cara. Todo se torna simple. Todo se torna simplista. Ucrania se enfrenta a Rusia, y los enfebrecidos periodistas nos dicen que se trata de una guerra de alta intensidad entre dos naciones plenamente comprometidas. Esto es falso por partida doble.

Es falso en lo que respecta a Rusia. Putin sólo ha enviado 120.000 soldados a Ucrania y, a pesar de la movilización de 300.000 reservistas, se esfuerza por proseguir lo que él ha llamado una «operación militar especial», al nivel de una guerra de tipo colonial, con objeto de no comprometer el equilibrio social que Rusia ha recuperado bajo su mandato. Por eso ha recurrido en exceso a Wagner, con los problemas que conocemos, y también a los chechenos.

Y lo mismo ocurre con Ucrania. El relato occidental presenta a una nación en armas, unánime y totalmente movilizada contra el agresor. Hagamos una evaluación. En el verano de 2022, tras la gran movilización que permitió rebasar a los rusos en los óblasts de Jarkov y Jerson, los efectivos ucranianos oficiales eran de 700.000 hombres. Pero en agosto de 1914, con la misma población en situación de reclutamiento –12 millones de hombres con edades comprendidas entre los 15 y los 60 años–, Francia reunió a 2 millones. La movilización ucraniana fue menos de la mitad de la francesa.

Nuestro estudio diferenciado del territorio ucraniano revela una posible explicación. La mitad rusófila de Ucrania probablemente no se movilizó en masa. Sin representación en los niveles donde se toman las decisiones políticas, militares y de seguridad, abstencionista en las elecciones de 2014, no es imposible que, como resulta razonable, tampoco lo esté en el plano militar.

Pero con lo que este análisis acaba es, sobre todo, con la imagen de un Estado-nación ucraniano. Para concluir este capítulo, debemos, pues, intentar definir qué tipo de objeto, o de sujeto, o de actor

histórico, es esta Ucrania en guerra.

Digamos lo que no es. Con entre doce y diecinueve partidos políticos prohibidos (no logro encontrar en ninguna parte un número fijo), no es una democracia liberal. Con un presupuesto que ya no depende de los impuestos sino de las ayudas occidentales, su Estado se encuentra en el aire.

Escuchemos a los estadounidenses cuando se rebelaron contra la Corona británica. Su famoso lema «No Taxation without Representation» («Ningún impuesto sin representación»), proclamado por sus panfletistas, expresaba su rechazo a ser gravados por un Parlamento en el que no estaban representados. La tributación consentida es parte integrante de la democracia liberal, al igual que el gobierno de la mayoría y la protección de las minorías. La fiscalidad puede clasificarse dentro del apartado weberiano del monopolio de la violencia legítima: presupone el derecho del Estado a extraer riqueza de sus ciudadanos, por oposición a una contribución voluntaria. El Estado no hace una colecta: grava. Y los recursos así obtenidos le permiten financiar el aparato represivo que, a su vez, garantiza la recaudación de los impuestos. El círculo se cierra. Pero el hecho de que la cuantía y el reparto de los impuestos deban ser acordados por una representación política significa que el monopolio de la violencia también es legítimo porque se ejerce democráticamente.

Nada de esto es aplicable a esta Ucrania en guerra. Ya no hay representación política del conjunto de ciudadanos, salvo quizá de los habitantes de sus partes central y occidental, aunque ni siquiera esto es seguro. Y, en cualquier caso, los recursos de su aparato militar y represivo proceden ahora del exterior, de diversas potencias occidentales, principalmente expresados en dólares y euros.

Así que Ucrania no es una democracia liberal, y el tema ideológico-periodístico de las democracias liberales occidentales acudiendo al rescate de una naciente democracia liberal ucraniana es obviamente absurdo. Si existe un vínculo entre ellas, se basa en una identidad de naturaleza diferente. Como mostrarán los capítulos dedicados a Europa y a la Americanosfera[10], Occidente ya no es un mundo de democracias liberales. Es demasiado pronto para decir lo que es,

pero veremos que las coincidencias de valores –aunque estos no sean ni democráticos ni liberales– entre Ucrania y Occidente son numerosas y profundas. Estos aliados se han «encontrado», y la integración del Estado ucraniano en guerra en el sistema de financiación libre de impuestos de Occidente no es simple fruto del azar.

---

[1] Vése Emma Lambertin, «Lessons from Ukraine: Shifting International Surrogacy Policy to Protect Women and Children», *Journal of Public and International Affairs,* 1 de mayo de 2020.

[2] Leroy-Beaulieu, *L'Empire des tsars et les Russes,* cit., p. 90.

[3] Véase Emmanuel Todd, *Où en sont-elles? Une esquisse de l'histoire des femmes,* París, Seuil, 2022, cap. 14.

[4] Oliver H. Radkey, *The Election to the All-Russian Constituent Assembly. 1917* [1950],Ithaca, Cornell University Press, 1977 (nueva edición).

[5] Las cifras de víctimas causadas por el Holodomor son objeto de un intenso debate. Para los 2,6 millones de muertos a los que hago referencia, me baso en el artículo «A New Estimate of Ukrainian Populations Losses During the Crises of the 1930s and 1940», aparecido en *Population Studies* 56 (2002), pp. 249-264. Está firmado por Jacques Vallin, France Meslé, Serguei Adamets y Serhii Pyrozhkov, investigadores cuya competencia, en mi opinión, está fuera de toda sospecha.

[6] Véase Alexandra V. Lysova, Nikolay G. Shchitov y William Alex Pridemore, «Homicide in Russia, Ukraine, and Belarus», en *Handbook of European Homicide Research. Patterns, Explanations and Country Studies,* Nueva York, Springer, 2011, pp. 451-470.

[7] Anders Åslund, *Ukraine. What Went Wrong and How to Fix It,* Washington, Peterson Institute for International Economics, 2015, pp. 8-9.

[8] Le agradezco esta información, así como esta clave.

[9] Mark Tolts, «A Half Century of Jewish Emigration from the Former Soviet Union: Demographic Aspects», Project on Russian and Eurasian Jewry, Davis Center for Russian and Eurasian Studies, Harvard University, 20 de noviembre de 2019.

[10] Para referirme al conjunto formado por Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, utilizaré el término *Americanosfera* –del que ya hablé en mis libros anteriores– allí donde la mayoría de los autores utilizan el término *Anglosfera*. La idea de una comunidad reforzada entre estos cinco países es un hecho cultural y geopolítico evidente, y el concepto de Anglosfera, tal como lo presenta James C. Benett (*The Anglosphere Challenge. Why the English-Speaking Nations Will Lead the Way in the Twenty-First Century,* Lanham, Rowman and Littlefield, 2004) resulta indispensable. No es tanto la absorción de los otros cuatro países por parte de Estados Unidos lo que me hace preferir el término *Americanosfera* cuanto la desaparición, como veremos, de la dirección cultural «anglo» en el propio Estados Unidos.

CAPÍTULO III

RUSOFOBIA POSMODERNA EN EUROPA DEL ESTE

Cada uno de los dos capítulos anteriores comenzó con una sorpresa. Sorpresas provocadas por la resistencia de la economía rusa para reflexionar sobre Rusia; luego por la resistencia militar de Ucrania para reflexionar sobre este país. Este capítulo, dedicado a Europa del Este, es decir, a las antiguas democracias populares, a las que he añadido las repúblicas bálticas, comenzará sin sorpresas. Nada de la relación entre Europa del Este y Europa occidental y Rusia ha sorprendido a nadie, aunque debería haberlo hecho. Era como si, desde el final del comunismo y, más aún, desde el comienzo de esta guerra, la rusofobia de Europa del Este y su pertenencia al campo occidental fueran algo perfectamente natural, parte de una historia conocida desde la noche de los tiempos y que no necesitaba explicación. Pero nada de esto era evidente.

PERPLEJIDADES EN SERIE

No olvidemos que, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, todos estos países estaban gobernados, si no por dictaduras, al menos por regímenes autoritarios en una región asolada por el antisemitismo. Con una excepción: Checoslovaquia, que era una democracia liberal, prima hermana de Francia, y más desarrollada que esta en términos de industria y educación. Por tanto, la sovietización de posguerra no se produjo en un mundo que inicialmente hubiera sido democrático y liberal. Y cuando Europa del Este empezó a integrarse en la OTAN y luego en la Unión Europea a partir de 1999, no estaba reincorporándose a una trayectoria de la que lamentablemente se había desviado por causa de Stalin. Su conversión al liberalismo debería haber sido una sorpresa. Otro hecho sorprendente: las dos regiones o países de Europa del Este

que no pueden calificarse simplemente de rusófobos son Alemania oriental y Hungría. En el este de Alemania todavía es palpable cierta nostalgia del comunismo entre una minoría de personas, y el apoyo a Ucrania es más débil que en el resto de la República Federal. En cuanto a Hungría, bajo el liderazgo de Viktor Orbán, es, por así decirlo, oficialmente hostil a la postura proucraniana de la Unión Europea y pretende seguir colaborando con Rusia. Sin embargo, son precisamente los dos países que, más que ningún otro, lucharon contra Rusia durante el periodo del dominio soviético: en 1953 en Alemania oriental con huelgas masivas; en 1956 en Hungría con una revolución que el Ejército Rojo ahogó en sangre. Más recientemente, Alemania oriental (entonces la RDA) desempeñó un papel decisivo en el final del Telón de Acero, con la colaboración húngara: a partir del momento en que los alemanes del este pudieron huir a través de Hungría, que había abierto su frontera con Austria, se acabó el dominio ruso en todo ese espacio. Que estas dos regiones o países sean ahora los menos hostiles a Rusia deja un poco perplejo.

En algunos de los países de Europa del Este existe, a primera vista, un grado comprensible de rusofobia. En primer lugar, en Polonia, una nación tradicionalmente masacrada y desmantelada, a intervalos regulares, por sus vecinos prusianos, austriacos y, sobre todo, rusos. Luego está la masacre de Katin: 4.400 oficiales polacos brutalmente asesinados por la Rusia de Stalin en 1940. Sin embargo, estos acontecimientos de la historia reciente no deben hacernos olvidar que el comunismo, a quien más mató, fue a los rusos y que fueron los propios rusos quienes lo derribaron.

En cuanto a las repúblicas bálticas, sobre todo las septentrionales, Estonia y Letonia, también es comprensible que persista cierta inquietud. En el momento de la desintegración de la URSS, tenían importantes minorías rusas, concentradas en las ciudades y las zonas industriales, donde aún siguen: el 25% de la población total en Estonia y Letonia, el 5% en Lituania. Para ellos, entrar en la OTAN, ante la perspectiva de un resurgimiento del poder ruso, parecía lógico y necesario. Además, si, como creo, la guerra en curso se salda con una derrota de Occidente y la desintegración *de facto* de la OTAN, Lituania, Letonia y Estonia pueden prever que, en

efecto, serán tres de los principales perdedores en la nueva configuración geopolítica de Europa.

Con todo, el hecho de que Letonia se presente o se considere una especie de virgen democrática (y, por tanto, rusófoba) no deja de ser desconcertante. Es cierto que un nacionalismo intrínseco permitió a las repúblicas bálticas librarse de la dominación rusa tras la Primera Guerra Mundial. Pero Estonia y Letonia (esta última se correspondía aproximadamente, en la época zarista, con Livonia, que también incluía una parte de la actual Estonia) destacaron por su apoyo al bolchevismo, muy superior a la media rusa. En las elecciones a la Asamblea Constituyente de 1917, la media de los bolcheviques en el conjunto del antiguo Imperio zarista fue del 24% de los votos[1]. ¡En Estonia, obtuvieron el 40% y en Livonia, el 72%! También debemos recordar a la Guardia letona, mimada por Lenin y que desempeñó un papel tan importante durante la Revolución rusa como fuerza encargada de mantener el orden. Una encuesta realizada en 1918 entre los primeros miembros de la Cheka, la policía política bolchevique, precursora del KGB, luego FSB, revela la afinidad de los letones con el comunismo. De una muestra de 894 individuos (los escalafones superiores de la jerarquía), sólo 361 eran rusos y 124 letones, 18 lituanos, 12 estonios, 21 ucranianos, 102 polacos y 116 judíos[2]. La sobrerrepresentación de minorías en una institución revolucionaria es de por sí normal, pero ese 13,8% de letones, que no representaban más del 2% de la población en el Imperio ruso, no está nada mal. Desde un punto de vista antropológico, no hay sorpresas: la estructura familiar tradicional de los Estados bálticos, en particular Estonia y Letonia, era comunitaria de tipo ruso, productora espontánea de autoritarismo e igualitarismo, así pues, de comunismo. Este fondo antropológico báltico se integró en la OTAN y en la Unión Europea en 2004.

Volvamos a las antiguas democracias populares, Hungría al margen. Hay un contraste sorprendente entre, por un lado, su resentimiento hacia Rusia y, por otro, la forma en que perdonaron a Alemania, a pesar de que había arrasado la región durante la Segunda Guerra Mundial y de que la Wehrmacht tuvo un

comportamiento más despiadado que el Ejército Rojo. El entusiasmo con que los checos vendieron Skoda a Volkswagen en lugar de a Renault fue asombroso. Dada la importancia de la industria automovilística, se eligió entrar en la misma esfera germánica de la que tanto le había costado salir a Bohemia. De hecho, que países que a menudo fueron mártires del nazismo tomaran decisiones de este tipo plantea un verdadero interrogante al historiador. En momentos de abatimiento y mal humor, a veces me pregunto si, en ciertas naciones de Europa del Este, no hay un reconocimiento más o menos consciente hacia Alemania por haberlos librado de su «problema judío».

Una última «peculiaridad»: el amor mutuo que Polonia y Ucrania se declararon provisionalmente al comienzo de la guerra. Durante bastante tiempo, Polonia dominó una parte más o menos extensa de Ucrania occidental; los polacos eran nobles y los ucranianos no sólo campesinos, sino siervos. Como hemos visto, los nacionalistas ucranianos banderistas mataron a muchos judíos, pero también a un buen número de polacos. Ese estado de ánimo a lo «Embrassons-nous, Folleville!»[3] que prevaleció hasta septiembre de 2023 en las relaciones entre ambos países, sólo parecerá natural a quienes carezcan de conciencia histórica.

Para valorar lo extraño de la situación y comprender el sentido de la rusofobia actual, debemos reflexionar sobre la historia profunda de estas regiones y examinar su dinámica social general.

NUESTRO PRIMER TERCER MUNDO

El primer absurdo con el que se topa el historiador de la larga duración es la idea de que Europa oriental sería «parte» natural de Europa occidental, que se trataría de un fragmento del mismo mundo, desgajado durante un tiempo por el imperialismo soviético. Es exactamente lo contrario: estamos en presencia de trayectorias que siempre han sido distintas, complementarias pero opuestas.

El despegue económico (e histórico en general) de Europa

occidental comenzó en la plena Edad Media, en los siglos XII y XIII, un proceso que se aceleró a partir del siglo XVI. Tuvo un profundo efecto en la evolución de la Europa oriental, aunque para convertirla en una zona dependiente y dominada. Menos desarrollada, exportaba materias primas, concretamente cereales y madera, que intercambiaba por productos manufacturados procedentes de la Europa occidental. Siguió el ejemplo y recuperó parte del terreno perdido, y nada le habría impedido unirse con el tiempo al mundo occidental desarrollado, a imagen de Escandinavia. Pero la Peste Negra de 1348 y sus secuelas acentuaron la brecha entre las dos Europas. En el oeste, el colapso demográfico situó al campesinado en una posición de fuerza y condujo a la supresión de la servidumbre. En el este, poco urbanizado y, por tanto, menos afectado por la pandemia, se reforzó el dominio de los terratenientes y surgió lo que Engels denominó la «segunda servidumbre».

Max Weber subrayó el papel de las ciudades en el desarrollo social de Occidente, incluido el mundo rural, con la aparición al norte de los Alpes del proverbio «El aire de la ciudad te hace libre»[4]. Observó que el déficit demográfico estructural de las ciudades implicaba un flujo continuo de inmigrantes, procedentes sobre todo de las zonas rurales. En las ciudades se había abolido la servidumbre, pero una nueva diferenciación económica superponía a simples trabajadores, artesanos cualificados, oficiales y, en la cúspide de la jerarquía, el patriciado urbano. Este último competía con la aristocracia rural en su relación con el Estado monárquico, por lo que cabe pensar que el desarrollo urbano ejerció en el campo una presión negativa sobre la institución de la servidumbre.

En paralelo, el subdesarrollo urbano de Europa del Este hizo que la aristocracia terrateniente se tornase todopoderosa, sin rivales y capaz de ligar a la tierra a un campesinado hasta entonces libre. Esta «segunda servidumbre», destinada a garantizar la producción y la exportación de cereales a la Europa desarrollada, hizo su aparición en el mismo momento en que la primera desaparecía en occidente. El resultado: en el oeste, una fuerza de trabajo libre, explotada en un mercado; en el este, una fuerza de trabajo ligada a la tierra, caracterizada por la corvea más que por el trabajo remunerado, con

una dominación política directa del dueño de la tierra sobre el trabajador. Cabe señalar que libertad y servidumbre son, en general, los dos polos de una evolución histórica global. La esclavitud antigua y la trata de negros en el siglo XVIII combinaban libertad económica y servidumbre física, convirtiendo a los seres humanos en mercancías.

Lo que la historia muestra, pues, no es que Europa occidental y oriental formen parte de un mismo proceso emancipatorio, sino una complementariedad en el desarrollo antagónico de la libertad en la primera y de la servidumbre en la segunda, y, como consecuencia lejana, la democracia liberal en el oeste y la dictadura en el este.

En esencia, Europa del Este ha sido nuestro primer Tercer Mundo. No hubo tiempo de formalizar algo tan evidente porque la expresión acuñada por Alfred Sauvy llegó demasiado tarde, en 1952, cuando la zona ya había sido sovietizada. Pero fue la primera de las periferias subordinadas a una Europa occidental en rápido ascenso.

CLASES MEDIAS, ACTO I: DE LA DEBILIDAD A LA DESTRUCCIÓN

Las naciones campesinas del este conocieron estructuras de corte estatal. Estaba el reino de Polonia, por ejemplo, que unió sus fuerzas a las de Lituania, primero en 1385 con la Unión de Krewo y luego, de 1569 a 1795, en lo que se conoció como la República de las Dos Naciones. Pero, debido a la debilidad de la red urbana y de las clases medias, se trataba de Estados frágiles, dominados por una aristocracia sin control y, por tanto, presas fáciles de vecinos mejor organizados. La autodestrucción de Polonia por el *liberum veto* –la capacidad de un solo miembro del Sejm, entonces una asamblea aristocrática cuyos decretos debían ser aprobados por unanimidad, de anular una decisión– es representativa de esta mecánica social. El resultado fueron los repartos de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia en 1772, 1793 y 1795.

Paradójicamente, la incorporación a los Imperios austriaco y ruso fue un factor de recuperación industrial de estas regiones periféricas

de la Europa occidental. Bohemia (actual República Checa) se hizo un hueco en el Imperio de los Habsburgo, que le permitió desarrollarse. El primer crecimiento industrial de Hungría se debió a la protección que el mismo Imperio dispensó a su economía frente a Europa occidental. El despegue de la industria polaca se produjo en los últimos años del zarismo. Integrada en el ámbito occidental, Polonia se había visto reducida a un papel secundario por su especialización agrícola; en el Imperio ruso, era, junto con los Estados bálticos, y gracias a la difusión de la alfabetización y de las nuevas técnicas, la región más avanzada del mismo y se beneficiaba del proteccionismo que este le ofrecía. Para Polonia, desde el punto de vista económico, el final de la era zarista fue más bien un buen negocio.

Cuando los Imperios ruso, prusiano y austrohúngaro se desintegraron al final de la Primera Guerra Mundial, la característica social fundamental de esta Europa oriental donde estaban naciendo (en algún caso renaciendo) las «nacionalidades», seguía siendo el subdesarrollo de las clases medias. Esto explica el fracaso de la democracia liberal en el periodo de entreguerras. Checoslovaquia es la excepción que confirma la regla, pues si logró instaurar una democracia fue porque era la sociedad más avanzada y, habiendo escapado al proceso degenerativo puesto en marcha por la segunda servidumbre, había formado unas clases medias.

El gran libro sobre el periodo es *Decades of Crisis. Central and Eastern Europe before Word War II,* de Iván T. Berend[5], un judío de Budapest que, tras una carrera académica en Hungría, emigró a Estados Unidos –una especie de Shlapentokh húngaro–. Como muestra claramente, la debilidad de las clases medias estaba vinculada no sólo a las circunstancias que hemos descrito –sumisión a Occidente, servidumbre, fragilidad de las ciudades–, sino también a un retraso educativo y cultural generalizados (aunque no tan grande como en Rusia). Un síntoma clásico del subdesarrollo educativo es la sobrerrepresentación de los judíos en el seno de unas clases medias reducidas. El especial interés de su religión por la educación otorgaba a los judíos una ventaja económica y social cuando el resto de la población tenía escasa formación. Algunas

cifras bastarán para dar una idea de su peso en la población urbana de Europa del Este y, por tanto, en las clases medias instruidas antes de la *Shoah*. Hacia 1930, representaban el 9,5% de la población total de Polonia y el 30% de la de Varsovia; el 5% de la de Hungría y el 35% de la de Budapest; en Checoslovaquia, más avanzada, aún representaban el 2,5% de la población y el 4% de la de Praga; en Austria, el 2% de la población, pero el 8 o 9% de la de Viena. La proporción de judíos era también elevada en Letonia (4,9%) y Lituania (7,6%), mucho menor en Estonia (sólo el 0,4%), e incluso en la parte europea de la URSS (3,5%). Alemania, el núcleo del exterminio antisemita, tenía en realidad una proporción muy baja de judíos: el 0,75%.

No es difícil imaginar el efecto que tuvo la *Shoah* en estas clases medias no muy bien nutridas, donde los judíos estaban sobrerrepresentados. Ya frágiles de por sí, tal vez fueron destruidas porque varios de estos países perdieron también a sus elites de origen alemán. Mientras que los colonos campesinos alemanes de la Edad Media prácticamente se habían fusionado con las sociedades europeo-orientales, habían sobrevivido una aristocracia y unos burgueses herederos de la Orden Teutónica secularizada, por ejemplo en las ciudades bálticas, particularmente en Estonia y Lituania. Cuando se firmó el pacto germano-soviético en 1939, Hitler, mediante acuerdo con Stalin, recuperó a estos alemanes de los Estados bálticos. Por supuesto, sólo se llevó a los alemanes puros; los *Mischlinge* (o con mezcla de sangre) fueron devueltos a la Rusia soviética, donde murieron en condiciones penosas. En resumen: la Segunda Guerra Mundial había, como mínimo, debilitado aún más a las ya débiles clases medias. Era, pues, inconcebible que, a partir de 1945, la democracia surgiera espontáneamente en estos países, aun cuando no se hubiese producido la ocupación soviética.

CLASES MEDIAS, ACTO II:
LA RESURRECCIÓN BAJO TUTELA SOVIÉTICA

Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS construyó su

glacis protector y creó las democracias populares, abolió una democracia que, con la excepción de Checoslovaquia, nunca había existido. Quizá por eso sólo se recuerda el golpe de Praga de 1948. Se ha prestado menos atención al sometimiento de países como Hungría, Polonia y Bulgaria, por no hablar de Alemania oriental, donde el comunismo sucedió al nazismo sin solución de continuidad.

El comunismo resultó ser más violento en el plano político que algunas de las dictaduras del periodo de entreguerras. La economía centralizada fracasó en las democracias populares, al igual que en la URSS. Pero, paradójicamente, Europa Central y oriental, devastada por el nazismo y privada de una parte de sus minúsculas clases medias, se convirtió, una vez ocupada por el Ejército Rojo, en la parte culturalmente más avanzada del espacio soviético. Algunas democracias populares desarrollaron honrosas especialidades técnicas, caso de las industrias de Alemania oriental, Bohemia y Hungría. Un estudio detallado revelaría lo que los economistas húngaros denominaron «cuasi-desarrollo» entre 1965 y 1975, es decir, un verdadero desarrollo industrial, aunque sin calidad suficiente según los estándares internacionales.

Sobre todo, la tutela soviética desencadenó un despegue educativo en toda la Europa del Este. La ideología comunista comparte con el protestantismo la obsesión por la educación. La base de datos Barro-Lee permite evaluar los progresos realizados; nos brinda el porcentaje de personas que, en 1990, cuando cayó el Muro, habían recibido tanto educación secundaria como educación superior, por un lado, en el tramo de los 70-74 años (tenían entre 25 y 30 años en 1945 y, por tanto, se había educado antes del comunismo) y, por otro, en el de los 35-39 años (tenían entre 25 y 30 años en 1980 y se había educado bajo el comunismo). Empecemos por Polonia. En 1990, el 15,9% de las personas de 70 a 74 años habían cursado estudios secundarios, frente al 60,6% de las personas de 35 a 39 años. Entre quienes habían cursado estudios superiores, los porcentajes eran del 2,8% y el 10,6%, respectivamente. Este último dato no resulta significativo en términos absolutos, pero, con todo, revela una progresión impresionante bajo la tutela comunista: casi se quintuplicó.

En el caso de Hungría, en 1990, el 6% de las personas de 70 a 74 años y el 50,8% de las de 35 a 39 años habían recibido una educación secundaria. El 4,6% y el 13,5% habían cursado estudios superiores. Por último, en la República Checa (que ya he separado de Eslovaquia), que, como hemos visto, estaba más avanzada al principio, en 1990 el 19,6% de las personas de 70-74 años y el 57,1% de las de 35-39 tenían estudios secundarios, y el 4,1% de las de 70-74 años y el 18,1% de las de 35-39 estudios superiores. Estas cifras son más altas que las de otros países, pero el aumento es menos espectacular. Así pues, Bohemia se vio desviada de su trayectoria occidental del periodo de entreguerras.

El desarrollo educativo bajo dominio soviético dio lugar a nuevas clases medias.

LA INAUTENTICIDAD DE EUROPA DEL ESTE

Su ascenso arrojará luz sobre la persistente rusofobia en Europa del Este. Y, una vez más, no me olvido de Katin ni de los demás horrores perpetrados por los soviéticos. Pero tampoco olvido que las llamadas clases medias, que hoy forman la espina dorsal de la democracia «de estilo occidental» en el Este y han conducido a la adhesión de sus respectivos países a la OTAN, deben su existencia al sistema meritocrático comunista, a que los rusos tomaran el control de sus sociedades durante cincuenta y cinco años. El odio a Rusia me parece reflejar una cierta inautenticidad. No sé si es un sentimiento de culpa o el síndrome del impostor. Abro aquí una vía de investigación, aunque, en el presente más inmediato, tengamos que tomarnos en serio esta rusofobia, sobre todo en Polonia, que no se explica con la historia lejana o de larga duración. Si Polonia entrara en guerra contra Rusia en apoyo de Ucrania, serían las clases medias moldeadas por Rusia las que la dirigirían. Esta visión de una democracia polaca generada, en última instancia, por la transformación social de la era soviética, y de unas clases medias ucranianófonas nacidas igualmente en la era soviética, nos ayuda a entender por qué Polonia y Ucrania fueron capaces de olvidar por un

momento sus diferencias históricas, de perdonarse mutuamente, en un ejercicio de amnesia, la época no tan lejana en que los ucranianos del oeste y del centro eran siervos de los señores polacos.

La inautenticidad que imputo a las clases medias del Este puede alimentarse de otra singularidad complementaria: la reintegración de las democracias populares en el espacio occidental las ha devuelto a su condición de periferia dominada, especializada en las actividades económicas más ingratas. En la Edad Media, era la producción agrícola; en la era de la globalización, es la producción industrial, al servicio esencialmente de Alemania. En el mismo momento en que las clases trabajadoras de Europa occidental eran aniquiladas por el libre mercado, en las antiguas democracias populares se desarrollaba un proletariado con el que el estalinismo jamás habría soñado.

Para evaluar esta especialización industrial, comencemos por observar el porcentaje de población activa empleada en el sector secundario en Europa occidental. Y, en primer lugar, tomemos en consideración los países más claramente occidentales[6]. En Reino Unido y Suecia, el sector secundario representa el 18% de la población activa y en Francia, el 19%. En Alemania e Italia, dos países que han resistido mejor la desindustrialización y conservan el respeto por el trabajo manual, el sector secundario es más importante: 27% en Italia, 28% en Alemania. Pero, a medida que nos adentramos en Europa del Este, lo que en Occidente es el techo se convierte en el suelo. En Eslovenia, la industria emplea al 30% de la población activa, al igual que en Rumanía; en Macedonia del Norte, Bulgaria, Polonia y Hungría, al 31%, y en la República Checa y Eslovaquia, la cifra asciende al 37%.

¿Qué significa, en el fondo, esta especialización industrial? Sencillamente que identificar Europa del Este con Europa occidental es falso y, una vez más, inauténtico. La integración en la Unión Europea de estos países, ciertamente democratizados, pero con unas clases medias surgidas de la meritocracia comunista y unos proletariados fruto de la globalización, no ha supuesto que se hayan añadido a los Estados-nación europeo-occidentales otros Estados-

nación similares. Al contrario, lo que se ha introducido en el espacio europeo occidental han sido unas sociedades cuya historia ha sido y sigue siendo diferente, y en algunas zonas esta diferencia no ha hecho sino acentuarse. La explosión de rusofobia, concomitante con el deseo de ingresar en la UE y la OTAN, lejos de expresar una auténtica cercanía a Occidente, equivale a una negación de la realidad histórica y social.

Esta rusofobia se desarrolló incluso cuando Rusia se retiraba sin combatir y hasta con cierta elegancia. Y persiste a pesar de que los dirigentes rusos, encantados de haberse liberado de unos satélites que fueron una pesada carga para ellos entre 1945 y 1990, no tenían ninguna intención de volver a enviar sus tanques. Dominique de Villepin me contó una vez que en 2003 o 2004, no recuerdo, cuando Putin, Schröder y Chirac se oponían a la guerra de Iraq, Putin les vino a decir lo siguiente: «Sí, en Rusia estamos atravesando un momento bastante difícil, cierto. Pero, de todos modos, lo que nos consuela es que os tocará a vosotros tratar con los polacos».

Putin era optimista. Hoy no sabemos si Polonia ha enviado 10.000 o 20.000 «voluntarios» a Ucrania, donde se enfrentan al ejército ruso.

Después de escribir estas líneas, volví a leer por casualidad el prólogo de David Schoenbaum a la reedición francesa de *La Révolution brune (La Revolución parda),* su genial libro sobre la democratización social *de facto* de Alemania bajo el régimen nazi, donde he encontrado esta asombrosa intuición:

> Para la Polonia poscomunista, Hungría y quizá incluso Eslovaquia, se trata un asunto completamente diferente [a la Alemania oriental]. Fuertemente agrarias, residualmente feudales, ferozmente antisemitas, autoritarias e irredentistas antes de la guerra, emergieron de las cuatro décadas de comunismo y hegemonía soviética que siguieron al conflicto tan «normales» y diferentes como lo hubiera podido ser la república de Bonn bajo Adenauer respecto a la Alemania del káiser o del imperio hitleriano […].
>
> No tengo ni las cualificaciones ni la energía para embarcarme en un estudio de la Revolución roja y su impacto en la Europa poscomunista. Pero si el

> presente libro pudiera despertar la imaginación de un investigador [...] estaría encantado [...][7].

Por mi parte, me asombra que ya en el año 2000 se hable de la dominación soviética y, por tanto, rusa como factor de modernización de Europa del Este. La intuición pragmática de Schoenbaum (a quien tanto debo intelectualmente, como me doy cuenta ahora) me confirma en la idea de que la persistente rusofobia de las antiguas democracias populares podría ser simplemente resultado de una deuda histórica, inconsciente y reprimida, inaceptable, inadmisible, para con el antiguo ocupante.

LA EXCEPCIÓN HÚNGARA

A los países occidentales no les interesa Europa del Este; la ven como una masa indiferenciada. Es verdad que, como hemos visto, en los ámbitos económico y social existen puntos en común entre las antiguas democracias populares. Pero no es menos cierto que este mundo tiene una historia muy diversa que puede ayudar, por ejemplo, a explicar el comportamiento de los húngaros hoy día.

Tomemos la religión, por ejemplo. En Polonia existe un catolicismo que, aunque real, no era tan importante antes de la guerra como la gente cree y que se afirmó durante la dominación soviética como un instrumento de resistencia nacional. En los últimos tiempos, se ha hundido de forma especialmente acusada, como demuestra la tasa de fecundidad polaca, una de las más bajas de la región: 1,2, como en Ucrania. A este nivel, el control de la natalidad señala la muerte del catolicismo. En otros lugares hay otras tradiciones. Parte del avance de Bohemia, actual República Checa, se remonta al desarrollo de un protoprotestantismo husita en el siglo XV. El Imperio de los Habsburgo lo erradicó, junto con la clase militar y la nobleza checa, pero sin conseguir recatolizar a fondo el país. Bohemia se clasifica como católica, aunque se trate de un catolicismo formal, un poco como lo que sucede en el valle del Garona, donde, tras haber erradicado asimismo el protestantismo,

en el siglo XVIII hicieron su aparición una descristianización y un descenso de la fecundidad precoces.

La historia religiosa más original es la de Hungría. Los mapas simplificados la muestran como católica. En el periodo de entreguerras, surgida, con un tamaño algo reducido, de la desintegración del Imperio austrohúngaro, la mayoría de la población lo era, pero, como hemos visto, también había un 5% de judíos, a los que hay que añadir un 20% de calvinistas. La presencia de esta gran minoría protestante tan al este se explica curiosamente por la dominación temporal del Imperio otomano, que, en la época de la Contrarreforma, controlaba alrededor de un tercio del territorio húngaro y no tenía interés alguno en eliminar el protestantismo, como hicieron los Habsburgo en su imperio. Y, en el este del país, todavía se puede admirar Debrecen, la Ginebra húngara. Viktor Orbán es, además, de origen calvinista.

Esta importante minoría calvinista ha sido sin duda una de las claves del dinamismo histórico húngaro. Religión de progreso, o al menos de educación, el calvinismo fomentó el sentimiento nacional, al tiempo que protegía contra el antisemitismo: el buen calvinista se identifica con Israel. En los capítulos siguientes, veremos cómo funciona este mecanismo a mayor escala: los ingleses, los escoceses y los estadounidenses se turnaron para considerarse el pueblo elegido. Hungría es muy patriótica y el país de la región donde el antisemitismo ha sido menos virulento: después de 1968, por ejemplo, a diferencia de Polonia o Checoslovaquia, se libró de la bocanada antisemita del envejecido sovietismo[8]. Anteriormente, bajo la monarquía austrohúngara, había conseguido –caso único en la zona– integrar (magiarizar, en este caso) a su población judía, que fue la única de Europa del Este que abandonó en masa el yiddish por el magiar (una lengua no indoeuropea, por otra parte) en lugar del alemán. Sus miembros más ricos fueron ennoblecidos y pasaron a engrosar las filas de la aristocracia. El resultado fue la población judía más patriótica de Europa del Este. Es cierto que se trataba de una población de inmigración reciente, procedente de Polonia, Lituania u otros lugares, atraída por la gran capital que era (y sigue siendo) Budapest, y seducida por una cultura húngara nacionalista

pero asimiladora.

Los húngaros se sienten víctimas de una derrota histórica. Apenas han perdonado el Tratado de Trianon, que dejó minorías magiares en los países vecinos. Pero, a la luz de la historia del conjunto de Europa del Este, Hungría me parece, a un nivel profundo, la nación más segura que existe. Este diagnóstico arroja luz sobre otra singularidad: el Gobierno húngaro no es rusófobo.

A Orbán se le acusa regularmente de hacer el juego a Putin en el seno de la UE al rechazar o bloquear determinadas sanciones. Pero, antes de juzgarle, preguntémonos por qué la única democracia popular que se levantó contra Rusia en 1956 tiene una actitud comprensiva hacia Moscú.

Señalemos, en primer lugar, la existencia de una minoría húngara en la provincia ucraniana de Úzhgorod. La política de unificación lingüística del Gobierno de Kiev no ha sido bien recibida por estas personas de lengua magiar, y es comprensible que la perspectiva de dejarse matar para recuperar un Donbass lleno de rusos no les entusiasme, ni deje indiferente al Gobierno de Budapest. Pero intuyo una razón más profunda. Los húngaros han sabido perdonar a los rusos la represión violenta de la que fueron objeto por coger las armas y enfrentárseles. La ausencia de rusofobia no está en contradicción con el levantamiento de 1956, sino que lo explica. Después de 1956, los rusos concedieron a Hungría un estatus más libre, aparte, dentro de la esfera soviética; entonces se hablaba de Hungría como «el barracón más feliz del campamento». Y Kadar, el líder elegido por Moscú, había acuñado este eslogan asombrosamente pragmático: «Quien no está contra nosotros, está con nosotros». Fue esta confianza en sí mismos la que permitió a los húngaros abrir su frontera en 1989 y derribar el Telón de Acero; es esta confianza la que hoy les impide caer en la rusofobia.

Estoy planteando hipótesis históricas que, técnicamente, son difíciles de demostrar, pero que necesitamos desesperadamente para orientarnos de un modo razonable y prudente. En un momento en que el conflicto ucraniano podría degenerar, no podemos permitirnos seguir mirando a Europa del Este como una masa indiferenciada y accesoria.

Tanto en Ucrania como aquí, estoy convencido de que, como cualquier chivo expiatorio, la rusofobia revela una deficiencia en quienes la experimentan. Aunque no nos diga nada sobre Rusia, sí nos dice algo sobre los ucranianos, los polacos, los suecos, los ingleses y las clases medias francesa y estadounidense. Examinaremos estos diversos casos occidentales en los capítulos siguientes. Europa del Este, en cambio, está marcada por una flagrante inautenticidad. Se la presenta como democrática y liberal por naturaleza, al tiempo que se critica un poco a Polonia y Hungría por ceder a veces a reflejos conservadores. La realidad es que todos estos países, a pesar de su diversidad, están dominados por unas clases medias creadas por el comunismo que, una vez liberadas, han puesto a sus proletarios al servicio del capitalismo occidental.

---

[1] Véase Radkey, *Russia Goes to the Polls,* cit.

[2] Nicolas Werth, «Qui étaient les premiers tchékistes?», *Cahiers du monde russe* 32-34 (1991), pp. 501-512.

[3] *Embrassons-nous, Folleville!* es una comedia de Eugène Labiche y Auguste Lefranc representada por primera vez en París en 1850. «Embrassons-nous, Folleville!» («¡Démonos un abrazo, Folleville!») se ha convertido en una alusión irónica a las manifestaciones de amistad que niegan y ocultan los problemas.

[4] Max Weber, *La Ville,* París, La Découverte, 2014, pp. 74-78 [ed. cast.: *La ciudad,* trad. Julia Varela, Barcelona, Ediciones de la Piqueta, 2002].

[5] Iván T. Berend, *Decades of Crisis. Central and Eastern Europe before World War II,* Berkeley, Cal., University of California Press, 1998.

[6] Tanto estas cifras como las que vienen a continuación corresponden al año 2021. Fuente: Banco Mundial.

[7] David Schoenbaum, *La Révolution brune,* París, Les Belles Lettres, 2021, p. XVI [ed. original: *Die braune Revolution: eine Sozialgeschichte des Dritten Reichs,* Colonia, Kiepenheuer&Witsch, 1968].

[8] También Rumanía, pero por otros motivos. Véase Paul Lendvai (judío de origen húngaro), *L'Antisémitisme sans juifs,* París, Fayard, 1971.

CAPÍTULO IV

¿QUÉ ES OCCIDENTE?

En nuestro recorrido por la antigua esfera soviética, hemos visto que Rusia había recuperado su estabilidad y cierto dinamismo económico, pero que su futuro demográfico no le permitía albergar esperanzas de expansión. Evidentemente, aquí no está el origen de las perturbaciones que está atravesando el mundo. Una mirada más atenta a Ucrania, un país en descomposición, ha arrojado más luz sobre esta cuestión. Sin embargo, su modesto tamaño hace que sea incapaz de arrastrar por sí solo al planeta a una convulsión de grandes dimensiones. Por último, hemos examinado las antiguas democracias populares, a las que he añadido las repúblicas bálticas. A lo largo de su historia, estos países han sido objetos con los que ha jugado Occidente y no tanto Rusia. Pero también en este caso, a pesar de la agresividad diplomática y posiblemente militar de Polonia, sería un error responsabilizar a esta zona de la crisis que estamos viviendo.

Para encontrar su origen, tenemos que cruzar el antiguo Telón de Acero; fue en Occidente, y no en Rusia, Ucrania o las antiguas democracias populares, donde nació la crisis. Rechazar la idea de que Rusia es la principal responsable resulta difícil, lo admito; la hipótesis es contraintuitiva. ¿Acaso no atacó a Ucrania? ¿No desprecia los principios de la democracia liberal en su propio país? El hecho es que todos los indicadores objetivos han mejorado allí, que es un país que ha recuperado recientemente su equilibrio y está haciendo todo lo posible por preservarlo. Estaría tentado de decir que, a los ojos de alguien versado en geopolítica, Rusia no es interesante; pero soy consciente de que esto es pedir al lector que haga un esfuerzo con la imaginación, que se sacuda su eventual sumisión a la evidencia de la guerra.

En cuanto a Occidente, no es estable; incluso está enfermo. En este capítulo y en los siguientes detallaremos esta cruel verdad. Pero Occidente no sólo está en crisis, sino que ocupa una posición

central. Su peso demográfico y económico, de siete a diez veces superior al de Rusia, su liderazgo tecnológico, su predominio ideológico y financiero heredado de la historia económica de los años 1700-2000 nos llevan inevitablemente a plantear la hipótesis de que su crisis es la crisis del mundo.

Empecemos por definir Occidente en serio, es decir, descartando los tópicos que lo asocian exclusivamente a la democracia liberal. Voy a seguir hablando de economía, por supuesto, ya que la crisis de Occidente se manifiesta en la guerra por unas graves carencias industriales, pero también de estructuras familiares, como hice con Rusia y Ucrania. Sobre todo, voy a dar una importancia crucial a la religión. En el origen y en el centro del desarrollo occidental no encontramos el mercado, la industria y la tecnología, sino, como anuncié en la introducción, una religión particular, el protestantismo. Me comporto así como un buen alumno de Max Weber, que situó la religión de Lutero y Calvino en el origen de lo que en su momento pareció ser la superioridad de Occidente. Pero más de un siglo después de la publicación de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* en 1904 y 1905, podemos ir más allá de Weber de una manera nueva. Si, como él afirma, el protestantismo fue realmente la matriz del despegue de Occidente, su muerte es hoy la causa de su desintegración y, de un modo más prosaico, de su derrota. Voy a incluir la larga duración de la historia religiosa en mi análisis geopolítico inmediato. Se trata de un ejercicio difícil pero indispensable si queremos hacer previsiones con cierto grado de credibilidad y eficacia. Para predecir si un declive parcial o total es reversible, necesitamos saber qué causó el ascenso. Y no sólo en el ámbito económico. Para explicar la evaporación del Estado-nación, necesitamos identificar las fuerzas que lo hicieron nacer.

LOS DOS OCCIDENTES

¿Cómo definir Occidente? Hay dos posibilidades. La primera es una definición amplia en términos de despegue educativo y desarrollo económico. Si nos limitamos a los grandes países, este

Occidente incluiría a Italia, Alemania y Japón junto a Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Es el actual Occidente de los políticos y periodistas, el de una OTAN ampliada al protectorado japonés. La otra definición posible, más restringida, toma como criterio de inclusión la participación en la revolución liberal y democrática. Esto nos dejaría con un club más selecto, compuesto únicamente por Inglaterra, Estados Unidos y Francia. La Revolución Gloriosa inglesa de 1688, la Declaración de Independencia estadounidense de 1776 y la Revolución francesa de 1789 son los acontecimientos fundacionales de este Occidente liberal reducido. Pues, en sentido amplio, Occidente no es históricamente «liberal», ya que también engendró el fascismo italiano, el nazismo alemán y el militarismo japonés.

Se nos asegura (con razón) que estos tres países han cambiado. Pero el actual discurso occidental confina a Rusia, y sólo a Rusia, en una perpetuidad despótica que oscila entre la autocracia zarista y el totalitarismo estalinista. Putin, cuando no se le equipara con el diablo, es un nuevo Stalin o un nuevo zar. Si aplicáramos a Occidente (en sentido amplio) los mismos criterios ahistóricos que niegan a Rusia el derecho a evolucionar, descubriríamos que está muy lejos de la imagen que hoy tiene de sí mismo. Seguiría siendo portador, en mayor o menor grado, de una violencia que no procede directamente del fascismo, el nazismo o el militarismo, sino de un misterioso elemento cultural que animaría eternamente la historia italiana, alemana y japonesa. El análisis de las estructuras familiares permite sin duda identificar elementos de continuidad en las historias nacionales, en particular el autoritarismo de las familias jerárquica o comunitaria. Pero está claro que la Italia de hoy no es la Italia de Mussolini, ni la Alemania de hoy la Alemania de Hitler. Y la Rusia de hoy es algo muy distinto de la Rusia comunista o de la Rusia zarista.

En las páginas que siguen, adoptaré la definición amplia de Occidente, simplemente porque coincide con el sistema de poder estadounidense, pero teniendo en cuenta la existencia simultánea de un Occidente liberal y de un Occidente autoritario. Este último podría haber incluido a Rusia si se hubieran aceptado los avances que

realizó en los años 1990-2006.

En el Occidente así definido, el desarrollo económico se produjo antes que en las otras regiones del mundo. Dos revoluciones culturales explican este despegue: el Renacimiento italiano y el protestantismo alemán. Nuestra modernidad surgió en zona autoritaria.

Max Weber estableció un vínculo entre el protestantismo y el auge económico de Europa, aunque probablemente se equivocó al buscar las razones del despegue en sutiles matices teológicos. El factor fundamental es más simple: por principio, el protestantismo alfabetizó a las poblaciones que controlaba, porque todos los fieles debían tener acceso directo a las Sagradas Escrituras. Y una población alfabetizada está en condiciones de protagonizar un desarrollo tecnológico y económico. La religión protestante conformó accidentalmente una mano de obra muy eficiente. En este sentido, Alemania ha estado en el centro del desarrollo occidental, aunque la Revolución industrial tuviera lugar en Gran Bretaña y aunque el despegue final más espectacular se produjera en Estados Unidos. Si añadimos Escandinavia, protestante y alfabetizada en fecha temprana, tenemos el mapa del mundo más avanzado en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Este corazón protestante de Occidente está, por así decirlo, a caballo entre sus componentes liberal y autoritario, ya que uno de sus polos es el mundo anglosajón y el otro, Alemania (dos tercios de la cual son protestantes). Francia es el país católico que, por contigüidad, ha logrado mantenerse en la esfera más desarrollada de Occidente, que es esencialmente protestante.

En cuanto a las concepciones sociales, toda la esfera protestante compartía, en uno u otro grado, la idea, heredada de la doctrina de la predestinación, de que hay quienes son elegidos y quienes están condenados, y que, por tanto, las personas no son iguales. Un no igualitarismo franco en Alemania, mitigado en los Países Bajos, Inglaterra y Estados Unidos, pero en todos los casos se oponía a la idea católica (u ortodoxa) de la igualdad fundamental de todos los seres humanos, a los que el bautismo ha borrado el pecado original. No es de extrañar, por tanto, que las dos formas más poderosas o

estables de racismo hayan surgido en países protestantes. El nazismo arraigó en las regiones luteranas de Alemania: el mapa del voto nazi en 1932 es el del protestantismo. En cuanto a la fijación estadounidense con los negros, también tiene mucho que ver con el protestantismo. Por último, hay que mencionar la eugenesia y las esterilizaciones forzosas, sobre todo en la Alemania nazi, en Suecia entre 1935 y 1976, y en Estados Unidos entre 1907 y 1981, resultado lógico de un trasfondo protestante que no reconoce todos los derechos fundamentales a todas las personas.

Así pues, el protestantismo se encuentra, por partida doble, en el corazón de la historia occidental: para bien con el auge educativo y luego económico, y para mal con la idea de que los seres humanos no son iguales. También fue el motor primero del desarrollo de los Estados-nación. Los franceses se equivocan cuando creen que su revolución inventó la nación. Fue el protestantismo el primero que dio a los pueblos esa representación de sí mismos, esa forma particular de conciencia colectiva. En efecto, al exigir que la Biblia se tradujera a la lengua vernácula, Lutero y sus seguidores contribuyeron en gran medida a la formación de culturas nacionales y de Estados poderosos, belicosos, conscientes de sí mismos: la Inglaterra de Cromwell, la Suecia de Gustavo Adolfo y la Prusia de Federico II. El protestantismo dio origen a pueblos que, a fuerza de leer demasiado la Biblia, se creían los elegidos de Dios.

El protestantismo original era de temperamento autoritario. Lutero defendía la sumisión absoluta del individuo al Estado, pero el hecho de que en Alemania triunfara una forma autoritaria de protestantismo se explica sobre todo por una predisposición antropológica. En este sentido, la familia jerárquica alemana no tenía nada que envidiar a la familia comunitaria rusa. Sólo uno de los hijos (y no todos, como en Rusia) estaba llamado a convivir con el padre, mecanismo que producía un orden social más estable. La igualdad entre hermanos no lo corroía, ninguna asociación de hermanos contra el padre lo amenazaba, ninguna aspiración revolucionaria radical (contra el zar o contra Dios) podía derribarlo.

La Inglaterra protestante, por el contrario, se distinguió por el florecer de la libertad, la del Parlamento y la de prensa. El hecho de

que la democracia liberal naciera allí y no en otra parte no sorprende al antropólogo. En su familia nuclear absoluta nunca convivieron más que una pareja y sus hijos, que abandonaban a sus padres en la adolescencia, cuando eran enviados a trabajar como sirvientes en otras familias (cualquiera que fuera su nivel de riqueza). Un sistema así preparaba a los individuos para la libertad, incluso les insuflaba un inconsciente liberal. Los colonos ingleses lo exportaron a América. En Francia, al menos en la Cuenca parisina, la familia nuclear era igualitaria, con hermanos y hermanas considerados iguales a la hora de heredar, mientras que en el mundo anglosajón no existía esa regla de igualdad entre los hijos. La antropología de las estructuras familiares ayuda a comprender por qué y cómo Inglaterra, Estados Unidos y Francia contribuyeron a la gestación de la democracia liberal. En estos países, la base nuclear pudo alimentar un liberalismo instintivo. Enfrentada en 1789 a la violenta emergencia del trasfondo igualitario francés, Inglaterra se sintió horrorizada al principio; pero, una vez calmado el Hexágono, lo utilizó como estímulo para generar su propia versión del sufragio universal. En cuanto a Estados Unidos, muy pronto pudo superar la ausencia de un principio igualitario en la vida familiar fijando la idea de inferioridad social en los indios y los negros. Sin embargo, como veremos, la igualdad de los blancos entre sí resultó ser un principio menos sólido que la igualdad de las personas en general.

La definición amplia de Occidente, la que incluye a Alemania, hace que la idea de una oposición radical a Rusia resulte, cuanto menos, curiosa. En su lugar, tenemos la impresión de cierto parentesco, de una complicidad histórica parcial, en particular en el nacimiento del totalitarismo –la familia jerárquica posibilitando el nazismo, la familia comunitaria posibilitando el comunismo–. Pero incluso si nos atenemos a la segunda definición, más restrictiva, de Occidente como cuna de la democracia liberal, nos encontramos ante un sinsentido. Occidente proclama hoy que representa la democracia liberal frente a la autocracia rusa (por ejemplo). Sin embargo, en su núcleo duro anglo-americano-francés, que, en efecto, inventó la democracia liberal, está en decadencia.

DEFENDER UNA DEMOCRACIA QUE YA NO EXISTE

En el discurso unanimista sobre la guerra, tal como se expresa en los grandes periódicos y en la televisión, se da por supuesto que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia son democracias liberales. Esto es olvidar que esta autopresentación *en la guerra* está en total contradicción con el discurso que estos mismos países vienen haciendo de sí mismos *internamente* desde hace veinte o treinta años: se ha convertido en un lugar común decir que las democracias occidentales están en crisis, incluso que vivimos en una posdemocracia.

Ya hablé de ello en 2008 en mi libro *Après la démocratie* y, ni siquiera entonces, me pareció que estuviera siendo tremendamente original[1]. Más tarde, y con la ayuda del Brexit y de Trump, las obras catastrofistas sobre esta cuestión han proliferado a ambos lados del Atlántico. Estados Unidos abrió el baile en 1995 con la publicación de la obra póstuma de Christopher Lasch *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*[2]. En 1996, Michael Lind publicó *The Next American Nation. The New Nationalism and the Fourth American Revolution,* que también expresa el desconcierto estadounidense[3]. En 2020, el mismo Lind escribió *The New Class War. Saving Democracy from the Metropolitan Elite*[4]*.* La evidencia de una nueva oligarquía que socava los cimientos democráticos del país también puede encontrarse en *The New Class Conflict*, de Joel Kotkin, publicado en 2014 [5].

En Reino Unido, *Post-Democracy,* de Colin Crouch, data de 2020, pero es la reelaboración y ampliación de un libro escrito originalmente en 2003 (cinco años antes de mi *Après la démocratie*) [6]. Otros libros son *From Anger to Apathy. The British Experience since 1975*[7]*,* o *The Road to Somewhere. The Populist Revolt and the Future of Politics,* de David Goodhart (2017)[8], y *The New Snobbery. Taking on Modern Elitism and Empowering the Working Class,* de David Skelton (2021)[9]. Por lo que respecta a Francia, cabe destacar *La France périphérique. Comment on a sacrifié les classes populaires,* de Christophe Guilluy (2014)[10], *La démocratie représentative est-elle en crise?,* de Luc Rouban (2018)[11], y

L'Archipel français, de Jérôme Fourquet (2019)[12]. Incluso Alemania se muestra preocupada: *Die Abstiegsgesellschaft. Über das Aufbegehren in der regressiven Moderne,* de Oliver Nachtwey, es de 2016[13] y se tradujo al inglés en 2018 con el título *Germany's Hidden Crisis. Social Decline in the Heart of Europe*[14].

Esta lista, que dista mucho de ser exhaustiva y que se completará con otros títulos en los próximos capítulos, solo pretende mostrar que la idea de una democracia occidental en crisis terminal no es en absoluto excéntrica ni marginal; es un lugar común y aceptado, aunque con matices, por un buen número de intelectuales y políticos.

Intentemos identificar una forma ideal de esta degeneración democrática. Para ello, primero tenemos que definir una forma ideal de democracia liberal o, más modestamente, hacer una breve descripción. Se plasma en un Estado-nación en el que los ciudadanos se entienden más o menos entre sí, por lo general, aunque no siempre, gracias a la existencia de una lengua común. Las elecciones se celebran por sufragio universal. El pluripartidismo, la libertad de expresión y la libertad de prensa están garantizados. Por último, una característica fundamental es la aplicación de la regla de la mayoría, garantizando al mismo tiempo la protección de las minorías.

Sin embargo, las leyes explícitas no bastan para hacer de un país una democracia liberal. Estas leyes deben activarse, encarnarse y vivirse por obra y gracia de las costumbres democráticas. Los representantes elegidos por sufragio universal deben considerarse, absolutamente, representantes del pueblo que los ha elegido. En cuanto a la concordancia entre las leyes y las costumbres, ha sido posible en el siglo XX gracias a la alfabetización generalizada.

Si considero que la capacidad de leer y escribir es el fundamento de la democracia, no es simplemente porque la alfabetización permita leer los periódicos y elegir la papeleta electoral, sino porque alimenta un sentimiento de igualdad, por así decir, metafísico entre todos los ciudadanos. La lectura y la escritura, que antes eran patrimonio exclusivo del clero, son ahora patrimonio de todas las personas. Sin embargo, en el comienzo del tercer milenio, este

sentimiento de igualdad democrática básica parece haberse agotado. El desarrollo de la enseñanza superior ha terminado por transmitir al 30 o 40% de una generación el sentimiento de ser verdaderamente superiores: una elite masiva, oxímoron que sirve de introducción a tan peculiar situación.

Antes de la guerra de Ucrania, pues, los observadores veían a las democracias occidentales socavadas por un mal que se iba agravando. Este mal enfrentaba a dos grandes categorías ideológicas y mentales, el elitismo y el populismo: las elites denuncian una deriva del pueblo hacia la derecha xenófoba, y el pueblo sospecha que las elites se hunden en un «globalismo» delirante. Si el pueblo y las elites ya no pueden ponerse de acuerdo para trabajar juntos, la noción de democracia representativa deja de tener sentido: el resultado es una elite que ya no quiere representar al pueblo y un pueblo que ya no está representado. Según los sondeos, las de periodista y político son las dos profesiones menos respetadas en la mayoría de las «democracias occidentales». Se extiende la teoría de la conspiración, patología propia de un sistema social estructurado por el binomio elitismo/populismo y por la desconfianza social.

El ideal democrático, sin llegar al sueño de la perfecta igualdad económica de todos los ciudadanos, implicaba la noción de un acercamiento de las condiciones sociales. En la fase de máxima democracia que siguió a la Segunda Guerra Mundial, se pudo incluso imaginar, en Estados Unidos y luego en otros lugares, que el proletariado y la burguesía se fundirían en una vasta clase media. Sin embargo, en las últimas décadas hemos asistido a un aumento de las desigualdades, aunque en grados diferentes según los países. Este fenómeno, asociado al libre comercio, ha hecho añicos las clases tradicionales, empeorando las condiciones materiales y el acceso al empleo de los trabajadores y de las propias clases medias. Una vez más, lo que estoy describiendo es de una trivialidad desconcertante: algo en lo que todo el mundo está de acuerdo.

El representante del pueblo, miembro de esa elite masiva que tiene estudios superiores, ya no respeta a las personas con educación primaria y secundaria y, sea cual sea su etiqueta partidista, no puede evitar sentir que los valores de las personas con

educación superior son los únicos legítimos. Él es uno de ellos, esos valores son él mismo, y todo lo demás carece, a sus ojos, de sentido, está vacío; nunca podrá representar ningún tipo de alternativa.

LAS OLIGARQUÍAS LIBERALES FRENTE A LA DEMOCRACIA AUTORITARIA RUSA

Voy a caracterizar de nuevo los sistemas políticos presentados en nuestros medios de comunicación, nuestras universidades y nuestras contiendas electorales como *democracias liberales* occidentales enfrentadas, Ucrania mediante, a la *autocracia* rusa. El adjetivo «liberal», añadido a «democracia», expresa la protección de las minorías que modera la fuerza del principio mayoritario. En el caso de Rusia, donde se vota y se apoya al gobierno, pero con silenciamiento y represión de las minorías, había mantenido la idea de democracia, pero sustituyendo «liberal» por «autoritario» como adjetivo calificativo. En el caso de Occidente, la disfunción de la representación mayoritaria no permite conservar el término «democracia». En cambio, nada impide mantener el término «liberal», ya que la protección de las minorías se ha convertido en una obsesión. Solemos pensar en los oprimidos, los negros o los homosexuales, pero la minoría más y mejor protegida en Occidente es sin duda la de los ricos, ya representen el 1% de la población, el 0,1% o el 0,01%. En Rusia, ni los homosexuales ni los oligarcas están protegidos. Así que nuestras democracias liberales se están convirtiendo en «oligarquías liberales».

De este modo, el sentido ideológico de la guerra cambia. Anunciada por el pensamiento dominante como la lucha de las democracias liberales de Occidente contra la autocracia rusa, se convierte en un enfrentamiento entre las oligarquías liberales de Occidente y la democracia autoritaria rusa.

El objetivo de esta nueva caracterización de Occidente y Rusia no es denunciar al primero, sino comprender mejor sus objetivos

bélicos, sus puntos fuertes y sus debilidades.

Ya se pueden destacar varios puntos importantes:

- Se trata, en efecto, del enfrentamiento de dos sistemas opuestos desde el punto de vista ideológico, aunque dicha oposición no sea la que se nos ha venido presentando. Es sociológicamente normal, por así decirlo, que los partidos que representan a los sectores obreros o a la pequeña burguesía dominada (en Francia Rassemblement National y France Insoumise, en Alemania AfD, en Estados Unidos Donald Trump) sean sospechosos de simpatizar con Putin. Las elites dominantes temen que las capas más bajas de la sociedad se inclinen hacia Rusia, cuyos valores democráticos autoritarios recuerdan un rasgo característico de los populismos occidentales.
- Es fácil entender por qué las oligarquías liberales han adoptado las sanciones económicas como medio de guerra: son las capas inferiores de las sociedades occidentales las que más sufren la inflación y la caída del nivel de vida.
- El funcionamiento caótico de las oligarquías liberales produce elites incompetentes en términos diplomáticos, de ahí los grandes errores en la gestión del conflicto con Rusia y China. Esta disfunción estructural merece un examen más detenido.

Lo singular de las oligarquías occidentales es que sus instituciones y leyes no han cambiado. Formalmente, siguen siendo democracias liberales, con sufragio universal, parlamentos y, a veces, presidentes electos, así como una prensa libre. En cambio, las costumbres democráticas han desaparecido. Las clases con educación superior se creen intrínsecamente por encima, y las elites, como se ha dicho, se niegan a representar al pueblo, que queda relegado a actitudes que se califican de populistas. Sería un error creer que un sistema así puede funcionar de forma armoniosa y natural. El pueblo sigue estando alfabetizado y la base del sufragio universal, a la que se superpone la nueva estratificación educativa, continúa viva. La disfunción oligárquica de las democracias liberales debe, pues, ordenarse y controlarse. ¿Qué significa esto? Sencillamente, que,

manteniendo las elecciones, el pueblo debe quedar al margen de la gestión de la economía y de la distribución de la riqueza, en una palabra: hay que engañarlo. Es la tarea de la clase política, *el trabajo* que incluso se ha convertido en su prioridad. De ahí la exacerbación de los problemas raciales o étnicos, y la cháchara inocua sobre temas serios como la ecología, la situación de la mujer o el calentamiento global.

Todo ello tiene una relación –negativa– con la geopolítica, la diplomacia y la guerra. Absorbidos por su nueva profesión –ganar elecciones que ya no son meras obras de teatro sino que requieren, como el teatro de verdad, habilidades específicas y trabajo duro–, los miembros de las clases políticas occidentales ya no tienen tiempo para aprender a gestionar las relaciones internacionales. Como resultado, llegan a la escena mundial sin los conocimientos básicos necesarios. Peor aún, acostumbrados a triunfar sobre los menos instruidos en casa, laboriosamente pero la mayoría de las veces con éxito (ese es su trabajo), y creyéndose con ello confirmados en su superioridad intrínseca, se encuentran frente a adversarios reales, a los que apenas impresionan y que han tenido tiempo de pensar sobre el mundo y, todo hay que decirlo, no han tenido que gastar tanta energía en prepararse para las elecciones rusas o los equilibrios de poder en el seno del Partido Comunista Chino. Empezamos a percibir la verdadera inferioridad técnica de Joe Biden o Emmanuel Macron frente a Vladimir Putin o Xi Jinping, y a entender las razones de ello.

UN PROCESO IRREVERSIBLE

En efecto, la nueva estratificación educativa ha creado personas con educación superior que desprecian a las personas con educación primaria y secundaria, quienes a su vez desconfían de las primeras. Sin embargo, la degeneración de las democracias liberales no se resume en una guerra entre los de arriba y los de abajo. En estrecha asociación con el aumento generalizado del nivel de vida, la estratificación educativa ha hecho saltar por los aires las creencias y

las fuerzas colectivas. Más allá de la oposición entre populismo y elitismo, se observa un fenómeno de atomización social, de pulverización de las identidades, que afecta a todos los niveles de la sociedad.

El autor que creo que mejor ha intuido y descrito esta descomposición en el ámbito político es Peter Mair, en *Ruling the Void*[15]. Una de sus intuiciones más interesantes es que, en una situación de atomización general, de vacío, el Estado gana en poder. Resulta lógico. Si la sociedad se descompone en individuos, el aparato estatal adquiere una importancia particular.

La religión, o más bien su desintegración, como he dicho antes, está en el centro de mi modelo. El cristianismo ha sido la matriz religiosa original de todas nuestras creencias colectivas posteriores: en toda Europa, la nación o la clase; en Francia concretamente, el socialismo radical, el socialismo, el comunismo, el gaullismo; en Gran Bretaña, el laborismo y el conservadurismo; en Alemania, la socialdemocracia y el nazismo y, obviamente, la democracia cristiana. En Estados Unidos, la religión protestante ha estructurado la vida social en interacción con el sentimiento racial. El desmoronamiento paulatino de la religión cristiana hizo aparecer inicialmente, entre los siglos XVIII y XIX, estas creencias colectivas sustitutivas. En *L'Invention de l'Europe* tracé la historia de la descristianización, o secularización, evaluando el desplome del culto dominical y de las vocaciones sacerdotales: primero fue la caída de una mitad del catolicismo, en la Cuenca parisina, en la costa mediterránea de Francia, en el sur de Italia y en el centro y sur de España y Portugal, a mediados del siglo XVIII; luego vino la del protestantismo en su conjunto, entre 1870 y 1930; la tercera y última afectó a lo que quedaba del catolicismo a partir de 1960, simultáneamente en Renania y el sur de Alemania, Bélgica, el sur de los Países Bajos, la periferia de Francia, el norte de la Península Ibérica, el norte de Italia, Suiza e Irlanda. Este declive de la práctica y de las directrices religiosas dio lugar a un primer estadio de secularización, *zombi,* en el que se conservaron la mayoría de las costumbres y valores de la religión desaparecida (en particular, la capacidad de emprender acciones colectivas). El concepto de

catolicismo zombi, elaborado para comprender el relativo dinamismo de ciertas regiones de Francia en las turbulencias de la globalización y que utilicé para interpretar el mapa de las manifestaciones de apoyo a *Charlie Hebdo* en 2015, está demostrando ser de aplicación general. Sin embargo, el estadio zombi de una religión no es más que la primera fase de la secularización, que no puede describirse como un estado verdaderamente posreligioso. Es entonces cuando aparecen creencias sustitutivas, generalmente ideologías políticas fuertes que organizan y estructuran a los individuos del mismo modo que lo hacía la religión. Aunque perturbadas por la desaparición de Dios, las sociedades siguen siendo coherentes y capaces de actuar. El Estado-nación, a menudo ferozmente nacionalista, es la manifestación típica de un estadio zombi de la religión, con la salvedad de que el protestantismo había logrado engendrar Estados-nación incluso antes de su propia desaparición. Siempre fue una religión nacional y, en el fondo, sus pastores eran funcionarios.

El estadio zombi no es el final del camino. Las costumbres y los valores heredados de la religión se marchitan o explotan, y finalmente desaparecen; y entonces, pero sólo entonces, aparece lo que estamos viviendo, un vacío religioso absoluto, con individuos privados de cualquier creencia colectiva sustitutiva. Un estadio cero de la religión. Es en este punto donde el Estado-nación se desintegra y la globalización triunfa, en sociedades atomizadas donde ya ni siquiera es concebible que el Estado pueda actuar eficazmente. Digo «el individuo privado de cualquier creencia colectiva» en lugar de «liberado» porque, como veremos, se ve disminuido en lugar de engrandecido por ese vacío.

La duración del proceso muestra hasta qué punto implica una irreversibilidad del mismo y de sus consecuencias. La matriz religiosa original se construyó lentamente entre el final del Imperio romano y la plena Edad Media, y luego se condensó con la Reforma protestante y la Contrarreforma católica. Si es la llegada a un estadio religioso de cero lo que ha hecho desaparecer el sentimiento nacional, la ética del trabajo, la noción de una moralidad social vinculante, la capacidad de sacrificio por la colectividad, todas esas cosas cuya ausencia constituye la fragilidad de Occidente en la

guerra, entonces resulta obvio que no van a reaparecer en los próximos cinco años, el intervalo de tiempo que he dado a los rusos para llevar su guerra a buen puerto.

RELIGIÓN: ESTADIOS ACTIVO, ZOMBI Y CERO

¿Cómo se caracteriza el estadio cero de una religión? Como hemos dicho, los valores de esta religión, que organizan la vida social, la moral y la acción colectiva, ya no cuentan. El espacio social y moral que antes ocupaba garantiza que el estadio cero afecta a innumerables ámbitos: no sólo el trabajo y la nación, sino también los comportamientos familiares y sexuales, el arte y nuestra relación con el dinero. Sin embargo, existe un método empírico bastante sencillo para distinguir las tres fases –activa, zombi y cero– de la religión cristiana, con todas sus ramas, y marcar las transiciones de una a otra. En la fase activa, la asistencia al servicio dominical es elevada. En la fase zombi, la práctica dominical ha desaparecido, pero los tres ritos de paso que acompañan al nacimiento, el matrimonio y la muerte siguen enmarcados en la herencia cristiana. Una población cristiana zombi ya no va a misa, pero la mayoría sigue bautizando a sus hijos, incluso en la mayor parte de las confesiones protestantes, donde el bautismo de los recién nacidos no es tan central como en el catolicismo. En el otro extremo de la vida, una sociedad cristiana zombi seguirá desestimando la incineración, rechazada durante mucho tiempo por la Iglesia. La fase cristiana cero se caracteriza, pues, por la desaparición del bautismo y el aumento masivo de la incineración. Es lo que estamos viviendo.

Por último, está el matrimonio. El matrimonio civil del periodo zombi conserva, en sus obligaciones y en su relación con la procreación, los rasgos esenciales del matrimonio cristiano. Por tanto, los antropólogos tienen la suerte de disponer, por así decirlo, de una fecha oficial para la desaparición de la forma cristiana del matrimonio: la de la instauración del «matrimonio para todos» o matrimonio igualitario. Si el matrimonio entre personas del mismo sexo se considera equivalente al matrimonio entre personas de

distinto sexo, entonces podemos afirmar que la sociedad en cuestión ha alcanzado un estadio cero de la religión.

No se trata, por supuesto, de volver sobre las polémicas que han rodeado la legalización del matrimonio igualitario, sino de verlo, fríamente, como un excelente marcador antropológico que permite determinar el fin absoluto del cristianismo como fuerza social. En los Países Bajos, fue en 2001. En Bélgica: 2003. En España y Canadá: 2005. En Suecia y Noruega: 2009. En Dinamarca: 2012. En Francia: 2013. En Reino Unido: 2014 (pero en Irlanda del Norte: 2020). En Alemania: 2017. Finlandia: también 2017. En cuanto a Estados Unidos, Massachusetts lo legalizó en 2004, pero se generalizó en el conjunto del país en 2015.

Por tanto, podemos definir de forma precisa y absoluta los años 2000 como los de la desaparición efectiva del cristianismo en Occidente. También se ha producido una convergencia en la nada de católicos y protestantes. Europa del Este no se ha visto afectada e Italia –Vaticano obliga– sigue teniendo sólo parejas de hecho.

HUIDA NIHILISTA HACIA DELANTE

Una de las grandes ilusiones de los años sesenta –entre la revolución sexual angloamericana y el Mayo del 68 francés– fue la creencia de que el individuo sería más grande una vez liberado de lo colectivo *(imea culpa, mea maxima culpa!).* Lo cierto es lo contrario. El individuo sólo puede ser grande en y por medio de una comunidad. Solo, está condenado por naturaleza a encogerse. Ahora que nos hemos liberado en masa de las creencias metafísicas, fundadoras y derivadas, comunistas, socialistas o nacionales, experimentamos el vacío y nos encogemos. Nos convertimos en una multitud de enanos miméticos que ya no se atreven a pensar por sí mismos, pero que, sin embargo, resultan ser tan intolerantes como los creyentes de antaño.

En efecto, las creencias colectivas no son solo ideas compartidas por individuos que les permiten actuar juntos. Los estructuran. Al inculcarles unas normas morales aprobadas por otros, los

transforman. Esta sociedad que opera en el individuo es lo que el psicoanálisis llama el superyó, un concepto que, hoy día, tiene mala prensa: evoca una autoridad de control antipática que reprime e impide el «desarrollo personal». Pero en la mente de Freud y de muchos otros, el superyó es también un ideal del yo que permite al individuo elevarse por encima de sus deseos inmediatos, ser mejor y más que sí mismo. Antes del ideal del yo freudiano, existía la «conciencia», que implicaba la existencia de otros. Escuchar a la conciencia propia, hacer examen de conciencia, eran imperativos de origen cristiano. En el estadio zombi de la religión, la sociedad seguía siendo capaz de inyectar un ideal del yo en el individuo y el concepto de conciencia seguía plenamente activo.

Estoy simplificando y exagerando, por supuesto, al presentar las grandes tendencias como totalmente realizadas.

El estadio religioso cero trasluce un vacío y, tendencialmente, un déficit del superyó. Define la nada, pero para un ser humano que a pesar de todo no deja de existir y sigue experimentando la angustia de la finitud humana. Esta nada, este vacío, producirá sin embargo algo, una reacción, en todas direcciones: algunas admirables, otras estúpidas, otras abyectas. El nihilismo, que idolatra la nada, me parece la más banal.

Está omnipresente en Occidente, tanto en Europa como al otro lado del Atlántico.

Es en los sistemas antropológicos de tipo nuclear individualista, francés pero sobre todo angloamericanos –donde no subsiste marco familiar residual alguno–, donde se propaga en su forma acabada. Rastros de la familia jerárquica zombi (en Alemania y Japón) o de la comunitaria zombi (en Rusia) siguen siendo «algo» más que el vacío nuclear individualista. No es de extrañar, pues, como pronto descubriremos, que el mundo angloamericano, caracterizado por un protestantismo cero en un entorno nuclear absoluto, sea actualmente el escenario de las manifestaciones más patentes del nihilismo. Pero empecemos por examinar cómo la Europa continental, donde todavía subsisten formas más complejas de familia, perdió cualquier resto de voluntad ante la guerra.

[1] Emmanuel Todd, *Après la démocratie,* París, Gallimard, 2008 [ed. cast.: *Después de la democracia,* trad. Marisa Pérez Colina, Madrid, Akal, 2010].

[2] Christopher Lasch, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy,* Nueva York, Norton, 1995 [ed. cast.: *La rebelión de las elites y traición de la democracia,* trad. Francisco Javier Ruiz Calderón, Barcelona, Paidós, 1996].

[3] Michael Lind, *The Next American Nation. The New Nationalism and the Fourth American Revolution,* Nueva York, Simon & Schuster, 1996.

[4] Michael Lind, *The New Class War. Saving Democracy from the Metropolitan Elite,* Londres, Portfolio/Penguin Random House, 2020.

[5] Joel Kotkin, *The New Class Conflict,* Candor, Telos Press Publishing, 2014.

[6] Colin Crouch, *Post-Democracy,* Cambridge, Polity, 2003 [ed. Cast.: *Posdemocracia,* Madrid, Taurus, 2004].

[7] Mark Garnett, *From Anger to Apathy. The British Experience since 1975,* Londres, Random House, 2007.

[8] David Goodhart, *The Road to Somewhere. The Populist Revolt and the Future of Politics,* Londres, Hurst Publishers, 2017.

[9] David Skelton, *The New Snobbery. Taking on Modern Elitism and Empowering the Working Class,* Hull, Biteback Publishing, 2021.

[10] Christophe Guilluy, *La France périphérique. Comment on a sacrifié les classes populaires,* París, Flammarion, 2014.

[11] Luc Rouban, *La démocratie représentative est-elle en crise?,* París, La Documentation française, 2018.

[12] Jérôme Fourquet, *L'Archipel français. Naissance d'une nation multiple et divisée,* París, Seuil, 2019.

[13] Oliver Nachtwey, *Die Abstiegsgesellschaft. Über das Aufbegehren in der regressiven Moderne,* Berlin, Suhrkamp, 2016 [ed. cast.: *La sociedad del descenso,* trad. Bernardo Moreno Carrillo, Barcelona, Paidós, 2017].

[14] Londres, Verso Books.

[15] Peter Mair, *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy,* Londres, Verso Books, 2013 [ed. cast.: *Gobernando el vacío,* trad. María Hernández Díaz, Madrid, Alianza, 2015].

CAPÍTULO V

EL SUICIDIO ASISTIDO DE EUROPA

Europa se encuentra inmersa en una guerra profundamente contraria a sus intereses y autodestructiva, a pesar de que sus promotores llevan al menos treinta años vendiéndonos una Unión cada vez más profunda que, gracias al euro, iba a convertirse en una potencia autónoma, un contrapeso a los gigantes que son China y Estados Unidos. La Unión Europea ha desaparecido detrás de la OTAN, ahora más sumisa que nunca a Estados Unidos. Como he dicho, el eje Berlín-París ha sido suplantado por un eje Londres-Varsovia-Kiev dirigido desde Washington, reforzado por los países escandinavos y bálticos, que se han convertido en satélites directos de la Casa Blanca o del Pentágono.

La inicial reacción de temor de los europeos ante la invasión de Ucrania fue totalmente comprensible. Para todos los implicados, la vuelta a la guerra supuso una gran conmoción; y para los dirigentes rusos, la decisión de recurrir a las armas tuvo un carácter dramático que debemos comprender, no para absolverlos, sino para evaluar mejor sus decisiones posteriores y anticipar sus acciones futuras. En Europa occidental, miles de políticos, periodistas y académicos, acostumbrados a vivir en un entorno endogámico, profesaban en aquel momento una paz perpetua neokantiana; se habían convertido en espectadores más que en actores de la Historia real, de la que forma parte la guerra; peor aún, recorrían la Historia como turistas, empeñados en construir Europa con palabras, llenando a sus pueblos de humo, como si estuviesen jugando al Monopoly una tarde de vacaciones. La irrupción de la realidad les provocó de inmediato una reacción absurda, que pensaron que les evitaría la guerra, cuando lo que hizo fue lo contrario, hundirles en ella, ampliándola. No tenían duda alguna de que las sanciones occidentales pondrían a Rusia de rodillas. La complacencia de nuestras elites, que se extiende al sistema social que encarnan, era sincera. Nuestro ministro de Economía y Finanzas, Bruno Le Maire,

se jactaba en *France Info* el 1 de marzo de 2022 en los siguientes términos: «Las sanciones son eficaces, las sanciones económicas y financieras son incluso terriblemente eficaces. […] Vamos a provocar el hundimiento de la economía rusa». Lo peor no es que hayan fracasado, sino que nuestros dirigentes hayan sido incapaces de prever que, lejos de detener la guerra, la globalizarían. Como dijo Nicholas Mulder un mes antes del conflicto en *The Economic Weapon. The Rise of Sanctions as a Tool of Modern War,* las sanciones económicas, concebidas y aplicadas entre 1914 y 1918 con el embargo aliado de los Imperios centrales, que causó cientos de miles de muertos, significaron inevitablemente que los países neutrales tuvieran que tomar partido[1]. Someter a un país de 17 millones de kilómetros cuadrados, a caballo entre Europa y Asia, entre Polonia y China, a un bloqueo convertía de repente la modesta «operación militar especial» lanzada por los rusos para obtener una rectificación de las fronteras e impedir el ingreso de Ucrania en la OTAN en la Tercera Guerra Mundial. Dudo que Bruno Le Maire, graduado de nuestras grandes instituciones académicas y novelista, fuera consciente de ello. Del lado occidental, sólo una potencia militar mundial, Estados Unidos, podría librar una guerra mundial. Así que las sanciones en sí mismas significaban el fin de Europa. Pero los dirigentes europeos también tenían excelentes razones para acabar con la Unión.

La naturaleza autodestructiva de las sanciones se tradujo rápidamente en un aumento generalizado de las tasas de inflación, que no tuvo contrapartida en Rusia y que también fue menor en Estados Unidos. Que estos dirigentes se negaran a tener en cuenta la dependencia energética de nuestro continente revela en ellos una nada desdeñable tranquilidad de espíritu oligárquica y liberal. Son los más débiles los que sufren la inflación, en este caso una subida de precios de una magnitud sin precedentes desde finales de los años cuarenta del pasado siglo. Una inflación de guerra. Pero si consideramos que la naturaleza de nuestro sistema social es intrínsicamente no igualitaria, y cada vez más, no debería sorprendernos. El problema, sin embargo, es más grave. La interrupción del suministro de gas ruso y el encarecimiento de la

energía amenazaban a lo que quedaba de nuestra industria y nos devuelven a la hipótesis del suicidio. La balanza comercial de la zona euro ha pasado de 116.000 millones positivos en 2021 a 400.000 millones negativos en 2022.

No olvidemos que el coste de la guerra para Europa incluye la interrupción de las relaciones económicas con Rusia, incluido el cierre obligatorio de filiales de empresas europeas establecidas allí, medida que afecta en especial a Francia. Asombraba el regocijo con que los periodistas de nuestros medios, con *Le Monde* a la cabeza, se lanzaron a rastrear en Rusia los restos de actividad de las empresas francesas, como el grupo Auchan, sin prestar demasiada atención a los beneficios energéticos de nuestros aliados estadounidenses o, más aún, noruegos (en 2021, Noruega era el cuarto exportador mundial de gas natural). En ocasiones, daba la impresión de que el objetivo de nuestra prensa era destruir la economía de Francia más que la de Rusia. Uno piensa en un niño que, enfurecido, rompe sus propios juguetes, al tiempo que le viene a la cabeza la expresión «nihilismo económico».

Estaba claro desde el principio que los Gobiernos francés y, más aún, alemán se mostraban reacios a implicarse demasiado en la guerra. El canciller Scholz resistió durante un tiempo la presión combinada de la prensa alemana, los estadounidenses y sus vecinos europeos; Emmanuel Macron también resistió un poco a la prensa y charlaba sin parar con Putin, hasta el punto de inspirar un nuevo verbo en lengua rusa, *macroner,* «hablar sin decir nada», y su variante ucraniana «expresar preocupación y no hacer nada». Pero, paso a paso, estas reticencias se fueron disipando y estos países del corazón de la Unión han acabado aceptando todo, al menos en apariencia. Los alemanes enviaron tanques Leopard; los franceses, misiles Scalp. Las últimas reservas se disiparon justo cuando se había producido un acontecimiento extraordinario: el sabotaje de los gasoductos Nord Stream. Por mi parte, acepto la reconstrucción de los hechos que ha llevado a cabo Seymour Hersh, ya que es, hasta la fecha, el único relato plausible: el atentado fue decidido por los estadounidenses y se ejecutó con la ayuda de los noruegos.

La implicación de Noruega no resulta sorprendente. Intereses

energéticos aparte, este país, que rechazó entrar en la Unión Europea pero es miembro fundador de la OTAN, tiene una larga y honorable tradición de asociación militar con el mundo angloamericano. Se remonta a la Segunda Guerra Mundial, cuando, tras la invasión alemana, su flota civil se pasó en masa al bando británico y desempeñó un papel importante en la batalla del Atlántico. El hecho es que, desde la interrupción del suministro de gas ruso, Noruega se ha convertido en uno de los principales proveedores de la Unión. Su superávit comercial es colosal.

Para los alemanes, haber aceptado sin inmutarse que su protector dinamitara un elemento esencial de su sistema energético fue un asombroso acto de sumisión. Es probable que el silencio de Alemania oculte también una prudente actitud de espera, manteniendo abiertas sus opciones.

Han pasado los meses y el misterio de una Europa occidental que, aunque no es el principal proveedor de armas de Ucrania, está, sin embargo, soportando el principal peso económico de la guerra se va haciendo más denso. Desde el fracaso de la contraofensiva ucraniana lanzada el 4 de junio de 2023, con armamento insuficiente y sin cobertura aérea –deficiencia occidental obliga–, sabemos que Rusia no será derrotada. Entonces, ¿por qué sumirse en una guerra interminable? La obstinación de los dirigentes europeos resulta fascinante. Los objetivos bélicos oficiales se basan en una visión aberrante de la realidad. Sin dejarme llevar por el modo «emocional» que domina los medios de comunicación para cegar a algunos de nuestros dirigentes tanto como a nuestras poblaciones, debo resolver un problema histórico: ¿por qué, en ausencia de una amenaza militar, los europeos, y en particular los de la Europa de los Seis original, se comprometieron en una guerra tan contraria a sus intereses y cuyo objetivo oficial es moralmente dudoso?

No olvidemos que Rusia no representa *ninguna* amenaza para Europa occidental. Como potencia conservadora (en 2022 como en 1815), desea forjar una asociación económica con Europa, en particular con Alemania. Como ya he dicho, se sintió *aliviada* en 1990 al verse libre de sus democracias populares satélites, en particular de Polonia, su rueda de molino existencial. *Sabe* que no

dispone de los recursos demográficos y militares para expandirse hacia el oeste; la parsimonia de su actuación en Ucrania lo demuestra.

Para convencerse de que la amenaza rusa es una fantasía, basta con ver que Donetsk, la principal ciudad de Donbass, está a 100 kilómetros de la frontera rusa, a 1.000 kilómetros de Moscú, a 2.000 de Berlín, a 3.000 de París, a 3.200 de Londres y a 8.400 de Washington. Rusia lucha en su frontera. Una lectura no apriorística del mapa confirma que, como aseguran sus dirigentes, está librando una guerra defensiva contra un mundo occidental ofensivo.

El objetivo oficial de Ucrania, y, por tanto, de quienes la apoyan, es que los territorios poblados por rusos, en Crimea y en el Donbass, vuelvan a estar bajo la autoridad del Gobierno de Kiev. ¿Por qué Europa, el continente de la paz, se ha implicado técnicamente en lo que los historiadores del futuro considerarán una guerra de agresión? Una agresión, es cierto, de un tipo singular: no estamos enviando un ejército, simplemente estamos proporcionando equipamiento y dinero, sacrificando a la población ucraniana, ya sea militar o civil. En el capítulo anterior describí el estadio cero de la religión. Aquí me viene a la cabeza la hipótesis de una moralidad cero, generada en Europa occidental por la extinción de las creencias colectivas zombis. Al final, la paz neokantiana parece estar muy alejada de la moral de Kant.

Sin embargo, y a pesar de estos sinsentidos, Europa no se ha embarcado en esta guerra por casualidad, por estupidez, por accidente. Algo la impulsó. No todo es culpa de Estados Unidos. Y ese algo es su propia implosión. El proyecto europeo está muerto. Una sensación de vacío sociológico e histórico se ha apoderado de nuestras elites y nuestras clases medias. En este contexto, el ataque ruso contra Ucrania fue casi un regalo del cielo. Los editorialistas de los medios no lo ocultaban: la «operación militar especial» de Putin volvía a dar sentido a la construcción europea; la UE necesitaba un enemigo exterior para recomponerse y avanzar. Esta retórica optimista dejaba entrever una verdad más oscura. La Unión es una fábrica de gas, ingobernable y, literalmente, irreparable. Sus instituciones se están vaciando; su moneda única ha provocado

desequilibrios internos irreversibles; su reacción a la «amenaza Putin» no es necesariamente un esfuerzo por recomponerse, sino quizá, por el contrario, una pulsión suicida: expresaría la inconfesable esperanza de que esta guerra interminable acabe por hacer que todo salte por los aires. Tras haber diseñado una maquinaria disfuncional en Maastricht, nuestras elites podrían echarle la culpa a Rusia; su oscuro deseo sería que la guerra librara a Europa de sí misma. Putin sería su salvador, un Satán redentor.

El nuevo papel que Estados Unidos desempeña actualmente en Europa, el de dispensar una muerte militarmente asistida a la Unión, es también sorprendente. Empobrecido por cuarenta años de neoliberalismo (como veremos en los capítulos 8 a 10), bastante ridículo y preocupante desde el episodio Trump, que aún no ha terminado, Estados Unidos ya no es un líder creíble en ningún ámbito. En 1985, las tasas de mortalidad infantil alemana, francesa e italiana eran, en conjunto, inferiores a la estadounidense. En 1993, la esperanza de vida en estos mismos tres países (las principales naciones del grupo europeo original) era superior a la de Estados Unidos. La sensación de que Estados Unidos estaba en relativo declive había sido uno de los motores de Maastricht y había despertado en los europeos un deseo de autonomía, incluso de poder.

Desde la invasión rusa de Ucrania, Estados Unidos reina por defecto, y también gracias a un ardid tecnológico de la historia. Es preciso examinar en detalle dos aspectos del suicidio europeo. En primer lugar, la renuncia al poder por parte del gigante alemán y, en segundo lugar, la renuncia a la libertad por las elites europeas en su conjunto. El caso alemán nos remitirá a la antropología, mientras que el de las elites europeas nos llevará a explorar el mecanismo de control de los individuos que ha engendrado la globalización financiera.

ALEMANIA, UNA SOCIEDAD-MÁQUINA

Tras su reunificación y el auge de su poder financiero durante la crisis de 2007-2008, Alemania tenía todos los motivos para desempeñar un papel de liderazgo en Europa y distanciarse de Estados Unidos. Es el camino que pareció tomar en 2003 durante la guerra de Iraq, aunque no dominara la Unión. Pero en 2022 se fue a la cama de verdad. Desde el inicio de la guerra en Ucrania, ningún otro país ha tragado sapos más gordos. La singular trayectoria de este *hegemón* renuente y pusilánime llama a la reflexión.

En primer lugar, debemos recordar que el desplome moral y político de la nación más poderosa del oeste del continente se produjo al mismo tiempo que el de todo el resto. El error fundamental de los maastrichtianos (y también de los antimaastrichtianos, por lo demás) fue creer que Europa iba a suplantar la nación con la creación de una entidad de orden superior, pluriposnacional, sin duda, pero con sustancia. Ninguno de ellos comprendió a tiempo que el motor sociológico profundo que impulsaba el proyecto era la disolución espontánea de las naciones, en el vacío descrito por Peter Mair y otros autores, y que la Europa del euro sólo podía ser una versión elevada al cuadrado de aquello en lo que se habían convertido las propias naciones: agregados atomizados poblados por ciudadanos apáticos y elites irresponsables. Un inmenso agregado atomizado.

El primer nihilismo europeo tomó la forma de una negación de los pueblos y las naciones y, de paso, de un desmantelamiento de las industrias periféricas por el euro. Y esto se hizo para crear un objeto político que no existía ni podía existir.

Este proceso de disolución de las naciones, que ha llevado al desmoronamiento del edificio europeo en su conjunto, no ha impedido que algunas, como Alemania, se hayan mostrado más resistentes que otras.

La sociedad alemana no es individualista. Su fundamento antropológico es, como se ha dicho, la familia jerárquica, autoritaria y no igualitaria, que hoy puede calificarse de zombi porque, aunque la familia campesina queda muy lejos en el pasado, algunos de sus valores han sobrevivido, y durante más tiempo que los del protestantismo o el catolicismo. A pesar de la desaparición de las

grandes religiones y de las ideologías que las han sucedido, en Alemania persisten hábitos mentales de disciplina, trabajo y orden. Gracias a ello, ha podido mantener mejor su eficacia industrial durante el periodo de globalización. En un momento en que el ideal de nación estaba desapareciendo en todas partes, *incluida Alemania,* reorganizó, sin embargo, Europa del Este en torno a sí misma. Los estadounidenses en ningún momento previeron que resurgiría un gigante económico cuando acordaron su unidad y le ofrecieron un espacio de expansión industrial, las antiguas democracias populares, transformadas por obra y gracia del presidente Clinton de satélites ideológico-políticos de Rusia a satélites económicos, pero también demográficos, de Alemania. Para una Alemania demográficamente deprimida, las poblaciones activas del Este, bien formadas en el plano educativo por el comunismo, fueron un regalo de la Historia.

Alemania no es nacionalista, no tiene un proyecto de ser potencia, como demuestra su bajísima tasa de fecundidad, de 1,5 hijos por mujer como máximo, durante un largo periodo.

Sin embargo, su reunificación y su vuelta al centro del continente han recreado las antiguas condiciones geoeconómicas de Europa. Alemania se ha encontrado en una posición dominante. Al observar la persistencia geopolítica de Alemania tras su derrota en 1918, Jacques Bainville se habría sentido fascinado por la Europa de 2020[2].

Sostenida por su sistema antropológico, Alemania, como hemos dicho, ha resistido mejor la muerte de las ideologías. Pero el país no ha salido indemne del proceso. Ha adoptado una forma singular: la obsesión por la eficacia económica en sí misma. Es como si la sociedad alemana, desprovista de conciencia, se hubiera convertido en una máquina de producción. Una ideología ofrece a los individuos un destino común. Aquí no hay nada de eso. Sólo una obsesión por la adaptación industrial, que implica, entre otras cosas, compensar la atonía demográfica con una afluencia masiva de inmigrantes, como cuando se llena el depósito de un coche. La aceptación de inmigrantes por parte de Angela Merkel durante la crisis de refugiados de 2015 se inscribe en ese llamamiento de mano de obra, aunque no se pueda negar la existencia de consideraciones morales.

¿Por qué privarnos del sentimiento de ser justos y buenos si al mismo tiempo hacemos lo que es económicamente necesario? Nótese, sin embargo, la indiferencia ante el origen étnico: no es cierto que Alemania haya tratado mejor a los ucranianos que a los sirios. Nuestro análisis de la muerte de las ideologías, validado así por el episodio de 2015, nos permite afirmar que el racismo en Alemania es algo muerto.

La baja tasa de fecundidad debería condenar a la población alemana al declive, como ha ocurrido con Japón. Pero, por el contrario, ha pasado de 80,327 millones de habitantes en 2011 a 84,358 millones en 2022. Los nacionales alemanes eran 73,985 millones en 2011, cifra que se redujo a 72,034 millones en 2022 y que incluye a los ciudadanos nacionalizados. Los extranjeros eran 6,342 millones en 2011, pero 12,324 millones en 2022, casi el doble[3].

En 2022 destacaban ucranianos, rumanos, polacos, croatas y búlgaros. La caída del Telón de Acero puso a disposición de la economía industrial alemana la población activa de las antiguas democracias populares, la mayoría de las veces empleada y trabajando en sus propios países, pero en ocasiones absorbida directamente como población activa en Alemania.

Tabla 2. Países de origen de los extranjeros residentes en Alemania en 2022.

Turquía	1.487.110
Ucrania	1.164.200
Siria	923.805
Rumanía	883.670
Polonia	880.780
Italia	644.970
Croacia	436.325
Bulgaria	429.665
Afganistán	377.240
Grecia	361.270

Rusia	290.615
Iraq	284.595
Kosovo	280.850
Total	
Unión Europea	4.598.602
Resto de Europa	3.895.506
Otros países	3.830.087

Fuente: Statistisches Bundesamt

Es evidente que la sociedad alemana se va adaptando y transformando. Es probable que se estratifique y endurezca. Las clases medias se reducen a un ritmo ligeramente más rápido que en el resto de Europa, y la movilidad social disminuye en ambos extremos de la pirámide social también a un ritmo ligeramente más rápido[4]. Las reformas Hartz de 2003-2005 (con Schröder) flexibilizaron el mercado laboral y generaron una importante población de trabajadores precarizados, bien a tiempo parcial (a menudo mujeres), bien discontinuos (también a menudo mujeres). Me inclino a pensar que los valores autoritarios y no igualitarios de la familia jerárquica fueron el resorte de estas reformas. Dejando a un lado cualquier juicio ideológico, la adaptación fue, en cualquier caso, un éxito económico, aun cuando la mayor parte de la recuperación ya se había logrado en 2001 y estaba vinculada sobre todo al hecho de que la RFA había terminado de digerir a la RDA.

Nada hace pensar que este sistema sea inestable o inviable a medio plazo. La bajísima tasa de desempleo en el núcleo industrial permite una integración pacífica de la inmigración en esta fase, aunque el crecimiento de AfD, una fuerza política afín a Rassemblement National, empiece a plantear problemas. Pero que haya un problema no significa que no haya solución. A lo largo de la Historia no dejan de surgir nuevas formas sociales.

En el transcurso de la década de 2000, Alemania actuó cada vez más como una sociedad-máquina, resolviendo cada problema

económico por separado, sin la guía de la noción simbólica pero realista de un verdadero destino nacional. En 2012, al inaugurar el Nord Stream (cuya construcción había comenzado en 2005), entró en una estrecha asociación energética con Rusia, al tiempo que dependía de Estados Unidos para su protección militar. La desatención de la Bundeswehr, su instrumento militar, fue sin duda resultado de una admirable conversión a la idea de la paz, pero también de la elección de ahorrar en personal e inversiones para así apoyar las exportaciones civiles. Por tanto, Alemania entró en la guerra de Ucrania con un ejército en proceso de deterioro.

Esta combinación de acciones dispersas, desorganizadas, es característica de una sociedad que no tiene una concepción global de lo que está haciendo. Una simple lectura de algunos textos estadounidenses sobre geopolítica habría mostrado a los dirigentes alemanes que Estados Unidos nunca aceptaría que se acercara a Rusia. Como muy bien explicó Brzezinski en *The Grand Chessboard* (1997), el problema estratégico que la caída del comunismo planteaba a Washington era que la presencia norteamericana en el continente europeo, o en Asia, ya no estaba justificada. Eurasia podría haberse unificado y marginar a Estados Unidos. Para los estrategas de Washington, la alianza germano-rusa era una auténtica pesadilla. Desde esta perspectiva, el comportamiento de Alemania, la nueva gran potencia económica del continente, que aumentó al mismo tiempo su dependencia militar de Estados Unidos y su dependencia energética de Rusia, era típico de una sociedad-máquina.

NACIÓN ACTIVA Y NACIÓN INERTE

Ante el extraordinario caso de una nación que se supone que ya no existe (tanto según el modelo de Historia propuesto en este libro como según la teoría de la superación de la nación propuesta por Europa) pero que sigue yendo a más, me veo obligado a estas alturas a hacer un replanteamiento conceptual. Una nación es un pueblo concienciado por una creencia colectiva y una elite que lo

gobierna de acuerdo con esa creencia. Sin embargo, no debemos pensar que, cuando la creencia colectiva en la nación desaparece, el pueblo desaparece con ella. Sólo desaparece su capacidad de acción. El pueblo permanece. Aunque Francia ya no tenga elites dignas de tal nombre, aunque ya no crea en sí misma, aunque haya ratificado el Tratado de Maastricht, abolido su soberanía y acabado con su ideal colectivo, el pueblo francés sigue existiendo a pesar suyo. El eclipse de Francia como agente histórico nos deja con el problema de los franceses, que siguen siendo fieles a sí mismos: manifestándose, alborotando, negándose a que sus servicios públicos vayan a menos y escaseen. La impotencia de la nación como agente histórico eficaz nos permite hablar, en el caso de Francia, desde el punto de vista geopolítico, de una nación desaparecida. El caso de Alemania, en la que el ideal nacional se ha evaporado, pero donde algo, claramente, sigue produciendo poder –económico–, me obliga a volver sobre la idea de una desaparición completa de la nación. Por tanto, voy a contraponer la *nación activa,* consciente, a la *nación inerte,* que, sin conciencia de sí misma, continúa su trayectoria, como por inercia, en el sentido físico de la palabra. Nación activa, nación inerte: a decir verdad, fue discutiendo el caso de Japón con mi amigo Hirohito Ohno, que fue periodista en el *Asahi shimbun* y hoy se dedica a cultivar su jardín en Azumino, cuando se me ocurrió esta distinción. Pero Japón es como Alemania, un país de familia jerárquica zombi, que continúa existiendo plenamente en ausencia de un proyecto nacional y con la misma obsesión económica que Alemania.

Resumiendo. Desde la década de 2000, Alemania dejó de ser una nación activa, pero, al mismo tiempo, se ha hecho cada vez más poderosa en Europa como nación inerte. La naturaleza jerárquica de su fundamento antropológico ha dramatizado esta paradoja. En este sistema, el líder es esencialmente infeliz.

LA DESGRACIA DE SER LÍDER EN UNA CULTURA JERÁRQUICA

En los países de cultura individualista, como Estados Unidos,

Inglaterra o Francia (en su parte central), llegar al poder no es un problema, sino una apoteosis. El individuo líder es el individuo realizado, pleno, feliz de serlo. En una cultura jerárquica de tipo alemán o japonés, la situación es diferente. Si las condiciones generales permiten que la sociedad funcione de forma armoniosa, los individuos de todos los niveles jerárquicos se sienten protegidos por la presencia de una autoridad por encima de ellos. Todos excepto los dirigentes, que ya no tienen por encima ninguna autoridad que los tranquilice y alivie. El malestar que sienten no es demasiado grave si el país no es muy poderoso: generalmente tendrá un padrino exterior, en un escenario internacional donde su capacidad de decisión será insignificante. Por otro lado, ¡cuidado con los dirigentes de países de este tipo que empiezan a dominar su entorno! Recordemos que los valores fundamentales de la familia jerárquica eran la autoridad (del padre sobre los hijos) y la desigualdad (de los hermanos entre sí). La desigualdad de los hermanos muta en la desigualdad de las personas y de los pueblos. La autoridad se convierte en el derecho a dominar a los pueblos débiles. Sublimada desde el punto de vista de las relaciones internacionales, para el líder de un Estado muy poderoso supone lo siguiente: mi país es superior a todos los demás y estos deben obedecer. Yo no me siento bien: tengo que tomar decisiones por mi cuenta, en ausencia de una instancia de control superior. Bueno, pero mi país es superior a todos los demás, algo es algo. ¡Cuidado, he dicho!

En el caso de la familia comunitaria, rusa o china, el autoritarismo es corregido por el igualitarismo: la igualdad de los hermanos se convierte en igualdad de las personas y de los pueblos. Esta es la fuente antropológica, primero, del universalismo comunista, luego, del soberanismo amplio de Putin, que ofrece al planeta la visión de un mundo multipolar, pero donde cada «polo», igual a los demás, es autoritario en su propia esfera. Sin duda, la idea de que Ucrania es igual a Rusia nunca se les habrá pasado por la cabeza a los dirigentes rusos. En sus mentes, es el principio de autoridad el que rige las relaciones entre Moscú y Kiev.

Volvamos al caso de una nación jerárquica cuyo poder crece. La

Alemania de Guillermo II es el tipo ideal. Unificada, convertida en la primera potencia industrial del continente, dominante y dominadora, condujo a Europa a su primer naufragio. Los individuos que la gobernaban, no sólo Guillermo II y su entorno, sino también las clases altas alemanas, habían perdido el contacto con la realidad. Sus líderes se atrevieron a desafiar no sólo a Francia (como era tradicional), sino también, y simultáneamente, a Rusia e Inglaterra (a las que, por si acaso, añadieron por el camino a Estados Unidos), creando en su contra un sistema de alianzas de un poder sin precedentes. *Deutschland über alles.*

Esta incapacidad de los dirigentes de los países jerárquicos para gestionar el poder también afectó a Japón, lo que condujo al ataque de Pearl Harbor y a desafiar a la primera potencia económica de la época. La pérdida de autocontrol de las personas que están en lo alto de la pirámide podría calificarse de megalomanía estructuralmente inducida en la sociedad jerárquica.

El regreso de Alemania como potencia dominante del continente hacía presagiar una nueva fase de este tipo. Sus intervenciones a favor de la disolución de Yugoslavia y Checoslovaquia, así como el movimiento pro-Ucrania de la Unión Europea bajo su liderazgo, que desembocó en el Maidán en 2014, recordaban terriblemente la geografía de la expansión nazi. La guerra en Ucrania, sin embargo, nos ha mostrado bruscamente lo contrario: una resignación, un rechazo incluso a influir en los acontecimientos. Las elites alemanas parecen haber renunciado a defender, uno tras otro, los intereses de su país a corto plazo: intereses energéticos y económicos en el caso de las relaciones con Rusia. Pero los alemanes también están a punto de echar a perder sus relaciones con China, aún más esenciales para su economía. Uno tiene la impresión de observar en acción, o más bien en inacción, a la clase dirigente de una sociedad jerárquica empequeñecida, secundaria, que rechaza la autonomía y aspira a la sumisión.

Muchos factores podrían explicar esta negativa a crecer. Alemania es un país terriblemente envejecido, con una edad media de 46 años. Tal vez esta renuncia sea característica de la gerontocracia. Los viejos no son aventureros. También podría explicarlo la mala

conciencia histórica. Ávida de expiación, Alemania aspira a estar, en adelante, del lado del bien: la evidencia de la agresión rusa –el Mal en marcha, si no se reflexiona al respecto– facilita tal postura. ¿Cómo no solidarizarse con la pequeña Ucrania?

Pero la verdadera razón, en mi opinión, es más profunda, más sistémica. La dificultad de ser líder en un sistema jerárquico se ve agravada en la Alemania actual por la ausencia de una conciencia nacional y, por tanto, de un principio rector para actuar.

De ansioso, inquieto, el líder jerárquico deviene pasivo. Cuando abordemos las sociedades angloamericanas, individualistas e históricamente dominantes, constataremos una ausencia de proyecto nacional paralela a la de Alemania y resultante del mismo vacío, de la misma descomposición de las fuerzas colectivas, que no producirá pasividad sino un activismo febril, manejado por bandas más que por líderes de partidos articulados en torno a una doctrina. La atomización social está en todas partes y conduce, en el caso de los dominados, a la pasividad y, en el de los dominantes, al activismo. El mismo principio de inercia anima a todas las naciones occidentales, todas ellas «inertes», desprovistas de alma.

Sin embargo, nada garantiza que a largo plazo la opción, por así decirlo, por la pasividad sea completamente negativa para Alemania, aunque sus consecuencias a corto plazo parezcan catastróficas. En la conclusión de este libro, tendré ocasión de hablar de una Alemania reconciliada con Rusia, una vez derrotada la OTAN. Ni siquiera es descartable que salga victoriosa de esta guerra que pretende librar. Los moralistas podrían entonces teorizar sobre la superioridad intrínseca de la pasividad sobre la febrilidad.

Queda por ver por qué, a excepción de Viktor Orbán, todos los dirigentes europeos desde el inicio de la guerra en Ucrania han obedecido a Washington –las suaves reticencias de Scholz y Macron han sido insignificantes–. Ahora debemos examinar el extraño destino de la oligarquía europea. Bien encaminada a reinar de forma autónoma, un poco germánica quizá pero independiente de la oligarquía que gobierna Estados Unidos, se ha encontrado abruptamente degradada, transformada en un componente

subalterno del sistema estadounidense. La negativa de las elites alemanas a convertirse en la oligarquía superior del continente no lo explica todo.

UN DESARROLLO OLIGÁRQUICO AUTÓNOMO HECHO AÑICOS

Volvamos al desarrollo oligárquico de Europa a principios de la década de 2000. En aquel momento parecía casi armonioso. El accidente de los referendos holandés y francés de 2005, en los que el «no» ganó por amplio margen, fue rápidamente subsanado por el Tratado de Lisboa, que «pasó por alto» las votaciones dos años después. En el fondo, la secuencia, en su conjunto, marca un refuerzo del principio oligárquico, ya que establece que un referéndum puede ser anulado sin que haya reacción alguna por parte del pueblo. Fue un punto de inflexión importante: en dos países de tradición democrática y liberal, el pueblo ya no contaba, no simplemente por culpa de las «elites», sino porque, convertido en anómico por un estadio religioso e ideológico cero, ninguna acción colectiva podía movilizarlo.

Muy poco después, la crisis de 2007-2008 puso de manifiesto una nueva jerarquía de Estados: Alemania en la cima, Francia debajo, el resto a distintos niveles, Grecia en el último lugar. Podríamos denunciar la desaparición del principio de igualdad entre las naciones, y de la libertad de los pueblos dentro de esas naciones, pero podríamos celebrar con la misma facilidad la aparición, hacia 2013, de un continente ciertamente oligárquico, pero que estaba dibujando una vía oligárquica autónoma. Apenas diez años después, la guerra de Ucrania reveló de repente que nadie en Europa tenía un pensamiento o una acción autónomos. Los dirigentes de todos los países de la Unión abandonaron su actividad tradicional, «construir Europa con palabras», para convertirse en robots controlados desde el exterior, como en una película de ciencia ficción.

Una hipótesis radical puede explicar esta robotización. Europa, a un tiempo oligárquica y anómica, se ha visto atrapada e invadida por los mecanismos subterráneos de la globalización financiera, que no

es una fuerza ciega, impersonal, sino un fenómeno dirigido y controlado por Estados Unidos. Examinar el campo monetario y la circulación de capitales nos proporcionará una clave explicativa inesperada.

COMPRENDER LOS PROBLEMAS DE LOS RICOS

En un sistema oligárquico, tanto económico como político, la riqueza se acumula en lo más alto de la estructura social. Esta riqueza tiene que ir a alguna parte. Es algo que genera angustia a su poseedor, que, lo olvidamos con demasiada frecuencia, también tiene sus propios problemas: ¿cómo poner su dinero a salvo y hacer que «trabaje»? Me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a Peter Thiel (cofundador de PayPal), quien, en el transcurso de un productivo y apasionante debate, en particular sobre las elites estadounidenses, me hizo comprender el punto de vista de las personas que realmente tienen dinero.

Uno de los fenómenos fundamentales de las últimas décadas ha sido la propagación del dólar como divisa refugio y de los paraísos fiscales, bajo control estadounidense, como cobijo para los activos europeos. La irrupción del dólar como moneda de uso internacional, más allá del territorio norteamericano, se remonta a la década de 1960 y debe mucho a la disolución del Imperio Británico. Oliver Bullough ha escrito dos libros especialmente esclarecedores sobre este tema: *Moneyland* y *Butler to the World*[5]. En ellos descubrimos el papel clave desempeñado por la City de Londres y los restos del Imperio Británico para ofrecer al dólar una vida más libre, más feliz, al margen del control directo del fisco estadounidense. El Banco de Inglaterra empezó a autorizar a los bancos con sede en la City el uso del dólar como moneda y a aceptar que se hiciesen préstamos en esta divisa. Las autoridades estadounidenses se mostraron desconcertadas al principio, pero pronto se dieron cuenta de las ventajas que podían obtener de ello: es cierto que el Tesoro estadounidense perdía su control exclusivo y directo, pero se ampliaba el campo de actuación de Estados Unidos. A finales de los

años sesenta, más de cien filiales de bancos extranjeros operaban en la City. Nace el llamado «euro-dólar», aunque en realidad se trata de un dólar «moneda mundial». La moneda del Estado norteamericano se convirtió en el instrumento de reserva y especulación de todos los ricos del planeta, y el Estado norteamericano, *de facto,* en el Estado de todos los ricos del mundo. Estoy exagerando deliberadamente, transformando una vez más una tendencia en una estructura acabada.

La creación del euro sólo frenó momentáneamente esta tendencia. Uno de los efectos de la crisis de 2007-2008 fue que la gente que realmente tenía dinero perdió la confianza en la moneda única. Entre junio de 2008 y febrero de 2022 (inicio de la guerra en Ucrania), el euro perdió un 25% de su valor frente al dólar. Por tanto, los realmente ricos prefirieron atesorar dólares en lugar de euros. La causalidad es circular, ya que la conversión de los activos de los ricos en dólares respaldaba valor de este último.

Los paraísos fiscales han desempeñado un papel clave en la puesta en marcha de este mecanismo. La lista más reciente de «países y territorios que no cooperan a efectos fiscales», publicada el 21 de febrero de 2023 en el *Diario Oficial* de la UE, es edificante. Aunque incluye a la Federación Rusa, el resto se limita a entidades sujetas en diverso grado a Estados Unidos:

– Directamente, como las Islas Vírgenes, Guam y Samoa Americana.
– Algo menos directamente, como Palaos y las Islas Marshall.
– A través de Gran Bretaña o sus antiguas colonias, como las Islas Vírgenes Británicas, Anguila, Turks y Caicos, Bahamas, Trinidad y Tobago, Fiyi, Vanuatu y Samoa.
– Costa Rica y Panamá, aunque no son formalmente estadounidenses, también están en manos de Estados Unidos.

Como se puede ver, el desarrollo del sistema debe mucho a Reino Unido y a sus dependencias más o menos emancipadas. Sin embargo, el control último es estadounidense. Inglaterra ha salvado sus cañerías financieras, pero, al hacerlo, ha quedado sometida a

Estados Unidos.

Con la creación de sociedades pantalla incrustadas unas en otras, los paraísos fiscales han permitido construir, como describe Oliver Bullough en *Moneyland,* un mundo que puede ser invisible, pero que, sin embargo, es una parte no irrelevante del mundo real. Gabriel Zucman, en su notable libro de 2017 *La Richesse cachée des nations. Enquête sur les paradis fiscaux*[6] *(La riqueza oculta de las naciones. Investigación sobre los paraísos fiscales),* estima que el 11% del patrimonio financiero de los hogares europeos se encuentra en paraísos fiscales. Sin embargo, Zucman retoma la vieja letanía de denunciar de forma implícita a Suiza, donde tradicionalmente los ricos europeos «escondían su dinero», por decirlo elegantemente (mencionemos también los anexos de Luxemburgo, Liechtenstein y Mónaco). Meter en cintura a raya se ve muy a menudo como una victoria de la moral sobre el capitalismo financiero «en general». Los lectores de Marx y Lenin, que piensan en términos de grupos socialmente organizados e instrumentos estatales, verán las cosas de forma un poco diferente.

Un muy buen gráfico del libro de Zucman (p. 33) muestra que, a partir de la década de 1980, el dinero depositado en Suiza por los ricos europeos se estancó para luego caer ligeramente, mientras volaba hacia los paraísos fiscales del resto del mundo. Estos paraísos fiscales están bajo la atenta mirada estadounidense. Suiza, cuando era el paraíso fiscal de los ricos europeos, representaba ciertamente un problema para los diversos gobiernos de izquierdas de toda Europa. Pero seguía garantizando la independencia de nuestras oligarquías respecto a Estados Unidos. Un europeísta convencido pero realista, resignado a la naturaleza oligárquica de la Unión, debería hacer campaña para proteger o, mejor aún, rehabilitar a Suiza como paraíso fiscal, en lugar de ayudar a los estadounidenses a presionar a los bancos de la Confederación para que revelen sus secretos, si es que queda alguno. De ningún modo debería alegrarle ver a los suizos pagando multas a la Reserva Federal (Fed) por acciones que son minucias en comparación con las de las instituciones financieras estadounidenses, responsables de la Gran Recesión (antes de ser rescatadas por el Gobierno federal sin que

sus directivos fueran sancionados)[7]. Está claro que, desde el punto de vista estadounidense, la «eliminación» de Suiza era esencial para mantener a raya a las oligarquías europeas.

Si el 60% del dinero de los europeos ricos (la proporción dada por Zucman) da sus frutos bajo la mirada benévola de unas autoridades superiores ubicadas en Estados Unidos, se puede considerar que las clases altas europeas han perdido su autonomía mental y estratégica. Pero lo peor –su vigilancia por parte de la NSA– estaba por llegar.

Internet ha puesto patas arriba nuestras vidas, incluidas las de los oligarcas. En 1999, el 15% de los europeos utilizaba internet; en 2003 había aumentado al 42% y en 2021 al 87%. Ahora todo el mundo lo utiliza. No obstante, debemos plantear una hipótesis histórica: internet no sólo ha acelerado el funcionamiento de los mecanismos financieros, sino que ha transformado su naturaleza misma. Mientras que en el pasado los privilegiados hacían modestos esfuerzos para escapar a los impuestos, ahora han entrado en un sistema especulativo mágico totalmente informatizado. El dinero ya no sólo está a buen recaudo, sino que *trabaja.*

BAJO LA ATENTA MIRADA DE LA NSA

Gracias a los «viajes» instantáneos entre paraísos fiscales angloamericanos, el dinero que antes se escondía prudentemente en Suiza ahora genera dinero. De inmóvil, ha pasado a ser activo, participando en la gran fiesta especulativa en que se ha convertido la globalización en su fase final. A veces procedente de Suiza, a menudo vía Luxemburgo, se aleja cada vez más de la producción real y contribuye a la virtualización de la economía, llevando a Occidente a la derrota. Lo veremos con más detalle en el Capítulo IX, que trata de la desintegración de la economía real estadounidense.

Pero pasemos a la cuestión de la pérdida de autonomía de las clases altas europeas. Al principio, internet encarnaba un sueño de libertad, a lo que siguió una realidad más sombría; en un primer

momento suscitó una sensación estimulante: libertad de conocer a gente con la que antes no hubiera sido posible hablar, libertad para hacer circular la información, libertad de enviar fotos de una punta a otra del planeta, libertad de la pornografía, libertad de reservar billetes de tren y hoteles con sólo pulsar un botón, de consultar la cuenta bancaria en cualquier momento y de mover el dinero. En un segundo momento, nos hemos dado cuenta de que internet también significa que *todo, absolutamente todo, lo que hacemos en la red queda registrado,* y que todas nuestras acciones, pasadas y presentes, financieras y sexuales, pueden ser objeto de vigilancia.

No creo que los ricos que empezaron a depositar su dinero en los paraísos fiscales anglosajones comprendieran enseguida que se estaban poniendo bajo la mirada y el control de las autoridades estadounidenses. Sin duda, la toma de conciencia comenzó cuando se revelaron las actividades de la National Security Agency (NSA), tan antigua como la CIA pero que, antes de internet, no era tan importante. La NSA se especializó en el registro de lascomunicaciones, construyendo, por ejemplo, un monumental centro de datos en Utah con un coste de más de 3.000 millones de dólares.

Cuando se piensa en el poder de control de Estados Unidos, la primera idea que viene a la cabeza es la de un policía mundial, que interviene en países pequeños como Iraq o los Estados de América Central: países pobres, dominados. El conspiranoico de cualquier lugar del medio rural francés o español, otro dominado más, puede imaginar que también está siendo vigilado por la CIA. Pero se pasa por alto lo esencial: la vigilancia que ejerce la NSA sobre las oligarquías del mundo, en particular fuera de Estados Unidos. Y no pensamos en ello porque se trata de privilegiados.

No Place to Hide, de Glenn Greenwald, es una lectura esencial sobre este punto crucial[8]. Greenwald es el periodista que hizo pública la información suministrada por Edward Snowden, el informático de la CIA y luego de la NSA que se ha convertido en un símbolo de la libertad política. En 2013, Snowden reveló el programa de espionaje a gran escala desarrollado por el Gobierno estadounidense. Se refugió en Rusia, y creo que el asilo concedido a

Snowden es una de las cosas que los estadounidenses no han perdonado a Putin.

Mientras que la CIA se centra en los equilibrios mundiales, a intervenir en Oriente Próximo y otros lugares, del libro de Greenwald se desprende claramente que los objetivos prioritarios de la NSA no son los enemigos de Estados Unidos, sino sus aliados: europeos, japoneses, coreanos y latinoamericanos. La revelación de que el teléfono móvil de Angela Merkel era objeto de escuchas empezó a alertar a la opinión pública. Tras la lectura del libro de Greenwald, uno es consciente de que el Imperio estadounidense no es una abstracción y que no es sólo resultado de la voluntad de unos demócratas consentidores: se basa en mecanismos muy concretos de vigilancia de los individuos.

Vista desde Washington, está surgiendo una geografía inédita de Occidente. Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda son anexos (los *Five Eyes*). Europa occidental es una segunda América Latina, donde la dominación estadounidense, aunque en retroceso, es mucho más antigua. Mi amigo Philippe Chapelin, gran conocedor de América Latina, me ha alertado sobre la evolución de las elites europeas hacia una sumisión de tipo latinoamericano, con la diferencia de que, en América Latina, la intelectualidad de izquierdas se mantuvo independiente de Estados Unidos, cosa que no ocurre en Europa.

La NSA sólo tiene 30.000 empleados directos, pero subcontrata parte de sus actividades a empresas privadas, que tienen 60.000 empleados. En general, se calcula que esta «*Intelligence Community*», que agrupa a dieciocho agencias de inteligencia, cuenta con unos cien mil miembros. En realidad, sólo constituyen el núcleo de una nebulosa de control mucho mayor: 300.000 personas me parece una estimación razonable de su envergadura[9]. Si los ciudadanos de Europa, y de Francia o España en particular, no saben dónde está el dinero de sus dirigentes, la NSA sí lo sabe, y esos dirigentes saben que lo sabe.

Sinceramente, no puedo decir en qué medida los datos recopilados por la NSA permiten mantener a raya a las elites occidentales. Tampoco sé hasta qué punto esta institución puede

acceder realmente a las cuentas privadas, ni cuáles son sus capacidades de almacenamiento. Pero basta con que las elites europeas crean en su poder y se sientan vigiladas para que se muestren muy prudentes en sus relaciones con el amo estadounidense. Mucha gente hizo de todo en la fase aparentemente emancipadora de internet, durante la cual Occidente vio una abundancia de Benjamin Griveaux[10] financieros.

Lamento tener que incluir el miedo en mi explicación del servilismo europeo hacia Estados Unidos. No es el único factor de este alineamiento, pero este sistema de poder absolutamente estanco, con una tasa de obediencia cercana al 100%, hace pensar que en las altas esferas debe reinar una atmósfera totalitaria. Vladimir Putin puede ironizar cuando insinúa que, si Estados Unidos pidiera a los dirigentes europeos que se ahorcaran, estos lo harían, pero suplicando que se llevara a cabo con cuerdas fabricadas en sus países[11], petición que sería rechazada para proteger los intereses de la industria textil estadounidense. Obediencia extrema, explicación extrema.

ESTADOS UNIDOS ESTÁ EN DECLIVE, PERO SU INFLUENCIA SOBRE EUROPA CRECE

Estos mecanismos de control financiero no estaban previstos, se introdujeron como por sorpresa: como ya he dicho, internet se percibió al principio como un instrumento de libertad, antes de caer en la cuenta de que también lo era una vigilancia como nunca antes había existido. Las clases altas de la Europa oligárquica en construcción se vieron seducidas por la globalización financiera y atrapadas por el registro universal de datos.

Si la influencia inicial estadounidense sobre sus protectorados europeos (y asiáticos) se remonta a 1945, internet la ha reforzado enormemente. De hecho, desde mediados de la década de 2000, el control estadounidense de Europa occidental ha aumentado. Debemos subrayar aquí la brecha existente entre las respectivas percepciones de Estados Unidos por parte de los europeos y del

resto del mundo. Los no europeos tienen claro que el poder de Estados Unidos está en retroceso, y a un ritmo rápido: la producción industrial estadounidense, que representaba el 45% de la producción mundial en 1945, ahora sólo representa el 17%. Y este 17%, como veremos en el Capítulo IX, no es del todo real. Para el ministro de Asuntos Exteriores indio, Subrahmanyam Jaishankar, como explica detalladamente en *The India Way,* huelga decir que el peso de Estados Unidos disminuye de forma constante en un mundo que se desarrolla y diversifica[12]. Los indios, además, ven la contracción del Imperio estadounidense como la continuación lógica de la del Imperio británico, de la que fueron testigos de primera mano. Este sentimiento indio se encuentra en todas partes: en Irán, Arabia Saudí, China, Tailandia… En todas partes menos en Europa. Los europeos parecen ser los únicos, quizá junto con los japoneses y los coreanos, que perciben a una OTAN cada vez más fuerte y a un Estados Unidos cada vez más indispensable. Pero esto se debe a que, a medida que el sistema estadounidense se contrae en todo el mundo, tiene un peso cada vez mayor en sus protectorados originales, que son sus bases últimas de poder. Aquí estamos más allá de la doctrina Brzezinski –más bien por debajo de ella–. Para Estados Unidos ya no se realmente de dominar el mundo. Es el control de Europa y del Extremo Oriente asiático lo que se ha convertido en vital, porque, en su actual estado de debilidad, Estados Unidos necesita sus capacidades industriales. Resulta sorprendente constatar hasta qué punto las actividades tecnológicas de vanguardia se han trasladado a la periferia del Imperio. Los chips electrónicos se fabrican en Taiwán, Corea y Japón. Lo que queda de actividad industrial está en Japón, Corea, Alemania y Europa del Este.

Si ahondamos en el subconsciente de la OTAN, descubrimos que su maquinaria militar, ideológica y psicológica ya no existe para proteger a Europa occidental, sino para controlarla.

Considerado en términos de su estructura productiva y comercial global, Occidente no es simétrico. Está surgiendo una relación de explotación sistémica de la periferia por parte del centro estadounidense. El déficit de la balanza comercial de Estados Unidos

(en bienes y servicios) con la Unión Europea en 2021, en vísperas de la guerra, era de 220.000 millones de dólares. Si añadimos los 40.000 millones de Suiza, los 60.000 de Japón, los 30.000 de Corea y los 40.000 de Taiwán, y tenemos en cuenta el superávit de 400 millones respecto a Noruega, obtenemos un déficit estadounidense de 393.000 millones con sus aliados (protectorados y colonias), superior a los 350.000 millones con China, ciertamente debilitada en 2021 tras los años del covid.

La Americanosfera, el corazón del corazón del Imperio, está menos desequilibrada. Canadá, es cierto, tiene un superávit de 50.000 millones de dólares respecto a Estados Unidos, pero no es seguro que su proximidad no lo convierta en un componente «interno» de la economía estadounidense. Estados Unidos, hecho extraordinario, tiene un superávit de 5.000 millones de dólares con Reino Unido y de 14.000 millones con Australia. Nueva Zelanda tiene un superávit de 1.000 millones con Estados Unidos.

Por lo tanto, es hora de dirigir nuestra atención a Gran Bretaña, una nación que ya no es sólo inerte, sino que está al borde del naufragio. La histeria antirrusa de los británicos dejará entonces de ser un misterio.

---

[1] Nicholas Mulder, *The Economic Weapon. The Rise of Sanctions as a Tool of Modern War,* New Haven y Londres, Yale University Press, 2022.

[2] Jacques Bainville, *Les Conséquences politiques de la paix,* París, Gallimard, colección «Tel», 2002.

[3] Fuente: Statistisches Bundesamt.

[4] OCDE, *Is the German Middle-Class Crumbling? Risks and Opportunities,* 2021.

[5] Oliver Bullough, *Moneyland. Why Thieves and Crooks Now Rule the World and How to Take it Back,* Londres, Profile Books, 2018 [ed. cast.: *Moneyland. Por qué los ladrones y los tramposos controlan el mundo y cómo arrebatárselo,* trad. Joan Eloi Roca, Barcelona, Principal de los Libros, 2019], y *Butler to the World. How Britain Became the Servant of Tycoons, Kleptocrats and Criminals,* Londers, Profiles Books, 2022.

[6] París, Seuil, 2017.

[7] UBS ha sido condenada en julio de 2023 a pagar 387 millones de dólares. Véase el artículo del 24 de julio de 202 que firma Samantha Delouya en la página web de CNN: «UBS Hit with $387 Million in Fines for "Misconduct" by Credit Suisse in Archegos Dealings>.

[8] Glenn Greenwald, *No Place to Hide. Edward Snowden, the NSA and the U.S. Surveillance State,* Nueva York, Metropolitan Books, 2014 [ed. cast.: *Snowden. Sin un*

lugar donde esconderse, trad. Joan Soler Chic, Barcelona, Ediciones B, 2014].

[9] Mi estimación podría parecer poco sólida desde un punto de vista metodológico, pero así es como evalué el peso del KGB en la economía soviética en *La Chute finale,* cit.

[10] Político socialista y luego macronista, cuya carrera se vio arruinada en 2020 por la revelación de unos vídeos personales de carácter sexual. Lo importante en esta historia, en sí misma insignifcante, es la ingenuidad con la que nos enfrentamos a internet.

[11] TASS, mediados de julio de 2023.

[12] Subrahmanyam Jaishankar, *The India Way. Strategies for an Uncertain World,* Gurugram, HarperCollins India, 2020.

CAPÍTULO VI

EN GRAN BRETAÑA: HACIA LA NACIÓN CERO (*CROULE BRITANNIA*)

El belicismo británico es a la vez triste y cómico. Las proclamas diarias del Ministerio de Defensa (MoD) nos dan la impresión de revivir, en modo parodia, la batalla de Inglaterra o la del Atlántico. Entonces, el Imperio británico luchaba por la civilización a escala mundial. Hoy, el ejército británico ni siquiera sería capaz, como el francés, de llevar a cabo operaciones en África y ser objeto de odio. Reino Unido no posee realmente armas nucleares, ya que depende de Estados Unidos para su mantenimiento y no está nada claro que pudiera utilizarlas sin su autorización. La megalomanía, por así decir, cinematográfica del Ministerio de Defensa nos sitúa entre James Bond y OSS 117[1], con la diferencia de que James Bond intenta más bien aliviar el conflicto con Rusia, mientras que OSS 117, a pesar de su estupidez, lleva a cabo la absurda misión que le han asignado los servicios franceses.

El desvarío británico deja perplejos incluso a los estadounidenses, que no esperaban tanto. Hubiera bastado el seguidismo habitual, como Blair cuando se unió a Bush en la segunda guerra de Iraq. El trágico reverso de esta bufonada: aunque los británicos no tengan mucho material que enviar, sin embargo presionan para que se intensifique la guerra en cada fase. Cuando, tras la primera ofensiva rusa, Zelenski parecía dispuesto a hablar con Putin, Boris Johnson fue uno de los que le convenció para que no negociara, encerrándole para siempre en su papel de contendiente. Los británicos fueron los primeros en enviar tanques Challenger 2, misiles de largo alcance Storm Shadow, municiones de uranio empobrecido. Todo en cantidades insignificantes (catorce tanques), pero para dar ejemplo a los franceses, que siguieron con el gemelo del Storm Shadow, el Scalp, y sobre todo a los alemanes, que entregaron, o prometieron entregar, tanques Leopard 1 y 2 en mayor número. Descubrimos entonces que Alemania destacaba en la exportación no sólo de vehículos civiles sino también militares, ya que el Leopard 2 se

vendió, nuevo o usado, a Países Bajos, Noruega, Canadá, Grecia, Hungría, Finlandia, España, Dinamarca, Suecia, Suiza, Polonia, Portugal, Turquía, Qatar, Singapur, Chile e Indonesia. A finales del verano de 2023, Ucrania había recibido catorce de Polonia, ocho de Canadá, ocho de Noruega, seis de España y treinta y seis estaban «en proceso de entrega» de Alemania[2]. Todo este material europeo, cuya cantidad global sigue siendo poco impresionante, parece haberse utilizado (¿y agotado?) durante la contraofensiva ucraniana del verano de 2023. Estados Unidos siguió al Reino Unido en el envío de munición de uranio empobrecido, aunque, como sus existencias de munición convencional se estaban agotando, fue el único país que envió a los ucranianos bombas de racimo. En el frente se esperaba la llegada del tanque estadounidense Abrams, privado de su blindaje más eficaz (cuyo secreto no debe caer en manos rusas), mientras que al menos dos Challenger ya habían ardido en las llanuras ucranianas.

EL MOMENTO TRUSS

El belicismo británico se interpreta a veces como una reacción al Brexit. Después de todo, este último no ha mostrado ser un gran éxito económico y habría suscitado en los británicos un temor el aislamiento y la necesidad de volver a unirse a sus socios europeos mediante el activismo diplomático y pseudomilitar. Esta interpretación no carece de sentido, pero se aleja mucho de la realidad. Primero debemos volver al significado del Brexit.

Debo confesar que cometí un error en mi análisis inicial de este acontecimiento. Al igual que muchos otros, vi en él el resurgimiento de una identidad nacional, al menos en Inglaterra, ya que Escocia votó a favor de permanecer en la UE. En realidad, el Brexit fue el resultado de una implosión de la nación británica. Esta hipótesis también explica la separación, en esta cuestión, de Inglaterra y Escocia, cuya Unión, en 1707, dio origen a la nación británica, en gran medida sobre la base de una identidad común protestante, como ha demostrado Linda Colley[3].

Llevemos mi confesión un paso más allá. Seguía estando imbuido de la visión tradicional de una Inglaterra pragmática, razonable, perdurable; incluso había conseguido olvidar que había sido uno de los principales actores de la revolución neoliberal y que, a pesar de una fuerte oposición interna, había participado en la segunda guerra de Iraq.

Debo a Liz Truss una revelación. Su primer discurso como primera ministra, el 6 de septiembre de 2022, frente al número 10 de Downing Street, me produjo un *shock* cognitivo: ¡su porte pequeñoburgués inquieto y vanidoso era tan poco británico! Siguió una cascada de informaciones sorprendentes que mi cerebro liberado, gracias a ella, acabó por aceptar. *The Guardian* se maravillaba de que los cuatro miembros más importantes del Gobierno de Liz Truss no fueran ni hombres ni blancos. La primera ministra era una mujer blanca, el ministro de Economía, Kwasi Kwarteng, era de origen ghanés, el ministro de Asuntos Exteriores, James Cleverly, era de padre británico pero su madre procedía de Sierra Leona, y la ministra del Interior, Suella Braverman, era de origen indio. El contraste era asombroso con un Gobierno francés en el que la mayoría de los ministros importantes, aunque a veces tengan un abuelo magrebí, tienen el buen aspecto de pequeños burgueses de provincias, de Macron a Le Maire pasando por Borne. (Debo señalar, para no dar lugar a malentendidos, que yo mismo me siento físicamente más cercano a mis conciudadanos de origen magrebí que a nuestros gobernantes).

En efecto, la reciente evolución de Gran Bretaña ha producido una asombrosa coloración de la política al más alto nivel. Tomemos como ejemplo el cargo de ministro de Hacienda[4], el segundo más importante del Gobierno, más prestigioso en Reino Unido que el de ministro de Economía y Hacienda en Francia. La lista de ministros de Hacienda se puede remontar hasta la lejana Edad Media. El ministro ocupa el número 11 de Downing Street (al lado del 10). En los últimos años, el puesto ha sido ocupado por personas de «minorías étnicas»: en julio de 2019, Sajid Javid, de origen pakistaní, seguido en febrero de 2020 por Rishi Sunak, actual primer ministro, de origen indio, y luego Nadhim Zahawi en julio de 2022, de origen

kurdo, a quien sucedió en septiembre de 2022 el ya mencionado Kwasi Kwarteng. Hasta la toma de posesión de Jeremy Hunt, en octubre de 2022, el cargo no recayó en un « blanco», como dicen por allí.

Todo ello en un ambiente de locura económica. Junto con Liz Truss, Kwasi Kwarteng había urdido una política extraordinaria de reducción de impuestos sin contrapartida alguna desde el punto de vista de la financiación. El resultado: unos mercados presos del pánico y un Banco de Inglaterra sólo un poco menos presa del pánico. Truss y Kwarteng habían olvidado que la libra, a diferencia del dólar, no es esa moneda de reserva mundial que permite al Estado hacer prácticamente cualquier cosa.

Los miembros «de color» del Partido Conservador son auténticos conservadores, verdaderos *tories,* y se han distinguido por su radicalismo en el mantenimiento del orden tanto como por su neoliberalismo. Basta pensar en Priti Patel, ministra del Interior de origen indio, que es tan dura que casi nos hace sentir ternura por Gérald Darmanin[5].

Otra personalidad «de color» es Humza Yousaf, primer ministro de Escocia y presidente del Partido Nacional Escocés (SNP por sus siglas en inglés), de origen pakistaní. Y no olvidemos a otra estrella, menos directamente política pero inflexiblemente rusófoba: el fiscal de la Corte Penal Internacional, Karim Khan (hijo de un dermatólogo pakistaní y de una enfermera británica), el mismo que emitió una orden de captura contra Vladimir Putin y que, de manera recíproca, ahora figura en la lista de personas buscadas por Rusia. Este mismo Karim Kahn tiene un hermano, Imran Ahmad Khan, uno de los diputados conservadores que derribaron el Red Wall (el Muro Rojo), el bastión laborista del norte de Inglaterra que tenía fama de inexpugnable. Sin embargo, su carrera como representante electo fue efímera. Primero glorificado (contra su voluntad) como el primer diputado a un tiempo *tory,* gay y de color, luego fue procesado por abuso sexual de un menor de 15 años. Para colmo de males, cursó la mitad de sus estudios superiores en… Rusia. Menciono a estas personas y acontecimientos no para competir con *Voici* o *Gala*[6]*,* sino para que el lector no británico sea consciente de que Reino

Unido es un mundo en sí mismo y que en él se producen fenómenos aún más fascinantes que la rusofobia.

Rishi Sunak parece más razonable. No participó, por ejemplo, en la redacción de la carga de profundidad neoliberal que anunció en 2012 el disparatado plan económico para 2022, firmado por Kwasi Kwarteng, Priti Patel, Dominic Raab, Chris Skidmore y Liz Truss, *Britannia unchained*[7]. Una vez nombrado primer ministro, se limitó a prestar juramento sobre el *Bhagavad-Gita,* la parte sagrada de la epopeya hindú *Mahabharata.* Su esposa, multimillonaria (por parte de padre) e india, no tiene nacionalidad británica (¡una primicia!) y, hace unos años, atrajo la atención de las autoridades fiscales.

Hasta ahora sólo he mencionado a miembros del Partido Conservador, actualmente en el poder, pero la mayoría de los diputados «de color» pertenecen al Partido Laborista. Basta pensar en el alcalde de Londres, Sadiq Kahn, de origen pakistaní.

En cierto modo, esta evolución resulta admirable, pero hay que comprender su significado sociológico e histórico. Inglaterra era un país «blanco» y protestante con una clase dirigente blanca y protestante, una nación nacida de su oposición al catolicismo y que había fundado su imperio con la convicción tácita de que los «blancos» (y, por supuesto, los protestantes) eran superiores. Podemos a la vez alegrarnos de que el racismo británico haya desaparecido (como el alemán) y preguntarnos qué es el objeto histórico llamado Reino Unido ahora que ya no está gobernado exclusivamente por protestantes blancos. Yo me haría la misma pregunta sobre Estados Unidos.

UN HOMENAJE A IONESCO:
INVENTARIO DE LAS DISFUNCIONES BRITÁNICAS

Las minorías étnicas, los «BAME» («Black, Asian and Minority Ethnic»), sólo suponen el 7,5% de la población británica[8], pero está claro que, simbólicamente, representan algo más en el seno de la clase política. Para evaluar más a fondo el lugar que ocupan en la sociedad británica, fijémonos en la enseñanza superior, que

desempeña un papel importante en la definición de la clase media en las sociedades avanzadas. No nos alejaremos mucho de la política. En Reino Unido (como en el resto de las antiguas democracias liberales), hubo un tiempo en que los obreros ocupaban un escaño en el Parlamento. Ahora se exige un título de educación superior, por devaluado que esté, para entrar en política.

En 2019, la probabilidad para un joven inglés blanco de acceder a la educación superior era del 33%, del 49% para los negros y del 55% para los «asiáticos». Y entre estos «asiáticos», que incluyen principalmente a personas de origen indio o pakistaní, la probabilidad para las personas de origen chino ascendía al 72%[9]. Podemos atribuir en gran medida la ventaja de indios o chinos a las estructuras familiares verticales (comunitarias, pero con un lugar especial reservado a los primogénitos), así como a las tradiciones sij o confucianas de respeto por la educación. La familia nuclear absoluta de los ingleses blancos no presta a su prole una atención tan eficaz, y el actual protestantismo cero ya no transmite, por definición, el potencial educativo del protestantismo activo o zombi. Pero los negros también tienen más oportunidades de realizar estudios superiores que los blancos. Sin embargo, ni las estructuras familiares africanas o antillanas, ni las tradiciones religiosas –cristianas, animistas o vudú– que se les superponen, favorecen especialmente la educación.

Aquí nos enfrentamos a una desviación de las fuerzas antropológicas y religiosas por causa de un factor misterioso. Esta anomalía puede demostrarse identificando una descorrelación: en todo el mundo, los resultados educativos están correlacionados con los de la mortalidad infantil. Cuanto menor es esta última, mejores son los primeros. En Inglaterra, la mortalidad infantil entre los blancos es del 3 por 1000 y, entre los negros, del 6,4 por 1000. Esta descorrelación entre rendimiento educativo y rendimiento médico es una anomalía sociológica, y pone de manifiesto que los BAME se benefician de una discriminación positiva en la educación, como a veces lo hacen en política.

Ahora pasaré directamente a la pobreza para dar una idea clara del sentimiento de incertidumbre que reina en todo este país que

fantasea con la guerra. *The Guardian* del 18 de mayo de 2022 informaba, por ejemplo, de que la policía había recibido instrucciones de tratar con discreción (¿dejarles marchar?) a las personas (¿viejas?) sorprendidas robando en supermercados porque tenían hambre. Aquí, al menos, nos encontramos con la humanidad de la Inglaterra tradicional, que, no obstante, tiene que lidiar con la destrucción de su base productiva fruto de la revolución neoliberal.

Una vuelta al salvajismo posmoderno. Un acuerdo firmado el mismo mes con Ruanda preveía la deportación al país africano de los inmigrantes en situación irregular. El Tribunal de Apelación de Reino Unido dictaminó que esta deportación era irregular. No me imagino al Tribunal Supremo aprobando este descabellado plan.

El principio de la deportación ya es duro de por sí. Pero si el destino es un país donde tuvo lugar un genocidio, lo es mucho más. Cuando el Bundestag definió el Holodomor, la gran hambruna ucraniana, como un genocidio, me asombró que Alemania careciera tanto de sentido del humor como para pretender, a través de sus representantes electos, darnos una lección de lo que es un genocidio. Pero si el Gobierno británico pretende convertir Ruanda en un lugar de deportación, me pregunto si el estadio cero de la religión y de la ideología no ha dado también a luz –¡en Inglaterra!– a un estadio cero del sentido del humor. Sobre todo, podemos percibir la aparición de una moralidad cero, a la que también podríamos atribuir la entrega de municiones de uranio empobrecido a Ucrania.

El destino de Julian Assange en Londres plantea la cuestión de cuánto margen de maniobra conserva Reino Unido en el sistema estadounidense; y si, en este estado cero de tantas cosas, la libertad de información y de expresión, tan cara a la cultura política inglesa, tiene todavía alguna posibilidad de sobrevivir[10]. Tras haberse refugiado en la embajada ecuatoriana entre 2012 y 2019, Assange fue encarcelado por el Estado británico a raíz de un procedimiento de extradición iniciado por Estados Unidos por «espionaje». El 20 de abril de 2022, la justicia británica autorizó su extradición a Estados Unidos; el ministro del Interior británico debe firmar la orden. Los abogados de Julian Assange han recurrido la decisión del alto

tribunal…

Me pregunto hasta qué punto la guerra de Ucrania está interfiriendo en estos acontecimientos. El vínculo es inevitablemente estrecho, ya que la extradición efectiva de Julian Assange firmaría, por así decirlo, oficialmente el fin de la independencia de Reino Unido y, con carácter no menos oficial, le conferiría el estatus de satélite de Estados Unidos. Estoy seguro de que, entonces, Putin, protector de la libertad de Snowden, no perdería la ocasión de hacernos una demostración de humor ruso.

Repito y subrayo: no escribo estas líneas para indignarme, sino porque, como historiador, intento comprender la naturaleza de la sociedad británica actual.

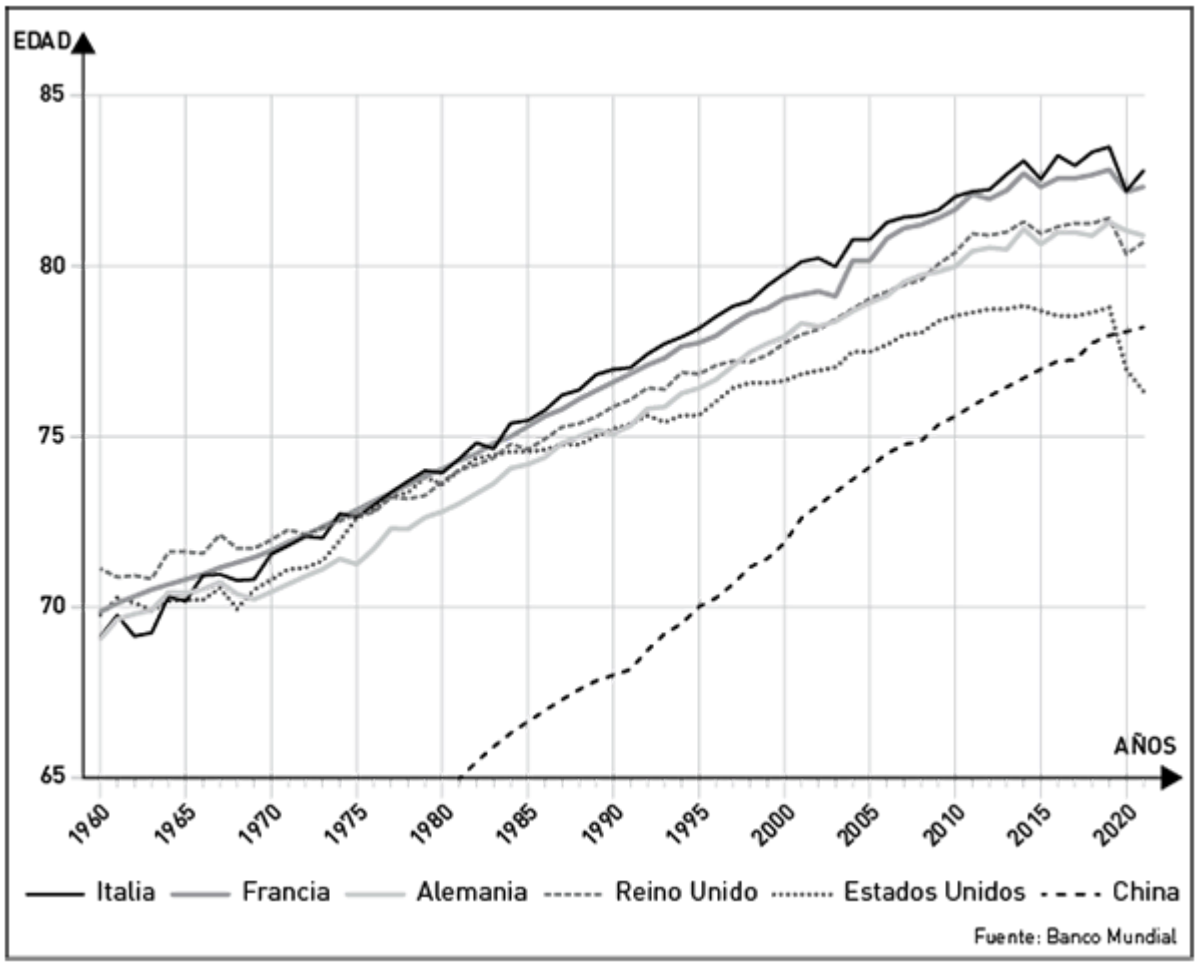
Continuemos con este inventario a lo Ionesco de sus disfunciones. En las estadísticas del National Health Service (NHS), orgullo de la nación en la posguerra y símbolo del Estado de bienestar (Estado de bienestar y nación activa son una misma cosa), descubrimos que en 2021, de los nuevos médicos colegiados en Reino Unido, sólo el 37% eran británicos, el 13% originarios de la UE y el 50% venidos del resto del mundo, principalmente India y Pakistán. ¿Qué clase de nación es esta que ya no es capaz de formar a sus propios médicos para tratar a sus ciudadanos?

Este empobrecimiento comienza a repercutir en el estado biológico de la población. Citemos de nuevo a *The Guardian,* tan rico en información como inepto en su postura belicista (común a casi toda la prensa británica; ninguna diferencia aquí con Francia[11]):

> La estatura de los niños británicos que crecieron durante los años de la austeridad está por debajo de la de muchos de sus semejantes europeos. En 1985, los niños y niñas británicos ocupaban el puesto 69 de 200 países en estatura media a los 5 años. Pero, en 2019, los niños ocupaban el puesto 102 y las niñas el 96. La altura media de un niño de 5 años era de 112,5 cm y la de una niña, 111,7 cm.
>
> En Países Bajos, la estatura media de un niño de 5 años es de 119,6 cm y la de una niña, 118,4 cm. En Francia, las cifras son 114,7 cm y 113,6 cm respectivamente. En Alemania, 114,8 cm y 113,3 cm. Los chicos daneses miden de media 117,4 cm y las chicas, 118,1 cm (*sic*).

Según los expertos, la mala alimentación y los recortes presupuestarios en el sistema sanitario están en el origen de este fenómeno. Pero también señalan que la estatura es un indicador importante de las condiciones generales de vida, en especial de enfermedades e infecciones, del estrés, la pobreza y la calidad del sueño[12].

Gráfico 6.1. La esperanza de vida desde 1960 en Occidente y en China.



Continuemos este repaso del descalabro británico echando un vistazo a la situación económica de las clases medias. Pongámonos en la piel de un miembro de la comunidad universitaria inglesa: su sueldo está congelado, su pensión va a sufrir un recorte del 30%, ha tenido una inflación superior al 6% en el verano de 2023, mientras el tipo de interés de su hipoteca no deja de subir por culpa de la

política monetaria del Banco de Inglaterra. La proletarización acecha.

La curva de esperanza de vida (Gráfico 6.1) muestra que, mientras que sólo Estados Unidos ha experimentado un descenso espectacular entre 2015 y 2020, Reino Unido ha experimentado una marcada ralentización desde la década de 1980 (los años de Thatcher). La progresión es ahora más lenta que en Francia o Italia, incluso más que en Alemania, que se vio perturbada por la reunificación a partir de 1990. La cronología de este cambio demográfico nos obliga, pues, a examinar las consecuencias prácticas del neoliberalismo.

DESINTEGRACIÓN ECONÓMICA

Margaret Thatcher no fue un socio menor de Reagan, ni Tony Blair una pálida copia de Bill Clinton. La transformación neoliberal de Reino Unido no fue menos importante que la de Estados Unidos. Es cierto que los británicos siguen siendo europeos en muchos aspectos. La desigualdad de ingresos en Reino Unido no es comparable a la de Estados Unidos, y la violencia por homicidio sigue siendo baja, a una escala europea. Pero en otros ámbitos, Reino Unido ha ido marginalmente más lejos que el gigante del otro lado del Atlántico. Sobre todo, y simplemente por su pequeño tamaño y su débil poder, el neoliberalismo lo ha colocado en una situación mucho más peligrosa; no dispone de los recursos ni de la profundidad estratégica de un país-continente. A diferencia de Estados Unidos, su tejido urbano no cuenta con quince aglomeraciones de más de 5 millones de habitantes, sino sólo con una, Londres, en cuya área viven 10 millones de personas, es decir, el 15% de la población. La capital por sí sola polariza peligrosamente a la sociedad. Francia también está polarizada, y la aglomeración parisina tiene aún más peso, con casi el 16% de la población del país. Pero el hecho de que el Hexágono sea dos veces más grande (Francia: 551.695 km^2; Reino Unido: 243.610 km^2) da mayor autonomía cultural a las ciudades situadas fuera de la Cuenca parisina. Sólo Inglaterra, con 130.279 km^2, es realmente pequeña,

apenas mayor que la Cuenca parisina, estimada en 110.000 km^2. A la concentración socioeconómica de Londres se añade la falta de recursos naturales desde el agotamiento de las reservas petrolíferas del mar del Norte.

La desindustrialización británica ha sido un poco más pronunciada que la de otros grandes países del mundo occidental. Mientras que en Francia y Estados Unidos la mano de obra industrial sólo representaba el 19% de la población activa en 2021, en Reino Unido sólo era el 18%. Si comparamos, en Alemania supone el 28%, en Italia el 27% y en Japón el 24%. Gran Bretaña ha llegado a sacrificar su competencia en el diseño de coches corrientes. Siguen fabricándolos, pero ya no son británicos. Sobre todo, Reino Unido es el país donde la financiarización de la economía ha sido más intensa, incluso más que en Estados Unidos. Al otro lado del Atlántico, la industria financiera (como se la llama elegantemente para disimular que no produce prácticamente nada) representa el 7,8% del PIB, pero en Reino Unido es el 8,3%. Por último, lo que permite afirmar que la situación económica británica es la más aventurada es el hecho, mencionado al final del capítulo anterior, de que Reino Unido esté en déficit comercial con Estados Unidos, que a su vez tiene un déficit comercial con la mayor parte de países del mundo[13].

Es a la ideología neoliberal, por supuesto, a la que Gran Bretaña debe su vulnerabilidad. Se ha privatizado hasta el absurdo; los ferrocarriles y el suministro de agua, sectores que los economistas describen como monopolios naturales, han sido vendidos, desregulados, paralizados sin piedad, y, lo que es peor, devueltos a la forma fragmentada que presentaban en el siglo XIX. Se ha recurrido sistemáticamente al *outsourcing,* esto es, la externalización, por la que se confían a empresas privadas tareas que son responsabilidad del Estado. Los conservadores habían introducido esta práctica, pero Tony Blair devino un ferviente converso en 1997. «Con los laboristas, se han externalizado servicios públicos por valor de miles de millones de libras: las cárceles las gestiona el sector privado; las autoridades locales externalizan todo, desde las ayudas a la vivienda y los servicios fiscales hasta las escuelas y la limpieza de las calles. Los grandes contratos

informáticos de la administración se confían casi exclusivamente al sector privado. Las organizaciones benéficas gestionan gran parte de los servicios sociales para ancianos y personas con discapacidad»[14].

TRAS LA DESINTEGRACIÓN ECONÓMICA, LA DESINTEGRACIÓN RELIGIOSA

Pero culpar al neoliberalismo no es suficiente. En el nivel consciente de los actores, políticos o no, había por supuesto una doctrina económica que soñaba con un mercado puro y perfecto, y con un repliegue del Estado a sus funciones de mantenimiento del orden y de hacer la guerra. Es el neoliberalismo doctrinario de Margaret Thatcher, una mujer honesta en lo personal, lo que estoy describiendo. Pero hay que constatar que, cuando se aplicó, esta doctrina destruyó los servicios públicos, la industria y las condiciones de vida. Los primeros liberales, como muy bien mostró Karl Polanyi, construyeron el mercado; los neoliberales están destruyendo la economía. Es una cuestión muy diferente.

Una vez más, partamos de la base de que los actores son sinceros. Es evidente que las privatizaciones, la externalización y los recortes fiscales no pueden hacer frente al simple hecho de que, al igual que Estados Unidos, Reino Unido forma a muy pocos ingenieros –un 8,9% de los estudiantes frente al 7,2% en Estados Unidos, el 24,2% en Alemania y el 23,4% en Rusia hacia 2020- y que esta deficiencia condena al fracaso cualquier política que no haga de la formación de ingenieros una prioridad. Para comprender cómo ha podido prevalecer un error intelectual tan inmenso, conviene ir más allá del nivel consciente. Basta con deshacerse de las palabras, que organizan lo consciente, y fijarse en los hechos, que en este caso son lo inconsciente en acción. La revolución conceptual neoliberal aparece entonces como la simple liberación de un instinto de adquisición disociado de toda moral. La palabra que me viene a la cabeza es «codicia». Se puede ganar dinero vendiendo los activos del Estado, exigiendo un rescate a los ciudadanos

mediante la externalización. Es normal que este inconsciente codicioso donde se ha liberado en mayor grado haya sido entre los laboristas, cuyo consciente es social. Es sin duda Tony Blair quien mejor encarna esa noción de codicia del inconsciente: desde que ya no es primer ministro, se ha dedicado a hacer dinero, mucho dinero.

El neoliberalismo ha pretendido fundar un capitalismo no weberiano, cuyo «espíritu» se liberaría de la ética protestante. Más allá de su simplismo intelectual, la revolución neoliberal deja entrever una deficiencia moral.

No me detendré aquí. La codicia es sólo un aspecto de la experiencia neoliberal. Querer trabajar menos para ganar más puede que no sea muy moral, pero es algo no exento de sentido común. Por contra, la fiebre de destrucción –de fábricas, de puestos de trabajo, de vidas individuales– que hemos visto extenderse sugiere que hay un instinto de destrucción en marcha que también se oculta tras la teoría económica. Hemos oído hablar de la «destrucción creativa» de Schumpeter. Pero lo que realmente estamos viendo, en la economía y en la sociedad, es destrucción pura y dura: la palabra *nihilismo* vuelve a perseguirnos.

Recordemos la frase más famosa de Margaret Thatcher: «There is no such thing as society» («La sociedad no existe»), citada a menudo, y con razón, porque es fundamental. Me resulta difícil considerar a Margaret Thatcher como una filósofa política importante de finales del siglo XX. Sin embargo, esta frase, tan extraordinaria en su radicalidad, revela una verdad oculta del neoliberalismo: su negación pura y simple de la realidad. A menos que esté formulando un deseo: la destrucción de aquello cuya existencia se niega: la sociedad.

Las causas de este nihilismo, de la desaparición de la moralidad social, no las encontraremos en los antiguos debates entre economistas, por ejemplo entre Milton Friedman y sus oponentes keynesianos, sino en el ámbito de la religión, ya sea activa, zombi o cero. Es hora de aplicar a Gran Bretaña la hipótesis del hundimiento final del protestantismo. El vacío religioso es la verdad última del neoliberalismo.

LO QUE FUE EL PROTESTANTISMO

Empecemos por recordar los valores del protestantismo, que quizá no resulten tan familiares a los habitantes de un país católico-republicano como Francia. El protestantismo se distingue ante todo por una inmersión del individuo en sí mismo con el pretexto de dialogar con Dios. Implica, pues, un grado de interiorización casi inaudito hasta su advenimiento. Pero, al mismo tiempo –y esto es algo de lo que somos menos conscientes en Francia–, conduce a un fortalecimiento de la conciencia colectiva. El individuo «interiorizado» es asimismo vigilado por la colectividad con una precisión sin precedentes en la historia europea. Max Weber nos ha ofrecido un excelente resumen de la relación entre el individuo y el grupo en el protestantismo primitivo:

> Pero hay que tomar en cuenta algo que se suele olvidar hoy: que la Reforma protestante no significó tanto la supresión de la dominación eclesial sobre la vida cuanto más bien la sustitución de la forma anterior de esa dominación por otra. Es decir, la sustitución de una dominación extremadamente cómoda, apenas perceptible y en muchos aspectos ya sólo formal por una reglamentación de toda la conducción de la vida que invade por completo todas las esferas de la vida privada y pública y que resulta infinitamente molesta y rigurosa. […]
>
> El dominio del calvinismo que estaba vigente en el siglo XVI en Ginebra y en Escocia, en el paso al siglo XVII en amplias partes de Holanda, en el siglo XVII en Nueva Inglaterra y por algún tiempo en Inglaterra, sería para nosotros la forma más insoportable del control eclesial del individuo que podría haber[15].

Como vemos, el protestantismo contiene elementos muy fuertes y, a la vez, muy contradictorios, que volveremos a encontrar en sus otros aspectos.

Exige que las masas estén alfabetizadas, porque todos los fieles deben tener acceso a las Escrituras. Como ya he dicho, esto explica por qué los países reformados están a la cabeza no sólo en materia de educación, sino también en términos de despegue económico. El factor crucial del ascenso de Occidente fue el compromiso del

protestantismo con la alfabetización.

Por otra parte, al profesar que cada fiel es un sacerdote por derecho propio, el protestantismo denota un componente igualitario-democrático. Sin embargo, en un nivel más profundo, encontramos lo contrario: la predestinación. Unos son elegidos y otros condenados, una convicción bien establecida por Lutero y radicalizada por Calvino. Aunque en los Países Bajos, Inglaterra y Estados Unidos se vio atenuada por el arminianismo y la reintroducción del libre albedrío, el protestantismo nunca ha vuelto a la noción cristiana original de que, metafísicamente hablando, todos los hombres son iguales. El abanico de posibilidades va desde afirmar que no lo son hasta poner en duda dicha igualdad.

Concluyamos nuestro repaso de las principales características del protestantismo. Se trata de una ética del trabajo: no estamos aquí en la tierra para reír, sino para trabajar y ahorrar. Es la antítesis de la sociedad de consumo. El protestantismo también ha sido durante mucho tiempo sinónimo de puritanismo sexual.

Los países protestantes tenían esto en común y todos han triunfado económicamente. Sin excepción. Por ejemplo, Suiza, con su núcleo protestante, los Países Bajos, con su centro protestante, los países escandinavos, la Alemania protestante, Inglaterra, Estados Unidos o las periferias de Inglaterra que son Australia, Nueva Zelanda y Canadá. Todos ellos han prosperado, aunque no compartan las mismas estructuras familiares. Como he dicho, Alemania es muy autoritaria e Inglaterra muy liberal.

El protestantismo ha tenido variaciones. Mientras que la mitad del catolicismo se hundió en la Cuenca parisina, hacia 1730-1740, para ser sustituido por la Revolución y la República, el protestantismo inglés y norteamericano atravesó una fase de atenuación, con el desarrollo, entre los miembros con educación superior de la época, de un cierto indiferentismo. Max Weber pudo así definir a Benjamin Franklin como un deísta. Tal como lo describe, yo vería fácilmente en él a un protestante zombi típico, que ya no practica su religión pero conserva la ética, apegado a los valores de la honradez, el trabajo, la seriedad, y siempre consciente de que el ser humano sólo dispone de un tiempo limitado.

Thomas Paine y Thomas Jefferson también pueden considerarse deístas, en esa época de mengua del pesimismo protestante que precedió a la Revolución americana. Un Dios deducido de la razón y, además, razonable ya no se parece mucho al Dios terrible de Calvino. Tampoco veo cómo, un poco antes, la Ilustración escocesa (que tanta relación tuvo con la francesa), que incluyó a pensadores como David Hume, Adam Smith y Adam Ferguson, puede interpretarse sin diagnosticar una relajación sustancial de la fe protestante en las clases medias altas.

En Gran Bretaña, los efectos combinados de la Revolución francesa y la Revolución industrial dieron lugar a un sentimiento de amenaza y, por qué no, a un renovado miedo a la condenación. Entre 1780 y 1840 se produjo un renacer protestante en Inglaterra y Escocia. En Inglaterra, afectó a la Iglesia anglicana, dominante, así como a los no conformistas herederos de los puritanos del siglo XVII. El censo religioso de 1851 reveló unos niveles de práctica asombrosos en un país ya muy urbanizado e industrializado. En la megalópolis de Londres, el índice de asistencia a servicios religiosos alcanzaba el 40%. En los distritos urbanos del norte industrial y las Midlands, se situaba entre el 44% y el 50%. La media general de todos los distritos de Inglaterra era del 66%; en Gales, del 84%[16].

El protestantismo revitalizado del siglo XIX revela una geografía religiosa específica: el sudeste de Inglaterra, alrededor de Londres, es predominantemente anglicano; en el norte de Inglaterra, País de Gales y Cornualles, predominan las sectas protestantes no conformistas, en particular los metodistas. Existe una correlación entre las zonas industriales obreras y ese protestantismo no conformista, una coincidencia que nos explica por qué, en la historia inglesa, conciencia religiosa y conciencia de clase han llegado a estar tan entrelazadas[17]. Volveremos sobre esto más adelante.

DEL PROTESTANTISMO ACTIVO AL PROTESTANTISMO ZOMBI Y, LUEGO, CERO

Fue este protestantismo bicéfalo el que colapsó entre 1870 y

1930. Esto dio lugar a lo que yo llamo una sociedad protestante zombi, un mundo en el que la práctica religiosa ha decaído pero los valores sociales de la religión persisten, al igual que los ritos de paso prescritos por las distintas Iglesias. No se cuestionan ni el bautismo, ni el matrimonio, ni la inhumación. Sin embargo, como señal de que ya no se respetan todos los mandamientos bíblicos –«creced y multiplicaos»–, las tasas de fecundidad cayeron en picado, especialmente entre las clases medias.

Privada de su marco de referencia protestante, Gran Bretaña descubrió el nacionalismo puro (que ahora asociaba mejor a Inglaterra y Escocia en una entidad común, por encima de sus distintas Iglesias) y participó, sin demasiados reparos, en la carnicería de la Primera Guerra Mundial. Cabe señalar que este conflicto, más allá de la violenta confrontación militar entre Francia y Alemania, propició un enfrentamiento más trascendental entre las dos principales potencias económicas de la época, dos países protestantes en vías de pasar al estadio zombi: Alemania y Gran Bretaña.

El liberalismo progresista y el laborismo (que acabó absorbiendo a su padrino liberal) fueron los vástagos políticos más visibles de ese protestantismo zombi. La inmensa mayoría de los cuadros del ascendente laborismo procedían de sectas no conformistas.

Fue este protestantismo fantasmal el que permitió a Gran Bretaña, entre 1939 y 1945, seguir siendo una comunidad solidaria, eficiente y moral, menos nacionalista en esta etapa que en 1914, pero que aceptó con resignación y dignidad una guerra necesaria.

Al término de la Segunda Guerra Mundial se produjo un ligero retorno de lo religioso en todo el mundo occidental[18], que enmascaraba un incremento mucho mayor del cristianismo zombi, ya fuera protestante o católico, es decir, de los valores de decencia y conformismo derivados de la religión con independencia de cualquier práctica religiosa. La onda expansiva del nihilismo nazi se había propagado por todas partes. El mundo desarrollado recuperaba el aliento. Fue el periodo en que floreció un mayor conformismo familiar, que constituyó la base del *baby boom.* Esta recuperación de la fecundidad se vio respaldada por un reparto y división

especialmente claros de los papeles masculino y femenino. Junto al conformismo familiar, o por encima de él, el *Welfare State,* el Estado del bienestar de posguerra, fue la encarnación última del cristianismo zombi, su apoteosis.

El paso del estadio zombi al estadio cero se produjo a partir de los años 60[19]. Como hemos visto, esta mutación estuvo ligada al desarrollo de la enseñanza superior, a la estratificación educativa resultante y, por último, a la atomización social. El número de bautismos disminuyó[20], el de uniones ilegítimas se disparó, al igual que el de divorcios, segundas nupcias y familias monoparentales. La frecuencia de las incineraciones creció exponencialmente. En 1888, al comienzo de la fase zombi, la cremación representaba el 0,01% de los sepelios, en 1939 el 3,5% y en 1947 el 10,5%. En 1960, en los albores de la revolución final, el 34,7%. En 2021, la cremación suponía el 78,4%. Al igual que el «matrimonio igualitario», el predominio de la incineración indica claramente que el protestantismo ha llegado a su estado cero. Sin embargo, la instauración del «matrimonio igualitario» tiene la ventaja de proporcionar una fecha que marca simbólicamente el fin del cristianismo en un país. En Inglaterra es 2014.

Por eso, el neoliberalismo de la era Thatcher, posterior a los Beatles y los Rolling Stones, sobre el telón de fondo de una cohabitación fuera del matrimonio y de nacimientos «ilegítimos» (por no hablar de la libertad sexual que conlleva), no es el liberalismo de la «era de la Expiación»[21]. Puede que el liberalismo clásico abrazara el libre comercio y matara de hambre a los irlandeses, pero coexistió con un protestantismo activo, que mantenía unida a la sociedad y dotó al británico básico de un superyó (el hombre, corrompido por el pecado original, es malo, tanto en general como sexualmente) y un ideal del yo (la redención, la salvación, etc.). Acompañó a la revolución industrial, ese aumento masivo de la producción de bienes por parte de ingenieros, técnicos y trabajadores, cualificados o no. El neoliberalismo, en cambio, ha emancipado las finanzas y procedido a la destrucción del aparato productivo. En su mercado puro y perfecto se mueven hombres sin moral, codiciosos sin más. Tras el protestante activo del primer

liberalismo y el protestante zombi del Estado del bienestar, el hombre ideal del neoliberalismo thatcheriano es un protestante cero.

LA DESINTEGRACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

Los conceptos interrelacionados de protestantismo activo, zombi y cero permiten periodizar eficazmente la historia social de Gran Bretaña. Tomemos el ejemplo del sistema educativo, en tanto que productor y reproductor de la estructura social. Podemos imaginar las *public schools* (escuelas privadas) de los años 1880-1960 como lugares donde el protestantismo zombi primero floreció y luego se estabilizó[22]. Eton, Harrow, Rugby, Charter-house, Westminster, Winchester… La religión aquí devino formal, pero los hijos de la aristocracia se fundieron con los de las nuevas clases medias altas en una ética de la sobriedad y represión de las emociones teñida de masoquismo (con dormitorios espartanos, calefacción parca y castigos corporales), que debía mucho a la ética estricta del calvinismo. En estas escuelas se enseñaba un poco de latín y griego, y algo menos de matemáticas y ciencias. De ahí surge la circunspección británica, el *«stiff upper lip»* (el estoicismo de la persona que nunca se queja) y, sin duda como efecto contrarrepresivo, ese sentido del humor que percibí muy amenazado en el asunto de las deportaciones a Ruanda.

El proyecto social, que consistía en utilizar esta escuelas para formar una clase dirigente capacitada para gobernar el Imperio, atrajo a las clases altas protestantes estadounidenses, que se estaban reconfigurando a finales del siglo XIX y que produjeron una versión atenuada del mismo.

El régimen de las *public schools,* ya no tan riguroso en los años treinta, se suavizó aún más con la revolución cultural de los años sesenta y setenta. El neoliberalismo thatcheriano y su apoyo –cómo decirlo– amoral, el protestantismo cero, les permitieron mutar en *independent schools,* siempre destinadas a los hijos del 6% privilegiado, pero que se esforzaban por conciliar, en un compuesto inestable, un mejor nivel de educación con un alto grado de confort.

Las tasas de matriculación aumentan, y los costes de escolarización de los hijos de chinos, rusos y nigerianos ricos contribuyen a equilibrar las cuentas. Pero poco o nada queda de la antigua ética. Las *independent schools* son expresión y reproducen el estadio cero del protestantismo británico.

En la esfera política, la evolución religiosa se entremezcló con las transformaciones sociales. Tradicionalmente, una concepción bipolar de la estructura social –*working class* y otros– sustentaba el sistema político bipartidista, que fomentaba el escrutinio mayoritario uninominal a una vuelta; conservadores frente a laboristas, con estos últimos tomando el relevo de los liberales del siglo XIX.

Pero, en 1920, el sector servicios representaba de hecho el 51% del empleo en Gran Bretaña, y el verdadero centro de gravedad de la estructura social era lo que al otro lado del canal de la Mancha se conoce como *lower middle-class* (clase media baja), una obsesión apenas soterrada de Inglaterra[23]. El enfrentamiento entre *tories* y laboristas enmascaraba esta antigua centralización de la estructura objetiva de clases; funcionaba porque estaba arraigado en el enfrentamiento religioso zombi, procedente de la época victoriana, entre la Iglesia anglicana y las sectas no conformistas. La distribución de estas dos tendencias religiosas, incluso en su estadio zombi, siempre determinó la geografía política: el mapa del partido *tory* era el de la Iglesia anglicana, y el laborista, el de las sectas no conformistas y, más en general, el del protestantismo más rígido; incluía el norte de Inglaterra, País de Gales y la mayor parte de Escocia.

La realidad de la estructura de clases y la transición gradual del protestantismo al estadio cero explican por qué Margaret Thatcher pudo acabar con el poder de los sindicatos, incluido el poderoso sindicato minero. La persistencia del bipartidismo ya no se basaba ni en la estructura socioeconómica objetiva ni en una estructuración religiosa zombi. Con todo, el bipartidismo ha sobrevivido gracias al sistema de votación, pero no es imposible que los violentos enfrentamientos verbales que caracterizan actualmente a la Cámara de los Comunes sólo existan para encubrir la pérdida de sustancia ideológica de los partidos. Desde Tony Blair, los laboristas han sido

incapaces de definir una vía económica diferente de la de los conservadores.

Puede que Liz Truss haya sido la encarnación accidental del inconsciente pequeñoburgués británico, en sustitución de la oposición entre la aristocracia y la clase obrera. En el pasado, este dualismo se expresaba con acentos muy polarizados, que ahora están desapareciendo; no obstante, contribuyó a estructurar la nación. Su ruptura deja al descubierto una sociedad estratificada por la enseñanza superior, atomizada por la atrofia de la religión, informe, ni nacional ni de clases, dominada por una elite ideológica que busca en las cuestiones étnicas y raciales razones para dividirse en «laboristas» *woke* y «conservadores» anti-*woke*. Paradójicamente, es en este contexto en el que un Partido Conservador con una base predominantemente anti-*woke* ha acabado formando un gobierno ultra-*woke*. La verdad es que, desde el punto de vista cultural, los cuadros del Partido Conservador apenas difieren de los del Partido Laborista. Todo este pequeño mundo ha pasado por la universidad, donde reinan los valores *woke.*

El periodo del Brexit coincidió con el advenimiento de un estadio religioso cero.

En 2014 se había celebrado un referéndum sobre la independencia de Escocia. Ganó el «no», pero por un estrecho margen, y principalmente porque las personas mayores no la querían. El fin del protestantismo explica muy bien la disidencia escocesa. Lo que hizo posible el Acta de Unión de 1707, como muy bien ha demostrado Linda Colley, fue el hecho de que, aunque Escocia e Inglaterra se consideraban originalmente dos naciones distintas, también eran dos naciones protestantes. Con la desaparición del protestantismo, este vínculo se ha roto. El resultado es una Escocia que parece no saber ya lo que es, si debe o no abandonar Reino Unido, o seguir o no en la UE. Los obreros de la región de Glasgow, antiguamente católicos y ahora representantes de un catolicismo cero, votan al Partido Nacional Escocés, de tradición presbiteriana y que, como hemos visto, ha elegido como líder a un musulmán.

Mientras tanto, el Brexit ha enfrentado no sólo a las personas con y sin educación superior, sino a los jóvenes contra los viejos, en un

dobles mixto bastante asombroso, ya que las personas mayores y las que no contaban con estudios superiores se unieron para votar por el Brexit. La motivación más poderosa de las clases trabajadoras fue probablemente detener la inmigración procedente de Europa del Este, en particular de Polonia. Esto no sugiere ni una nación recuperando el dinamismo de su juventud, ni un pueblo optimista. La llamada prensa popular (los «tabloides»), *The Sun, The Daily Mail, The Daily Mirror, The Daily Express,* en manos de diversos multimillonarios, entre ellos Rupert Murdoch, el magnate australiano-estadounidense, apoyó el Brexit. Una fracción significativa de la oligarquía estaba, por tanto, a favor[24]. La presencia de Rupert Murdoch habla más del ascendiente de la Americanosfera que del poderoso aliento de una nueva revolución inglesa. El papel de los «australianos de Inglaterra» en la reciente evolución de la sociedad y la política británicas merecería un estudio en profundidad; me he topado con muchos de ellos en mis lecturas sobre Gran Bretaña, todos portadores de una visión no europea de la Historia.

La hipótesis de un estadio cero del protestantismo inglés ayuda a explicar el desmantelamiento del Red Wall. Las elecciones generales de 2019 dieron una amplia mayoría a los conservadores, pero a los comentaristas les llamó especialmente la atención la caída de los bastiones laboristas en el norte del país. En muchas circunscripciones de esta región, salieron elegidos por primera vez los candidatos conservadores, echando por tierra una filiación laborista casi secular[25]. Este fenómeno se consideró una consecuencia del Brexit, una expresión de reconocimiento a Boris Johnson, que había asumido la aspiración popular a la independencia. Después, Johnson hizo algunos comentarios inteligentes sobre la necesidad de revitalizar la industria. Personalmente, creo que los habitantes de esta región se han visto privados de su identidad política laborista sobre todo por el declive del sustrato religioso, que se ha superpuesto al de la economía industrial. La población del norte de Inglaterra ya no es obrera, es posindustrial, con todos los pequeños trabajos del sector terciario que esta desprofesionalización implica. El laborismo nació de la industria y del no conformismo; la desindustrialización y el

protestantismo cero, combinados, estaban destinados a socavarlo algún día.

Terminemos con el Brexit: no supuso un regreso de la nación, sino que fue el resultado de su descomposición. Las personas mayores expresaron su nostalgia, los votantes populares su anomia, los oligarcas de la prensa una preferencia por la Americanosfera. Si en 2014 Ucrania rechazó a Rusia (y neutralizó así a sus oligarcas, tan cercanos a ella), en 2016 Inglaterra eligió a Estados Unidos (y conservó así a sus oligarcas, tan vinculados a ellos). Inglaterra apoya la independencia de Ucrania en un momento en que está perdiendo la suya. No es de extrañar que este apoyo resulte paródico, dado que el propio Reino Unido está en proceso de olvidar en qué consiste la independencia.

CUANDO EL ODIO DEL PROLETARIADO SUSTITUYE AL RACISMO

Todas las sociedades avanzadas se han visto transformadas por la educación superior generalizada, así como por el retorno del desigualitarismo subjetivo y las desigualdades objetivas resultantes. En el caso de Inglaterra, la oposición entre quienes tienen estudios superiores y el resto se ha visto complicada como resultado de identidades de clase anteriores y una fuerza sin parangón en otros lugares[26].

En 1994, en *Le Destin des immigrés,* escribí que lo que diferenciaba a Inglaterra de Estados Unidos e imposibilitaba el racismo a la americana era que, a ojos de los ingleses, los obreros blancos ya constituían, desde al menos mediados del siglo XIX, una raza aparte[27]. En la medida en que en Inglaterra coexistían varias razas blancas, era difícilmente concebible que se fijaran en los negros, al modo estadounidense. El Brexit y sus secuelas han confirmado esta hipótesis: la aversión hacia el pueblo ha llegado a ser tan grande en la Inglaterra de clase alta que ha surgido una preferencia por los negros en particular y por los BAME en general. Recordemos que las personas con mayor nivel educativo votaron

abrumadoramente por el *Remain* (Cambridge y Oxford con un 73,8% y un 70%).

Según los *Brexiters,* al abandonar la Unión Europea, Inglaterra podría tomar las riendas de su propio destino. Pero el referéndum no consiguió lo que habría hecho realidad esta aspiración: una reconciliación entre aquellos con educación superior, que querían permanecer en Europa, y los que tenían estudios secundarios, que querían marcharse. El resentimiento habitual de los grupos medios altos contra los sectores populares no hizo sino empeorar.

Vale la pena señalar de pasada que quienes simplemente tienen estudios superiores no controlan Reino Unido en su conjunto; los superricos vinculados a Estados Unidos, sí. La puesta en marcha del Brexit por el Gobierno de Boris Johnson, aunque sugería una persistencia del carácter genuinamente democrático, también podía dar a entender que Reino Unido estaba dominado por una fracción de una oligarquía que había conservado cierta capacidad de acción política autónoma. Los vínculos establecidos entre Londres y Nueva York por las finanzas globalizadas, para cogestionar sobre todo los paraísos fiscales, me hacen decantarme por la segunda hipótesis.

Desde el Brexit, asistimos a un fenómeno muy singular al otro lado del canal de la Mancha. Las clases altas instruidas están cada vez más a favor de todo lo que el pueblo detesta: la diversidad, las minorías étnicas y, sobre todo, la inmigración, motor decisivo del voto del *Leave.* La proporción de personas con educación universitaria que votaron a favor del *Remain* y que quieren que se reduzca la inmigración, ha caído 20 puntos, hasta el 23%, mientras que la proporción de quienes desean que aumente se ha triplicado, hasta el 31%[28]. ¿Cómo no ver en ello una provocación antipopular?

Volvamos a las extrañísimas estadísticas que muestran que los BAME tienen un acceso privilegiado a los estudios superiores. Uno se pregunta si esa manifiesta preferencia por estos últimos no es también, más allá de los buenos sentimientos que fundamentan una *affirmative action* informal, una venganza de las clases medias altas inglesas contra su plebe. Una plebe que se ve obligada a ser dirigida por los descendientes visibles de los antiguos dominados del

Imperio. Algunos espíritus maliciosos podrían decir que, puesto que el poder político cuenta ahora tan poco, bien podría dejarse en manos de los BAME. Quién sabe.

Nada de lo anterior apunta a una nación segura de sí misma que sabe adónde va. Al contrario, todo revela una pérdida de sentido, una ansiedad, que podemos imaginar necesitada de chivos expiatorios. El proletariado y las personas mayores tenían a Europa. Pero ¿qué tienen los partidarios del *Remain*?

En cierto sentido, Rusia se había autodesignado como chivo expiatorio a disposición de las clases medias británicas con la presencia masiva de los hijos de sus oligarcas en las escuelas privadas inglesas y, sobre todo, con las inversiones inmobiliarias de estos en Londres, de forma directa o al amparo de sociedades pantalla británicas. En vísperas de la guerra, la zona oeste de Londres, donde los rusos habían comprado sin medida, era conocida como Londongrad. La compra del Chelsea por Roman Abramovich simbolizó casi por sí sola el nuevo estatus de Reino Unido como nación inerte, extinta o prostituida.

PROTESTANTISMO CERO, NACIÓN CERO

Los franceses, decía, creen que inventaron la nación con la Revolución francesa; no saben (o no quieren saber) que, en su caso, la pertenencia a la nación sustituyó simplemente a la pertenencia al pueblo cristiano. Como buenos herederos del universalismo católico, hemos permanecido apegados a la idea del ser humano universal, a pesar de la existencia de nuestro nuevo Estado-nación.

La historia de los países protestantes es muy diferente. Allí la nación nació antes. Surgido de la escisión con Roma, el protestantismo exigía que todos los nacionales tuvieran acceso a los textos religiosos en lengua vernácula, en este caso el inglés; dio a luz a un pueblo especial, elegido por Dios. La primera revolución inglesa, a mayor gloria de este Dios, decapitó al rey. Oliver Cromwell, que debía su poder a su papel como fundador del New

Model Army, intentó establecer el primer régimen a un tiempo militar y religioso de la historia europea.

Escuchemos a William Blake en la última cuarteta de su poema «Jerusalén»:

> *I will not cease from Mental Fight,*
> *Nor shall my sword sleep in my hand:*
> *Till we have built Jerusalem,*
> *In England's green and pleasant Land.*
> (No cesaré en mi lucha mental,
> ni dormirá mi espada en mi mano
> hasta que hayamos construido Jerusalén,
> en la verde y apacible tierra de Inglaterra.)

Estos versos, en los que lo nacional y lo religioso están íntimamente entrelazados, fueron escritos en 1804, publicados en 1808 y musicados por Hubert Parry en 1916. «Jerusalén» se convirtió para Inglaterra en un himno nacional oficioso, mucho más capaz de conmover el ánimo que el anodino *God Save the King*. En 1962, fue la música elegida por Tony Richardson para su película *The Loneliness of the Long Distance Runner* (*La soledad del corredor de fondo,* basada en un relato corto de Alan Sillitoe), que muestra la rebelión de un joven obrero contra los privilegios de clase.

Si, en los países protestantes, las tendencias nacionales y religiosas se imbrican hasta tal punto, uno sospecha que el colapso final de la religión puede implicar el del sentimiento nacional. El protestantismo cero, más o, mejor dicho, menos que a una nación inerte, define a una nación cero.

El protestantismo cero, como vamos a ver, es también un problema para las naciones escandinavas, aunque su carácter excéntrico y, por así decir, provinciano las proteja de turbulencias mayores.

---

[1] Agente secreto de ficción creado por el escritor francés Jean Bruce. *[N. del T.]*

[2] Wikipedia, consultado el 13 de septiembre de 2023.

[3] Linda Colley, *Britons. Forging the Nation 1707-1837,* Londres, Pimlico Books, 1994.

[4] *Chancellor of the Exchequer,* esto es, canciller de la Hacienda, uno de los cargos más antiguos de la historia inglesa. Se ha optado por traducirlo como «ministro» para facilitar la identificación al lector de habla hispana. *[N. del T.]*

[5] Político francés y actual ministro del Interior de Francia desde 2020, en los gobiernos de Jean Castex y Élisabeth Borne. Anteriormente, fue ministro de Acción y Cuentas Públicas durante el segundo gobierno Philippe (2017-2020), así como alcalde de Tourcoing de 2014 a 2017 y, brevemente, en 2020. *[N. del T.]*

[6] Populares revistas del corazón francesas. *[N. del T.]*

[7] *Britannia Unchained: Global Lessons for Growth and Prosperity,* Londres, Palgrave MacMillan, 2012. El libro está firmado por cinco parlamentarios británicos: Kwasi Kwarteng, Priti Patel, Dominic Raab, Chris Skidmore y Liz Truss.

[8] Tanto esta cifra como las siguientes hacen referencia a los BAME nacidos en Inglaterra.

[9] Tasa de acceso a la enseñanza superior: [https://www.ethnicity-facts-figures.service.gov.uk/education-skills-and-training/higher-education/entry-rates-into-higher-education/latest].

[10] Julian Assange es el fundador de WikiLeaks. En 2010, tras las revelaciones de WikiLeaks sobre la forma en que Estados Unidos y sus aliados libraban la guerra en Iraq y Afganistán, Assange adquirió una inmensa notoriedad. Se vio entonces en el centro de un asunto político-judicial en el que estaban implicados Suecia, Reino Unido y Estados Unidos, y que le privó de la libertad a partir de 2010 en circunstancias por las que se le puede calificar como preso político.

[11] Ni con España. *[N. del T.]*

[12] *The Guardian,* «Children Raised Under UK Austerity Shorter than European Peers, Study Finds», 21 de junio de 2023.

[13] Sobre la evolución económica y social de Reino Unido, véase el extraordinario libro de David Edgerton, *The Rise and Fall of the British Nation: A Twentieth Century History,* Londres, Allen Lane, 2018.

[14] [https://www.theguardian.com/society/microsite/outsourcing_/story/0,13230,933818,00.html].

[15] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* ed. Jorge Navarro Pérez, Madrid, Akal, 2013, p. 97.

[16] K. D. M. Snell y Paul S. Ell, *Rival Jerusalems. The Geography of Victorian Religion,* Cambridge, Cambridge University Press, p. 415.

[17] Hugh McLeod, *Religion and the People of Western Europe 1789-1989,* Oxford, Oxford University Press, 1997.

[18] Convenientemente señalado en el caso de Gran Bretaña por Calum G. Brown, *The Death of Christian Britain. Understanding Secularisation 1800-2000,* Londres, Routledge, 2009.

[19] Algo que ha mostrado muy bien Calum G. Brown en el ya citado *The Death of Christian Britain,* aunque con otras palabras. Él habla de protestantismo donde yo hablo de protestantismo zombi.

[20] *Ibid.,* p. 168.

[21] Véase Boyd Hilton, *The Age of Atonement. The Influence of Evangelicalism on Social and Economic Thought 1785-1865,* Oxford, Oxford University Press, 1986.

[22] Véase Francis Green y David Kynaston, *Engines of Privilege. Britain's Private*

School Problem, Londres, Bloomsbury, 2019.

[23] Mike Savage, *Social Class in the 21st Century,* Londres, Pelican Books, 2015, p. 38.

[24] Kathryn Simpson, «Tabloid Tales: How the British Tabloid Press Shaped the Brexit Vote», *Journal of Common Market Studies* 61, 2 (2022), pp. 302-322.

[25] Véase Deborah Mattinson, *Beyond the Red Wall. Why Labour Lost, How the Conservatives Won and What Will Happen Next?,* Hull, Biteback Publishing, 2020.

[26] Véase Owen Jones, *Chavs. The Demonization of the Working Class,* Londres, Verso, 2011 [ed. cast.: *Chavs. La demonización de la clase obrera,* traducción Íñigo Jáuregui, Madrid, Capitán Swing, 2012].

[27] Emmanuel Todd, *Le Destin des immigrés. Assimilation et ségrégation dans les démocraties occidentales,* París, Seuil, 1994.

[28] Matthew Goodwin, *Values, Voice and Virtue,* Londres, Penguin, 2023, p. 21.

CAPÍTULO VII

ESCANDINAVIA: DEL FEMINISMO AL BELICISMO

Una de las sorpresas de la guerra de Ucrania fue la aparición de un polo belicista protestante en el norte de Europa. La guerra ha puesto de manifiesto que Noruega es un activo agente militar de Estados Unidos en Europa. Dinamarca está, sin duda, aún más profundamente engranada en el dispositivo estadounidense. Finlandia y Suecia, por su parte, se unieron a la OTAN con cierta sensación de urgencia. Vamos a ver que este belicismo es anterior a la guerra y, al igual que el de Reino Unido, fue en gran medida el resultado de una dinámica social interna.

Las solicitudes de ingreso en la OTAN de Suecia y Finlandia resultan, en términos históricos, tan sorprendentes como el belicismo británico. Estos países tenían una tradición de neutralidad, muy antigua en el caso de Suecia, posterior a la Segunda Guerra Mundial en el de Finlandia. Sobre todo, no había ninguna amenaza que se cerniese sobre ellos. Los rusos querían mantener relaciones pacíficas con Occidente a través de Finlandia a la que no habían tocado desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En cuanto a imaginar que Rusia podía atacar a Suecia, hay que decirlo sin rodeos y de forma familiar: es delirante. Aunque es concebible que los finlandeses cometieran un error en su análisis, arrastrados a la OTAN por Estonia, su primo lingüístico, en el caso de los suecos, que ni siquiera comparten frontera con Rusia (a diferencia de los finlandeses, por supuesto, pero también de los noruegos), debemos diagnosticar que han entrado en un frenesí digno de estudio psiquiátrico. Presos de una intensa rusofobia, ¿acaso piensan los dirigentes suecos en vengar la derrota de su país frente a Pedro el Grande entre 1700 y 1721? Rusia tuvo especial protagonismo en el desmembramiento del Imperio báltico de Suecia, pero con la ayuda de Dinamarca, parte de la nobleza polaca y, para asestar el golpe de gracia, Prusia y Gran Bretaña. Y, desde hace mucho tiempo, la pequeña Suecia se ha mostrado eficiente y tenaz, pero no creo que

vaya a renunciar a su neutralidad para reconquistar el Báltico.

Estos sinsentidos realmente han tenido lugar. Puede que la amenaza de Rusia no sea real, pero el miedo a Rusia sí lo es. Por lo tanto, no pretendo criticar la adhesión a la OTAN de Finlandia y Suecia, sino comprender el origen de este miedo, del mismo modo que he intentado esclarecer el belicismo de Reino Unido. Este capítulo, sin embargo, será muy breve. Los países escandinavos no son actores importantes en el conflicto. Su caso es interesante sobre todo porque confirma que el colapso terminal del protestantismo es una de sus fuerzas motrices ocultas. La identidad oficialmente feminista de Suecia también nos permitirá abordar brevemente la dimensión «feminista» del compromiso occidental.

ALGO HUELE A PODRIDO EN DINAMARCA (Y NORUEGA)

Antes de ocuparnos de Suecia y Finlandia, echemos un rápido vistazo a Dinamarca y Noruega, que ingresaron en la OTAN mucho antes de la crisis.

Noruega fue durante bastante tiempo una posesión de Dinamarca y no obtuvo su independencia definitiva hasta 1905, tras un breve periodo de dominación sueca entre 1814 y 1905. Después de conseguir su independencia, fue escenario de apasionados enfrentamientos lingüísticos entre los partidarios del riksmål, el bokmål y el landsmål (o nynorsk), pero basta con saber que el noruego habitual es una variante del danés. Hablando más en serio, gracias a su dominio del inglés, los escandinavos rozan el bilingüismo.

Como hemos visto, Noruega ayudó a los estadounidenses a sabotear los gasoductos Nord Stream. Dinamarca, por su parte, se ha comportado durante mucho tiempo como un anexo de los servicios de inteligencia estadounidenses. Participó en la intervención del teléfono de Angela Merkel. En colaboración con la NSA, se construyó un centro de recogida y almacenamiento de datos en una pequeña isla al este de Copenhague para espiar a los aliados occidentales más que a los rusos. Citemos aquí a France 24 para

subrayar el carácter tan banal de esta información:

> Cómo Dinamarca se ha convertido en el puesto de escucha de la NSA en Europa: las revelaciones del domingo de que espías daneses ayudaron a la NSA estadounidense a vigilar a dirigentes europeos subrayan el papel de primer orden que este país escandinavo desempeña para los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Una colaboración que no ha hecho más que aumentar con los años[1].

Dinamarca se ha convertido en miembro *de facto* del club de «The Five Eyes» («Los Cinco Ojos»), que, recordemos, incluye a Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

También hay que señalar que, en una carrera política noruega o danesa, el puesto de primer ministro puede conducir de modo natural a la secretaría de la OTAN. Anders Fogh Rasmussen, primer ministro de Dinamarca desde 2001, dimitió para convertirse en secretario general de la OTAN de 2009 a 2014, fecha en la que fue reemplazado por Jens Stoltenberg, primer ministro de Noruega hasta 2013. Rasmussen es ahora «asesor oficioso» para acercar Ucrania a la OTAN[2].

Miembro de la Unión Europea, Dinamarca es a veces un peón de Estados Unidos más avanzado que Noruega, aunque tradicionalmente sea menos eficaz en el plano militar. En julio de 2023, la danesa Margrethe Vestager, comisaria europea de Competencia, intentó imponer a la estadounidense Fiona Scott Morton como economista jefe de su sector. No es difícil imaginar la imparcialidad que habrá demostrado respecto a los GAFA[3]. Consideremos, con una probabilidad del 80%, que un alto funcionario danés colocado en el sistema europeo es un representante oficioso de Washington.

La integración de Noruega y Dinamarca en el sistema de control estadounidense me lleva a considerar un componente de interés pragmático en el deseo sueco de ingresar en la OTAN. Estrella central de la constelación escandinava, este país de 10,4 millones de habitantes, rodeado por una Noruega de 5,4 millones, una Dinamarca de 5,9 millones y una Finlandia de 5,5 millones, ha sido siempre la potencia dominante en esta región, un líder ideológico,

sobre todo en el transcurso de su larga experiencia socialdemócrata, desde 1920 hasta finales de la década de 1990. ¿Podría permitir, sin reaccionar, que la OTAN, es decir, Estados Unidos, pusiera a Finlandia bajo su control directo, tras Dinamarca y Noruega? La entrada en la OTAN probablemente le ayudará a preservar su influencia en Escandinavia mediante una coordinación militar directa con los socios más pequeños de su entorno. Aun así, el innecesario conflicto con Rusia parece un alto precio a pagar por esta modesta ventaja. Planteo esta razón sin creerla demasiado.

MALESTAR SOCIAL EN SUECIA Y FINLANDIA

La situación social y económica de Suecia o de Finlandia no es en absoluto comparable a la de Inglaterra. Según el Banco Mundial, el PIB per cápita en 2022 era de 55.873 dólares en Suecia, 50.536 en Finlandia, 48.432 en Alemania, 45.850 en Reino Unido y 40.963 en Francia. El relativamente modesto PIB per cápita de los franceses en relación con el de los británicos, cuyos problemas alimentarios y sanitarios son mucho más graves que los nuestros, nos recuerda que este indicador debe utilizase con cautela. Veremos que en Estados Unidos tiene la particularidad de ser pura fantasía. Por otra parte, Finlandia, en las encuestas tipo PISA sobre el nivel del alumnado, destaca por unas puntuaciones extremadamente altas. Sin embargo, Escandinavia no es inmune a la caída de los cocientes intelectuales (CI) que se observa en la mayoría de los países protestantes[4]. El CI es un medidor aceptado y, por tanto, muy utilizado en los países protestantes, ya que esta religión, como hemos visto, apenas cree en una igualdad *a priori* entre los hombres, por lo que medir las diferencias de inteligencia entre individuos no causa ni vergüenza ni malestar alguno. En cambio, a la Francia católica y republicana no le gusta la noción de CI. Sea como fuere, James R. Flynn y Michael Shayer han observado que el descenso del CI, a partir de 1995 aproximadamente, ha sido uniforme en Finlandia, Dinamarca, Noruega y Suecia.

Sobre todo, Suecia y Finlandia no han escapado a la crisis de las

«democracias occidentales», que, repito, es ante todo resultado de la nueva estratificación educativa. Estos dos países han visto surgir partidos identitarios, xenófobos, de extrema derecha, populistas (uno no sabe muy bien cómo llamarlos si quiere mantenerse neutral y objetivo). En el momento de escribir estas líneas, Verdaderos Finlandeses están en el gobierno y Demócratas de Suecia, aunque no lo están, lo apoyan. Si Dinamarca ha evitado la formación de un partido populista identitario, es esencialmente porque los propios socialdemócratas daneses han integrado el *software* xenófobo y se presentan como «el primer partido de la izquierda europea en comprender que la inmigración es un inmenso problema».

¿Por qué esta inquietud? Aunque los escandinavos se han visto afectados por el neoliberalismo, no han sacrificado su Estado de bienestar, por lo que no es posible dar una explicación en exceso económica a su malestar.

Antes de adelantar cualquier interpretación, hay que señalar que esa ansiedad escandinava no esperó a que surgiera la cuestión rusa, y que la guerra de Ucrania ha permitido, sobre todo, que se manifestara una preocupación militar preexistente. La prueba está en un libro publicado en 2018. En *Cultural Evolution,* Ronald Inglehart, basándose en la World Values Survey (WVS, en cuya creación tomó parte), exploró la evolución de los «valores» en un gran número de países[5]. Con bastante frecuencia, una encuesta suele quedarse en la parte consciente de los individuos, que tan sólo expresan aquello que está socialmente tolerado. Sin embargo, entre las respuestas a menudo anodinas recogidas por la WVS, hay unas que resultan fascinantes: las relativas a si los encuestados estarían dispuestos a comprometerse en la defensa de su país con las armas. Inglehart constató un descenso de lo que podría llamarse ciudadanía militar en todo el mundo occidental, en consonancia con la política de la OTAN de enviar armas pero no hombres a Ucrania. Con una excepción: Escandinavia, donde Inglehart observa un aumento de la disposición a luchar por el propio país. En Suecia, este incremento ha permitido el restablecimiento del servicio militar en 2017, bastante antes de que Rusia invadiera Ucrania.

El libro de Inglehart también es interesante por la explicación que

da al fenómeno, o, mejor dicho, por su incapacidad para dar una que resulte satisfactoria. Atribuye el declive general del interés por los asuntos militares en el mundo occidental a la feminización de la sociedad. Es una tesis atractiva, y *a priori* debería convenirme, ya que en *Où en sont-elles?* vinculé la pérdida del sentido de lo colectivo –y, por tanto, del interés por lo militar– a la emancipación de las mujeres[6]. Sin embargo, hay un problema: Escandinavia es oficialmente la región más feminista del mundo. Nos encontramos, pues, ante una aporía.

Intentemos resolverla o, al menos, plantear una hipótesis. ¿Y si, en este caso, el feminismo, lejos de fomentar el pacifismo, lo que realmente favoreciese fuera el belicismo?

El activismo antirruso de algunas políticas suecas y finlandesas así lo atestigua. Las primeras ministras, Magdalena Andersson en Suecia y Sanna Marin en Finlandia, han llevado a sus países a ingresar en la OTAN. Teniendo en cuenta la hipótesis de Inglehart, que asocia a las mujeres con el rechazo a la guerra, podemos imaginar una forma de impostura por parte de algunas de ellas, situada al más alto nivel, el de las relaciones internacionales: «La guerra era cosa de hombres, debemos mostrarnos tan decididas como ellos, incluso más». La premisa que estoy aventurando es que estas mujeres han absorbido inconscientemente una dosis de masculinidad tóxica. Un análisis estadístico de las actitudes políticas de mujeres y hombres ante la guerra de Ucrania daría para una tesis: Victoria Nuland (subsecretaria de Estado para Ucrania de Estados Unidos), Ursula von der Leyen (presidenta de la Comisión Europea) y Annalena Baerbock (ministra alemana de Asuntos Exteriores), estas pasionarias[7] de la guerra, ¿representan algo más que a sí mismas, o no? ¿Debemos ver en la relativa prudencia de Scholz y Macron una expresión de masculinidad?

Los partidos populistas identitarios sueco y finlandés mencionados anteriormente, Verdaderos Finlandeses y Demócratas de Suecia, se caracterizan por tener un electorado marcadamente masculino. Hoy diríamos «marcadamente generizado». Se ha sospechado que simpatizan con Rusia.

No estoy siendo muy serio, lo admito, pero tenemos que integrar

en nuestro razonamiento que, en Escandinavia, existe realmente un malestar en las relaciones entre los sexos y que se manifiesta en la política.

EL FIN DEL PROTESTANTISMO, LA CRISIS DE LA NACIÓN

Una hipótesis más simple, derivada del análisis del caso británico, nos ofrece una clave. La crisis es de tipo religioso y cultural. También en Escandinavia, la nación es hija del protestantismo, y también aquí su evanescencia está poniendo en peligro a la nación. El estado cero al que ha llegado ese protestantismo está generando una ansiedad nacional, y, por ende, internacional en los países pequeños, a pesar de que la economía no esté en muy mala forma. De ahí, tal vez, esa necesidad de seguridad que satisface el pertenecer a la OTAN, para protegerse de una amenaza exterior inexistente. Porque es en el seno de las sociedades escandinavas, que ya no saben muy bien lo que hacen en la Historia, donde surge la sensación de peligro. Lo que Suecia y Finlandia estaban expresando con su solicitud de ingreso en la OTAN, un hecho ya consumado, no era la necesidad de que las protegiese de los rusos; era pura y simplemente una necesidad de pertenencia.

---

[1] [https://www.france24.com/fr/éco-tech/20210531-comment-le-dane- mark-est-devenu-le-poste-d-écoute-de-la-nsa-en-europe].

[2] [https://www.courrierinternational.com/article/vu-du-danemark-anders-fogh-rasmussen-en-mission-pour-rapprocher-l-ukraine-de-l-otan].

[3] Acrónimo de Google, Amazon, Facebook y Apple. *[N.del T.]*

[4] James R. Flynn y Michael Shayer, «IQ Decline and Piaget: Does the Rot Start at the Top?», *Intelligence* 66 (enero-febrero de 2018), pp. 112-121.

Sin embargo, este artículo niega el descenso del cociente intelectual en Estados Unidos, que la misma revista situará cinco años más tarde. Véase infra p. 206.

[5] Ronald Inglehart, *Cultural Evolution. People's Motivations Are Changing, and Reshaping the World,* Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

[6] Todd, *Où en sont-elles?,* cit.

[7] En castellano, en el original. *[N. del T.]*

CAPÍTULO VIII

LA VERDADERA NATURALEZA DE ESTADOS UNIDOS: OLIGARQUÍA Y NIHILISMO

Ya en la introducción, he reconocido el mérito de John Mearsheimer y su valentía. En el Capítulo X, dedicado a las clases dirigentes estadounidenses, cantaré las alabanzas de su colega y cómplice Stephen Walt, que lleva mucho tiempo pidiendo que Estados Unidos vuelva a una concepción razonable del mundo, un mundo en el que ya no aspire a la «hegemonía liberal», sino que se contente con preservar su poder jugando con los equilibrios internacionales, inclinándose según sus intereses (*balancing*) a favor de tal o cual potencia. Estados Unidos es la primera potencia militar del mundo, pero le es absolutamente imposible dominar todo directamente. Siento un gran respeto por Walt y Mearsheimer, porque ambos son capaces de mantener la cabeza fría en un entorno de exaltados ideólogos neoconservadores sin conocimientos militares. Sin embargo, su visión de la historia me parece mecánica, pues ven los Estados-nación como elementos compactos y estables. Pero para entender la política exterior de un país hay que analizar en profundidad su evolución interna. Estos dos geopolíticos llamados «realistas» permanecen en gran medida ciegos ante evoluciones a veces dramáticas. Postulan, por ejemplo, como dije en mi introducción, que Estados Unidos sigue siendo un Estado-nación. Nada menos cierto. Estados Unidos, además, sería estable y, mejor aún, estaría al abrigo del resto del mundo. La visión geopolítica tradicional supone que, entre el Atlántico y el Pacífico, entre esas dos no potencias que son Canadá y México, Estados Unidos es una isla alejada de cualquier peligro, una nación que no arriesga nada y que, por tanto, puede permitirse cometer todos los errores imaginables en la escena internacional. Nunca ha tenido que luchar por su supervivencia como Francia, Alemania, Rusia, Japón, China e incluso Gran Bretaña. En este capítulo y en los dos siguientes intentaré demostrar que, al contrario, Estados Unidos se está

jugando mucho en la actual coyuntura. Su dependencia económica del resto del mundo se ha tornado inmensa; su sociedad se está desintegrando. Estos dos fenómenos están relacionados. Perder el control de sus recursos exteriores provocaría una caída del nivel de vida de la población, que de por sí no es muy brillante. Pero lo que caracteriza a un imperio es que ya no puede separar, en su desarrollo, lo interno de lo externo. En consecuencia, para entender la política exterior estadounidense, hay que partir de la dinámica interna de la sociedad, o, más bien, de su regresión.

Pido disculpas de antemano al lector por el carácter esquemático de los tres capítulos dedicados a Estados Unidos. No se demostrará todo. La crisis de una sociedad tan compleja debería ser objeto de un libro. Pero el tiempo apremia: la guerra nos lleva cada vez más lejos. Mi objetivo no es alcanzar un alto nivel de perfección académica, sino contribuir a la comprensión de un desastre en curso.

Tras ver sucesivamente la estabilidad de la sociedad rusa, la desintegración de la ucraniana, la mala conciencia de las antiguas democracias populares, el final del sueño europeo de independencia, el hundimiento de Reino Unido como nación (una nación madre más que una nación hermana de Estados Unidos) y la deriva escandinava, nos hemos ido acercando poco a poco al foco de la crisis mundial, el agujero negro estadounidense. Porque el verdadero problema al que se enfrenta hoy el mundo no es la voluntad de poder de Rusia, que es muy limitada, sino la decadencia de su centro estadounidense, una decadencia que no tiene límites[1].

De esta decadencia sólo voy a estudiar lo que pueda servir para descifrar la acción exterior de Estados Unidos. Lo haré en términos claros y negativos. Muchos otros escriben que Estados Unidos sigue siendo Estados Unidos, que su democracia continúa funcionando (aunque el fenómeno Trump y sus secuelas les hagan dudar en este punto) y, sobre todo, que, en su conflicto con Rusia, defiende la libertad, la democracia, la protección de las minorías, la justicia en definitiva. Y todo eso está muy bien. Yo pienso y digo lo contrario. Entre todos estamos contribuyendo a perpetuar la existencia de un Occidente más o menos pluralista, a falta de igualitario.

NIHILISMO, UN CONCEPTO NECESARIO

Yo era muy reacio a aplicar el concepto de nihilismo a Estados Unidos, más que a Ucrania o a Europa. Estas últimas han tenido una historia muy oscura. Estados Unidos nació en un clima de optimismo; su Declaración de Independencia habla de «la búsqueda de la felicidad».

Tras haber leído hace tiempo *La Révolution du nihilisme,* de Hermann Rauschning[2], completé su lectura con la del opúsculo de Leo Strauss «Sobre el nihilismo alemán», que es una respuesta a Rauschning[3]. Admito que comparar la Alemania de Hitler con los Estados Unidos de Biden resulta fuera de lugar, absurdo, inaceptable. El antisemitismo, aunque no inexistente al otro lado del Atlántico, no está en el centro de las preocupaciones estadounidenses. De hecho, Estados Unidos ha conseguido una emancipación de los judíos como pocas veces se ha visto en la Historia. Si me he resignado a utilizar el concepto de nihilismo, que, de hecho, establece un paralelismo entre las trayectorias alemana y estadounidense, es para ayudar al lector, tras de mí, a que cambie su manera de pensar. También por razones técnicas.

Me pareció necesario disponer de un concepto central que simbolizara la conversión norteamericana del bien al mal. En el fondo, nuestro problema intelectual es que amamos a Estados Unidos: fue uno de los vencedores del nazismo; nos mostró el camino a seguir para alcanzar la prosperidad y una vida tranquila. Para aceptar plenamente la idea de que hoy están marcando la vía que conduce a la pobreza y a la atomización social, es indispensable el concepto de nihilismo.

En cuanto a las razones técnicas, lo que también me obliga a utilizar este concepto es la constatación de que los valores y el comportamiento de la sociedad estadounidense actual son fundamentalmente negativos. Al igual que el nihilismo alemán, esta negatividad es producto de una descomposición del protestantismo, pero no se produce en la misma fase. El nazismo apareció en su primera fase después de que el protestantismo dejara de ser una religión activa entre 1880 y 1930. El nazismo se corresponde con

una erupción de desesperación durante su *fase zombi,* en un momento en que los valores protestantes, tanto positivos como negativos, permanecían a pesar del retroceso de la práctica religiosa. La fase zombi del protestantismo estadounidense, en cambio, fue abrumadoramente positiva. A grandes rasgos, duró desde la presidencia de Roosevelt hasta la de Eisenhower, y fue testigo de la construcción de un Estado de bienestar, de universidades que impartían una educación generalizada y de calidad, y de la difusión de una cultura optimista que sedujo al mundo. Este Estados Unidos había recuperado los valores positivos del protestantismo (alto nivel educativo, igualitarismo entre los blancos) e intentaba deshacerse de sus valores negativos (racismo, puritanismo). La crisis actual, en cambio, corresponde al aterrizaje en el estadio cero del protestantismo. Esto permite entender tanto el fenómeno Trump como la política exterior de Biden, la podredumbre interna y la megalomanía externa, las violencias que el sistema estadounidense ejerce sobre sus propios ciudadanos y sobre los de otros países.

Lo que tienen en común la dinámica alemana de los años 30 y la actual estadounidense es que están impulsadas por un vacío. En ambos casos, la vida política funciona sin valores, no es más que un movimiento que tiende a la violencia. Rauschning no definió el nazismo de otro modo. Inicialmente miembro del NSDAP, lo abandonó: este conservador, normal si se puede decir, no podía tolerar la violencia gratuita. En el actual Estados Unidos, veo en el ámbito del pensamiento y de las ideas un peligroso vacío, con el dinero y el poder como obsesiones residuales. Y estos no pueden ser ni fines en sí ni valores. Este vacío induce una propensión a la autodestrucción, al militarismo, a una negatividad endémica, en resumen, al nihilismo.

Hay un último elemento esencial que me ha llevado a adoptar este concepto: la negación de la realidad. En efecto, el nihilismo no sólo expresa una necesidad de destruirse a uno mismo y a los demás. A un nivel más profundo, cuando se convierte en una especie de religión, tiende a negar la realidad. Mostraré cómo en el caso estadounidense.

GASTAR MÁS PARA MORIR MÁS

He aquí un ejemplo de nihilismo aplicado: la evolución de la mortalidad en Estados Unidos.

En *Deaths of Despair,* publicado en 2020, Anne Case y Angus Deaton analizaron el aumento de la mortalidad desde el año 2000[4], concretamente entre los blancos de 45 a 54 años –debido al alcoholismo, el suicidio y la adicción a los opiáceos–, compensado ligeramente por un descenso continuado entre los negros. Estados Unidos es el único país avanzado que experimenta un descenso general de la esperanza de vida: de 78,8 años en 2014 a 77,3 años en 2020. Un año después, en 2021, los estadounidenses vivían una media de 76,3 años, los británicos 80,7 años, los alemanes 80,9 años, los franceses 82,3 años, los suecos 83,2 años y los japoneses 84,5 años. En 2020, Rusia, con tan sólo 71,3 años, seguía llevando la marca –por así decir, biológica– de su atormentada historia. Pero la esperanza de vida rusa era sólo de 65,1 años en 2002, por lo que ha aumentado seis años durante el mandato de Putin.

El Gráfico 6.1 (en el Capítulo VI, sobre Gran Bretaña) ya había mostrado que la reciente caída de la esperanza de vida en Estados Unidos había estado precedida por una ralentización de su crecimiento, a partir de 1980, durante los años neoliberales. También sabemos que la esperanza de vida no se recuperó rápidamente después del covid, al contrario que en el resto del mundo desarrollado[5]. El covid también parece haber desencadenado un deterioro en todos los grupos étnicos.

La tasa de mortalidad infantil, presagio de lo que está por venir, indica que Estados Unidos se está quedando aún más rezagado que los países avanzados a los que «protege» o a los que combate. En 2020, era de 5,4 por 1.000 nacidos vivos en Estados Unidos, frente a 4,4 en Rusia, 3,6 en Reino Unido, 3,5 en Francia, 3,1 en Alemania, 2,5 en Italia, 2,1 en Suecia y 1,8 en Japón[6].

La comparación de esta mortalidad estadounidense con el gran proyecto histórico expuesto en la Declaración de Independencia de 1776 produce un efecto sorprendente. «Sostenemos como evidentes estas verdades: todos los hombres son creados iguales; que son

dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Pero lo más asombroso es que el aumento de la mortalidad ha ido de la mano del mayor gasto sanitario del mundo. En 2020, este representaba el 18,8% del PIB estadounidense, frente al 12,2% de Francia, el 12,8% de Alemania, el 11,3% de Suecia y el 11,9% de Reino Unido. Por supuesto, estos porcentajes son estimaciones conservadoras, ya que, en la misma fecha, el PIB per cápita en Estados Unidos era de 76.000 dólares frente a 48.000 en Alemania, 46.000 en Reino Unido y 41.000 en Francia. El lector puede entretenerse multiplicando el porcentaje del PIB dedicado a sanidad por el PIB per cápita; así se hará una idea del enorme esfuerzo financiero que teóricamente realiza Estados Unidos para atender a sus habitantes. Digo teóricamente, porque, como veremos, todo esto revela fundamentalmente que la noción de PIB es en gran medida ficticia.

Hay algo peor, y es ahora cuando la pertinencia del concepto de nihilismo aparecerá en toda su plenitud: Anne Case y Angus Deaton ponen de manifiesto que el aumento de la mortalidad se produjo mientras una parte de ese gasto sanitario se dedicaba a *destruir* a la población. Me refiero con ello al escándalo de los opiáceos. Las grandes farmacéuticas, respaldadas por médicos bien pagados y poco escrupulosos, pusieron a disposición de pacientes con trastornos emocionales por razones económicas y sociales analgésicos peligrosos y adictivos, que muy a menudo conducen directamente a la muerte, al alcoholismo o al suicidio. Este fenómeno explica el aumento de la mortalidad entre las personas blancas de 45 a 54 años. Se trata, pues, de los actos de ciertos grupos superiores que están devastando a una parte de la población. Es algo que roza la ignomia, pero seamos técnicos a la hora de formularlo: estamos en plena moralidad cero. En 2016, el Congreso, «controlado» por estos *lobbies* (que forman parte legal y oficialmente del sistema político estadounidense), aprobó la *Ensuring Patient Access and Effective Drug Enforcement Act* (Ley para Garantizar el Acceso de los Pacientes y la Aplicación Eficaz de la Ley de Medicamentos), que prohíbe a las autoridades sanitarias

suspender el uso de opiáceos. Así pues, los «representantes» de los ciudadanos han dado luz verde a una ley que permite a la industria farmacéutica seguir asesinándolos[7]. ¿Nihilismo, pues? Sí, por supuesto.

FLASHBACK: LA BUENA AMÉRICA

Para entender la dinámica regresiva que opera en la sociedad estadounidense, tenemos que recordar lo que era la buena América de antaño y la lógica que la sustentaba. No voy a detenerme en el Estados Unidos rooseveltiano del New Deal, explícitamente «de izquierdas», que decidió gravar más a los ricos e instituyó un contrapoder sindical, dos elementos esenciales del equilibrio social que tuvieron como efecto la integración de la clase obrera en las clases medias y posibilitó la movilización democrática durante la Segunda Guerra Mundial. Voy a describir a grandes rasgos el Estados Unidos de Eisenhower, un presidente republicano que ocupó la Casa Blanca durante dos mandatos, de 1953 a 1961.

En 1945, la industria estadounidense representaba la mitad de la industria mundial. El nivel educativo del país era el más alto de todos, incluso en el área protestante. En el periodo de entreguerras, el sistema de enseñanza secundaria de las *high schools* había tenido un desarrollo generalizado. En la posguerra, fue el turno de las universidades, gracias sobre todo a la *Service-Men's Readjustment Act* (Ley de Reajuste de Militares) de 1944, más conocida como «GI Bill», que, entre otras ayudas para su reintegración a la vida civil, ofrecía a los veteranos facilidades financieras para cursar estudios superiores. Apenas dos tercios del Estados Unidos de Eisenhower eran protestantes, pero seguían manteniendo sus valores fundamentales. Los propios católicos aceptaban este foco puesto en la educación, que para los judíos era superflua.

El renacer religioso de posguerra parece que fue especialmente marcado en Estados Unidos. Robert D. Putnam y David E. Campbell sitúan la «marea alta» en la década de 1950[8]. Estos dos autores rozan la noción de religión zombi, ya que definen la religión de los

estadounidenses de la época como en gran medida cívica y principalmente opuesta al comunismo ateo. Entonces hizo su aparición el término «judeocristianismo» (que no significa absolutamente nada en términos religiosos). En aquella época, lo que experimentó el país fue un renacer del protestantismo zombi, con el matiz de que seguía existiendo una significativa práctica religiosa, que consolidaba las comunidades locales, pero sin un sentido metafísico claro.

El Estados Unidos de Eisenhower estaba impregnado de una cultura genuinamente democrática y se preocupaba por el bienestar de todos los ciudadanos; sus valores internos coincidían con los de su política exterior, en lucha contra el comunismo totalitario. Pero había dos sombras en este panorama: América Latina seguía siendo una dependencia semicolonial y, por supuesto, persistía la segregación de los negros. Pero los primeros atisbos de lucha por los derechos civiles socavaron el principio restrictivo de igualdad sólo entre blancos. La campaña de boicot iniciada por Rosa Parks y Martin Luther King en 1955 llevó, en 1956, al Tribunal Supremo a declarar inconstitucional la segregación en los autobuses. Sin embargo, el susodicho tribunal había sido concebido por los Padres Fundadores como un instrumento de moderación de la democracia, un polo de poder reservado al *establishment.*

LA ELITE DEL PODER HACIA 1955

¿Qué tipo de elite gobernante tenía el Estados Unidos de Eisenhower? Aunque el país era ya muy diverso en el plano etno-religioso, con importantes minorías católicas irlandesas e italianas, judías de Europa del Este y Central, etc., su clase dirigente no lo era en absoluto. En *L'Élite du pouvoir,* C. Wright Mills describió en 1956 a un grupo reducido y totalmente WASP (White Anglo-Saxon Protestant)[9]. Y no eran unos WASP cualquiera. En ellos estaba sobrerrepresentado el *establishment* episcopaliano –la Iglesia episcopaliana es el equivalente estadounidense de la Iglesia anglicana, cuyo protestantismo tolera una buena dosis de jerarquía y

autoridad social–.

Esta elite episcopaliana se educaba en internados privados que imitaban el sistema educativo británico. A la cabeza figuraba Groton, el colegio por el que pasó Franklin Delano Roosevelt antes de continuar sus estudios en Harvard. Como en la Inglaterra de la época, pero con un estilo más flexible y menos espartano, las escuelas privadas del *establishment* WASP no estaban obsesionadas con el rendimiento intelectual. Lo que se buscaba era forjar el «carácter».

Es costumbre burlarse de los WASP. Y es cierto que esta clase alta, como cualquier clase dirigente, albergaba todo tipo de prejuicios ridículos. Pero no es menos cierto que era portadora de una moral y una obligación. Entre 1941 y 1945, sus miembros más jóvenes fueron enviados, como el resto de la población en edad de ser movilizada, a luchar en la guerra en Europa o en el Pacífico; al igual que Roosevelt, procedían de este pequeño mundo «mágico» que no había dudado en aplicar tipos impositivos de hasta el 90% a los tramos superiores de renta.

Despidámonos de esta elite WASP examinando el caso de John Rawls, uno de sus representantes, instrumentalizado antes de su muerte (en 2002), de modo un tanto perverso, por quienes, a partir de 1980, se dedicaron a desmantelar el Estados Unidos democrático.

John Rawls es autor de una famosa *Theory of Justice,* publicada en 1971, al final de esta edad de oro. Leído correctamente, este libro constituye una elegía, como voy a demostrar. Nacido en 1921, una generación y media después de Roosevelt, Rawls pertenecía a una categoría inferior de WASP. Alumno de la Kent School, bastante por debajo de Groton, estudió en Princeton y no en Harvard. Luchó en el Pacífico y regresó abrumado por intensas preocupaciones morales; episcopaliano, se hizo ateo tras observar sobre el terreno la devastación causada por la bomba atómica de Hiroshima. El resultado fue la mencionada *Theory of Justice,* una expresión teórica de la práctica de las clases altas WASP durante aquella bendita época. La justicia, tal como la define Rawls, consiste en tolerar las desigualdades si contribuyen en última instancia al bienestar del sector más pobre de la población. Lo irónico es que Rawls formuló

su martingala social poco antes de que el aumento de las desigualdades, lejos de beneficiar a los pobres, empezara a diezmarlos. Veámoslo con más detalle.

«EL TRIUNFO DE LA INJUSTICIA»: 1980-2020

Si observamos en Google Ngram cómo ha evolucionado la popularidad de John Rawls, veremos que, modesta en la década posterior a 1971, despegó poco después de 1980 y luego se disparó entre 1990 y 2006, es decir, justo en el momento en que la aplicación de su teoría sólo podía mostrar una cosa: la conversión de Estados Unidos a la injusticia. El título del libro de Emmanuel Saez y Gabriel Zucman, *Le Triomphe de l'injustice*[10]*,* lo resume con claridad y su contenido lo ilustra magníficamente. Tras un ajustado cálculo, los dos autores llegan a la conclusión de que los tipos impositivos en Estados Unidos se han alejado tanto del régimen fiscal introducido por el New Deal que ahora se acercan a un *flat tax* (impuesto plano o de tipo único) del 28%, para ricos y pobres por igual, con, para colmo de injusticias, una caída del tipo impositivo de los 400 contribuyentes más ricos. Si a esto le añadimos el hecho de que el aumento de la mortalidad estadounidense está afectando a personas que no han superado la etapa equivalente a la educación secundaria, queda claro que Estados Unidos de hoy encarna exactamente lo contrario de la justicia tal como la concibió Rawls. Que la *Theory of Justice* fuese aclamada por políticos e intelectuales de *think tanks* en un momento en que triunfaba la injusticia es, desde un punto de vista sociológico, particularmente cruel. ¿Se trataba de reírse de la buena gente con una especie de ritual económico-filosófico-satánico? El éxito mundial –perdón, occidental– de Rawls a partir de la década de 1980 estuvo planificado, en particular entre los atontados franceses.

Mi amigo y editor Jean-Claude Guillebaud me dijo en su momento, y me lo ha confirmado desde entonces, que la *Theory of Justice* fue traducida por Éditions du Seuil en 1987 con ayuda financiera de la CIA. Dudo que, con Putin, los servicios rusos hayan logrado llevar a

cabo una operación similar en la vida intelectual francesa.

HACIA UN PROTESTANTISMO CERO EN ESTADOS UNIDOS

Varios factores han ocultado durante mucho tiempo la desaparición del protestantismo (y de la religión en general) en Estados Unidos. En primer lugar, los índices de práctica eran más elevados que en Europa, pero estudios detallados han mostrado que se habían sobrestimado, incluso duplicado, porque las personas encuestadas presumían de ello; en segundo lugar, el *boom* evangélico de los años setenta terminó a principios de los noventa[11]. La obra de Ross Douthat *Bad Religion* nos enseña que el cristianismo evangélico es una herejía, sin conexión real con el protestantismo clásico[12]. El calvinismo y el luteranismo eran estrictos; exigían que el hombre observara una moral, económica y social por ejemplo, lo que dio origen al progreso. El renacer religioso de los años setenta, aunque hizo ganar mucho dinero a algunos de sus inspiradores, trajo consigo fundamentalmente elementos regresivos: una lectura literal de la Biblia, una mentalidad generalmente anticientífica y, sobre todo, un narcisismo patológico. Dios ya no está ahí para exigir, sino para engatusar al creyente y repartirle bonos e incentivos, ya sean psicológicos o materiales.

Para ver lo diferente que ha sido la evolución del protestantismo estadounidense de la de Europa occidental, lo mejor es fijarse en la evolución de la fecundidad. Sabemos que en una población alfabetizada, un descenso de la fecundidad es el mejor indicador de un declive de la religiosidad: las parejas ya no se sienten vigiladas por la autoridad divina. Pues bien, en Estados Unidos, esta evolución ha sido perfectamente normal. En Francia, país a la vanguardia del control de la natalidad, el indicador coyuntural de fecundidad era de 2,1 hijos por mujer en la década de 1930; en 1940, era de 2 en Estados Unidos, y apenas inferior en Reino Unido: 1,8. Luego las parejas estadounidenses alcanzaron un nivel bastante más alto, 3,6 hijos por mujer en 1960. Pero en 1980, al final del *boom* evangélico, Estados Unidos había descendido a 1,8. Al mismo tiempo, Inglaterra

estaba en 1,7 y Francia en 1,9. Nada indica aquí que la religión «de verdad» sobreviviera al otro lado del Atlántico.

Otro indicio de la descristianización definitiva es la actitud hacia la homosexualidad. En 1970, el 50% de las personas que acudían a la iglesia ya aceptaban la homosexualidad[13]; en 2010, la cifra había aumentado al 70%. Entre quienes rara vez iban a la iglesia, la tasa de aceptación ascendía al 83%. Por último, tomemos el indicador estrella de la religión cero, el matrimonio igualitario, que señala la superación de las etapas activa y zombi: en 2008, sólo el 22% de las generaciones nacidas antes de 1946 lo aceptaban, frente al 50% de los nacidos entre 1966 y 1990. No cito estas cifras con una perspectiva conservadora, represiva o nostálgica. La aceptación de la homosexualidad y del matrimonio igualitario se toma aquí sólo como prueba de un cambio cultural irreversible y como indicio de un estadio cero de la religión. El cristianismo, el judaísmo y el islam condenan la homosexualidad, y para ninguna de estas religiones el matrimonio entre personas del mismo sexo tiene el menor sentido. Como hemos visto, Francia legalizó el matrimonio igualitario en 2013 y Reino Unido en 2014. En Estados Unidos se legalizó a escala federal en 2015. No hay ninguna diferencia apreciable. Así pues, 2015 es el año de la religión cero. 2016, la elección de Donald Trump. 2022, Ucrania se convierte en el subcontratista de la guerra con Rusia.

Este estado cero es inestable; tiene su propia dinámica, que conduce al nihilismo, e incluso a su forma más consumada: la negación de la realidad. Estados Unidos (junto con Inglaterra) fue el principal impulsor no sólo de la revolución liberal, sino también de la revolución sexual y luego de la revolución de «género», que pasó de la lucha por la igualdad de los sexos a la cuestión transgénero. Volveremos a encontrar estos importantes temas ideológicos en el conflicto entre Occidente y Rusia. Empecemos por reflexionar sobre lo que significan en el seno de la sociedad estadounidense.

Voy a dejar a un lado la igualdad de sexos, una reivindicación legítima que no plantea ningún problema conceptual; también dejo al margen la emancipación de los homosexuales, que es algo bueno que no se puede discutir, incluso a los ojos de los escépticos que se

muestran refractarios a la ideología «gay» y que no ven ningún sentido en hacer girar la vida de las sociedades en torno a las preferencias sexuales. La cuestión transgénero es un asunto diferente, en cuanto se afirma que un individuo puede cambiar de «género» según guste, simplemente inscribiéndose en el Registro Civil, o cambiar de «sexo» vistiendo ropa significativa, mediante hormonas o sometiéndose a cirugía. Mi intención aquí no es negar a los individuos el derecho a hacer lo que quieran con sus cuerpos y sus vidas, sino captar el significado sociológico y moral –todo uno y lo mismo– de la centralidad que ha adquirido la cuestión transgénero en Estados Unidos y, más en general, en todo el mundo occidental. Los hechos son sencillos y concluiré rápidamente. La genética nos dice que no se puede transformar a un hombre (cromosomas XY) en una mujer (cromosomas XX), y viceversa. Pretender hacerlo es *afirmar algo falso,* un acto intelectual típicamente nihilista. Si esta necesidad de afirmar lo falso, de rendirle culto y de imponerlo como verdad a la sociedad predomina en una categoría social (las clases medias más bien altas) y sus medios de comunicación (el *New York Times,* el *Washington Post*), estamos ante una religión nihilista. Como investigador, repito, no me corresponde juzgar, pero sí hacer una correcta interpretación sociológica de los hechos. Dada la amplia difusión de la cuestión transgénero en Occidente, podemos considerar una vez más que una de las dimensiones del estado cero de la religión en Occidente es el nihilismo.

EL PROTESTANTISMO CERO
Y EL HUNDIMIENTO DE LA INTELIGENCIA

Según mi modelo de evolución de las sociedades, si entre el 20% y el 25% de una generación tiene estudios superiores, se hace la idea de que posee una superioridad intrínseca: al sueño de la igualdad le sucede una legitimación de la desigualdad. Resumamos aquí, una vez más, este proceso tal como se desarrolló en Estados Unidos, no sólo porque fue el primero en experimentar esta mutación decisiva, sino también porque luego actuó a escala

mundial como si estuviera bajo el influjo de una poderosa y persistente pulsión a favor de la desigualdad. El desarrollo de la enseñanza superior reestratifica la población, extingue el *ethos* igualitario que la alfabetización generalizada había difundido y, más allá de esto, cualquier sentimiento de pertenencia a una comunidad. La unidad religiosa e ideológica se hace añicos. Se pone así en marcha un proceso de atomización social y de mengua del individuo, que, al no estar ya vinculado por unos valores compartidos, se torna frágil.

El umbral del 25% de personas con estudios superiores se alcanzó en Estados Unidos ya en 1965 (los europeos, al menos una generación más tarde). Curiosamente, esto se vio acompañado casi de inmediato por un declive intelectual a todos los niveles.

La progresión de la enseñanza superior tras la Segunda Guerra Mundial fue la expresión de un ideal meritocrático. Los mejores debían llegar más lejos o más alto, por el bien de todos (Rawls). En Estados Unidos, la práctica meritocrática se basaba técnicamente en los *Scholastic Aptitude Tests* (SAT)[14], que constan de dos partes: una que evalúa las competencias verbales y otra las matemáticas. En el caso de la parte verbal, se produjo un descenso entre 1965 y 1980, seguido de una estabilización hasta 2005, cuando se reanudó la bajada[15]. En matemáticas, se constata el mismo descenso entre 1965 y 1980, una recuperación entre 1980 y 2005, y luego una recaída después de 2005. El deterioro afectó, por tanto, a las dos partes del test.

La bajada del nivel educativo estadounidense (que 30 años más tarde tendría su contrapartida en Francia) se ve confirmada por un estudio del National Center for Education Statistics, *Scores decline again for 13-year-old students in reading and mathematics.* El comentario precisa que todos los grupos étnicos se han visto afectados, y tanto los buenos como los malos alumnos[16].

Como fenómeno concomitante, la intensidad del estudio también ha disminuido. En 1961, la media de horas de trabajo por semana era de 40, pero en 2003 había descendido a veintisiete horas, es decir, un tercio menos[17].

Un estudio muy reciente ha mostrado que, entre 2006 y 2018, el

coeficiente intelectual también descendió en el conjunto de la población estadounidense, pero más rápidamente entre quienes no habían completado estudios superiores[18]. (Ya mencioné este fenómeno en el capítulo anterior sobre Escandinavia, donde se detectó con anterioridad.)

¿Cómo no relacionar este hundimiento de la eficiencia educativa con la desaparición del protestantismo, uno de cuyos puntos fuertes era la educación? Una vez más, se pone de manifiesto la naturaleza herética del cristianismo evangélico, ya que su difusión coincidió con unos estadounidenses blancos con niveles de estudios inferiores a los de los católicos[19].

Esta es la gran paradoja de esta secuencia histórica y sociológica: el progreso educativo condujo en última instancia a una regresión educativa, porque provocó la desaparición de los valores favorables a la educación.

PROTESTANTISMO CERO Y LIBERACIÓN NEGRA

Como ya he dicho, el protestantismo no cree en la igualdad de los hombres. Incluso en la versión edulcorada estadounidense del calvinismo, hay unos elegidos y, por tanto, unos condenados. La familia nuclear absoluta angloamericana también estaba predispuesta a esta concepción del mundo: a diferencia de la familia nuclear igualitaria de la Cuenca parisina, no determina que los hijos sean iguales en términos de herencia. Al describir los felices Estados Unidos de Eisenhower, con su protestantismo zombi, señalé que los negros no estaban incluidos en la democracia, aun cuando se observaban los primeros indicios de la lucha por sus derechos. Esta exclusión no era un descuido, una imperfección: era inherente al sistema sociopolítico; lo definía –la democracia liberal estadounidense– y permitía su funcionamiento. Lo que había permitido a Estados Unidos convertirse en una democracia formidable, a pesar de la desigualdad metafísica protestante y de la indiferencia ante la igualdad de la familia nuclear absoluta, era haber «fijado» la desigualdad en las «razas inferiores», primero los indios y

luego los negros. Para que la igualdad prevaleciera entre los blancos, había sido necesario separar, por un lado, a los elegidos –los blancos– y, por otro, a los condenados –los negros (inicialmente, los indios)–. El racismo anti-negros de los inmigrantes irlandeses y luego italianos, asumido rápidamente y muy poco católico, puede considerarse un buen indicador de la asimilación mediante la adopción de una postura social de origen protestante.

En Estados Unidos, el problema negro tenía así una dimensión religiosa central. Racismo y protestantismo no son variables separadas. El confinamiento de los negros es una condena protestante. Se objetará que la mayoría de los negros estadounidenses son, o más bien eran, protestantes. Pero lo que este tiene de característico –emocional, asociado a la idea de supervivencia en la adversidad que transmite la música góspel– es precisamente que es algo suyo, algo propio. Las Iglesias protestantes negras están separadas. De hecho, el protestantismo negro también institucionalizó, a su manera, la diferencia racial.

Si, en última instancia, el racismo y la segregación derivan en gran medida de valores religiosos, podemos imaginar que una de las consecuencias del hundimiento de la religión, activa o zombi –es decir, de un sistema mental y social que define a las personas como desiguales y a algunas de ellas como inferiores– será la liberación de los negros. No hablo aquí de los protestantes compasivos de las clases altas o medias que, a partir del siglo XIX en el Norte, en particular en Nueva Inglaterra, lucharon conscientemente por la emancipación de los negros; hablo del inconsciente de las masas, de actitudes mentales profundas.

La secuencia sería la siguiente: la estratificación educativa conduce a la implosión del protestantismo, que libera a los negros del principio de desigualdad. Luego vinieron la lucha por los derechos civiles, la *affirmative action* o discriminación positiva y, por último, la elección en 2008 de Barack Obama, el primer presidente negro de Estados Unidos. El único obstáculo que quedaría en Estados Unidos para la universalidad es la incertidumbre sobre la igualdad de los hijos, y por tanto de las personas, en la familia nuclear absoluta.

Pero esta secuencia tiene efectos inquietantes. La desigualdad de los negros permitió el funcionamiento de la igualdad de los blancos, y uno de los efectos negativos imprevistos de la liberación de los negros fue desorganizar y perturbar la democracia estadounidense. En el momento en que los negros dejaron de encarnar el principio de desigualdad, la igualdad blanca se hizo añicos. Por tanto, el sentimiento democrático está más amenazado en Estados Unidos que en otros lugares. En todo el mundo avanzado, la educación superior ha debilitado el sentimiento democrático. Pero, en Estados Unidos, la súbita desaparición de la igualdad de los blancos, basada en la desigualdad de los negros, ha agravado el fenómeno. Este es el telón de fondo antropológico y religioso de la poderosa deriva hacia la desigualdad de la sociedad estadounidense entre 1965 y 2022, que nos equivocaríamos si consideráramos únicamente en sus aspectos económicos (el aumento de la desigualdad de rentas) o políticos (la erosión del papel de los ciudadanos no titulados).

La liberación negra ha generado una nueva contradicción. Realmente ha tenido lugar, es profunda en términos de valores. El racismo clásico estadounidense ha muerto, y me inclino a pensar que incluso los votantes republicanos blancos ya no creen que los negros sean inferiores a ellos. Obama fue elegido presidente; el actual secretario de Defensa estadounidense, Lloyd Austin, es negro. Pero, incluso emancipados, los negros siguen en gran medida atrapados. Su emancipación se produjo al mismo tiempo que la estratificación educativa, el crecimiento de la desigualdad económica y el descenso del nivel educativo y de vida. La movilidad social es hoy menor en Estados Unidos que en Europa. La emancipación de los negros estadounidenses se lleva a cabo en un momento en el que, estadísticamente, se encuentran en la base de la pirámide social, lo que hace muy difícil que puedan escapar de su condición objetiva. Todavía concentrados en el estrato inferior, han adquirido la ciudadanía en una sociedad en la que el ideal de igualdad ciudadana se ha desvanecido. Se han convertido en individuos como los demás en un momento en que, privado del apoyo de las creencias colectivas y del ideal del yo que estas imponían, el individuo se encoge.

FALLING FROM GRACE: CÁRCELES, TIROTEOS MASIVOS Y OBESIDAD

Si queda algún protestante auténtico en Estados Unidos, y si contempla a su país, creo que le viene inmediatamente a la cabeza una expresión para describirlo: *falling from grace,* la Caída.

A la desigualdad de la riqueza se añade el hecho de que su crecimiento ha desintegrado las clases medias. En el Estados Unidos ideal de los años 50, las clases medias incluían, como he dicho, a la clase obrera, que incluso constituía el grueso de las mismas. La liquidación de la clase obrera por la globalización ha provocado, por tanto, que las clases medias se marchiten. Lo único que queda es una clase media alta, quizá el 10% de la población, aferrada a la oligarquía del 0,1% superior y que se esfuerza por no caer. Es esta clase media alta la que se opone al resurgimiento de la fiscalidad progresiva, más que la clase más alta, cuyo capital elude en gran medida los impuestos[20].

Los desiguales aumentos de la mortalidad en función de la renta, puestos de relieve por Case y Deaton, se combinan con otros factores para dibujar el cuadro de un país derrotado. Esta sociedad liberal, que defiende la democracia frente a la «autocracia» rusa, tiene la tasa de encarcelamiento más alta del mundo. En 2019, el número de presos por millón de habitantes era de 531, frente a los 300 de Rusia –e imagino que, con el reclutamiento de mercenarios en las cárceles, el grupo Wagner lo habrá rebajado–. Reino Unido tenía 143, Francia 107, Alemania 67 y Japón 34.

Estados Unidos es también el país donde los *mass shootings,* «tiroteos masivos», han aumentado de forma alarmante desde 2010[21].

Por último, es la patria de la obesidad. Entre 1990-2000 y 2017-2020, el número de habitantes con sobrepeso pasó del 30,5% al 41,9% de la población[22]. Definida por un índice de masa corporal igual o superior a 30 kg/m², la obesidad es más de un 40% más común entre quienes solo tienen estudios secundarios, aunque cabe señalar que hay tres veces más estadounidenses obesos con estudios superiores que sus homólogos franceses.

Esta enfermedad no supone es simplemente un problema médico. Por supuesto que causa muertes: durante la epidemia del covid fue un factor de riesgo que contribuyó a los malos resultados de Estados Unidos. De hecho, es un factor de riesgo incluso sin covid. Pero, más allá del estado corporal, nos dice cosas sorprendentes sobre la estructuración mental de los individuos. En una sociedad en la que, a pesar de las desigualdades, la alimentación no es un problema, la obesidad revela una falta de autodisciplina, tanto más cuando afecta a los ricos que pueden permitirse comprar alimentos de calidad. Así pues, podemos utilizar la tasa de obesidad (o más bien su inversa) como un indicador (entre otros) del control que los individuos consiguen ejercer sobre sí mismos. La tasa estadounidense delata una deficiencia del superyó en el conjunto de la sociedad. Teniendo en cuenta las cifras anteriores, y considerando únicamente a las personas con estudios superiores, podemos entretenernos calculando un coeficiente de reducción del superyó (y, por tanto, del ideal del yo) de 3 en los estadounidenses en comparación con los franceses.

EL FIN DE LA MERITOCRACIA: BIENVENIDOS A LA OLIGARQUÍA

La próspera y democrática América de posguerra se había convertido al ideal meritocrático. En el contexto general de expansión de la enseñanza superior, se habían levantado las barreras establecidas por los WASP para restringir el acceso a la universidad de otros grupos étnico-religiosos, en particular los judíos. La motivación de las elites WASP era en parte geopolítica. Tenían que enfrentarse a la URSS en todos los ámbitos, tanto científica como ideológicamente. Primero la ideología: en el plano moral, la emancipación de los negros era necesaria para hacer frente al universalismo comunista. Luego la ciencia: el envío del primer Sputnik al espacio en 1957 supuso una conmoción para Estados Unidos. Se extendió el temor de que la URSS hubiera adquirido una superioridad tecnológica. Las últimas resistencias al principio

meritocrático se derrumbaron: de repente se necesitaba a los judíos. ¿No les debíamos la bomba atómica, como nos recuerda la película *Oppenheimer*? El *numerus clausus* instituido en los años veinte, que limitaba su número en las universidades más prestigiosas, fue abolido en la práctica; fueron admitidos, y en gran número, en Harvard, Princeton y Yale, las tres instituciones más prestigiosas de la Ivy League.

James Bryant Conant, presidente de Harvard de 1933 a 1953, químico y uno de los supervisores del Proyecto Manhattan (que produjo la bomba atómica), fue el defensor de una apertura meritocrática. Introdujo las SAT para el ingreso en Harvard, pero, pragmático, preservó bajo cuerda una vía directa de acceso para los hijos de los padres ricos que aseguraban la financiación de la universidad[23].

Pero ahora llega la última etapa de la descomposición de la democracia estadounidense, el fin del sistema meritocrático, el repliegue sobre sí mismas de las clases altas, la transición al estadio oligárquico. Los privilegiados están cansados de jugar a la meritocracia, aunque salgan ganando. Los más ricos, como acabo de decir, sea cual sea el nivel intelectual de sus vástagos, siempre han podido comprarles plazas en Harvard, Yale o Princeton. En cambio, los hijos de las clases medias altas tenían que someterse, a menudo con éxito, al ritual de las SAT. La preparación para estas pruebas, muy eficaz, se había convertido en una industria tan inmensa y próspera en Estados Unidos que perdieron toda validez y credibilidad como instrumento para evaluar la inteligencia. Esta preparación suponía que tanto padres como alumnos estaban dispuestos a asumir cualquier esfuerzo, lo que a su vez provocaba episodios de ansiedad en ambos. Como consecuencia, la tolerancia hacia esta prueba era cada vez menor. En los últimos años, hemos asistido a un retroceso de las SAT. Al trastocar este procedimiento de admisión, el covid proporcionó el pretexto para eliminarlo[24].

La renuncia al principio meritocrático marca el final de la fase democrática de la historia estadounidense. La parte superior de la pirámide social está estratificada, no es igualitaria, y desde luego no podemos equiparar, de una parte, a los abogados, médicos y

académicos que ganan entre 400.000 y 500.000 dólares al año –ingresos que se ven reducidos por el coste de la educación de sus hijos y del seguro médico– con, de otra, los 400 estadounidenses más ricos identificados por *Forbes.* Pero todo este pequeño mundo constituye la cúspide de una sociedad oligárquica, en la que los oligarcas propiamente dichos viven rodeados de sus acólitos, también ellos privilegiados. Juntos, se burlan de las dificultades a las que se enfrenta el 90% de sus conciudadanos.

Es esta oligarquía liberal, entregada al nihilismo, y no una democracia liberal la que dirige la lucha de Occidente contra la democracia autoritaria de Rusia.

A lo largo de la Historia ha habido oligarquías que han salido victoriosas –en la Roma tardorrepublicana o en Cartago–, pero gobernaron sociedades razonablemente eficientes. La tragedia de la oligarquía estadounidense es que manda en una economía en descomposición y en gran medida ficticia, como ahora veremos.

---

[1] Sobre esta cuestión, me ha impresionado e influido el libro de Ross Douthat, *The Decadent Society. How We Became Victims of Our Own Success* (Nueva York, Avid Reader Press, 2020), que aborda el problema de la posible decadencia de la sociedad estadounidense. Ross Douthat es el inteligente columnista conservador de *The New York Times,* donde garantiza un pluralismo de opinión sin parangón con *Le Monde,* la prensa francesa en general o incluso *The Guardian.* Como también es crítico de cine, extiende su análisis a la esfera cultural y ofrece una visión sorprendente del estancamiento de la cultura estadounidense. Le debemos un concepto maravilloso, muy útil para la geopolítica, el de «decadencia sostenible». Al constatar que el mundo entero está en decadencia, Douthat concluye que los decadentes Estados Unidos podrían seguir siendo viables en un mundo decadente. No le he seguido, pero me seduce.

[2] Hermann Rauschning, *La Révolution du nihilisme,* París, Gallimard, 1939 [ed. cast.: *La revolución del nihilismo,* trad. Francisco Ayala, Buenos Aires, Losada, 1940].

[3] En Leo Strauss, *Nihilisme et politique,* París, Rivages Poche, 2004. Se trata de una conferencia que pronunció en 1941 [ed. cast.: «El nihilismo alemán», *Razón española. Revista bimestral de pensamiento*146 (2007), pp. 263-292].

[4] Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism,* Princeton, Princeton University Press, 2020, p. 42.

[5] «Life Expectancy Changes since COVID-19», *Nature Human Behaviour,* 17 de octubre de 2022.

[6] Datos de la OCDE: [https://data.oecd.org/healthstat/infant-mortality-rates.htm].

[7] Case y Deaton, *Deaths of Despair,* cit., p. 125.

[8] Robert D. Putnam y David E. Campbell, *American Grace. How Religion Divides and Unites Us,* Nueva York, Simon and Schuster, 2010, pp. 82-90.

[9] C. Wright Mills, *The Power Elite,* Oxford, Oxford University Press, 1956 y 2000, pp. 60-68 [ed. cast.: *La elite del poder,* trad. Florentino M. Torner y Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1957].

[10] Emmanuel Saez y Gabriel Zucman, *Le Triomphe de l'injustice. Richesse, évasion fiscale et démocratie,* París, Seuil, 2020.

[11] Putnam y Campbell, *American Grace,* cit., p. 105.

[12] Ross Douthat, *Bad Religion. How We Became a Nation of Heretics,* Nueva York, Free Press, 2013.

[13] Putnam y Campbell, *American Grace,* cit., p. 486.

[14] Nicholas Lemann, *The Big Test. The Secret History of the American Meritocracy,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1999. En 1990, a los SAT se les dio el nombre de *Scholastic Assessment Test* y, en 2005, el de *SAT Reasoning Test.*

[15] Véase Wikipedia para las cifras en detalle: [https://en.wikipedia.org/wiki/SAT].

[16] Esto no debe verse como un arrebato de antiamericanismo primitivo. En *Les Luttes de classes en France au XXI^e^ siècle* (Seuil, 2020), ya había observado un fenómeno similar en las escuelas primarias de la República.

[17] Philip S. Babcock y Mindy Marks, «The Falling Time Cost of College: Evidence from Half a Century of Time Use Data», *National Bureau of Economic Research* (abril de 2010).

[18] Elizabeth M. Dworak, William Revelle y David M. Condon, «Looking for Flynn Effects in a Recent Online U.S. Adult Sample: Examining Shifts within the SAPA Project», *Intelligence* 98 (mayo-junio de 2023), 101734

[19] Pew Research Center.

[20] Debo a una discusión con Peter Thiel el haber adquirido plena conciencia de esta parálisis fiscal.

[21] Véase la página web *The Violence Project:* [https://www.theviolenceproject.org].

[22] Centers for Disease Control, Adult Obesity Facts: [https://www.cdc.gov/obesity/data/adult.html].

[23] Jerome Karabel, *The Chosen. The Hidden History of Admission and Exclusion at Harvard, Yale and Princeton,* Boston, Houghton Mifflin Company, 2005.

[24] Así se pone de manifiesto en el libro de Daniel Markovits *The Meritocracy Trap* (Penguin Books, 2019). Markovits es profesor en la Facultad de Derecho de Yale, en el corazón del sistema. Cabría pensar que critica la meritocracia por motivos simplemente morales y justos, a la manera de Michael Young. Pero no cuestiona en absoluto que los estudiantes seleccionados lo merezcan, lo cual resulta dudoso a la luz de las prácticas más recientes. Se limita a sugerir que este sistema los aliena.

CAPÍTULO IX

LA ECONOMÍA ESTADOUNIDENSE SE DESINFLA

Entre enero y junio de 2023, una avalancha de estudios reveló que Estados Unidos no era capaz de producir las armas que Ucrania necesitaba[1]. Estudios que no procedían de grupos vinculados al Kremlin, sino de diversos *think tanks* financiados por el Pentágono y el Departamento de Estado. ¿Cómo es posible que la primera potencia mundial haya llegado a una situación tan absurda? En este capítulo, examinaremos la realidad de la economía estadounidense y, de paso, desinflaremos uno de los dos mayores PIB del planeta (el otro es el de China), para presentar algo que tenga sentido. ¿Por qué no «PIR», producto interior real o realista? Estamos a punto de descubrir la dependencia de Estados Unidos respecto al resto del mundo y la fragilidad de sus cimientos.

Pero, antes de entregarnos a esta crítica radical y para ser justos, recordemos algunos puntos fuertes indiscutibles de dicha economía. Es incontestable que, en los últimos años, las innovaciones más importantes han venido de Silicon Valley, cuyo liderazgo en las tecnologías de la comunicación y la información ha reforzado considerablemente el dominio de Estados Unidos, si no sobre el mundo, al menos, como hemos visto, sobre sus aliados. También en los últimos años hemos asistido a un importante repunte de la producción estadounidense de petróleo y, sobre todo, de gas. De 4 millones de barriles diarios en 1940, su producción de petróleo pasó a 9,6 millones en 1970, para volver a caer a sólo 5 millones en 2008. En 2019, poco antes de la guerra, alcanzó los 12,2 millones de barriles gracias al *fracking.* Sin convertirse en un exportador significativo, Estados Unidos ha dejado de ser un importador neto de petróleo. La producción de gas, por su parte, ha pasado de 489.000 millones de m^3 anuales en 2005 a 934.000 millones en 2021. En el sector gasístico, Estados Unidos es ahora el segundo exportador mundial, después de Rusia. Gracias a la guerra, se ha convertido en

el primer exportador mundial de gas natural licuado, que puede suministrar sobre todo a sus aliados europeos, que de repente se han visto «desenganchados» del gas ruso. El sector energético ha puesto de relieve una de las grandes peculiaridades de esta guerra: la gente se pregunta si el objetivo de los estadounidenses es defender Ucrania o controlar y explotar a sus aliados europeos y del Oriente asiático.

Los puntos fuertes de la economía estadounidense –GAFA y gas, Silicon Valley y Texas– se sitúan en los dos polos de las actividades humanas: el *software* tiende a la abstracción, mientras que la energía es una materia prima. Los problemas y apuros de la economía estadounidense se manifiestan en el resto del espectro: la fabricación de objetos, es decir, la industria en el sentido tradicional de la palabra. Se trata de una deficiencia que la guerra ha puesto de relieve, a través de algo tan simple como su incapacidad para producir suficientes proyectiles de 155 mm, el estándar de la OTAN. Y poco a poco va quedando claro que no puede producir nada en cantidad suficiente, incluido todo tipo de misiles.

La guerra, esa gran delatora, ha mostrado la brecha que se ha abierto entre nuestra percepción de Estados Unidos (y la percepción que Estados Unidos tiene de sí mismo) y la realidad de su poder. En 2022, el PIB ruso representaba el 8,8% del PIB estadounidense (y, combinado con el bielorruso, el 3,3% del PIB del bando occidental). ¿Cómo, a pesar de este desequilibrio a su favor, Estados Unidos ha llegado a ser incapaz de fabricar suficientes proyectiles para Ucrania?

LA VOLATILIZACIÓN DE LA INDUSTRIA ESTADOUNIDENSE

La globalización, orquestada por el propio Estados Unidos, ha socavado su hegemonía industrial. En 1928, su producción industrial representaba el 44,8% de la producción mundial; en 2019, había caído al 16,8%. Al mismo tiempo, la producción de Reino Unido cayó del 9,3% al 1,8%, la de Japón subió del 2,4% al 7,8%, la de Alemania bajó del 11,6% al 5,3%, la de Francia se desplomó del 7%

al 1,9% y la de Italia cayó del 3,2% al 2,1%. La cuota de China aumentó hasta el 28,7% en 2020. Rusia, decimoquinto productor industrial, se sitúa en torno al 1%. La escasez de estadísticas comparativas al respecto parece indicar, sobre todo, que la industria rusa ha logrado lo que algunos aviones estadounidenses intentan conseguir: el sigilo; por tanto, podemos decir que Rusia ha pillado a Estados Unidos con el pie cambiado al desarrollar el arma definitiva contra ellos: la industria sigilosa, oculta.

Para hacernos una mejor idea del equilibrio de poder «físico» en el mundo globalizado, podemos fijarnos en esa rama de la industria que es la producción de maquinaria. En 2018, China fabricó el 24,8% de la maquinaria global, el mundo germanoparlante el 21,1% (Alemania, Austria y Suiza juntas, teniendo en cuenta que el grueso de la industria suiza se encuentra vecina a la frontera alemana), Japón el 15,6%, Italia el 7,8%, Estados Unidos solo el 6,6%, Corea del Sur el 5,6%, Taiwán el 5,0%, India el 1,4%, Brasil el 1,1%, Francia el 0,9% y Reino Unido el 0,8%. He renunciado a buscar a Rusia en las estadísticas; su invisibilidad nos hace temer lo peor.

El declive estadounidense en la producción de bienes tangibles tiene su reflejo en la agricultura. Tras la entrada en vigor en 1994 del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la agricultura estadounidense sufrió un proceso de concentración, especialización y deterioro[2]. En el Capítulo I nos ocupamos de la producción de trigo: mientras que en Rusia pasó de 37 millones de toneladas en 2012 a 80 millones en 2022, en Estados Unidos ha caído de 65 millones de toneladas en 1980 a 47 millones en 2022. En términos más generales, mientras que Estados Unidos solía ser un enorme exportador (neto) de productos agrícolas, ahora apenas logra mantener el equilibrio y coquetea con el déficit[3]. Podemos imaginar que, con una población que sigue creciendo, llegará a ser francamente deficitaria en las próximas dos décadas.

EL PIR ESTADOUNIDENSE

En los párrafos anteriores nos hemos basado en las cifras oficiales.

Ha llegado el momento de ir más allá. En efecto, el PIB estadounidense está constituido en su inmensa mayoría por servicios cuya eficacia o incluso utilidad no siempre está clara: médicos (que a veces matan, como vimos en el asunto de los opiáceos) y abogados más que bien pagados, financieros depredadores, personal de prisiones o agentes de los servicios de inteligencia. En 2020, el PIB incluso incluía como valor añadido el trabajo de los 15.140 economistas del país, la mayoría de ellos sumos sacerdotes de la mentira, con un salario medio anual de 121.000 dólares. ¿Cuánto vale un PIB estadounidense despojado de la actividad de esta masa parasitaria, que no se corresponde con ninguna producción real de riqueza? Voy a proponer un ejercicio que debería divertir al lector: desinflar el PIB mediante estimaciones un tanto libres para llegar a una evaluación realista de la riqueza producida anualmente en Estados Unidos, el PIR (producto interior real o realista). Lo haré mediante un cálculo cuya osadía y precisión deberían valerme un premio Nobel. El Banco de Suecia, que ha concedido esta golosina a tantos concienzudos comediantes, bien podría recompensar por una vez a una mente sencilla y clara.

Ya vimos en el capítulo anterior que el gasto sanitario representaba el 18,8% del PIB estadounidense, lo que coincide con un descenso de la esperanza de vida. Me parece que el valor real de este gasto sanitario, a la vista de los resultados, está sobrestimado. Sólo el 40% de dicho gasto es real. Así que voy a reducirlo multiplicándolo por un coeficiente de 0,4.

Volvamos al PIB estadounidense de 76.000 dólares per cápita en 2022. Observo que, en esta evaluación, el 20% corresponde a sectores de la economía que yo calificaría de físicos: industria, construcción, transporte, minería y agricultura. Este 20% de 76.000 da 15.200 dólares, que voy a poner a buen recaudo declarándolos «verdaderos, reales». Eso deja 60.800 dólares per cápita para la «producción» de servicios (incluida la sanidad), que no tengo motivos para creer que sean más «reales» que la propia salud. Así que les aplico también el coeficiente de reducción de 0,4. Mis 60.800 dólares se convierten en 24.320 dólares. Añado los 15.200 de la producción física «salvaguardada» a los 24.320 dólares de unos

servicios depauperados. Obtengo un PIR per cápita de 39.520 dólares. Este resultado es fascinante porque, en 2020, el PIB per cápita era ligeramente inferior al PIB per cápita de Europa occidental (para que conste, el de Alemania era de 48.000 dólares y el de Francia de 41.000 dólares). Qué extraño: el orden de la riqueza per cápita coincide con el de los resultados en materia de mortalidad infantil, con Alemania a la cabeza y Estados Unidos en último lugar.

DEPENDENCIA DE LOS BIENES IMPORTADOS

Al principio del Capítulo VIII, señalábamos el espejismo del que son víctima hasta los mejores geopolíticos estadounidenses, que ven su patria como una isla, a salvo de todas las desgracias del mundo. Olvidan una de las características fundamentales de Estados Unidos: el enorme desequilibrio de su balanza comercial; consume mucho más de lo que produce.

Después de la producción industrial, global o de maquinaria, el comercio de mercancías de un país con otros es un excelente indicador complementario de su poder real. Estados Unidos vive de una perfusión de importaciones que no cubre con exportaciones, sino con emisiones de dólares. Financia su déficit comercial emitiendo bonos del Tesoro, pero sólo puede hacerlo porque el dólar es la moneda de reserva mundial; se utiliza para las transacciones internacionales y también, en gran medida (como vimos en el Capítulo V), para que los más ricos atesoren su dinero en paraísos fiscales. Sin estar seguros, podemos, no obstante, estimar que un tercio de los dólares en circulación se utilizan con este fin.

Del mismo modo que era necesario despojar al PIB de sus sectores inútiles o ficticios para evaluar la riqueza real, si queremos hacer una estimación correcta del déficit exterior de Estados Unidos, debemos considerar únicamente los bienes y dejar a un lado los servicios. Prosigamos, pues, nuestra labor crítica. No olvidemos en ningún momento que todos estos indicadores, científicos en origen, han sido metamorfoseados por la globalización en instrumentos de ostentación, seducción y disimulo. Si nos fijamos simplemente en lo

que representa el déficit estadounidense del comercio de mercancías (excluidos los servicios) *en proporción al PIB* (que sigue siendo tan ficticio como siempre), tenemos la impresión de estabilidad: 4,5% de déficit en 2000, 4,6% en 2022. Pero este índice se obtiene gracias a un aumento del PIB proporcional al del déficit. Y este PIB sigue sin representar nada. Sin embargo, no vamos a evaluar los sucesivos PIR de Estados Unidos, ya que ello nos obligaría a realizar un cálculo menos riguroso que el anterior. Hay una forma más sencilla: podemos fijarnos en el volumen del propio déficit comercial. En bruto, ha aumentado un 173% entre 2000 y 2022. Deflactado por el índice de precios, ha aumentado un 60%.

Lo más sorprendente es que el incremento del déficit comercial persiste a pesar de la reorientación proteccionista oficial de la política económica iniciada con Obama, reforzada por Trump y retomada por Biden. Este misterio adicional nos ayudará a comprender el carácter irrevocable de la decadencia estadounidense. Una vez examinadas sus causas profundas –la caída del protestantismo, de la educación y de la moral cívica, fenómenos todos ellos difícilmente reversibles–, no nos sorprenderá comprobar que el propio declive económico tampoco parece serlo.

MERITÓCRATAS IMPRODUCTIVOS Y DEPREDADORES

Todos los indicadores económicos utilizados hasta ahora se refieren a la producción de bienes o mercancías. Si queremos evaluar en profundidad el potencial de una economía, tenemos que remontarnos a los productores, a las personas que fabrican las cosas. Porque una economía es ante todo un conjunto de hombres y mujeres que se han formado y han adquirido una serie de competencias. Para llegar a ser incapaz de producir los proyectiles necesarios para Ucrania, Estados Unidos primero tuvo que acabar con las personas que los fabricaban.

Un artículo de *Foreign Affairs,* «How America Broke its War Machine», nos dice que la industria de defensa, que en la década de 1980 empleaba a 3,2 millones de trabajadores, ahora sólo emplea a

1,1 millones, tras las reestructuraciones y concentración de empresas. Una reducción de dos tercios. Los economistas estadounidenses, esos campeones en dar la vuelta a la realidad, sin duda lo llamarían «consolidación». Pero esta reducción de la mano de obra, porque eso es lo que es, nos ofrece un indicador concreto del declive no sólo material sino humano que ha golpeado a la industria estadounidense.

En el Capítulo I vimos cómo Estados Unidos, con más del doble de población que Rusia, forma probablemente un 33% menos de ingenieros que esta última. Profundicemos un poco. El ideal meritocrático se ha vuelto en contra de la democracia estadounidense: al viciarla con un ideal de desigualdad, la ha socavado. Muchos autores lo han señalado[4]. Lo que a menudo han pasado por alto es la forma en que ha cambiado el tipo de estudios –y, por tanto, el tipo de formación profesional– que eligen los «meritorios» seleccionados por los tests SAT. En la mente de los padres fundadores de la meritocracia, el objetivo principal era hacer frente a la competencia soviética. Estados Unidos necesitaba reclutar a los mejores estudiantes de ciencia y tecnología para construir una industria capaz de superar a la de los meritócratas comunistas. Conant, presidente de Harvard durante este periodo, de quien ya hemos hablado, era químico de formación y uno de los supervisores del Proyecto Manhattan. Sin embargo, el reclutamiento científico y técnico se agotó rápido. Hoy, sólo el 7,2% de los alumnos estadounidenses estudian *engineering*. Podemos hablar, pues, de una fuga social interna de cerebros: hacia Derecho, Finanzas, Empresariales y escuelas de negocios, sectores todos ellos en los que los ingresos pueden ser superiores a los de la ingeniería o la investigación científica.

Los economistas no se contentaron con ignorar este fenómeno; en su prisa por demostrar que todo era para bien en el mejor de los mundos posibles (y sobre todo en el suyo, generalmente el de las universidades y los *think tanks* empresariales), urdieron una absurda interpretación de los salarios más altos de los que disfrutaban, en general, las personas con estudios superiores (en comparación con quienes no tienen más que estudios de Secundaria, que suelen ser

trumpistas). Al constatar que quienes tenían más estudios eran los que tenían mejores ingresos, estos listillos consideraron que esos ingresos medían una contribución real de la educación, una mejora del capital humano. No se les ocurrió que los estudios superiores en Derecho, Finanzas o Empresariales, lejos de mejorar las capacidades productivas o incluso intelectuales de los individuos en cuestión, les otorgaban, en virtud de su posición social, una mayor capacidad de *depredación* de la riqueza producida por el sistema. Resumiendo: los mayores ingresos de los más instruidos reflejan el hecho de que abogados, banqueros y tantos otros en el sector servicios son una jauría de excelentes depredadores. He aquí, pues, la perversión última a la que ha conducido el desarrollo de la educación: la multiplicación de diplomados genera una multitud de parásitos. Si el lector francés quiere asustarse y preguntarse por qué su país se empobrece, en lugar de despotricar contra los funcionarios o los inmigrantes, no tiene más que reflexionar sobre el número de alumnos de escuelas de negocios, gestión, contabilidad y ventas, que han pasado de 16.000 en 1980 a 239.000 en 2021-2022.

DEPENDENCIA DE LOS TRABAJADORES IMPORTADOS

Para compensar su escasez de trabajadores científicos y técnicos de cualquier categoría, lo que llaman *STEM workers* (por *«science, technology, enginee ring or mathematics»*), Estados Unidos los está importando a gran escala. En 2000, los nacidos en el extranjero representaban el 16,5% de todos los trabajadores STEM. En 2019, la proporción había aumentado al 23,1%, o 2,5 millones de trabajadores importados, de los cuales el 28,9% (o 722.500) eran indios. También había 273.000 chinos, 100.000 vietnamitas y 119.000 mexicanos. Naturalmente, estos extranjeros importados están mejor cualificados que sus homólogos estadounidenses. Entre los *STEM workers* nacidos en Estados Unidos, el 67,3% tenía una licenciatura, frente al 86,5% de los inmigrantes[5].

Algunas cifras más: el 39% de los *software developers* son extranjeros, el 15%, 20% o 25% de los ingenieros, según el sector,

y el 30% de los físicos. En California, los extranjeros representan el 39% de los *STEM workers.*

En cierto sentido, esta captación de talentos de otros lugares es la historia misma de Estados Unidos. De 1840 a 1910, la afluencia masiva de inmigrantes alemanes y escandinavos, a menudo instruidos y portadores del dinamismo propio de la famila jerárquica, acompañó el tardío pero rápido ascenso industrial del país. Sin embargo, esta llamada se produjo en un contexto de impulso educativo por parte de los propios WASP. La población de acogida también produjo trabajadores cualificados, técnicos e ingenieros (aunque pocos grandes científicos). A partir de entonces, esta afluencia vino a compensar un desplome educativo, no sólo de los WASP, sino del conjunto de la población blanca estadounidense.

Tabla 3. Los diez países que recibirán más doctorados en Estados Unidos entre 2001 y 2020.

	Todas las disciplinas	Ciencias e ingeniería	Ingeniería	Porcentaje de ingeniería sobre el total
China	88.512	81.803	30.599	35 %
India	36.565	34.241	14.397	39 %
Corea del Sur	25.994	19.781	8.023	31 %
Taiwán	12.648	9.765	3.418	27 %
Canada	9.027	6.399	1.060	12 %
Turquía	8.887	7.372	3.104	35 %
Irán	7.338	6.949	4.834	66 %
Tailandia	5.166	4.494	1.701	33 %

Japón	4.121	3.100	479	12 %
México	4.089	3.451	912	22 %

La diferente inclinación de foráneos y estadounidenses por los estudios científicos y técnicos es notable en las universidades, que, como sabemos, acogen a un gran número de estudiantes extranjeros. La tabla 3 muestra dos rasgos significativos para el periodo 2001-2020: en primer lugar, la importancia de China e India entre los países que suministran doctorandos a las universidades estadounidenses; en segundo lugar, la elevada proporción de futuros ingenieros entre estos estudiantes extranjeros. Se trata de una información capital sobre el interés de los países de origen por la tecnología y la industria. En este cuadro, concedo el primer premio en Sociología de la motivación a los doctorandos iraníes por ese 66% que cursan estudios de ingeniería. Es fácil ver por qué Irán ha estado exportando drones militares a Rusia desde el comienzo de la guerra en Ucrania.

En este libro de geopolítica, intento llegar a los fundamentos del poder. El número de ingenieros debe llevarnos más allá de la producción de armas y, una vez más, de las cosas a las personas. Un ejército moderno depende de sus capacidades técnicas, y estas no se limitan a su Cuerpo de Ingenieros. La mayoría de sus oficiales, especialmente en armas técnicas como son la aviación y la marina, son de hecho ingenieros. Que Estados Unidos sea incapaz de formar a un gran número de ellos arroja dudas sobre el potencial real de su ejército en caso de conflicto de gran envergadura. Históricamente, su ejército del aire, la Air Force, y la marina, la Navy, han sido las secciones más exitosas de las Fuerzas Armadas, con especial mención de la fuerza aeronaval desde la Guerra del Pacífico. Por tanto, la fuga de cerebros hacia las facultades de Derecho y Empresariales supone una amenaza al corazón mismo del poderío militar estadounidense. Una guerra no se gana enviando al adversario órdenes de pago o congelando sus cuentas. Vaya, esto tiene cierto aire de *déjà vu:* congelar los activos del Banco de Rusia y embargar las propiedades de los oligarcas rusos (y de los

ciudadanos rusos de a pie, en violación del derecho de propiedad tan venerado en Occidente), negarse a asegurar los barcos que transporten petróleo ruso. Del lado estadounidense, la guerra la está librando el ingenio de los abogados. Y Ucrania se está quedando sin munición.

LA ENFERMEDAD INCURABLE DEL DÓLAR

Prevenir no consiste simplemente en ser capaz de percibir un declive. En el caso de Estados Unidos, el ejercicio casi sería demasiado fácil; se trata de determinar si el proceso es reversible o no.

Para quienes no estén convencidos de la hipótesis de la religión cero, que descarta cualquier «despertar», voy a agregar una secuencia económica que también implica que el declive no es reversible. Secuencia que ya comencé un poco antes, al señalar que el déficit comercial sigue aumentando a pesar de las medidas neoproteccionistas.

Otra constatación económica que no tiene efecto en Estados Unidos. Desde la Gran Recesión de 2007-2008, Estados Unidos sabe que –en todas las clases– el aumento de la desigualdad genera una creciente inestabilidad de la economía y la caída del nivel de vida. En 2011, el movimiento Occupy Wall Street identificó al capitalismo financiero como el enemigo. En 2013, la publicación en Estados Unidos del libro de Thomas Piketty *Le Capital au XXI*^{e} *siècle*, cuya tesis es que el aumento de la desigualdad es inexorable si no interviene la política (o la guerra, de origen político), tuvo un grandísimo éxito. Pero, como en el caso del déficit comercial, no se ha producido cambio alguno en el curso de los asuntos económicos. El índice de Gini, que varía entre 0 y 1, es más alto cuanto mayor es la desigualdad. En Estados Unidos sigue aumentando: en 1993, era de 0,454; en 2006, en vísperas de la Gran Recesión, era de 0,470; en 2021, unos diez años después de esta, llegó a 0,494. Como un jinete del Apocalipsis, la desigualdad sigue su camino.

¿Por qué el barco estadounidense no puede enderezar el rumbo?

¿Reducir las desigualdades y el déficit comercial, reorientar a los estudiantes hacia la ingeniería y la ciencia? Dejando a un lado la base religiosa de esta impotencia (la moralidad cero), también podemos identificar un obstáculo de orden estrictamente económico que impide actuar. Estados Unidos, en efecto, produce la moneda del mundo, el dólar, y su capacidad de extraer riqueza monetaria de la nada lo paraliza. Ciertamente, no estamos muy lejos de la moralidad cero, pero podemos analizar este mecanismo de forma puramente técnica, sin invocar a Dios ni a la moral.

Todos estamos familiarizados con la *Dutch disease,* la «enfermedad holandesa», también conocida como la «maldición de los recursos naturales», que a menudo se asocia con el petróleo o el gas. La abundancia de un recurso natural en un país y su exportación aumentan el valor de la moneda, cuya fortaleza perjudica entonces el desarrollo de otros sectores de la economía. Digamos que Estados Unidos padece una «superenfermedad holandesa». El recurso «natural» que obstaculiza su economía es el dólar. Producir la moneda mundial a un coste mínimo o nulo hace que todas las actividades que no sean la creación de dinero no resulten rentables y, por tanto, sean poco atractivas.

El dinero creado no sale de una fábrica de moneda operada por la Fed. Como señaló Ann Pettifor en la introducción de un libro muy pertinente, sólo el 5% de la producción de dinero la lleva a cabo el banco central[6]. El 95% restante procede de préstamos que los bancos conceden a particulares o entre sí. Sin embargo, si hay una crisis, la Fed emitirá más dinero para salvar el sistema, como hizo en 2008, garantizando que la creación de dinero por parte de los bancos y los particulares, y de hecho por el Estado, sea ilimitada. Tampoco hay límites para la deuda pública estadounidense, cuyo techo legal es elevado por el Congreso cada vez que es necesario. A intervalos regulares, Estados Unidos representa una comedia presupuestaria: los republicanos amenazan a los demócratas con no elevar el techo de la deuda si estos últimos no aceptan reducir tal o cual gasto social. Súbditos del Imperio, id en paz, el techo de la deuda será elevado, se seguirán emitiendo dólares y bonos del Tesoro, y los privilegiados del mundo seguirán comprándolos. Estos

dólares tienen la particularidad de existir para el resto del mundo. Al despertar de una siesta, con la mente aún algo nublada pero sereno, me encuentro fantaseando con un Biden que envía unos cuantos miles de millones de dólares a los dirigentes ucranianos para que puedan ir de compras a Europa occidental. Seamos razonables: algo así nunca podría ocurrir entre aliados estadounidenses y europeos…, ¿no?

Es difícil cambiar semejante sistema: es mucho más fácil producir dinero que bienes. Y, por supuesto, el mejor trabajo será el que acerque a su titular a la creación de dinero, a la fuente de la opulencia: banquero, fiscalista, lobista al servicio de la banca, etc. El ingeniero está demasiado lejos de esta fuente pródiga, el industrial vive con la obligación de alcanzar una tasa de beneficio de, digamos, el 15%, fijada por los que fabrican el dinero… La protección de las fronteras contra la industria extranjera no es suficiente si la verdadera competencia tiene su origen en una emisión monetaria interna, colectiva y demoníaca. El mecanismo repercute, por anticipado, en los jóvenes que tienen que elegir formación y profesiones. Si los banqueros y los abogados ganan mucho más, ¿por qué deberían cursar esos difíciles estudios científicos o técnicos? Así se explica lo que hemos visto antes: la fuga de cerebros hacia profesiones improductivas. La gente prefiere estudiar Derecho, Finanzas o Empresariales porque les acercará a las fuentes sagradas de las que mana el dólar[7].

---

[1] Por ejemplo, Samuel Charap y Miranda Priebe, «Avoiding a Long War: U.S. Policy and the Trajectory of the Russia-Ukraine Conflict», Rand Corporation, enero de 2023. Michael Brenes, «Privatization and the Hollowing Out of the U.S. Defense Industry», *Foreign Affairs,* 3 de julio de 2023.

[2] Mark V. Wetherington, *American Agriculture. From Farm Families to Agribusiness,* Lanham, Rowman and Littlefield, 2021, pp. 149-171.

[3] Véase el artículo de Will Snell, «U.S. Agriculture Flirting with an Annual Trade Deficit – First Time in 60 years?», del 29 de octubre de 2020 y publicado en la página web del Martin-Gatton College of Agriculture, Food and Environment: [https://agecon.ca.uky.edu/us-agriculture-flirting-annual-trade-deficit-%E2%80%93-first-time-60-years].

[4] Además de las obras mencionadas en el Capítulo VIII, cabe citar a Michael J. Sandel, *The Tyranny of Merit,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2020, y a Will

Bunch, *After the Ivory Tower Falls. How College Broke the American Dream and Blew up our Politics and How to Fix It,* Nueva York, William Morrow, 2022.

[5] American Immigration Council.

[6] Ann Pettifor, *The Production of Money. How to Break the Power of Bankers,* Londres, Verso, 2017, p. 3.

[7] Debo esta idea de una retroalimentación de las especialidades económicas en la formación universitaria a mi colega Philippe Laforgue.

CAPÍTULO X

LA BANDA DE WASHINGTON

Nuestro panorama general de la sociedad y la economía estadounidenses, aunque esquemático, ya está completo. Se ha identificado su dinámica regresiva. Ahora vamos a examinar más de cerca, con mirada de antropólogo, al grupo de individuos que, en términos prácticos, dirigen la política exterior de la potencia enferma en que se ha convertido Estados Unidos. ¿Quién es, pues, esta tribu de costumbres singulares cuyos gustos y decisiones han llevado a Occidente a las puertas de Rusia? Solemos estudiar una comunidad primitiva en su entorno natural: este será la ciudad de Washington. Nos interesaremos especialmente por el *establishment* geopolítico estadounidense, coloquialmente conocido localmente como el «Blob», en honor a un inquietante microorganismo.

EL FIN DE LOS WASP

La elite del poder WASP tan cara a C. Wright Mills ha desaparecido; sólo hay que mirar a la actual Administración estadounidense para darse cuenta de ello. Entre sus figuras más importantes, en particular entre quienes están al frente de la guerra en Ucrania, ya no hay ni un solo WASP. Joe Biden es de origen católico irlandés; Jake Sullivan, su consejero de Seguridad, también lo es; Antony Blinken, el secretario de Estado, es decir, el ministro de Asuntos Exteriores, es de origen judío; Victoria Nuland, subsecretaria de Estado para Europa y Eurasia (por tanto, para los asuntos de Ucrania), nació de padre judío y madre de origen británico; el secretario de Estado de Defensa, Lloyd Austin, es negro y católico.

Si los negros están muy sobrerrepresentados en las cárceles estadounidenses, con un 40% de los reclusos, también lo están en el gabinete Biden. Mientras que el 13% de la población estadounidense es negra, el gabinete Biden lo es en un 26%. Los

negros representan el 13,3% de los miembros de la Cámara de Representantes (por tanto, una cifra representativa desde el punto de vista racial) y sólo el 3% de los senadores (algo de esperar en una institución concebida para poner freno a la Historia). Fuera de las instituciones políticas en sentido estricto, el 6,4% de los periodistas son negros y apenas el 0,5% de los superricos (de los 400 estadounidenses más ricos, sólo dos son negros). Pero entre los responsables políticos de Washington encontramos el mismo ambiente variopinto y colorido que en Londres.

El futuro de las clases dirigentes se vislumbra en las universidades. Veamos el origen de los estudiantes de las tres más prestigiosas: Harvard, Yale y Princeton, los santos lugares donde se forma la futura oligarquía. Aunque los blancos siguen constituyendo el 61% de la población estadounidense, tan sólo representan el 46% de los estudiantes en el seno de las *Big Three.* Como en Reino Unido, esta infrarrepresentación anuncia la venidera evanescencia del predominio blanco en el ámbito intelectual. Los negros, sin embargo, siguen estando ligeramente infrarrepresentados: a su 13,3% de la población general sólo le corresponde un 10% en Yale, Harvard y Princeton. Lo mismo ocurre con los latinos, que ahora representan el 20% de la población general, pero sólo el 16% de los estudiantes de las tres grandes universidades. Pero hay una categoría que compensa estos datos, con una sobrerrepresentación espectacular, la de los asiáticos: 6% de la población pero 28% de los estudiantes en las grandes universidades.

Pero el borrado de los WASP a nivel gubernamental no fue intencionado. Una Administración republicana, incluso trumpista, los vería reaparecer, aunque siendo portadores de un protestantismo cero. Estaríamos entonces tratando con pseudo-WASP. Además, en la mente de todos, Biden sólo es estadounidense y blanco, nada más. Sus orígenes católicos irlandeses no cuentan. Cuando Kennedy se convirtió en el primer presidente católico de la historia de Estados Unidos, fue un acontecimiento, un punto de inflexión. Aquí no hay nada de eso: la ausencia total de WASP en el entorno de Biden y el hecho de que él mismo no lo sea no interesan a nadie.

La explicación es sencilla. El estado cero de la religión ha barrido

no sólo las diferencias religiosas, sino también las de raza y educación. ¿Qué diferencia hay entre un católico cero y un protestante cero? ¿Qué diferencia hay entre una persona blanca y una persona negra en una atmósfera de protestantismo cero y, por tanto –saquemos el máximo partido a nuestra nueva terminología–, de condenación cero? La evaporación del protestantismo ha conducido a la del racismo tradicional estadounidense, tan estrechamente vinculado a este credo religioso.

La sobrerrepresentación de los asiáticos en la universidad no es el resultado de un racismo inverso, sino de su superior dinamismo educativo. La desaparición del protestantismo, con su exigencia educativa y su culto al esfuerzo, con el telón de fondo antropológico de una familia nuclear absoluta que apenas supervisa a sus hijos, ha devastado las capacidades académicas de la población blanca. Ha hecho que los descendientes de protestantes y católicos converjan en un mismo descenso del nivel medido por las SAT y por el cociente intelectual medio. Los hijos de inmigrantes japoneses, coreanos, chinos y vietnamitas, en cambio, han estado protegidos durante una o dos generaciones de este naufragio, no sólo por unas estructuras familiares autoritarias, sino también por la tradición confuciana, que sacraliza la educación, tradición a su vez trasplantada a la transmisión familiar[1]. Hemos observado el mismo fenómeno en Reino Unido, y también tiene su equivalente en Francia.

Que no haya malentendidos. Como en el caso de Reino Unido, en primer lugar debemos celebrar el prodigioso logro histórico de supone el fin de la discriminación entre católicos y protestantes y, más aún, entre blancos y negros. En segundo lugar, sin embargo, debemos preguntarnos qué implica, sociológicamente hablando, la desaparición de los WASP.

El fin de la elite del poder, en un clima de moralidad cero, vino acompañado de la volatilización de cualquier *ethos* común al grupo dirigente. La elite WASP marcaba una dirección, unos objetivos morales, buenos o malos. El actual grupo dirigente (no me atrevo a llamarlo elite) no ofrece nada de eso. Todo lo que queda en él es una dinámica de puro poder que, proyectada en el mundo exterior, ha mutado en una preferencia por el poder militar y la guerra.

Volveré sobre este punto crucial con más detalle. Antes debo introducir algunos elementos sociológicos básicos que me serán necesarios para ubicar el papel desempeñado por los judíos dentro de la Administración Biden en la concepción de la política exterior estadounidense.

¿LA DESAPARICIÓN DE LA INTELIGENCIA JUDÍA?

En primer lugar, de nuevo para evitar malentendidos, me gustaría dejar claro que yo mismo soy de origen judío, bretón e inglés, y que estoy más que satisfecho contento con los tres.

Los judíos representan el 1,7% de la población estadounidense. Encontramos una proporción mucho mayor entre los miembros de la Administración Biden, en particular entre los que se dedican a la política exterior. La misma sobrerrepresentación se observa en el *Board of Directors* del *think tank* más prestigioso de política exterior, el Council on Foreign Relations: casi un tercio de sus 34 miembros son judíos. En 2010, la lista Forbes mostraba que entre las 100 primeras fortunas de Estados Unidos había un 30% de judíos. Es como estar en Budapest a principios de la década de 1930. La interpretación de este hecho es, por otra parte, la misma: para explicar una fuerte sobrerrepresentación de los judíos en las categorías superiores de una sociedad dada, hay que buscar primero, y la mayoría de las veces encontrar, una fragilidad educativa de la población en general, que ha permitido que la intensidad educativa de la religión judía se manifieste en su plenitud. Esta condición, como hemos visto, la cumplen perfectamente el Estados Unidos actual, como ocurría en la Europa central y oriental de los años 1800-1930. La importancia relativa de los judíos en Estados Unidos hasta hace poco es uno de los efectos del agostamiento del interés de los protestantes por la educación. Privada de la competencia de estos últimos, la insistencia judía en la educación ha podido producir en Estados Unidos de los años 1965-2010 el mismo efecto masivo que en la Europa central y oriental del siglo XIX, débilmente alfabetizada.

Pero la Historia continúa, en particular la del judaísmo en Estados Unidos. El ascenso educativo de los estadounidenses de origen asiático ha puesto fin al vacío competitivo de 1965-2010.

Un sorprendente artículo de la revista en línea *Tablet* (una revista judía) muestra hasta qué punto la tendencia actual es hacia la dilución de la centralidad judía en Estados Unidos[2].

El título del artículo, «The Vanishing» («La desaparición»), fechado el 1 de marzo de 2023 y escrito por Jacob Savage, es bastante catastrofista. El autor señala que, «en el mundo académico, en Hollywood, en Washington e incluso en Nueva York, en todas partes donde los judíos estadounidenses habían logrado asentarse, su influencia está en franco retroceso». Una serie de sorprendentes ejemplos ilustran su punto de vista: entre los *boomers*, los judíos representaban el 21% de los académicos en las mejores instituciones; entre los menores de 30 años, sólo representan el 4% y sólo aportan el 7% de los estudiantes en las universidades de la Ivy League, es decir, menos de la cuota máxima del 10% que en su día les imponía el *numerus clausus* que se levantó a finales de los años cincuenta. «Harvard ha pasado de un 25% de judíos en los años 1990 y 2000 a menos del 10% en la actualidad», lamenta Savage.

El declive no se limita a la universidad: «En Nueva York, sede del poder político de los judíos estadounidenses, casi no quedan judíos en el poder. Hace diez años, la ciudad contaba con cinco miembros judíos en el Congreso, un alcalde judío, dos presidentes de distrito judíos y 14 miembros judíos en el Concejo Municipal. Hoy sólo quedan dos congresistas y un presidente de distrito. Sólo seis judíos forman parte de los 51 miembros del Concejo Municipal». Históricamente, nos dice Savage, los judíos también estaban sobrerrepresentados entre los jueces federales. Aunque sólo constituyen el 2,5% de la población (el 1,7% para mí, pero prefiero no alterar su serie comparativa; la definición de quién es o no judío es siempre discutible), constituían al menos el 20% de los jueces federales. Sin embargo, de los 114 jueces nombrados por Biden en el momento en que se escribió este artículo, sólo ocho o nueve eran judíos (es decir, un 7 u 8%, lo que seguiría siendo una

sobrerrepresentación).

El mismo retroceso se observa en Hollywood: aparte de algunas reliquias de otra época, como Steven Spielberg, James Gray y Jerry Seinfeld, apenas quedan grandes directores o guionistas de origen judío. El texto concluye con una reflexión que, en el contexto actual, adquiere un significado particular: «Si Putin u Orbán redujeran la población judía de sus universidades en un 50%, la ADL [Anti-Defamation League, una ONG que ayuda a los judíos a luchar contra la discriminación] pondría el grito en el cielo. Pero Harvard y Yale pueden perder, como por arte de magia, casi la mitad de sus estudiantes judíos en menos de diez años, y nos callamos».

Savage denuncia el regreso de la discriminación contra los judíos. No me lo creo ni por un momento. No puedo imaginar por qué los blancos preferirían a los asiáticos antes que a ellos. La interpretación más probable es que, beneficiados durante mucho tiempo por una religión muy favorable a la educación, los judíos estadounidenses acabaron asimilándose tan bien que fueron absorbidos por el declive religioso e intelectual estadounidense. Su asimilación puede medirse por la tasa de matrimonios mixtos: sólo el 18% de los judíos casados antes de 1980 lo estaban con un no judío. Entre los que se casaron entre 2010 y 2020, la exogamia etnorreligiosa era ya del 61%. Dudo que la decadencia estadounidense haya librado al 39% restante de parejas endogámicas. Hablé de protestantismo cero, luego de catolicismo cero; ¿por qué no concebir, en el caso de Estados Unidos (y de otros lugares), el judaísmo cero? El concepto sería útil para analizar un posible declive educativo entre los propios judíos.

He citado por extenso este artículo porque abre un campo de reflexión innovador. Confieso, sin embargo, que sólo tengo una confianza relativa en las cifras que presenta y en sus conclusiones. Y en cualquier caso, en el actual grupo dirigente, y en particular entre quienes se ocupan de los asuntos bélicos, los estadounidenses de origen judío siguen estando sobrerrepresentados, un efecto retardado de las carreras que culminaron.

UN PUEBLO LLAMADO WASHINGTON

Como señala Eric Kaufmann en *The Rise and Fall of Anglo-America,* los WASP estadounidenses, que empoderaron deliberadamente a católicos, judíos, asiáticos, latinos y negros, son una de las raras clases dirigentes de carácter imperial de la Historia que ha colaborado en su propia disolución para dar lugar a una nueva que puede calificarse de universal[3]. El único caso que se puede considerar análogo es, en la Antigüedad, el de la clase dirigente romana, que a Kaufmann le parece admirable, y, repito, en un sentido moral universal, tiene razón. El problema surge en otro nivel. Entre 1945 y 1965, Estados Unidos estuvo gobernado por una elite homogénea, coherente, unida por lazos personales; conservó los aspectos buenos del protestantismo y supo controlar los malos; se sometió, como el resto de la población, a un código moral común; aceptó el servicio militar; llevó a cabo una política exterior responsable basada en la defensa de la libertad, excepto, hay que recordarlo, en América Latina, el patio trasero de Estados Unidos, donde podían dar salida a los malos instintos que están presentes sin remisión en el ser humano. Hoy, el pueblo de Washington no es más que un conjunto de individuos desprovistos por completo de una moral común.

No hablo de «pueblo» por casualidad. Si un grupo de individuos ya no se mantiene unido por una creencia de carácter nacional o universal, si es anómico en el sentido de atomizado, lo que observamos es un mecanismo puramente local de regulación de credos y acciones. En el Capítulo IV mencioné los frágiles superegos de los individuos que no están estructurados ni tienen como marco alguna convicción colectiva, sociedad o «ideal del yo». Estos individuos débiles se rigen por un mecanismo de regulación mimética inherente al grupo al que pertenecen local o profesionalmente. Podría citar como ejemplos, en Francia, una *banlieue* que vota a Rassemblement National, un barrio pobre de Marsella, la profesión de periodista o el Gobierno de Macron. En todas partes, la atomización de las sociedades individualistas avanzadas induce derivas centrípetas de lugar y/o de profesión. Pero

aquí se trata de Washington y de su grupo dirigente. Más allá de la gloriosa supresión de las barreras de raza y religión, imaginemos a blancos, negros, judíos y asiáticos retozando todos juntos en el baño de plata y poder de Washington. De hecho, estos individuos sólo existen en relación unos con otros; ya no determinan sus acciones y decisiones por referencia a valores externos y, sobre todo, superiores: religiosos, morales, históricos. Su única conciencia es local, de pueblo. Se trata de una constatación muy preocupante: los individuos que componen el grupo dirigente de la mayor potencia mundial ya no obedecen a un sistema de ideas que los trasciende, sino que reaccionan a impulsos procedentes de la red local a la que pertenecen.

ANTROPOLOGÍA DEL BLOB

Hasta ahora me he referido principalmente a Washington en general. Pasemos ahora al *establishment* geopolítico. A este respecto, tenemos la suerte de disponer de un libro excepcional de Stephen Walt, *The Hell of Good Intentions. America's Foreign Policy Elite and the Decline of U.S. Primacy*[4]. Walt, como he dicho, es, junto con Mearsheimer, un destacado exponente del realismo en geopolítica. Juntos escribieron un libro sobre el *lobby* israelí[5]. Mientras que Mearsheimer da clases en la Universidad de Chicago, una universidad creativa y a menudo «malpensante», hacia la derecha o hacia la izquierda, y que no forma parte de la Ivy League, Walt es profesor en Harvard, más concretamente en la John F. Kennedy School of Government. Puede mirar desde arriba al *establishment* geopolítico.

Su libro contiene un texto titulado «Life in the "Blob". A sense of community», que parece escrito por un antropólogo más que por un geopolítico. En él, Walt describe el «Blob», denominación acuñada por Ben Rhodes, un antiguo asesor de Obama, para referirse al microcosmos que está a cargo de la política exterior. El término hace referencia a un organismo unicelular de aspecto viscoso que se encuentra en los bosques, donde se multiplica absorbiendo las

bacterias y los hongos que lo rodean. No tiene cerebro.

El Blob washingtoniano, tal como lo presenta Walt, encaja perfectamente con mi visión de un grupo dirigente sin vínculos intelectuales o ideológicos más allá de sí mismo. Walt señala que, aunque algunos de sus miembros tienen un buen nivel educativo, este dista mucho de ser un criterio esencial para pertenecer a él. Sobre todo, destaca una evolución crucial: las personas que antes se dedicaban a la política exterior a menudo se habían formado en otras disciplinas y habían hecho carrera fuera de este campo: «abogados, banqueros, académicos, hombres de negocios», habían entrado en él con opiniones y preocupaciones generales. Esto ya no es cierto en el caso de la gente del Blob, que, salvo contadas excepciones, aunque cambien de trabajo y, aparentemente, de profesión, nunca salen de su corral. Walt pone el ejemplo de la exembajadora de Estados Unidos ante la ONU Samantha Power, que se dio a conocer como periodista y defensora de los derechos humanos, y había dado clases en Harvard (en la misma John F. Kennedy School a la que pertenece Walt) antes de unirse al equipo de campaña de Barack Obama y convertirse después, en 2009, en su «asesora especial sobre multilateralismo». En 2013, fue nombrada embajadora. Tras la llegada de Trump al poder, regresó a Harvard. «Sus funciones cambiaron, pero nunca dejó de "hacer política exterior"», concluye Walt. Su libro se publicó en 2018 y los años posteriores han confirmado su diagnóstico. A partir de enero de 2021 y con el regreso de los demócratas a la Casa Blanca, Samantha Power se vio catapultada por Biden a la dirección de la USAID, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

El principal efecto perverso de este confinamiento en lo «internacional» es que predispone al activismo. «Tienen un evidente interés personal en que Estados Unidos tenga una política mundial ambiciosa», explica Walt. «Cuanto más ocupado esté el Gobierno estadounidense en el exterior, más puestos habrá para expertos en política internacional, se dedicará una mayor parte de los recursos de la nación a resolver estos problemas globales y más importante será su potencial influencia». De ahí la propensión a hinchar las amenazas y la obsesión por el poderío militar. ¡Interesa

(profesionalmente) mantener las cosas calientes!

Walt confirma lo que dije antes: en un mundo en el que las ideologías languidecen, el Estado subsiste, por supuesto, pero aún más los oficios. El Blob no está solo en esto. Los periodistas, que antaño se adherían a ideologías opuestas, se han convertido en el «Periodismo», con su propia ética y preocupaciones, y también, cabe señalar, su propia preferencia por la guerra, ya que es un espectáculo. Lo mismo ocurre con la policía y el ejército.

En su descripción del Blob, Walt muestra la imbricación de sus miembros, que a menudo se mueven al margen de los partidos. Como en cualquier entorno reducido, en cualquier pueblo, se forman parejas y se celebran matrimonios. Un ejemplo de particular importancia: la familia Kagan. Empecemos por Robert Kagan, el más agitado y violento de los ideólogos neoconservadores. Es uno de los hijos del historiador militar Donald Kagan y hermano del también historiador militar Frederick Kagan, otro de los hijos de Donald. Todos pasaron por Yale. Robert ha escrito libros ensalzando la contribución de los militares a la vitalidad mundial de la democracia[6]. Empezó apoyando a la Administración republicana de Bush (promotora de la guerra de Iraq) antes de respaldar a los demócratas imperiales (en la guerra de Ucrania). Robert Kagan es el feliz marido de Victoria Nuland, la mencionada subsecretaria de Estado, cuyo trabajo se centra en Europa y Ucrania, que se dio a conocer en 2014 con un disparo de advertencia por teléfono: «*Fuck the UE!*» («¡Que se joda la UE!»). Y eso no es todo. La cuñada de Robert Kagan, Kimberly Kagan, esposa de Frederick, fundó y dirige el Institute for the Study of War (Instituto para el Estudio de la Guerra, ISW), el mismo *think tank,* emanación directa del neoconservadurismo, que elabora los mapas de la guerra en Ucrania piadosamente reproducidos en *Le Monde* y otros medios, donde se nos presentan como procedentes de una fuente independiente y fiable.

No ignoro que la noción de *deep state* (Estado profundo), cuyos adeptos buscan órganos de gobierno secretos en las profundidades del aparato estatal, es extremadamente popular. Yo no pertenezco a esta escuela. Al contrario, propongo fundar una «escuela del Estado

superficial» (¿el *shallow state*?). Los aparatos estatales existen en Estados Unidos, donde el Ejército, la Marina, la Air Force, la CIA y la NSA son máquinas gigantescas y frías. Pero están pobladas por individuos que, en su mayoría, respetan el principio jerárquico. Estos monstruos burocráticos están montados por la pequeña banda de semiintelectuales que viven en el Blob, una subaldea de Washington.

¿VENGARSE DE UCRANIA?

Para cerrar este capítulo, me queda una pregunta por plantear, una duda. Al reconstuir las trayectorias de los protagonistas estadounidenses de la guerra, me sorprendió constatar la frecuencia de antepasados judíos procedentes del Imperio de los zares y de sus márgenes.

Hemos señalado que las dos figuras más influyentes que «gestionan» Ucrania, Antony Blinken, secretario de Estado, y Victoria Nuland, subsecretaria de Estado, son de origen judío. Más concretamente, descubrimos que, por parte de madre, Blinken es de origen judío húngaro y que su abuelo paterno nació en Kiev. En el caso de Nuland, observamos, por parte de padre, una combinación de judíos moldavos y ucranianos. Pasemos al telón de fondo ideológico, la familia política de Victoria, los Kagan. Donald, el padre de Robert y Frederick, nació en Lituania. El hecho de que tantas personas en las altas esferas del *establishment* geopolítico tengan un vínculo familiar con la parte occidental del antiguo Imperio zarista no deja de resultar inquietante.

Sé por experiencia que un origen familiar foráneo, por remoto que sea, puede crear un vínculo mental con una región del mundo. En la historia de mi familia, Oblatt Lajos, mi bisabuelo judío de Budapest, apenas es una abstracción; para mí es sólo un nombre. El hecho es que mi primer libro, que anunciaba la caída del sistema soviético, nació de un viaje a Hungría, adonde me había atraído este tenue recuerdo familiar.

Así que puedo entender perfectamente que para Blinken y Nuland existan vínculos mucho más directos, mucho más reales, entre

Ucrania y Rusia.

Sin embargo, el neonazismo paródico del nacionalismo ucraniano (del que me he ocupado en el Capítulo II, creo que con cierta mesura) no les avergüenza del mismo modo que a los israelíes, que recuerdan Ucrania como la cuna oficial del antisemitismo «ruso», con los pogromos de 1881-1882. Puedo imaginar que los judíos de origen húngaro sientan cariño por Hungría, sobre todo porque yo he sido testigo de ello a menudo. Ahora bien, un afecto por Ucrania por parte de los judíos de origen ucraniano, no. Veo dos posibles interpretaciones de la indiferencia de Blinken y Nuland por el pasado.

Primero, la más probable. El estado cero de la religión es también un estado cero de la memoria. Una ausencia completa de conciencia histórica podría explicar por qué ni a Blinken ni a Nuland les molesta el pasado de Ucrania. Estos dos responsables políticos no serían más que estadounidenses sin memoria, completamente indiferentes, por tanto, al pasado antisemita de Ucrania y al neonazismo simbólico del actual nacionalismo ucraniano. Sólo les inspiraría la grandeza del Imperio estadounidense.

Otra interpretación sería más inquietante, especialmente para los ucranianos. Aunque esta guerra pueda tener la ventaja, en los sueños de los neoconservadores, de desgastar demográficamente a Rusia, sea cual sea el resultado, no contribuirá en nada a consolidar la nación ucraniana, sino a destruirla. A finales de septiembre de 2023, la policía militar ucraniana rodeó el país con alambradas para impedir que los hombres sanos, descontentos con la inútil y mortal contraofensiva del verano, exigida por Washington, huyeran a Rumanía o Polonia para evitar el reclutamiento. ¿Por qué debería importar esto? ¿Por qué los estadounidenses de origen judío ucraniano que, con el Gobierno de Kiev, codirigen esta carnicería, no la sentirían como un justo castigo infligido al país que tanto hizo sufrir a sus antepasados? Leeremos con interés sus memorias, si es que alguna vez las escriben.

Esta inmersión meramente especulativa completa nuestro examen de Estados Unidos. Ha llegado el momento de retomar el contacto con la totalidad y la realidad del mundo, para comprender por qué,

fuera de Occidente, la mayoría desea una victoria rusa.

---

[1] Familia jerárquica entre los japoneses y los coreanos, comunitaria entre los chinos y los vietnamitas (con matices «jerárquicos» en el sudeste de China y norte de Vietnam, y «nucleares» en el sur de Vietnam).

[2] Agradezco de nuevo a Peter Thiel que me informara sobre este hecho y sobre el artículo.

[3] Eric Kaufmann, *The Rise and Fall of Anglo-America,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2004.

[4] Londres, Picador, 2018.

[5] John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2007.

[6] Robert Kagan, *Of Paradise and Power. America and Europe in the New World Order* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 2003): los europeos son unas nenazas; *The Jungle Grows Back. America and Our Imperiled World* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 2018): los europeos son unos fascistas. En cualquier caso, el ejército estadounidense les va a enseñar lo que es la vida real.

CAPÍTULO XI

POR QUÉ EL RESTO DEL MUNDO ELIGIÓ RUSIA

Ya en 1979, Christopher Lasch situó el narcisismo en el corazón de la cultura estadounidense (*The Culture of Narcissism*)[1]. Todo lo que he dicho en los capítulos precedentes sobre la atomización de las sociedades avanzadas y el individuo demediado surgido del hundimiento de la religión y las ideologías podría considerarse una prolongación de la obra de Lasch, que tanto me impresionó cuando la leí. Pero el concepto de narcisismo tiene una aplicación aún más amplia: no sólo explica los fenómenos internos de las sociedades occidentales, sino que también permite comprender su política exterior. Resulta sorprendente observar hasta qué punto, desde el comienzo de esta crisis, Occidente, tanto su rama norteamericana como la europea, se ha convencido, contra toda realidad objetiva, de que sigue siendo el centro del mundo o, mejor aún, de que lo representa en su totalidad. Dejando a un lado a la malvada Rusia, todas las naciones recientes sentirían admiración por sus valores.

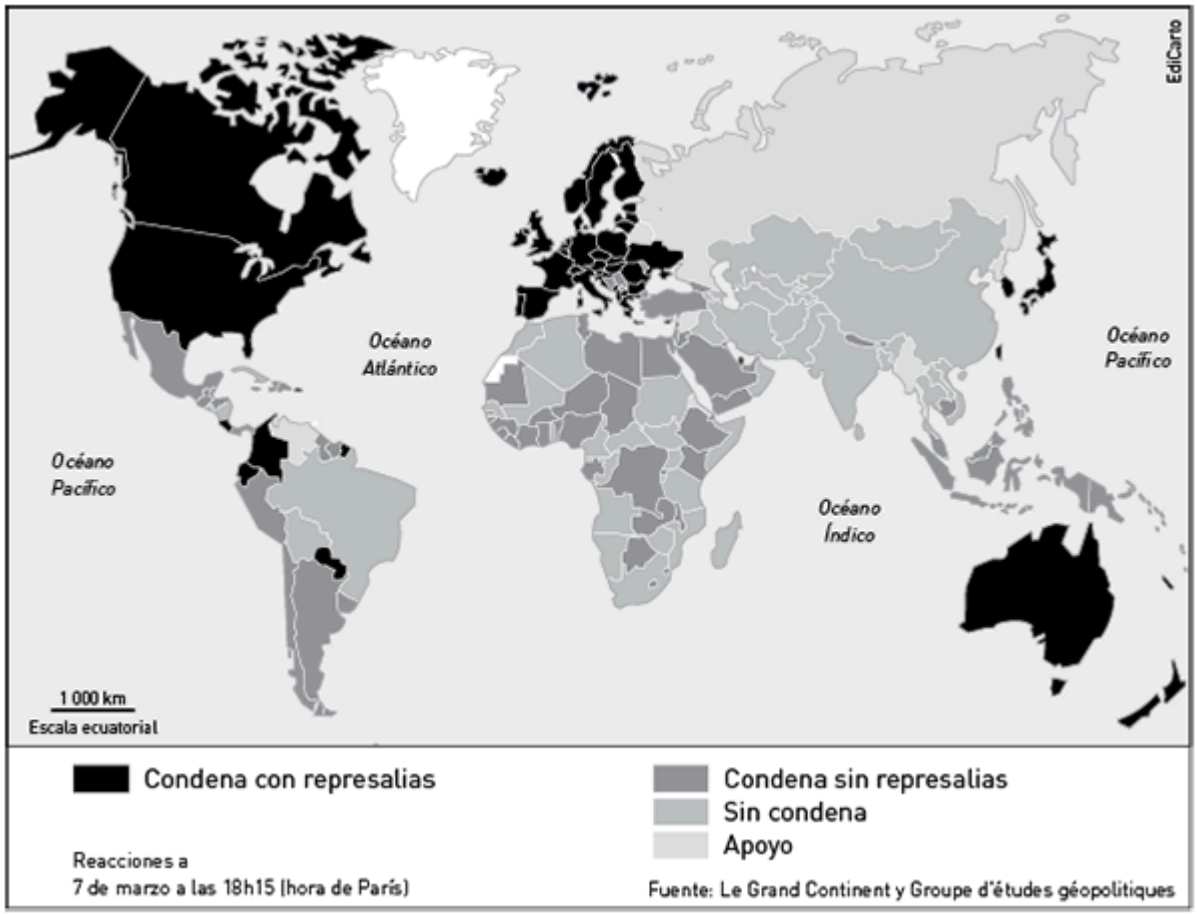
Occidente parece haberse quedado anclado en algún momento entre 1990 y 2000, entre la caída del Muro de Berlín y un breve instante de poder omnímodo. Han pasado más de treinta años desde la caída del comunismo y está claro que, para el resto del mundo, sobre todo desde la Gran Recesión de 2007-2008, ha dejado de ser un ganador digno de admiración. La globalización que desencadenó está perdiendo fuerza, y su arrogancia resulta exasperante. El narcisismo occidental y la subsiguiente ceguera se han convertido en unas de las principales bazas estratégicas de Rusia.

¿QUIÉN QUIERE CASTIGAR AL GRAN VILLANO RUSO?

El mapa elaborado por el Groupe d'études géopolitiques el 7 de marzo de 2022 sobre las reacciones de los Estados a la invasión de

Ucrania ofrece una representación global del narcisismo occidental. Muestra qué países han condenado realmente, de forma activa, a Rusia aceptando el principio de las sanciones («condena con represalias»), y demuestra lo aislado que está Occidente. Sólo Norteamérica, Europa, Australia, Japón, Corea del Sur, Costa Rica, Colombia, Ecuador y Paraguay han condenado a Rusia «con represalias». Si dejamos de lado a los cuatro países latinoamericanos, todos minúsculos salvo la anárquica y dinámica Colombia, la esfera occidental la constituyen únicamente aliados o protectorados militares de Estados Unidos. Los países que han apoyado de forma activa a Rusia conforman un bloque no muy recomendable desde el punto de vista democrático: Venezuela, Eritrea, Birmania, Siria y Corea del Norte. No saquemos conclusiones de ello en términos de valores. Raymond Aron dijo en una ocasión: «Uno elige a sus enemigos, no a sus aliados». El ideal soberanista por el que aboga Rusia justifica todas las alianzas, hasta la reciente luna de miel con Corea del Norte. Rusia está bajo asedio militar. A riesgo de escandalizar, me encantaría aplicar la fórmula de Churchill para justificar su alianza con Stalin, otro carnicero, a la actitud de Vladimir Putin hacia Kim Jong-un, el guardián del totalitarismo hereditario de Corea del Norte: «Si Hitler invadiera el infierno, al menos hablaría a favor de este en la Cámara de los Comunes»[2].

Mapa 11.1. Estados a favor o en contra de las sanciones contra Rusia el 7 de marzo de 2022.



Los países que, de un modo puramente formal, condenaron «sin represalias» a Rusia en realidad no habían elegido el bando. Lo más sorprendente es el gran número de países que simplemente no realizaron condena alguna. Entre ellos están Brasil, India, China y Sudáfrica, los cuatro países que, junto con Rusia, constituyen los BRICS. Este grupo, que rechaza la dominación económica estadounidense, se fundó en 2009 (Sudáfrica se unió en 2011) a raíz de la Gran Recesión, que había revelado al mundo la irresponsabilidad económica de Occidente. Para estos países, pobres pero en pleno crecimiento, la crisis estadounidense de las *subprimes* fue un asunto asombroso: ¿por qué conceder a la gente pobre préstamos hipotecarios a un interés elevado cuando sabes que no podrán devolverlos? ¡Ay, moralidad cero…! A la irresponsabilidad de Estados Unidos se sumó rápidamente la de Europa, tan lenta en reaccionar. En realidad, fue China la que, con una política de

estímulo masivo, sacó al mundo de la recesión. La aparición de los Brics fue una respuesta a esta doble irresponsabilidad occidental. Como consecuencia de la actual guerra, que debía aislar a Rusia, este grupo se ha ampliado, con la admisión de Arabia Saudí, Emiratos Árabes, Irán, Egipto, Etiopía y Argentina en la cumbre de Johannesburgo de agosto de 2023.

El Occidente de las sanciones representa sólo el 12% de la población mundial. Los BRICS incluyen a India, actualmente el país más poblado, y a China, el segundo país más poblado, ambos situados en el continente más poblado, Asia. Brasil, por su parte, es el país más poblado y potente de América Latina: durante mucho tiempo fue aliado de Estados Unidos antes de convertirse en su principal oponente en el continente americano, mientras que México ha seguido una trayectoria inversa, pasando de ser su principal oponente a convertirse en un satélite industrial desde el TLCAN. Por último, Sudáfrica es, con diferencia, el país más pujante del África subsahariana.

Sin embargo, el campo occidental ha seguido pensando y actuando como si siguiera siendo el amo del mundo, y sus medios de comunicación han insistido obstinadamente en que sólo él representa la «comunidad internacional». En Europa y Estados Unidos vivimos un gran momento de superioridad moral subjetiva. Sin embargo, uno de los temas historiográficos de moda hoy día es el de la esclavitud, que europeos y estadounidenses practicaron vergonzosamente a gran escala desde el siglo XVIII hasta mediados del XIX, una abominación que debemos expiar. Sí, fue una abominación, y sí, debemos expiarla. Pues bien, resulta casi surrealista ver cómo este tema va aumentando y extendiéndose al tiempo que asistimos al resurgir de un sentimiento de superioridad moral de Occidente. Pero esta paradoja tiene solución: nuestra superioridad moral es tal que también nos permite criticarnos a nosotros mismos. Sólo importa nuestro remordimiento. En cuanto a la humanidad exterior, nunca existe realmente a nuestros ojos.

Lo más asombroso, en los meses que siguieron al comienzo de la guerra, fueron las expectativas depositadas en China, tal como la expresaban nuestros medios de comunicación y nuestros gobiernos.

Ya mencioné este aspecto pasmoso y crucial en la introducción. Para ser justo y por caridad, no daré nombres. La actitud de Occidente ha combinado ceguera y estupidez. Al calor de la actualidad, los comentaristas han perpetuado la absurda idea de que la invasión rusa de Ucrania contrariaba a China, que incluso dudaba entre apoyarla o condenarla. Esta desconexión de la realidad haría necesario llamar a un psiquiatra, tal vez a un geopsiquiatra. Desde hace al menos una década, Estados Unidos identifica a China como su principal adversario, por delante de Rusia. Los dirigentes del Partido Comunista Chino saben que, si Rusia cae, después les tocará a ellos. Que en semejante contexto el pequeño mundo de la OTAN haya llegado a considerar que China estaría conforme con su actuación es, en rigor, alucinante. Este delirio (es el término técnico que mejor le cuadra) presupone dos condiciones. En primer lugar, la aterradora ausencia de un mínimo de inteligencia geopolítica en nuestros dirigentes y periodistas; en segundo lugar, una conjetura de tal calibre que es sospechosa de estar teñida de racismo. Esperar que China se alinease con Occidente contra Rusia apostaba por la idea de que Xi Jinping y su entorno son unos simplones, y sobreentendía, de nuevo, que el hombre blanco es obviamente un ser superior.

Una vez establecida la ceguera de los occidentales, en este capítulo voy a plantear lo que creo que es una representación más realista del mundo, mostrando por qué el «Resto del Mundo», como se dice en ocasiones en la Americanosfera para designar al no-Occidente (con un juego de palabras: «The West against the Rest» [«Occidente contra el Resto»]), no se ha movilizado para apoyar a Occidente. Mejor aún, voy a explicar por qué el «Resto del Mundo» ha empezado a desear la victoria rusa y, al ver que Rusia había capeado bien el primer envite, se ha ido poniendo poco a poco de su lado. La realidad del mundo es el doble antagonismo, económico y antropológico, que enfrenta al «Resto» con Occidente.

- El antagonismo económico se deriva del simple hecho de que la globalización no ha resultado ser más que una recolonización del mundo por parte de Occidente, esta vez bajo el liderazgo

estadounidense y no británico. La explotación de los pueblos menos avanzados (la extracción de plusvalía, como dirían los marxistas) ha sido más discreta pero mucho más eficaz que en los años 1880-1914.

- El antagonismo antropológico es el resultado de la existencia, en la mayoría de los países del «Resto», de estructuras familiares y de sistemas de parentesco opuestos a los de Occidente.

Rusia vive de sus recursos naturales y de su mano de obra; en modo alguno pretende imponer sus valores al mundo. Tampoco tendría los medios ni para explotar económicamente al «Resto», ni para exportarle su cultura. Frente a un Estados Unidos que vive del trabajo del «Resto» y hace alarde de una cultura nihilista, al «Resto», por lo general, le ha parecido preferible Rusia. La Unión Soviética había contribuido poderosamente a la primera descolonización; multitud de países esperan ahora que Rusia haga la misma contribución a la segunda.

LA EXPLOTACIÓN ECONÓMICA DEL MUNDO POR OCCIDENTE

A menudo se nos dice que la globalización económica ha contribuido en los antiguos países del Tercer Mundo al desarrollo de la industria y de las clases medias y, por tanto, potencialmente de la democracia. Esto no es falso, pero no es toda la verdad. No se ha querido ver que este desarrollo era, por su propia naturaleza, tan antagonista como el que a menudo había enfrentado a la burguesía con el proletariado en la Europa del siglo XIX. Los países occidentales no reconocieron que, al deslocalizar su industria, se planteaban vivir como una especie de burguesía planetaria, explotando la mano de obra mal pagada del Resto del Mundo. Esta relación de explotación ha transformado a las poblaciones del «Resto» en un proletariado universal, al tiempo que ha permitido subsistir, con cierto grado de inconsciencia, a las clases dirigentes locales.

Para establecer un puente entre el colonialismo anterior a 1914 y la reciente globalización, lo más sencillo es citar un pasaje profético

de *Imperialism* de John Hobson, de 1902, un clásico de la literatura antiimperialista que causó una fuerte impresión en Lenin a pesar del apego de su autor al liberalismo político.

> Hemos mencionado la posibilidad de una alianza aún más amplia de Estados occidentales, una federación europea de grandes potencias que, lejos de hacer avanzar la causa de la civilización mundial, podría introducir el gigantesco peligro de un parasitismo occidental, de un grupo de naciones industriales avanzadas, cuyas clases altas extraerían enormes tributos de Asia y África, con los cuales mantendrían grandes masas de siervos domesticados, ya no dedicados a las industrias agrícolas y manufactureras básicas, sino al desempeño de servicios personales o industriales menores bajo el control de una nueva aristocracia financiera. Quienes piensen que no vale la pena considerar semejante teoría, deberían fijarse en la situación económica y social de los distritos del sur de Inglaterra que ya están reducidos a esta condición, y tener en cuenta la inmensa extensión que tendría un sistema tal si China quedara bajo el control económico de grupos similares de financieros, inversores y responsables políticos y comerciales. Esto equivaldría a vaciar la mayor reserva potencial de beneficios que el mundo haya conocido para su consumo en Europa[3].

Hobson pasa luego a hablar de los últimos tiempos del Imperio romano, sumido en el abismo por una clase dirigente parasitaria que, procedente de todas las orillas del Mediterráneo, cazaba esclavos en el Rin y transformó al pueblo romano en una plebe asistida, camino de la desintegración feudal.

En 1895, H. G. Wells había publicado *The Time Machine* (*La máquina del tiempo*), que describía la transformación de los obreros industriales en Morlocks, bestias subterráneas y antropófagas, y la de los burgueses en Eloi, que consumían los alimentos producidos en la superficie antes de ser devorados (en el año 802.701). No podemos sino admirar la capacidad de los intelectuales del Imperio británico, entonces en su apogeo, para concebir el futuro. Wells ha pasado a la posteridad como autor de ciencia ficción. Hoy, Hobson aparece como un genial futurista, con la salvedad de que, para hacerse realidad, su predicción tuvo que esperar al agotamiento de las naciones europeas en dos guerras mundiales, al desplazamiento

del centro de gravedad de Occidente hacia Estados Unidos y, sobre todo, a la descomposición endógena de Estados Unidos y Europa por la educación superior, la disolución de las creencias colectivas y la atomización mental de su población y sus elites.

Sin embargo, podemos ver que la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio en 2001 marcó el cambio definitivo de Occidente hacia el paradigma de Hobson.

Engels, en 1892, en su prefacio a la reedición inglesa de *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* y luego Lenin en 1917, en el capítulo 8 de *El imperialismo, la fase superior del capitalismo,* establecieron un vínculo entre el reformismo socialdemócrata que observaban y la participación indirecta de las clases trabajadoras de Occidente en los excedentes generados por el imperialismo. Según ellos, los proletarios europeos –con la clase obrera británica en primera línea– debían parte de su (creciente) nivel de vida al trabajo en las colonias; por tanto, estaban en condiciones de negociar en un sistema social que se les tornaba más amable. Lo que Engels o Lenin no podían imaginar (pero Hobson sí) es que el proletariado occidental podría verse completamente transformado en una plebe que viviera en gran medida del trabajo de los chinos y otros pueblos del mundo.

Me he dado cuenta, un poco tarde, lo reconozco, de que este mundo ha surgido por obra y gracia de la globalización, que ha llevado la sociedad de consumo a su estadio final. Hasta alrededor de 1980, los trabajadores de Estados Unidos, Francia y otros países consumían, en su mayor parte, lo que producían: era la primera sociedad de consumo, nacida de los *Trente Glorieuses*[4]. Pero la deslocalización de las fábricas occidentales transformó entonces a las personas. Los objetos de su consumo pasaron a producirse en otros lugares. El proletariado trabajador de los años 50 mutó en plebe en los años 2000, por iniciativa de los teóricos y profesionales de la economía globalizada. Preciso que lo que estoy escribiendo aquí se ajusta estrictamente a la teoría expuesta en los manuales de economía internacional más ortodoxos. La teoría del libre comercio tan sólo se interesa por el consumidor, que debe poder comprar los bienes que necesita al precio más bajo, y sus apóstoles amenazan

constantemente a los occidentales con que pagarán más caros sus alimentos, su ropa, sus teléfonos móviles, sus coches, sus medicinas, los juguetes de sus hijos y los enanos de jardín si insisten en fabricarlos ellos mismos. Los apóstoles han ganado, pero su victoria ha tenido unas consecuencias sociopolíticas que no habían previsto.

Ya he señalado el desamparo moral de los trabajadores estadounidenses, que, al perder su valor como productores, se han visto privados de utilidad social y abocados al alcoholismo, a la adicción a los opiáceos y, en su desesperación, al suicidio. Lo que queda por explicar es por qué la mayoría de ellos eligen votar a Trump en lugar de quitarse la vida; por qué las clases populares de Europa occidental también se ha inclinado por el voto «populista, xenófobo, de extrema derecha» incluso allí donde no se ven amenazados por una inmigración masiva y descontrolada. ¿Por qué las poblaciones que han sobrevivido al desmantelamiento de sus industrias son ahora de derechas? Es muy sencillo. Los partidos de izquierda, socialdemócratas o comunistas, se apoyaban en las clases trabajadoras explotadas. Los partidos populistas, en cambio, se apoyan en la plebe, cuyo nivel de vida es consecuencia, en gran medida, del trabajo mal pagado de los proletarios de China, Bangladesh, el Magreb y otros lugares. Me sorprendo a mí mismo pensando lo siguiente: los votantes obreros de Rassemblement National son, según la teoría marxista más elemental, extractores de plusvalía a escala mundial. Son, por tanto y con total naturalidad, de derechas. Como previeron Engels y Lenin, el libre comercio corrompe, pero podemos añadir: el libre comercio absoluto corrompe absolutamente.

Este duro análisis también nos ayuda a comprender por qué es tan difícil llevar a cabo una reindustrialización. Mientras la deslocalización de muchas actividades productivas ha contribuido a la destrucción creciente de nuestras provincias y extrarradios, el libre comercio ha cumplido su promesa: favorecer al consumidor a expensas del productor, transformar al productor en consumidor y al ciudadano productivo en un plebeyo parasitario, con pocas ganas de volver a la senda y la disciplina de la fábrica.

Pero no nos detengamos en la situación de lo que ahora llamamos «las clases populares». En el mundo occidental avanzado (excluyo aquí a las naciones obreras de Europa del Este), es el conjunto de la sociedad el que se beneficia del trabajo de los obreros chinos y de los niños de Bangladesh. Tanto los jóvenes titulados superiores mal pagados como los «proles». Tanto los votantes de La France Insoumise como los de Rassemblement National. En Estados Unidos, el país especulador en jefe gracias al dólar, tanto los votantes de Trump como los de Biden viven de los superbeneficios de la globalización, si bien es cierto que la creciente inutilidad social de los sectores populares estadounidenses los condena cada vez más a adoptar conductas imprudentes y a padecer un anormal exceso de mortalidad.

Creo que esta perspectiva sorprenderá a los lectores occidentales, tan contentos de contribuir con sus compras al ascenso de las clases medias chinas, indias o tailandesas, destinadas a convertirse en firmes defensores de la democracia liberal. Esta gratificante representación resulta ridícula en un momento en que la democracia liberal se está marchitando en el propio Occidente. Pero si la visión de Hobson no se corresponde con la percepción que Occidente tiene del mundo, ¿no es acaso la del Resto del Mundo, donde hombres, mujeres y niños trabajan por salarios irrisorios? ¿Y no es esta una de las causas de la indiferencia, fuera de nuestro querido Occidente, ante el sufrimiento de Ucrania? ¿O, peor aún, de que se inclinen por Rusia, que, aunque europea y blanca hasta el punto de ser a menudo rubia, no entra en el juego de la explotación mundial, sino que insiste en seguir siendo una nación soberana, al margen del sistema?

La oposición económica entre un Occidente explotador y un Resto del Mundo explotado es una realidad. ¿Va unida a la oposición entre democracias y dictaduras? De hecho, ya hemos respondido en gran medida a esta pregunta. Tres de los BRICS originales son democracias innegables: Brasil, Sudáfrica e India; tienen sus imperfecciones, pero, si consideramos el actual estado de delicuescencia de las democracias occidentales, devenidas oligarquías liberales, esas imperfecciones no son más que pecados

veniales. En el Capítulo I definí a Rusia como una democracia autoritaria, porque vota pero silencia a muchas de sus minorías (pero no a sus minorías étnicas). Sólo China no se puede considerar una democracia.

Esta era la situación en vísperas de la guerra. Desde entonces, la estrategia occidental de sanciones ha radicalizado el antagonismo latente entre Occidente y el «Resto» de dos maneras: ordenando al «Resto» a elegir a Occidente frente a Rusia; suscitando en las clases altas del «Resto» un miedo sin precedentes a Estados Unidos.

DE LA GUERRA ECONÓMICA A LA GUERRA MUNDIAL

La guerra en Ucrania es una guerra real, y el pueblo ucraniano está viviendo un martirio. El hecho es que el principal enfrentamiento no es entre Rusia y Ucrania, sino entre Rusia y Estados Unidos y sus aliados (o vasallos). Este enfrentamiento es sobre todo económico. ¿Por qué no va más allá? ¿Y este plano económico es realmente, como se cree a menudo, inferior, menos intenso que el militar, en el que hombres armados luchan entre sí?

La superioridad nuclear de Rusia y su nueva estrategia han convertido a Ucrania en teatro de operaciones convencionales muy localizadas. Los rusos tienen misiles hipersónicos, los estadounidenses no. Como hemos visto, su doctrina militar autoriza ahora a Moscú a recurrir a ataques nucleares tácticos si el Estado ruso se ve amenazado. La implicación de la OTAN en una guerra convencional crearía una situación muy peligrosa.

Sin embargo, me inclinaría a pensar que los rusos –que, no lo olvidemos, eligieron el momento de iniciar las hostilidades y perfilaron el marco general de las mismas–, al no llevar a cabo una guerra convencional, han satisfecho a los países occidentales. El envío a Ucrania de material militar, pero no de tropas, responde bien a la lógica de la globalización. Primero, hicimos que trabajadores de países con bajo salario fabricasen lo que necesitábamos; ahora, haciendo que sea un país de bajo coste el que libre la guerra que necesitábamos. El cuerpo humano es barato en Ucrania, como

hemos visto en el caso de la gestación subrogada. Es significativo que el *Wall Street Journal,* cuyo principal interés es la economía, fuera el primero en llamar la atención sobre el número de amputados en Ucrania –entre 20.000 y 50.000– fruto de la contraofensiva suicida del verano de 2023[5]. Estos estragos parecen haber reactivado la industria de las prótesis en Alemania.

Aunque Occidente ha aceptado de buen grado librar una guerra que, en lo que le concierne, es exclusivamente económica, y aunque ha intentado doblegar a Rusia con sanciones, no ha pensado bien el mecanismo. Los dirigentes y los medios de comunicación nos han dicho –y ciertamente lo han pensado– que la guerra económica es menos violenta que la guerra a secas. Pero lo es cuando mata de hambre a la población. En el caso de la guerra de Ucrania, las sanciones han ampliado sobre todo el campo de operaciones a todo el planeta y han dado instantáneamente a la guerra una dimensión mundial y el carácter de una lucha a muerte entre Estados Unidos y Rusia.

La suerte quiso que a principios de 2022 se publicara *The Economic Weapon,* «el arma económica» (que ya he citado), de Nicholas Mulder, un joven académico holandés que da clases en la Universidad de Cornell, en Estados Unidos[6]. En él explica cómo las sanciones se han convertido en el instrumento preferido de los dirigentes occidentales, y hasta qué punto sus efectos no son en absoluto moderados. Las sanciones económicas como sustituto de la guerra se asocian a la fundación de la Sociedad de Naciones (SDN) en 1920: esta medida se inspiró en el embargo aplicado por los Aliados contra los Imperios centrales durante el conflicto que acababa de terminar. Se basaba en la convicción de que dicho embargo, que había causado cientos de miles de muertos por hambre y enfermedades, había desempeñado un papel decisivo en la victoria aliada sobre Alemania y Austria-Hungría.

Para funcionar, las sanciones económicas tienen que acabar con la neutralidad de los no beligerantes y hacer que tomen partido. Una guerra convencional se libra entre dos actores, frente a un mundo exterior convertido en un inmenso público. Basta pensar en la guerra de 1870 entre Francia y Prusia, o la guerra de 1904-1905 entre

Rusia y Japón. Estos enfrentamientos mortales ya no son posibles con un régimen de sanciones. Para que sea eficaz, el resto del mundo debe aplicarlo a petición, si la hay, de la potencia que lo ha decidido. Si el país al que se dirige dicha petición es un aliado, obviamente no hay problema. Si es neutral, recibirá presiones. Si existe un antagonismo latente antes de la guerra, se revelará y se activará, ya sea instantánea o gradualmente. Esto es lo que está ocurriendo entre Estados Unidos y el resto del mundo desde 2022.

Rusia nunca habría resistido tan bien las sanciones si el Resto del Mundo, conminado por Estados Unidos y su bando a tomar partido, no hubiera acordado finalmente ayudar a Rusia. Occidente ha descubierto que ya no gusta. Un terrible golpe a su narcisismo. Un editorial de *Le Monde* del 6 de agosto de 2023, titulado «L'efficacité des sanctions mise en question», nos lo ha dejado claro:

> La «flota fantasma» que transporta clandestinamente el petróleo ruso […] representa entre el 10% y el 20% de la capacidad total de transporte mundial. Por tanto, permite eludir estas sanciones, incluso a través de países clave objeto de especial cortejo por parte de los occidentales, empezando por la India. La estanqueidad del dispositivo se ve incluso comprometida en ambos sentidos, ya que Rusia sigue consiguiendo componentes electrónicos indispensables para una industria armamentística particularmente exigida por una guerra de alta intensidad. En este caso, las sanciones chocan con la política: cualquier bloqueo supondría endurecer el tono hacia terceros países como Kazajstán, en un momento en que Occidente aspira a desvincularlos de la órbita rusa.

Occidente ha instado al mundo a volverse contra Rusia participando en un sistema de embargos, bloqueos y prohibiciones contra individuos, y poniendo en marcha acciones judiciales específicas contra destacados responsables políticos y oligarcas. Lo menos que podemos decir es que la mayoría de los países del mundo no han aplicado estas medidas coercitivas. Puesto que había que elegir entre un bando u otro, podemos avanzar que el *Resto del Mundo ha apoyado a Rusia en sus esfuerzos por romper la OTAN,* comprándole petróleo y gas, y suministrándole el equipo y las piezas de repuesto que necesitaba para continuar la guerra y funcionar sin

demasiados problemas como sociedad civil.

Occidente debería haberse cuestionado la eficacia de las sanciones. En las últimas décadas, Venezuela e Iraq han sido objeto de bloqueos. El de Iraq entre las guerras de 1990 y 2003 causó unos 300.000 muertos[7]; el de Venezuela destruyó gran parte de su sociedad. Pero ninguno de los dos regímenes cayó. En ambos casos, se argumentará, se trataba de países productores de petróleo, por lo que se beneficiaron de un maná natural. Lo mismo puede decirse de Rusia que, además de petróleo, tiene gas, con la ventaja añadida de que, con sus 17 millones de km^2, tiene vecinos por todas partes cuya actitud oscila entre la amistad manifiesta y la simpatía tácita. Entre ellos China, primera potencia industrial del mundo, e India, pero ahora también Irán y, en cierta medida, Turquía, por no hablar de los países musulmanes. Desde el principio, someter a Rusia a un bloqueo operativo era, de hecho, un plan absurdo que sólo podía ser resultado del narcisismo de la OTAN. Es en este punto donde debemos recordar no tanto el optimismo de Bruno Le Maire como la estrechez de miras, en tamaño y espíritu, de la pequeña banda de Washington, líder operativo del bando occidental.

Más arriba he descrito el antagonismo provocado por la explotación económica que constituye la realidad de la relación entre Occidente y el Resto del Mundo, sin que, por desgracia, pueda excluir o absolver a nuestros sectores populares. En aras del equilibrio, consideremos también, en los países del Resto del Mundo, la dualidad pueblo-clase dominante. Son los trabajadores de la parte inferior de la escala social los que hacen el trabajo pesado para garantizar la comodidad de Occidente. Pero las múltiples decisiones de ayudar a Rusia en el Resto del Mundo no fueron tomadas por los trabajadores explotados, sino por los grupos dirigentes de India, Turquía, Arabia Saudí, Sudáfrica, Brasil, Argentina y muchos otros. Cabía esperar que se solidarizaran con Occidente, donde reciclan sus dólares y del que incluso se imaginan que forman parte. Los grandes hoteles, los paraísos fiscales, las escuelas privadas estadounidenses y británicas donde los plutócratas de todos los países envían a sus hijos, podrían, juntos, haber acotado un espacio común para todos los superricos del mundo; y el *Moneyland* tan caro a Oliver Bullough

podría haberse convertido en el sistema nervioso central de un auténtico universo posnacional… Fue un fracaso. La incautación ilegal de activos rusos en el extranjero desató una ola de terror entre las clases altas del resto del mundo. Al rastrear el dinero y los yates de los oligarcas rusos, Estados Unidos (y sus vasallos) han amenazado, de hecho, los bienes de todos los oligarcas del mundo, tanto los de países grandes como pequeños. Escapar del Estado depredador estadounidense se ha convertido en una obsesión en todas partes, y liberarse del imperio del dólar es un objetivo razonable para todos, aunque tengan que proceder con cautela y gradualmente. No obstante, hay que felicitarse por el efecto democrático involuntario de las sanciones, que, en la práctica, han acercado a los privilegiados del Resto del Mundo a sus pueblos.

Sin embargo, el temor que inspira el Tesoro estadounidense no es la única razón que ha llevado a los saudíes a llegar a un acuerdo con los rusos para mantener el precio del petróleo, a los turcos a entablar una relación de cordial competencia con los rusos, a los iraníes a acercarse cada vez más a Moscú y a los indios a permanecer en una alianza *de facto* con sus dirigentes. Como habían presentido los países occidentales, también han contado los valores políticos y morales, aunque, por desgracia para ellos, de una forma que no habían previsto en absoluto. Los valores occidentales cada vez gustan menos. El análisis antropológico arrojará algo de luz sobre este punto.

CEGUERA ANTE LA DIVERSIDAD ANTROPOLÓGICA DEL MUNDO

Hemos visto en el Capítulo I que el Estados Unidos triunfante de 1945 era consciente de la diversidad del mundo; había dado a luz una antropología cultural dinámica y tolerante. Esta aceptación de la diversidad ha desaparecido. Hemos explicado cómo, a partir de los años sesenta, empezó a sustituirla una concepción uniforme de los pueblos, que la caída del sistema soviético, por así decirlo, sublimó. Por su propia existencia, la URSS daba fe de la diversidad del

mundo.

El «fin de la historia» según Francis Fukuyama completó este proceso[8] y justificó de antemano el intervencionismo: si el mundo es homogéneo y está uniformemente destinado a democratizarse, ¿por qué no dar a la Historia un pequeño empujón? Un empujoncito militar. También empezamos a esperar que China, si producía para exportar y se enriquecía, si daba lugar a unas clases medias prósperas, acabaría por generar una democracia liberal. Esta versión «McDonald's» de Hegel ignoraba un hecho fundamental: los regímenes políticos liberales de Inglaterra, Estados Unidos y Francia no surgieron por casualidad, sino de una base familiar nuclear e individualista. En cambio, las estructuras de la familia campesina china se caracterizaban por su autoritarismo e igualitarismo, como las de Rusia.

Como la geopolítica anima a esquematizar, me limitaré a señalar la oposición antropológica más simple posible y a presentar una clasificación binaria de los países, contraponiendo dos sistemas de parentesco, con sus correspondientes estructuras familiares, y situando a todos los países del mundo en un eje patrilinealidad/bilateralidad.

En un sistema de parentesco bilateral, los ascendientes y colaterales del padre, por un lado, y los de la madre, por otro, tienen el mismo peso a la hora de determinar el estatus social del niño; la familia, centrada en la pareja, es nuclear. Este es, reitero, el sistema antropológico que, en la fase de alfabetización, condujo a la democracia liberal, ya que la familia hacía que preexistiese un temperamento liberal en la población. En la fase reciente, que ha visto el desarrollo de la enseñanza superior, este sistema ha conducido a la aparición de un feminismo radical. Las últimas fases de esta revolución cultural han sido la emancipación de la homosexualidad, el desarrollo de una apreciable bisexualidad femenina y, por último, la ideología transgénero, como mostré en *Où en sont-elles? Une esquisse de l'histoire des femmes*[9]. El mundo occidental en sentido reducido (Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Escandinavia) surgió de este sistema antropológico bilateral, pero no es consciente de ello. Se cree universal, lo que

paradójicamente no le impide creerse superior. *Beati pauperes spiritu…*

El Resto del Mundo es, en su mayoría, diferente, patrilineal. Sus sistemas de parentesco funcionan según una norma opuesta. El estatus social fundamental del niño se define únicamente por vía paterna. El principio patrilineal coexiste a menudo con un sistema familiar comunitario, con poco o ningún componente individualista. Como muestra el mapa 11.2, los sistemas antropológicos patrilineales forman una enorme masa en el planisferio, que se extiende desde África occidental hasta el norte de China, atraviesa el mundo árabe-persa e incluye toda Rusia. El mundo occidental, bilateral y nuclear, liberal, periférico, aparece muy pequeño. El mapa utiliza índices de patrilinealidad, ya que es necesario tener en cuenta la diversidad interna de los Estados y la intensidad variable del principio patrilineal dentro de cada pueblo. Lo he obtenido combinando datos de Paola Giuliano y Nathan Nunn con mi propio conocimiento de los sistemas de parentesco del mundo, fruto de medio siglo de investigación sobre la familia[10].

Los hogares nucleares se encuentran ahora en todas partes, en los bloques de apartamentos de Moscú, en las megalópolis chinas, en El Cairo o en Teherán; pero todos los viejos valores –patrilineales, comunitarios, refractarios a un feminismo radical– no han desaparecido por ello.

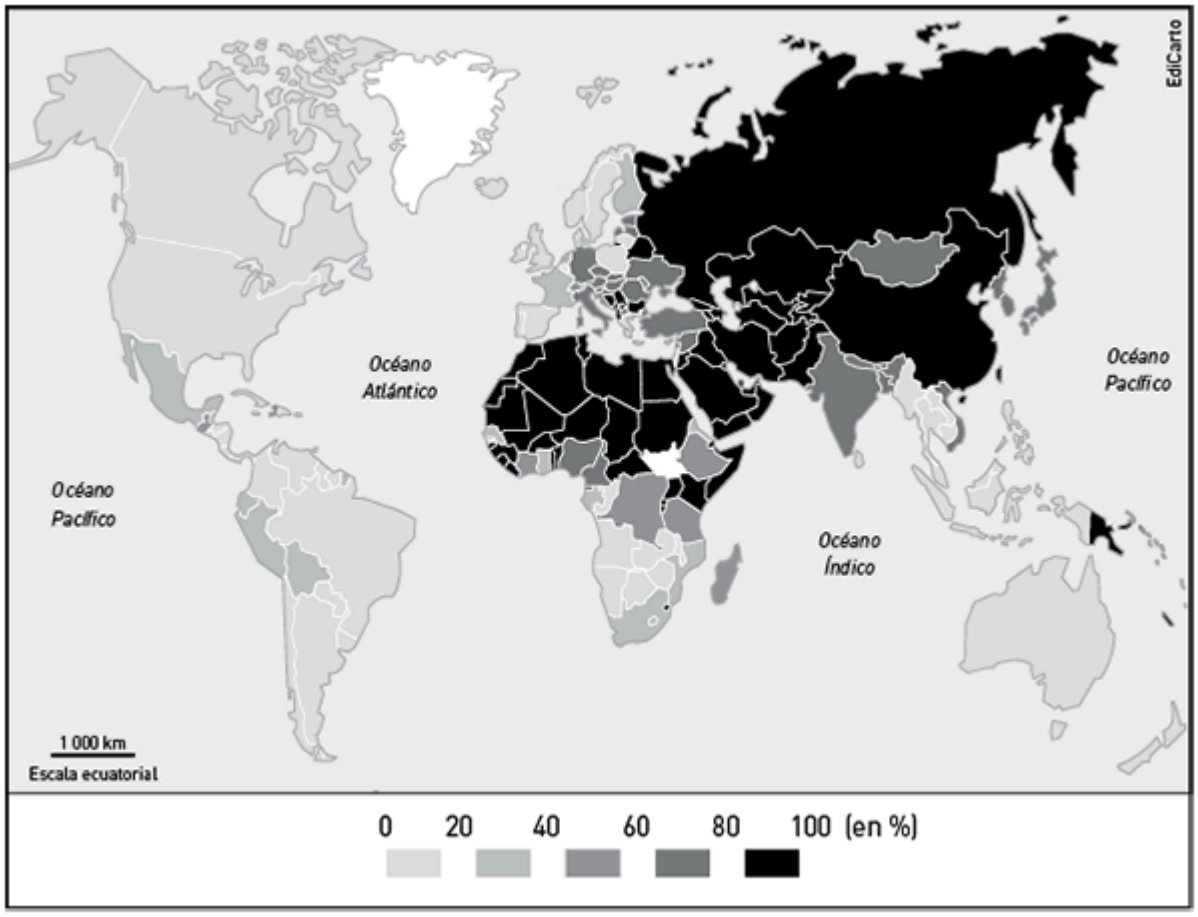
Los alineamientos antropológicos no siempre coinciden con los alineamientos económicos abordados en los epígrafes precedentes. Por ejemplo, Sudamérica cae del lado occidental, bilateral y nuclear. El antagonismo latente entre Brasil y Estados Unidos no puede interpretarse en modo alguno en términos antropológicos. La hostilidad de Brasil es económica y política. Por otra parte, es comprensible la extraña docilidad mostrada hacia Rusia por países como Irán, Arabia Saudí y Turquía. Y nos sorprende menos ver a las gente de Malí, Burkina Faso o Níger ondeando banderas rusas. Una misma sensibilidad patrilineal y antiindividualista une a estos países aparentemente tan diversos.

Al igual que las culturas bilaterales, las patrilineales evolucionan, y sería un grave error creer que ignoran la emancipación de la mujer.

Pero esta no adopta la forma extrema del feminismo típica del mundo occidental. No soy ciego ante la continua represión de la libertad de las mujeres en Irán. Pero, en la República Islámica, las mujeres estudian ahora más que los hombres y tienen de media menos de dos hijos.

Por supuesto, hay diversos grados de patrilinealidad. La familia comunitaria rusa, por ejemplo, es de origen reciente y ha conservado un estatus bastante elevado para las mujeres en comparación con China. El mapa sitúa a la India en una posición intermedia: la patrilinealidad en el norte es sin duda aún más fuerte que en China, pero en el sur, cuyo sistema familiar es tan particular, otorga a las mujeres una posición mejor.

Mapa 11.2. La tasa de patrilinealidad en el mundo.



Yo clasificaría Alemania y Japón como semipatrilineales. La ideología feminista está allí menos avanzada que en el Occidente estrecho[11].

Un ejemplo a la vez exótico y tecnológico quizás ayude al lector a convenir en que no toda la modernidad es occidental. Tomemos el estado indio de Karnataka. En 2020, su tasa de fertilidad era de 1,7 hijos por mujer, igual a la de Francia. Su capital, Bangalore, es uno de los centros neurálgicos de la revolución informática mundial. El estado forma parte del sur de la India, más avanzado educativa y económicamente que el norte. La condición de la mujer es aquí más elevada, aunque el parentesco se rige por el principio patrilineal. El sistema matrimonial de Karnataka permite ver una coexistencia absoluta de modernidad económica y diferencia cultural.

En el sur de la India se practica la unión entre primos cruzados, es decir, entre los hijos de un hermano y una hermana (el matrimonio entre los hijos de dos hermanos o entre los de dos hermanas está prohibido). En 2019, la tasa de matrimonios entre primos hermanos en Karnataka fue del 23,5%. Si añadimos los matrimonios entre primos más lejanos, así como el matrimonio entre tío y sobrina, que a veces está permitido, vemos que entre 1992-1993 y 2015-2016 el total de matrimonios consanguíneos pasó del 29,9% del total de matrimonios al 27,5%[12], y que en 2019-2020 la tasa seguía siendo del 27,2%[13]. La endogamia familiar se mantiene estable, a pesar de una muy ligera caída inicial, en el país de la informática, en esta región del sur de la India que suministra una buena parte de sus ingenieros a las GAFA estadounidenses. Sí, la antropología puede ser útil para comprender la diversidad del mundo actual. En el contexto de la guerra en Ucrania, nos ayuda a comprender el nuevo *soft power* ruso.

EL NUEVO *SOFT POWER* RUSO

Un vistazo al mapa de la homofobia (11.3) muestra hasta qué punto se asemeja al de la patrilinealidad (11.2). Ambos ilustran el aislamiento occidental.

Las cuestiones relativas a las costumbres y de índole moral han adquirido una extraña importancia en las relaciones internacionales. Los países occidentales condenan como atrasado a cualquier país hostil a la ideología LGBT. Seguros de encarnar una modernidad universal, no han comprendido que están en camino de resultar sospechosos al mundo patrilineal, homófobo y opuesto *de facto* a la revolución occidental de las costumbres y la moral.

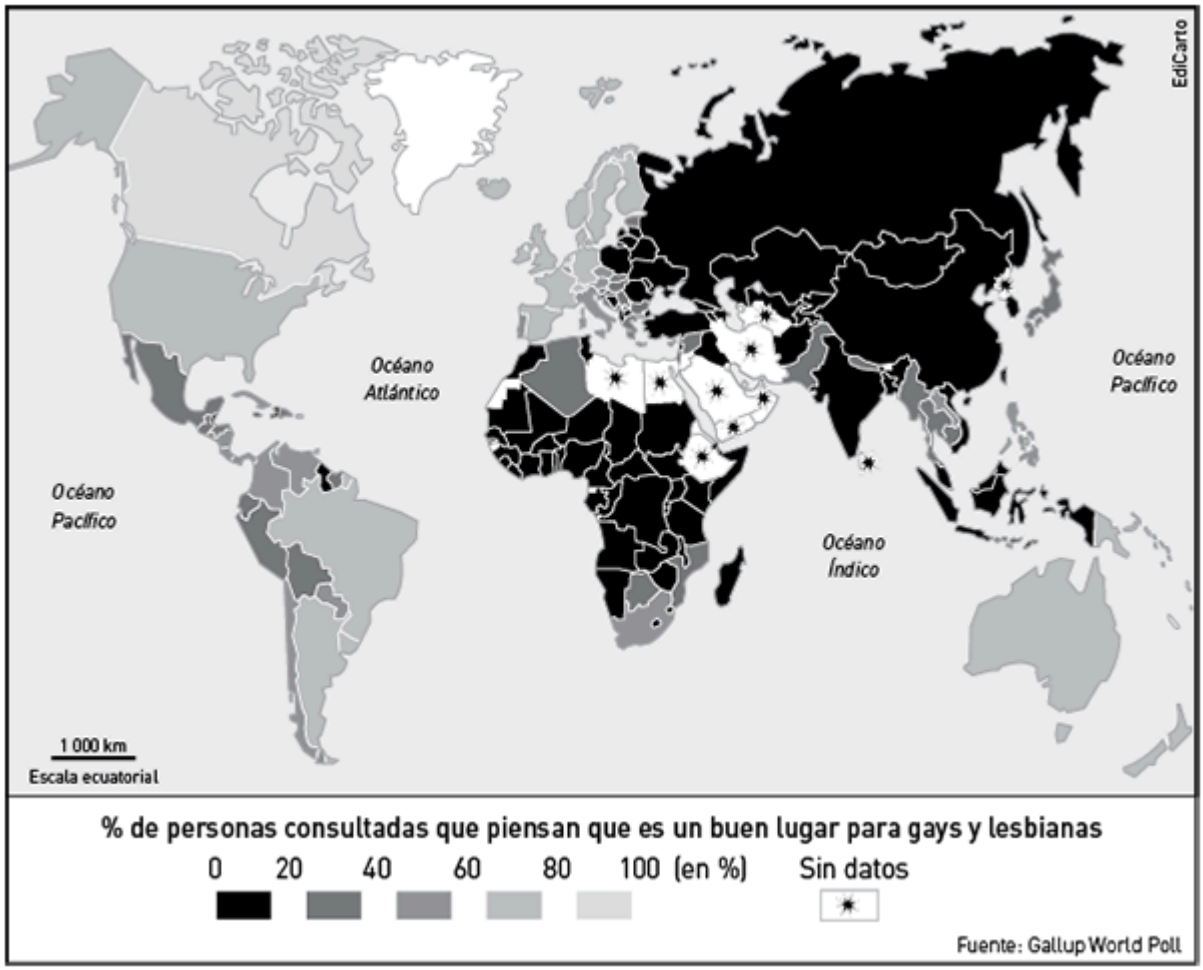
En este contexto, acusar con vehemencia a Rusia de ser escandalosamente anti-LGBT es hacerle el juego a Putin. Los países occidentales imaginan que la legislación cada vez más represiva aprobada por la Duma contra la homosexualidad y los derechos de las personas transgénero (y más aún desde el inicio de la guerra) demuestra al mundo que Rusia es mala. Se equivocan. Rusia sabe que sus políticas homófobas y antitransgénero, lejos de alejar al resto de países del planeta, les resultan bastante atractivas. Esta estrategia consciente le confiere un considerable *soft power*. El *soft power* revolucionario del comunismo ha sido sustituido por el *soft power* conservador de la era Putin.

El comunismo ruso había atraído a una parte de las clases obreras europeas, en particular en Italia y Francia, y sobre todo a países enteros como China. Su ateísmo, sin embargo, asustaba a un buen número de personas, entre ellas las pertenecientes al mundo musulmán. La Rusia actual, conservadora en el ámbito de las costumbres y la moral, ya no sufre esta desventaja. Putin, además, exagera el papel de una religión ortodoxa que hace tiempo que dejó de ser un factor significativo en la sociedad rusa. Es a este nuevo tipo de conservadurismo moral posreligioso al que cabe imputar la facilidad con que se ha producido el acercamiento entre el régimen de los mulás iraníes y Rusia, a pesar de que esta última, junto con Gran Bretaña, era uno de los dos grandes enemigos tradicionales de Irán. El conservadurismo ruso permite asimismo unas relaciones sin duda complejas pero cada vez más cordiales con la Turquía de Erdogan, dirigida por un partido islámico, o con Arabia Saudí, una monarquía fundamentalista.

La ideología transgénero de Occidente parece plantear un problema aún más grave para el mundo patrilineal que la ideología

gay. ¿Cómo pueden las sociedades en las que la diferencia entre filiación paterna y materna es estructurante, y la oposición entre hombres y mujeres conceptualmente indispensable, aceptar una ideología que nos dice que un hombre puede convertirse en mujer y una mujer en hombre? Hablar de un simple rechazo sería subestimar lo que está en juego en este conflicto. Es totalmente plausible que estas sociedades consideren que Occidente «se ha vuelto loco». ¿Nihilista, quizá?

Mapa 11.3. La homofobia en el mundo.



Particularmente fascinante, en el contexto de este estudio geopolítico que debe incluir la cuestión transgénero, es el problema de los aliados o vasallos patrilineales de Estados Unidos. En Ucrania,

Taiwán y Japón se están aprobando leyes «LGBT» en un intento de ajustarse a la norma occidental.

El caso más reciente es el de Japón. Como lector de Kawabata y Tanizaki, consciente de una complementariedad entre la literatura francesa y japonesa en sus reflexiones sobre la sexualidad, no puedo resistirme a hablar de ellos con cierto detalle.

En Japón, el 16 de junio de 2023, el Senado aprobó la «Ley para la comprensión ciudadana de la diversidad de género y la orientación sexual», más comúnmente conocida como «Ley LGBT». El proyecto de ley había sido aprobado el día anterior por la Cámara Baja. La coalición gobernante del Partido Liberal Democrático y el partido Komeito, con el apoyo del partido Ishin y el Partido Democrático para el Pueblo, impulsó la ley de forma extremadamente precipitada. En el seno del Partido Liberal Democrático, la mayoría de los diputados y senadores estaban en contra. Pero, como en los demás partidos, hay que votar lo que decide la cúpula (familia jerárquica).

La izquierda (Partido Democrático Constitucional, Partido Comunista de Japón, Partido Socialdemócrata de Japón, partido Reiwa Shinsengumi) votó en contra de la ley por considerarla insuficiente. El único partido que destacó por su oposición fue el Sanseitō, representado por su único miembro en el Senado, Sōhei Kamiya. Tres senadores del Partido Liberal Democrático abandonaron la cámara antes de la votación (fueron acusados de incumplir las normas del partido).

El nuevo embajador de Estados Unidos en Japón, Rahm Emanuel, que no había dejado de tuitear su apoyo, celebró la aprobación de la ley en X (antes Twitter). Tras su aprobación, el Tribunal Supremo de Japón dictaminó que la prohibición impuesta a un empleado transgénero que trabajaba en el Ministerio de Economía de utilizar los baños de las mujeres era ilegal. Además, el distrito de Shibuya carece ahora de aseos públicos reservados para mujeres. Personas como Moe Fukada, analista de inteligencia tecnológica, han puesto en marcha protestas para preservar los aseos femeninos. Se extiende el temor a que las mujeres transgénero (esto es, hombres biológicos) puedan llegar a entrar en los baños públicos para mujeres… Continuará. Algún día sabremos si la conversión política

de Japón a la ideología LGBT ha acercado a la población japonesa a Estados Unidos o ha añadido una dosis extra de resentimiento contra el gran protector.

La ironía suma en otra parte. Estas leyes se han introducido para afirmar el sentimiento de pertenencia a Occidente y hacer más segura la protección estadounidense frente a Rusia o China. Pero reflexionemos un poco y volvamos sobre el sentido profundo de la ideología transgénero, tal como la analicé en el Capítulo VIII. Dice que un hombre puede convertirse en mujer y que una mujer puede convertirse en hombre. Es una afirmación engañosa y, en este sentido, cercana al corazón teórico del nihilismo occidental. Pero ¿cómo puede la adhesión a un culto engañoso conducir a una alianza militar más segura? Mi opinión es que existe, de hecho, una conexión mental y social entre dicho culto y la ya proverbial falta de fiabilidad de Estados Unidos en los asuntos internacionales. Igual que un hombre puede convertirse en una mujer, un tratado nuclear con Irán (Obama) puede transformarse de la noche a la mañana en un régimen de sanciones agravado (Trump). Seamos un poco más irónicos: la política exterior estadounidense es, a su manera, *gender fluid*. Georgia y Ucrania saben ahora lo que vale la protección estadounidense. Taiwán y Japón no serían, estoy convencido, defendidos por Estados Unidos frente a China. Estados Unidos ya no dispone de los medios industriales para hacerlo. Pero, sobre todo, la ideología nihilista, que avanza sin cesar en Estados Unidos, está transformando el principio mismo de respetar los compromisos en algo obsoleto y negativo. La traición pasa a ser algo normal. Al aprobar estas leyes por complacencia, los países de Asia oriental están en cierto modo «validando» de antemano su futuro «abandono» por parte de Estados Unidos.

---

[1] Nueva York, Norton, 1919 [ed. cast.: *La cultura del narcisismo,* Madrid, Capitán Swing, 2023]. Con Georges Liébert, hicimos traducir esta obra en Éditions Robert Laffont en 1980, con el título *Le Complexe de Narcisse.*

[2] El sistema norcoreano representa la transformación de un totalitarismo comunista estándar en un totalitarismo de corte étnico dirigido por un linaje familiar. La familia jerárquica coreana, que fomenta la continuidad del linaje y una percepción étnica del pueblo (la desigualdad de los hermanos deviene desigualdad de las

personas y de los pueblos), puede explicar este cambio.

[3] John A. Hobson, *Imperialism. A Study,* Londres, Unwin Hyman, 1988, pp. 364-365 [ed. cast.: *Imperialismo,* trad. Jesús Fomperosa Aparicio, Madrid, Capitán Swing, 2009].

[4] Nombre con el que se conoce en Francia al periodo comprendido entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la crisis del petróleo de 1973-1975, momento de gran crecimiento económico que constituye los años dorados del capitalismo. *[N. del T.]*

[5] *Wall Street Journal,* 1 de agosto de 2023.

[6] Mulder, *The Economic Weapon,* cit.

[7] Joy Gordon, *Invisible War. The United States and the Iraq Sanctions,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2020, nota 82, pp. 255-257.

[8] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man,* Nueva York, Free Press, 1992 [ed. cast.: *El fin de la historia y el último hombre,* Barcelona, Planeta, 1992].

[9] Todd, *Où en sont-elles?,* cit.

[10] Paola Giuliano y Nathan Nunn, «Ancestral Characteristics of Modern Populations», *Economic History of Developing Regions* 33, 1 (2018), pp. 1-17; Emmanuel Todd, *L'Origine des systèmes familiaux,* París, Gallimard, 2011, y *La Diversité du monde,* París, Seuil, 1999 y 2017.

[11] Todd, *Où en sont-elles?,* cit., p. 92.

[12] Mir Azad *et al.,* «Change in the Prevalence and Determinants of Consanguineous Marriages in India between National Family and Health Surveys (NFHS) 1 (1992-1993) and 4 (2015-2016)», Human Biology Open Access Pre-Prints, WSU Press, 11 de octubre de 2020.

[13] India, *National Family Health Survey 2019-2021* (versión india de la *DHS, Development and Health Survey*).

CONCLUSIÓN

CÓMO ESTADOS UNIDOS HA CAÍDO EN LA TRAMPA UCRANIANA: 1990-2022

El periodo transcurrido desde la caída del Muro de Berlín no ha sido bien comprendido. La quimera original era que el colapso de la URSS era el resultado de una victoria estadounidense. Pero en el momento en que se produjo, como hemos demostrado, los propios Estados Unidos llevaban 25 años en declive. Si el comunismo implosionó, fue por razones internas: la estratificación educativa hizo añicos un sistema ya debilitado por sus contradicciones económicas.

En varias ocasiones hemos rastreado las consecuencias de esta quimera, pero de un modo disperso. Para poner punto final a este libro, ha llegado el momento de reunir en una secuencia cronológicamente ordenada los elementos diseminados a lo largo de los capítulos precedentes. Utilizaremos lo que ahora sabemos sobre la evolución interna de las sociedades rusa, ucraniana, de Europa oriental y occidental para proponer una nueva lectura de las tres décadas que siguieron a la Guerra Fría y sumieron a la OTAN en la trampa ucraniana.

El colapso de la URSS volvió a poner la Historia en movimiento. Creó un vacío que succionó el sistema occidental, principalmente el estadounidense, en un momento en que él mismo estaba en crisis y atrofiándose en su centro. Se desencadenó un doble movimiento: una oleada expansiva de Estados Unidos, al mismo tiempo que en su interior se producía un aumento de la pobreza y la mortalidad. El declive de la religión y, sobre todo, de las creencias cívicas colectivas que la habían sucedido, fue más fuerte y más extremo que en el resto del mundo avanzado. Hay que señalar que todos los actores de la guerra, Rusia incluida, se vieron afectados por el mismo movimiento hacia un estado cero de la religión, algo que no siempre se manifiesta en la aparición de un espíritu nihilista, que niega la realidad del mundo y tiende a la guerra, sino que en todas partes las poblaciones parecen ahora incapaces de reproducirse. En el mundo

liberal occidental *stricto sensu* –Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Escandinavia– la fecundidad se aproxima a 1,6 hijos por mujer; 1,5 en Alemania y Rusia.

Todas las naciones, *incluida Rusia,* son «inertes», en el sentido en que definí este concepto en el Capítulo V, más que activas. No existe un sentimiento colectivo potente que las anime a restaurar su grandeza mediante gestas económicas, la guerra o cualquier otro proyecto que una a sus ciudadanos en un ferviente esfuerzo común. Allí donde predominaban las formas familiares complejas, que integraban al individuo con el grupo, queda un residuo de colectividad que permite a los gobiernos emprender una acción más eficaz. He descrito Alemania (de familia jerárquica) como una sociedad-máquina. Añadiría aquí que Rusia (de familia comunitaria), a pesar del ideal soberanista que impulsa a su clase dirigente, a pesar de su capacidad para recuperarse económica y tecnológicamente (como Alemania), no es nacionalista en el sentido clásico. También es una «nación inerte», razón por la cual Putin quiere, por encima de todo, evitar una implicación total en la guerra; ha llevado a cabo una movilización lenta porque también los rusos, aunque sigan más apegados a su nación que los franceses (por ejemplo), son individuos posmodernos que piensan ante todo en sus placeres y dolores. Sin embargo, están protegidos de la forma extrema que ha adoptado la posmodernidad: el nihilismo, el mal propio de las sociedades cuya antropología define como individualistas, con el mundo angloamericano a la cabeza. En Francia existen contrapesos al nihilismo porque una buena parte de su periferia tenía estructuras familiares complejas (jerárquicas, comunitarias y otras). En cambio, nada detiene a Estados Unidos e Inglaterra en su deriva centrípeta, narcisista y finalmente nihilista. Gracias a un componente jerárquico, Escocia quizá se encuentre a salvo.

En el mundo angloamericano, la fase de la nación inerte parece que se rebasó en 2020. Mientras que las clases dirigentes rusa, alemana y francesa siguen siendo etnonacionales, las de la Americanosfera han perdido su fundamento cultural original. El sentimiento aristocrático que prevaleció en Inglaterra hasta

alrededor de 1980 ha desaparecido desde entonces. En cuanto a Estados Unidos, hacia 1990 aún podía considerarse una nación, bien es cierto que imperial, pero que conservaba un hogar cultural vivo. El Estados Unidos de hoy ya no es un Estado-nación; ha perdido a su clase dirigente y su capacidad de marcar un rumbo. Hacia 2015, alcanzó lo que he denominado un estado cero. Esta expresión no significa que el país ya no exista ni produzca nada, sino que ya no está estructurado por sus valores originales, protestantes, y que la moralidad, la ética del trabajo y el sentido de la responsabilidad que impulsaban a su población se han evaporado. La elección de Trump, adalid de la vulgaridad, seguida de la de Biden, adalid de la senilidad, habrían sido la apoteosis de ese estado cero. Las decisiones de Washington han dejado de ser morales o racionales. Así que no otorgaré a este Estados Unidos, que ya no sabe quién es ni adónde va, la imagen paranoica clásica de un sistema manipulador eficaz.

Volvamos a la geopolítica. La guerra en Ucrania cierra el ciclo iniciado en 1990. La ola expansionista, que sigue vaciando de sustancia y energía el corazón de Estados Unidos, se ha estrellado contra Rusia, una nación inerte pero estable.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué los estadounidenses se han comprometido en un combate que no pueden ganar? ¿Por qué se han encontrado en guerra con Rusia cuando, desde Obama, su bibliografía geopolítica ha hecho de China su principal adversario? Incluso en un momento en el que, también desde Obama, parecía haberse puesto en marcha un repliegue, un retorno a una postura internacional más modesta.

La conciencia histórica de los actores occidentales (y no sólo de los estadounidenses) está bajo mínimos. Nuestros gobiernos están tomando decisiones, pero su visión del equilibrio de poder mundial –militar, económico, ideológico– y de cómo está evolucionando es, como hemos visto, fantasiosa. Su no-conciencia y la consiguiente ausencia de un proyecto real justifican un enfoque cronológico: es examinando las decisiones concretas de los actores, en una secuencia histórica que no han sabido gestionar, como podemos

entender la inexorable y absurda marcha hacia la guerra a la que hemos asistido. La existencia de un componente nihilista en Estados Unidos y de otro en Ucrania, de distinta naturaleza, excluye *a priori* una interpretación racional de la Historia. Nuestro único consuelo será ver cómo la fusión de los dos nihilismos, el estadounidense y el ucraniano, conduce a una derrota, revancha última de la razón en la Historia.

LAS GRANDES ETAPAS

En las acciones de Estados Unidos, el actor central de esta marcha hacia la guerra (más que Rusia), distinguiré cuatro fases definidas por la evolución del gasto militar estadounidense en proporción al PIB.

Como vimos en el Capítulo IX, el PIB no es un buen indicador del poder económico real. Por tanto, si he utilizado el porcentaje del PIB dedicado al gasto militar es porque este indicador es susceptible de medir el interés de Estados Unidos por la cuestión militar.

Fase 1

En los años que siguieron al hundimiento de la URSS, Estados Unidos aceptó la perspectiva de una paz general: la fracción del PIB destinada al gasto militar cayó del 5,9% al 3,1% entre 1990 y 1999. El desarme al que corresponde esta caída permite afirmar que, durante esta fase de unos diez años, Estados Unidos no albergó ningún proyecto de dominación mundial.

Fase 2

Entre 1999 y 2010, hubo diez años de arrogancia. La fracción del PIB destinada al gasto militar aumentó hasta alcanzar el 4,9% en 2010. Estados Unidos empezó a soñar con el control absoluto del mundo. Los fracasos –Iraq, Afganistán– se sucedieron.

Fase 3

Ahora llega el momento del repliegue. Yo situaría el inicio de esta fase no en 2010, como sugiere el gasto militar, sino en 2008, año de la crisis de las *subprimes* y de la elección de Barack Obama, presidente pacifista por instinto. En 2017, el gasto militar volvió al 3,3% del PIB.

Fase 4

La cuarta y última fase podría denominarse «la salida de la realidad». Estados Unidos cae en la trampa de la guerra de Ucrania. El gasto militar aumenta, pero de forma insignificante: 3,7% en 2020, 3,4% en 2021. Estas modestas cifras invitan a matizar el discurso de Vladímir Putin y, de paso, los análisis de Mearsheimer: lejos de ser belicistas, Estados Unidos había renunciado a la expansión y no quería un enfrentamiento con Rusia, pero el sueño nihilista de los nacionalistas ucranianos, producto retardado de la descomposición de la Unión Soviética, les atrajo. Putin, sin embargo, no tenía ninguna razón para distinguir Kiev de Washington. Decidió ir a la guerra cuando le pareció oportuno. Todo hace pensar que su cálculo fue excelente.

Los geopolíticos actuales tienen en cuenta a tres actores principales: Estados Unidos, China –su principal adversario– y Rusia –su adversario secundario–. Voy a mantenerlos, pero añadiré a Alemania como actor fundamental. Su peso en Europa no ha dejado de crecer entre 1990 y 2020. La guerra de Ucrania está teniendo lugar a sus puertas y no debemos creer que el estilo huidizo del canciller Scholz resume el papel de Alemania en esta crisis, que de europea ha pasado a ser mundial.

Personalmente, estoy convencido de que los esfuerzos de Estados Unidos por alejar a Alemania de Rusia –una de sus obsesiones estratégicas desde 1990– acabarán fracasando. En el mapa de Europa destacan dos grandes fuerzas: Alemania y Rusia. Su misma tasa de fecundidad –1,5 hijos por mujer– las modera y las acerca. Ya

no pueden hacerse la guerra; su especialización económica las hace complementarias. Tarde o temprano, colaborarán. La derrota estadounidense-ucraniana allanará el camino para su acercamiento. Estados Unidos no podrá frenar indefinidamente la fuerza gravitatoria, por así decir, que atrae a Alemania y Rusia.

Veamos ahora la verdadera historia de los años 1990-2022.

1990-1999: la fase pacífica

Empecemos por la implosión de la Unión Soviética, entre noviembre de 1989 (caída del Muro de Berlín) y diciembre de 1991 (fin oficial de la URSS). El 3 de octubre de 1990, Alemania se reunificó bajo Kohl. Bush padre aceptó lo que debía considerarse una anexión de la RDA por parte de la RFA, en contra de los consejos de François Mitterrand y Margaret Thatcher, que, nacidos en 1916 y 1925, recordaban el predominio alemán en el continente. Todos interpretaron el hundimiento del comunismo como una victoria de Estados Unidos, y se equivocaron. En Estados Unidos no se tomaba en serio a Alemania. En aquella época, la RFA tenía 62,7 millones de habitantes y la RDA 16,4 millones, lo que hacía un total de 79,1 millones de habitantes. Para los franceses (58,1 millones) y los británicos (57,3 millones), ya eran demasiados. Para los estadounidenses (250,1 millones), no era gran cosa. Presos del pánico, nuestros inspectores de finanzas y otros burócratas[1] urdieron el Tratado de Maastricht: exigieron la disolución del marco en el euro y, al acordar la creación de un Banco Central Europeo en Fráncfort, obtuvieron la del franco en el marco. Alemania tenía ahora la llave monetaria de Europa. Pero como los alemanes tuvieron que hacer frente durante un tiempo a los costes de la reunificación, franceses y británicos pensaron que estaban acabados y se olvidaron del problema alemán. A Mitterrand y Thatcher les sucedieron los «jóvenes» de la posguerra.

La cuestión, tantas veces esgrimida hoy día, de una garantía dada por Estados Unidos a Rusia de que la OTAN no se ampliaría hacia el este tiene poco interés. Se trata de un debate ahistórico que pasa

por alto el estado de ánimo de los protagonistas de la época. Ningún responsable político había sido capaz de prever el colapso de la Unión Soviética. Una vez desaparecida esta, nadie imaginó el abismo en el que caería Rusia. En la mente de muchos, Rusia seguía siendo una superpotencia, un contrapeso. Una expansión de la OTAN era impensable.

Las intenciones de Estados Unidos en aquel momento eran pacíficas. Como hemos visto, su gasto militar se redujo de forma drástica entre 1990 y 1999. Pero entonces llegó el segundo acontecimiento impensable: después de la URSS, Rusia se hundió. No se había comprendido que el comunismo era algo más que una organización económica, que, después de la ortodoxia, se había convertido en la religión de Rusia, un credo colectivo que mantenía unida a la sociedad. Su desaparición condujo a un estado de anarquía que llevó al país al borde de la desintegración. Hacia 1994, la esperanza de vida, en rápido descenso debido a las condiciones sanitarias, los homicidios y los suicidios, alcanzó su punto más bajo, lo mismo que el PIB per cápita en 1996. En cuanto al PIB global de Rusia (más arcaico, físico, real que el estadounidense), tocó fondo en 1998, tras una crisis financiera y un impago de la deuda. El trueque se generalizó y la gente se preguntaba si sobreviviría el rublo. Además, en 1994-1996, el ejército ruso perdió la primera guerra de Chechenia, mostrándose incapaz de impedir la disidencia de una población del Cáucaso muy pequeña pero muy violenta.

Estados Unidos contemplaba con condescendencia a esta Rusia que, entre 1994 y 1998, tocaba fondo. Se esforzó por seguir viéndola como una nación en transición, susceptible de convertirse algún día en una democracia como cualquier otra. Sin embargo, hacia 1997-1998, la evidente debilidad de Rusia les llevó a pasar de una actitud benevolente a soñar con un KO definitivo. He aquí las premisas de la arrogancia.

El gran tablero mundial de Brzezinski data de 1997. En retrospectiva, es difícil decir si este libro expresa miedo o esperanza. Describe el Imperio estadounidense nacido de la Segunda Guerra Mundial, con sus puntos de apoyo en las naciones conquistadas de Alemania y Japón. Veamos primero que sentía Brzezinski: si la caída

del comunismo había restado «utilidad» a Estados Unidos, los polos japonés y sobre todo alemán podían asociarse con Rusia; surgiría así una masa euroasiática que marginaría a Estados Unidos. La asociación de Alemania y Rusia constituía la principal amenaza.

Ahora, vamos con la esperanza que animaba a Brzezinski: mientras Rusia se derrumbaba, sugería que se podía acabar con ella si se le arrancaba Ucrania, una amputación que la privaría para siempre de su estatus imperial. Si la guerra en Ucrania conduce finalmente a la caída del Imperio *estadounidense,* Zbigniew Brzezinski pasará a la historia de la geopolítica como el mayor humorista involuntario de todos los tiempos.

1999-2008: la arrogancia

En la mitología griega, Belerofonte, tras muchas hazañas, incluida la captura del caballo alado Pegaso, subió al cielo montado en él con la intención de sentarse junto a los dioses. Zeus, furioso ante tamaña presunción, envió un tábano para que picase a Pegaso. Tras caer del caballo, Belerofonte fue a parar a una zarza y sobrevivió para llevar en la tierra la miserable vida de un ciego. Su historia ilustra el destino de todos los que se dejan llevar por la arrogancia o *hubris,* el exceso que surge de la falta de comprensión de nosotros mismos y de nuestros límites.

A partir de 1999, Estados Unidos entró en un estado de arrogancia. Por primera vez en su historia, ya no tenía adversario. Aturdido por este vacío, perdió la cabeza. Esquilo afirma que Hubris era hija de Dissebeia, la Impiedad. De hecho, la arrogancia estadounidense comenzó en el mismo momento en que desapareció el protestantismo zombi y el país se sumió en un estado cero de la religión.

Hasta entonces, no se había producido ninguna ampliación de la OTAN. Pero en 1999, Polonia, la República Checa y Hungría se unieron a la Alianza en respuesta a una invitación formulada en Madrid en 1997. También en 1999, de marzo a junio, la OTAN bombardeó Serbia, una campaña aérea de 78 días durante la cual,

para rematar, se lanzaron unas cuantas bombas sobre la embajada china en Belgrado.

Ironía de la historia: 1999, el año que marca la entrada de Estados Unidos en su fase de arrogancia, también fue testigo de la llegada de Putin al poder y del inicio de la recuperación de Rusia.

A estas alturas, todavía no podemos hablar de una fijación antirrusa en los círculos dirigentes occidentales: ¿cómo se puede ser hostil a una potencia que se cree definitivamente derrotada? Durante los años noventa, por mediación de las OPNG (organizaciones *pseudo* no gubernamentales) y de hombres de negocios estadounidenses activos en Moscú y San Petersburgo, se contentaron con intentar hacerse con el control de todo lo controlable en Rusia, en particular los hidrocarburos. En la mente de los estadounidenses, Rusia dejó de existir como actor autónomo; su destino era formar parte de su sistema hegemónico, un socio de un nivel aún por definir, pero en cualquier caso sumiso.

Como un niño hiperactivo, Estados Unidos tenía dificultades para centrarse en un único objetivo. Rusia ya no se percibía como una amenaza, y el atentado terrorista contra el World Trade Center del 11 de septiembre de 2001 bastó para desviar su atención hacia Oriente Próximo, donde se enfrentan a pontencias inexistentes. La invasión de Afganistán estaba justificada porque allí se había refugiado Bin Laden. La invasión de Iraq en 2003 no lo estaba en absoluto: marcó la entrada de Estados Unidos en una nueva fase de su historia, la guerra de agresión pura y dura. Lo que sufrió Iraq pasará a los libros de historia (tras la derrota de Occidente) como una de las infamias del siglo XXI. El flamante componente nihilista de Estados Unidos dio a luz a Colin Powell, quien, probeta en mano en Naciones Unidas, afirmó que Iraq poseía armas de destrucción masiva. El nihilismo niega la realidad y la verdad, es un culto a la mentira. En este sentido, la Administración de Bush hijo abrió nuevos caminos.

En 1999, el presupuesto militar había comenzado a aumentar. El pequeño mundo de los geopolíticos ya no hablaba más que de la hiperpotencia estadounidense y de un mundo unipolar. El fin de la Historia en su versión militar. Cabe señalar que los atentados del 11

de septiembre tuvieron lugar *después* de que aumentara el gasto militar y, por tanto, después de que Estados Unidos entrara en su fase de arrogancia.

Estados Unidos se creía tan invencible que, el 11 de diciembre de 2001, admitió a China en la OMC (Organización Mundial del Comercio), el acto político y económico más irreflexivo que se pueda imaginar. Sus consecuencias iban a ser mucho más catastróficas para ellos que su retirada de Iraq o Afganistán.

En septiembre de 2002, Bush hijo presentó al mundo la nueva «US National Security Strategy» («Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos». Todos los países del mundo convergían hacia unos «valores comunes» y «las grandes potencias están ahora del mismo lado»: «Rusia», explicaba, «está en plena transición en la que depositamos muchas esperanzas, en busca de un futuro democrático, y es un socio en la guerra contra el terror. Los dirigentes chinos están descubriendo que la libertad económica es la única fuente de riqueza. Con el tiempo, verán que la libertad social y política es la única fuente de grandeza nacional. Estados Unidos fomentará el progreso de la democracia y la apertura económica en ambos países». Hasta aquí el cuento de hadas.

Luego está la vertiente militar. El objetivo declarado de esta nueva estrategia era alcanzar tal superioridad tecnológica y militar que desalentase cualquier carrera armamentística. El sueño americano despegó hacia un nuevo mundo virtual. Entre 1995 y 2002, la proporción de usuarios de internet en Estados Unidos pasó del 10% al 60% de la población. El cine no tardó en percatarse de la nueva trayectoria: en 1999 se estrenó la película *Matrix,* que nos sumergió de lleno en un mundo virtual.

Pero la Historia no se detiene, sigue su curso, y lo hace sorprendentemente rápido, sobre todo desde que Francis Fukuyama declaró su final. Mientras Estados Unidos se precipitaba en Iraq y Afganistán, y dejaba que China diezmase su industria, Rusia se recuperaba. La velocidad de esta recuperación fue tan sorprendente como la brutalidad del derrumbe en la década de 1990.

En agosto y septiembre de 1999, los chechenos invadieron Daguestán y perpetraron atentados en suelo ruso, sobre todo en

Moscú. Putin aplastó Chechenia con extrema brutalidad. Su popularidad estaba asegurada. A continuación, dio muestras de moderación concediendo a Chechenia un estatus peculiar, una autonomía basada en clanes, no todos favorables inicialmente a los rusos. El éxito de esta política permitirá a los regimientos chechenos desempeñar un papel importante en la guerra de Ucrania del lado de los rusos.

Esta segunda guerra de Chechenia fue la primera señal de que Rusia no iba a desintegrarse. Los países occidentales le prestaron poca atención, como tampoco se percataron de que la situación económica rusa había empezado a mejorar antes incluso de que Putin llegara al poder.

Es difícil saber si era optimista o cauto, pero, en sus comienzos, Putin se había mostrado muy complaciente y servicial con Estados Unidos. Tras el 11 de septiembre, había expresado su solidaridad y abierto Asia Central al ejército estadounidense para facilitarle la conquista de Afganistán. Su proamericanismo inquietó a las elites rusas[2].

A partir de 1999-2001, Rusia no fue la única potencia en recuperarse. Los alemanes sólo tardaron diez años en digerir a Alemania oriental. En 2001, su superávit comercial empezó a dispararse, superando el 5% del PIB en 2004 y el 7% en 2015. La reorganización de la economía alemana no se limitó a la actualización industrial de la Bundesrepublik ampliada. La integración de la República Checa, Polonia y Hungría en la OTAN creó una inmensa zona de seguridad para las inversiones alemanas. La recuperación de Alemania consistió esencialmente en integrar las antiguas democracias populares en su sistema industrial, poniendo a trabajar a sus poblaciones activas, a las que el comunismo había dado una buena educación.

Como hemos visto, el relanzamiento económico de Alemania precedió a las reformas liberales del Código Laboral. Una mente perversa podría señalar que la infravaloración del euro, en comparación con lo que habría ocurrido si se hubiera mantenido el marco alemán, dio un tremendo impulso a las exportaciones alemanas. No me convence esta explicación. Tengo la sensación de

que, en cualquier sistema o configuración económica, los alemanes habrían salido ganando, sencillamente porque encarnan a Alemania, con su potencial antropológico (jerárquico), educativo y tecnológico. La misma lógica me ha llevado siempre a pensar que los rusos saldrían adelante porque encarnan a Rusia, con su potencial antropológico (comunitario), educativo y tecnológico. Hoy sigo convencido de que Alemania, durante un tiempo trastornada por la interrupción de su suministro de gas ruso, saldrá adelante. Y desde que el diario británico *The Economist,* que siempre se equivoca, la presentó una vez más (el 17 de agosto de 2023) como el enfermo de Europa, estoy seguro de ello.

La Europa de la década de 1990 se vio sacudida por la caída del Muro, pero, desde los años 80, le ha ido mejor que a Estados Unidos, donde había surgido un sentimiento antieuropeo antes incluso de la segunda guerra de Iraq. En el número de junio-julio de 2002 de *Policy Review,* Robert Kagan publicó un artículo titulado «Power and Weakness» («Poder y debilidad»). Su éxito le llevó a convertirlo en un pequeño libro, *Of Paradise and Power (Sobre el paraíso y el poder),* publicado tras el inicio de la guerra de Iraq y, por tanto, tras la negativa de franceses y alemanes a participar en ella[3]. Pero en el texto de 2002 había brotado un envidioso desprecio hacia los europeos, de quienes Kagan decía que eran «de Venus», mientras que los estadounidenses eran «de Marte». En otras palabras, los europeos eran mujeriles, por no decir unas nenazas. Esta agresividad viril tenía su origen en la constatación más o menos consciente de que Estados Unidos se estaba quedando rezagado con respecto al Viejo Mundo. En 2002-2003, la esperanza de vida de los europeos era superior a la de los estadounidenses desde hacía más de 15 años (desde 1986 aproximadamente).

No importa. El delirio megalómano continuó y siguió creciendo. En 2004, la OTAN admitió a Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia y Eslovenia, después de la invitación que se les había hecho en Praga en 2002. De forma coordinada, estos mismos países (menos Bulgaria y Rumanía) ingresaron en la UE en 2004. Los dos rezagados serían absorbidos en 2007. A estas alturas, la expansión de la UE es claramente un subproducto de la de la OTAN.

La carrera hacia el Este continúa. Del 22 de noviembre de 2004 al 23 de enero de 2005 tuvo lugar en Ucrania la «Revolución naranja», en la que Estados Unidos desempeñó un papel crucial. Fueron ellos, no la Unión Europea, los que estuvieron al timón, bien directamente a través de su embajada, bien a través de sus servicios, bien a través de ONG, perdón, OPNG. Al mismo tiempo, el discurso estadounidense sobre Rusia iba cambiando. En *The Dark Double,* Andrei Tsygankov ha estudiado la aparición de la rusofobia en Estados Unidos[4]. Demuestra de forma convincente que la prensa y los medios audiovisuales fueron la fuente de este cambio de actitud. Ya en noviembre de 2005, un editorial del *Washington Post* se titulaba «La contrarrevolución del Sr. Putin»[5]. Unos meses más tarde, en marzo de 2006, el Council on Foreign Relations publicó un folleto con un título explícito, *Russia's Wrong Direction,* donde se criticaba la «*desdemocratización*» de Rusia. Pero el artículo más feroz apareció en *Foreign Affairs,* también en marzo de 2006: «The Rise of US Nuclear Primacy». En él se presentaba a un Estados Unidos más poderoso que cualquier otro país del mundo, hasta el punto de que un primer ataque nuclear podría dejar fuera de combate a su adversario antes de que este pudiera responder. Al tratarse de armamento nuclear, Rusia, un competidor histórico en este terreno, era naturalmente el objetivo. *Foreign Affairs* se erigía en rival de *Dr. Strangelove* (*Teléfono rojo, volamos hacia Moscú*), la hilarante película en la que Stanley Kubrick escenificaba un ataque nuclear estadounidense contra Rusia, bien es cierto que involuntario, pero con la ayuda de un consejero nazi reciclado (Peter Sellers) y un militar demente (George C. Scott).

¿Puede el comportamiento de los rusos justificar este cambio de actitud? El aplastamiento de Chechenia tuvo lugar en plena luna de miel entre Washington y Moscú. Por el contrario, la represión de los oligarcas, incluida la detención de Mijaíl Jodorkovski (que andaba metido en trapicheos con ExxonMobil) en octubre de 2003, es un factor. Más allá del fracaso de una tentativa estadounidense de hacerse con los hidrocarburos, ese meter en cintura a los oligarcas rusos resultaba chocante en Estados Unidos. Al otro lado del Atlántico, los oligarcas iban camino de imponerse al Estado. Sin

embargo, creo que la verdadera causa del giro antirruso es más estratégica en un sentido clásico: la formación de un frente común germano-franco-ruso contra la guerra de Iraq puso en alerta al *establishment* geopolítico estadounidense, el Blob en ciernes.

Antes incluso de que comenzara la guerra, Putin visitó Berlín el 9 de febrero de 2003 y París al día siguiente. Tras el estallido del conflicto, hubo tres reuniones y conferencias de prensa conjuntas –Putin, Schröder, Chirac–, la primera el 11 de abril de 2003 en San Petersburgo; la segunda el 31 de agosto de 2004 en Sochi; la tercera el 3 de julio de 2005 en Kaliningrado. Durante estos dos años, fue tomando forma un realineamiento continental independiente de Estados Unidos, en el mismo momento en que la economía alemana extendía su hegemonía en Europa del Este.

Lejos de ir a remolque de Francia, Alemania desempeñó un papel destacado en la oposición a la guerra de Iraq. El mundo aún recuerda el admirable discurso de Dominique de Villepin en la ONU, pero Hans Kundnani, en *The Paradox of German Power,* pone de manifiesto que fueron los franceses quienes siguieron a los alemanes y no al revés: Schröder había declarado que se opondría a la invasión de Iraq aunque los inspectores de armamento descubrieran armas secretas, en un momento en el que Francia aún mantenía abiertas sus opciones[6]. Alemania era entonces miembro del Consejo de Seguridad. «Junto con nuestros amigos franceses, Rusia y China, estamos más convencidos que nunca de que el desarme de Iraq puede y debe lograrse por medios pacíficos», declaró el canciller alemán Gerhard Schröder el 14 de marzo de 2003.

La principal razón del giro antirruso de los estadounidenses fue el temor a una Alemania independiente y activa, y sobre todo a una Alemania dispuesta a llevarse bien con Rusia. Tras la victoria sobre Sadam Husein, Condoleeza Rice, asesora de seguridad de Bush hijo y luego secretaria de Estado, expresó esta verdad en su desmentido: «Debemos castigar a Francia, ignorar a Alemania y perdonar a Rusia». Sabemos que Rusia no iba a ser perdonada y que no se iba a castigar a Francia. Pero Alemania sería cualquier cosa menos ignorada.

La pesadilla de Brzezinski parecía hacerse realidad, y el gas ruso la

hacía aún más oscura. Las obras del gasoducto Nord Stream 1, fruto de un proyecto iniciado en 1997, comenzaron a finales de 2005 y concluirían en 2011, con la puesta en servicio prevista para 2012. Aparte de la importancia real de la energía, conviene saber que el gas y el petróleo ocupan un lugar importante en la psique geopolítica de Estados Unidos, al igual que la población negra ocupa otro, desmesurado, en su psique sociológica.

Los años 2003-2010 vieron surgir una confluencia germano-rusa, con el beneplácito de los franceses, que, todo hay que decirlo, dieron la impresión de no entender muy bien lo que estaba en juego. El espacio mental del Quai d'Orsay, lejos de ser mundial, no se extiende más allá de Berlín, Beirut y Brazzaville.

Lo que se le reprochaba al Kremlin no era tanto su giro autocrático (argumento oficial de *Russia's Wrong Direction,* de 2006) como llevarse cada vez mejor con dos democracias europeas. La publicación también podría haberse llamado *Germany's Wrong Direction, France's Wrong Direction* o, por qué no, *Europe's Wrong Direction*. Si la autocracia fuera realmente una preocupación para las cabezas pensantes de la política exterior estadounidense, un folleto titulado *Saudi Arabia's Wrong Direction* hubiera sido más apropiado.

El 10 de febrero de 2007, en la Conferencia de Seguridad de Múnich, Putin pronunció un discurso fundacional. Sencillamente, declaró que Rusia no aceptaría un mundo unipolar en el que Estados Unidos llevara la voz cantante. Las invitaciones cursadas a Georgia y Ucrania para ingresar en la OTAN en la Cumbre de Bucarest de abril de 2008 pueden interpretarse como la respuesta de Estados Unidos al discurso de Múnich. Era el apogeo de la arrogancia antes del repliegue: la crisis de las *subprimes* iba en aumento. La caída de Belerofonte había comenzado; la elite de Washington estaba a punto de regresar a la tierra. Pero es demasiado tarde, los dioses han cegado a los que quieren que se pierdan, y Estados Unidos está demasiado comprometido. En la Cumbre de Bucarest, al abrir la OTAN a Ucrania, Estados Unidos empezó a cavar la trampa de la que no podrá escapar.

En agosto de 2008, Georgia fue víctima de una de las innumerables promesas que Estados Unidos no puede cumplir: los

rusos intervinieron en las disputas de la pequeña república con su provincia separatista de Osetia del Sur y le infligieron una derrota. Georgia perdió tanto Osetia del Sur como Abjasia. Estados Unidos, que tres meses antes había invitado a Georgia a unirse a la OTAN, no se movió. La pequeña república perdió el 18% de su territorio. Mirando el mapa de Ucrania en septiembre de 2023, me di cuenta de que en ese momento había perdido entre el 18% y el 20% de su territorio (incluida Crimea) y me pregunté si hay alguna ley geopolítica secreta que permita predecir que cualquier país que confíe en la protección estadounidense contra Rusia o China está destinado a perder alrededor del 20% de su territorio. No, estoy divagando: para Taiwán podría ser el 100%, para Lituania, como mucho, entre el 1 y el 2% (el corredor de Suwalki entre Bielorrusia y Kaliningrado). En cuanto a Ucrania, si, como creo, el objetivo final de los rusos es anexionarse los óblasts de Crimea, Lugansk, Jarkov, Donetsk, Dnipro, Zaporiya, Jerson, Mykolaiv y Odesa, la pérdida sería del 40%.

2008-2017: el repliegue estadounidense y la arrogancia (especial pacífica) alemana

El gasto militar estadounidense no volvió a caer hasta 2010, pero a partir de 2008 Estados Unidos regresó a una postura caracterizada por una mayor modestia. Trataba de pasar de la *hubris* a la *sophrosynè*, su contrario según Sócrates, esa moderación que deriva de una buena valoración de uno mismo. La crisis de las *subprimes* disipó el mito de una economía maravillosa. Por supuesto, 2008 también fue testigo de la elección de Barack Obama.

La tragedia de la presidencia de Obama fue que las cualidades personales de este hombre fueron incapaces de contener las fuerzas de la historia. Inteligente y pacífico por instinto, fue uno de los pocos políticos que tuvo el valor de oponerse a la guerra de Iraq. Nacido en Honolulú, tenía 47 años en 2008; por ello, no está tan obsesionado con Europa y su anexo de Oriente Próximo como la mayoría de los geopolíticos-gerontócratas de Washington, formados

en tiempos de la Guerra Fría. Él encarnaba el retorno del sentido común a la Casa Blanca. En 2012, permitió a Rusia entrar en la OMC. Se negó a armar a Ucrania. Llegó a un acuerdo sobre el programa nuclear iraní en julio de 2015 y se esforzaba por sacar a Estados Unidos del atolladero de Oriente Próximo. Tuvo éxito en Iraq, de donde los últimos soldados estadounidenses salieron el 18 de diciembre de 2011, pero fracasó en Afganistán.

Si Estados Unidos aceptó retirarse de Oriente Próximo fue también porque, a partir de 2009, recuperó su autonomía energética. En 2008, en el punto más bajo de su producción de petróleo, esta apenas era de 300 millones de toneladas; en 2021, alcanzó los 711 millones. En el mismo periodo, su producción de gas aumentó un 71%, lo que lo situó en primera fila a nivel mundial.

Estoy tentado de ver en Obama al último de los presidentes estadounidenses responsables y, en el fondo, por su moralidad y –por qué no decirlo– su inteligencia, al último representante de la elite WASP, aunque sólo sea blanco por su madre (en contra de Freud, pero como Erich Fromm y los rabinos de Israel, creo en la dominancia de la madre).

Pero el Estado estadounidense proseguía su carrera hacia el abismo, a pequeños pasos, por inercia. En 2009, Croacia se unió a la OTAN. En 2010, la esperanza de vida de los estadounidenses blancos de entre 45 y 54 años comenzó a descender.

En 2002, en *Après l'empire,* había escrito que el mundo era demasiado vasto y vivo para que Estados Unidos pudiese controlarlo. En 2011, esto era evidente. Mientras los estadounidenses estaban enredados en sus problemas internos –recuperación económica y reforma del sistema sanitario–, la Historia se aceleraba en todas partes, en especial en el mundo árabe. El 17 de diciembre de 2010 estalló la revolución tunecina y Ben Ali huyó el 14 de enero de 2011. En Argelia, las protestas habían comenzado el 3 de enero. El 14 de enero fue el turno de Jordania. Al día siguiente estalló la revolución egipcia. El 27 de enero fue el inicio de la revolución yemení. El 14 de febrero, la población se sublevó en Bahréin, y el 15 de febrero en la Libia de Gadafi. El 20 de febrero, Marruecos también se vio afectado por un movimiento de protesta. Por último, el 15 de marzo comenzó

en Siria el levantamiento contra Bashar al-Assad.

El 17 de marzo de 2011, los estadounidenses se dejaron arrastrar a una última intervención en Libia, sin demasiado entusiasmo. Era la cola del cometa. Ya no era el corazón. Los europeos, incluidos los franceses, más que los estadounidenses, se dejaron llevar por la locura de los bombardeos.

El 11 de marzo de 2011, un tsunami provocó el accidente nuclear de Fukushima en Japón. Angela Merkel anunció, sin consultar a uno solo de sus socios europeos, que Alemania abandonaría progresivamente la energía nuclear. Este desinflarse de la arrogancia militar estadounidense parece coincidir curiosamente con otro estallido de arrogancia, en este caso alemán, y extremadamente original hay que decirlo, porque excluía todo carácter militar. Podría calificarse de pacífico, económico y demográfico. El superávit comercial de Alemania le confirió una autoridad financiera que la convirtió, de hecho, en el jefe de Europa. La dilución geopolítica de Francia fue inmediata. El estado religioso cero del Hexágono coincidió enseguida con dos presidentes, Nicolas Sarkozy y luego François Hollande, cada vez más cercanos al cero[7]. El cero absoluto (en el sentido sociológico, que implica una desaparición completa de los valores y partidos tradicionales) no se alcanzó, sin embargo, hasta 2017 con Emmanuel Macron.

El Nord Stream 1 entró en servicio en 2012. Los vínculos de Alemania con Rusia se afirmaban. En 2013, entró en la UE Croacia, el satélite número uno de Alemania en la Europa poscomunista. Entre 1989 y 2021, su población se desplomó de 4,8 millones a 3,9 millones, una caída de 900.000 personas, pero para entonces 436.000 croatas ya vivían en Alemania. Las crisis griegas de 2010, 2011 y 2015 pusieron de manifiesto que era Alemania quien llevaba la voz cantante; impuso su visión de una Europa jerárquica, acorde con el ideal de la familia jerárquica, autoritaria y no igualitaria: Berlín en la cúspide, Francia como leal suboficial, Grecia debajo del todo. El sargento mayor Hollande envió expresamente inspectores de finanzas a Atenas para ofuscar al Gobierno griego.

En julio de 2013, Rusia cometió el sacrilegio máximo: creyéndose sin duda la Inglaterra del siglo XIX o la Suiza de la época nazi,

concedió asilo político a Edward Snowden.

La arrogancia alemana alcanzó su punto álgido en el verano de 2015, cuando la canciller Merkel, una vez más sin consultar a sus socios europeos, acogió a más de un millón de refugiados, muchos de los cuales venían huyendo de Siria. «*Wir schaffen das*», anunció, «Lo vamos a hacer», una versión alemana del «Yes, we can» de Obama, con una notable diferencia: cuando los alemanes anuncian que van a hacer algo, son más creíbles que los estadounidenses.

El año anterior, la arrogancia alemana había tenido una enorme consecuencia: el Euromaidán, que comenzó el 21 de noviembre de 2013. A diferencia de lo ocurrido en 2005 con la Revolución naranja, los estadounidenses ya no desempeñaron aquí un papel protagonista. Esta vez, fue la Unión Europea, liderada por Alemania, la que llevaba el timón.

Al final, la Revolución naranja había quedado en nada: la alternancia de fases prooccidentales y prorrusas continuó, y persistían la anarquía y la corrupción. Sin embargo, soterradamente, había despertado al nacionalismo ucraniano, que alcanzó su madurez en 2014 e iba a dejar sentir toda su fuerza durante la crisis. Pero fue la Unión Europea la que desencadenó el colapso del régimen al exigir al Gobierno de Kiev que eligiera entre la UE y Rusia. La UE estaba rompiendo Ucrania y dando una oportunidad a los nacionalistas del oeste del país, históricamente vinculados al mundo germánico, primero a Austria y luego a Alemania. De hecho, fue la Europa alemana la que, con su expansión no armada, obligó a Ucrania a elegir. Sin estar del todo seguro, creo que lo que Alemania buscaba en Ucrania, en consonancia con su nueva naturaleza de sociedad-máquina, era no tanto territorios como población trabajadora. El eventual colapso de la economía ucraniana, que la ruptura del vínculo con Rusia había hecho inevitable, debía liberar automáticamente una emigración que Alemania, por un lado, y, por otro, Rusia podrían compartir. Esto es exactamente lo que ocurrió.

Estados Unidos no tenía ningún interés en todo este asunto, aun cuando Alemania, en su especial arrebato de arrogancia pacífica, seguía contando con Estados Unidos para garantizar su seguridad. Sin embargo, Estados Unidos se vio arrastrado por su protegida,

obligado a seguirla, incluso a subir la apuesta, so pena de perder todo el control en esta zona estratégica fundamental, punto de encuentro de Rusia y Alemania bien para enfrentarse, bien para negociar.

Los estadounidenses abandonaron uno de sus tres polos de dominación exterior junto con Europa y Asia oriental. No acertaron a ver la eclosión de una Europa que podría prescindir de ellos. En adelante, cuando intervengan en Ucrania, no lo harán para doblegar a Rusia con una acción ofensiva; lo harán para mantener a raya a los alemanes y poner freno a la política europea autónoma (y muy torpe) que estaba tomando forma[8]. En 2015, Estados Unidos había pasado claramente al modo defensivo.

Escuchemos a Antony Blinken, entonces vicesecretario de Estado con Obama, en junio de 2015: «Tanto en el este de Ucrania como en el mar de China Meridional, estamos viendo iniciativas para cambiar el *statu quo* unilateralmente y por la fuerza, transgresiones a las que se oponen Estados Unidos y sus aliados»[9]. El modo de formularlo refleja una postura estrictamente defensiva. Sin embargo, es de un tipo singular, ya que Estados Unidos se encuentra en las fronteras de Rusia (en los países bálticos) y de China (en Taiwán), muy, muy lejos de las suyas. Una postura defensiva megalómana, podría decirse, sobre todo en un país que se debilita en su centro. En 2014, Rusia había recuperado Crimea. Estados Unidos no hizo nada. El 30 de septiembre de 2015, Rusia intervino en Siria. Estados Unidos siguió de brazos cruzados.

2016-2022: la trampa del nihilismo ucraniano

El 23 de junio de 2016, Reino Unido votó a favor del Brexit. El 8 de noviembre, Donald Trump fue elegido presidente de Estados Unidos. El mundo angloamericano se estaba volviendo ingrávido. Desde el punto de vista de la sociología histórica, este es, una vez más, el año del cero absoluto. A partir de ahora, observaremos y tendremos que explicar decisiones estratégicas carentes de lógica. Puro capricho. Sin haber llegado aún a ese punto, debemos

prepararnos para los equivalentes geopolíticos de los *mass shootings* que se han multiplicado en Estados Unidos desde la década de 2010.

Durante mucho tiempo he buscado una coherencia en la política exterior de Trump. He tenido que desistir. Se le acusa de haberse beneficiado del apoyo de Putin, pero fue él quien, a partir de diciembre de 2017, comenzó a armar a los ucranianos cuando Obama se había negado a hacerlo. Trump suministró a los ucranianos los misiles antitanque Javelin que venían reclamando desde 2014. Estas temibles armas permitieron al ejército ucraniano desbaratar la ofensiva rusa hacia Kiev en febrero-marzo de 2022. Nadie lo sabía aún, pero esos misiles fueron el pestillo que iba a atrapar a Estados Unidos en la trampa que se estaba cerrando.

Con Trump, el Blob proliferó, pero también se desorganizó. Los neoconservadores no podían identificarse con el presidente del «*America first*», cuyas proclamas parecían hostiles a cualquier compromiso internacional, a la OTAN, a la guerra, poniendo en peligro su desempeño. Robert Kagan, un pilar republicano, desapareció durante un tiempo, para reaparecer después de 2020 del lado de los demócratas. En septiembre de 2018 publicó un libro pesimista, *The Jungle Grows Back* (*La jungla vuelve a crecer*), que ilustra bastante bien el nuevo estado de ánimo del Blob, que yo calificaría de violento-regresivo. Kagan volvía a sacar a la luz su resentimiento contra el Viejo Mundo: Japón y Alemania solo se convirtieron en democracias gracias al ejército estadounidense (esto no es falso, sólo Rusia salió del totalitarismo por sí misma). Y reafirmaba que la acción militar seguía siendo necesaria, aunque en modo defensivo. Este libro chapucero revela la ceguera de la mayoría de los geopolíticos estadounidenses: Kagan niega el declive económico de Estados Unidos[10].

Es cierto que ahora existe en Washington una orientación antichina que une a republicanos y demócratas, pero al principio tenía un carácter más económico e iba a resultar un fracaso. El giro proteccionista no podía tener éxito, porque Estados Unidos era ya demasiado débil desde el punto de vista industrial y, sobre todo, estructural, víctima de su «superenfermedad holandesa», cuyo agente tóxico era, como hemos visto, el dólar. Es incapaz de

desarrollar una industria que sustituya a las importaciones. En cualquier caso, ya no existe la mano de obra cualificada necesaria. No se puede reconvertir a dentistas sobrepagados y a trabajadores despedidos por el declive de la industria del automóvil en productores de microcircuitos integrados.

La política exterior de Trump era errática. El 6 de diciembre de 2017 reconoció Jerusalén como capital de Israel. ¿Por qué lo hizo? ¿Para atraer al electorado judío estadounidense? Pero este es mayoritariamente demócrata y seguirá siéndolo. ¿Para complacer a los evangélicos? Pero estos últimos han dejado de existir como fuerza política. ¿Un capricho, entonces? ¿Por qué no? El 8 de mayo de 2018, anunció que Estados Unidos se retiraba del acuerdo nuclear con Irán y que el «nivel de sanciones económicas contra Irán va a ser lo más elevado posible». ¿Para complacer a Israel? ¿Para hacer subir el precio del petróleo, sabiendo que las petroleras estadounidenses tienden a ser republicanas? ¿Por qué no? Las sanciones contra Venezuela también podrían explicarse de la misma manera: el precio del petróleo se incrementó, con lo que Estados Unidos logró un saldo neto cero en 2018. Pero precisamente un saldo nulo significa que la ganancia financiera también es cero para el país, aun cuando el sostén que supone el precio del petróleo resulte atractivo, en su fuero interno, a las petroleras texanas. ¿Moralidad cero? Ni siquiera puedo descartar la posibilidad de que Trump haya experimentado un placer infantil al decir «no», «¡bien hecho!» o «¡cojonudo!» como nuevas modalidades de la política exterior estadounidense. Sin embargo, en un último arrebato de lucidez, Trump firmó el 29 de febrero de 2020 en Doha un acuerdo con los talibanes para retirarse de Afganistán.

La incoherencia continuó hasta el final de su mandato. Amenazó con abandonar la OTAN, lo que no impidió que la Alianza se ampliara al integrar a Montenegro en 2017 y a Macedonia del Norte en 2020.

Joe Biden fue elegido en noviembre de 2020. Al principio, pareció que recuperaba la actitud razonable de Barack Obama. Las tropas estadounidenses se retiraron de Afganistán el 30 de agosto de 2021 (en aplicación del acuerdo negociado por Trump). La evacuación se llevó a cabo en unas condiciones vergonzosas, pero eso es algo a lo

que estamos acostumbrados desde la caída de Saigón. Incluso había algo tranquilizador en una debacle estadounidense a la vieja usanza. Biden reanudó las negociaciones con Irán. Volvió a mostrase cortés con los europeos. Nada hacía pensar que fuera a adoptar una postura más agresiva frente a Rusia. El rearme de Ucrania, sin embargo, continuaba. En el contexto de descomposición, tanto estatal como social, de Estados Unidos (no olvidemos el asalto al Capitolio por los partidarios de Trump el 6 de enero de 2021), se puede aventurar la hipótesis de un Estado que se escinde en sus diferentes organismos –ejército, policía, marina, servicios de inteligencia, etc.–, los cuales actúan ahora sin control ni coordinación. Me viene a la cabeza la idea de una «blobización» del Estado.

Muy a pesar suyo, Estados Unidos (o los elementos que lo componen) se vio arrastrado por lo que sucedía en Europa. El problema alemán se estaba agravando: las obras del Nord Stream 2 deben concluir a finales de 2021, un símbolo del entendimiento germano-ruso que tanto teme el Blob. Y, sobre todo, el nacionalismo ucraniano iba en aumento. El Gobierno de Kiev perseguía su sueño imposible, y por tanto nihilista, de recuperar el Donbass y Crimea, y volver a someter (o expulsar) a las poblaciones rusas prohibiéndoles utilizar su lengua. No sólo se comportaba como si Ucrania fuera miembro *de facto* de la OTAN (como bien ha señalado Mearsheimer), ¡sino también como si la OTAN fuera una alianza ofensiva al servicio de sus miembros *de facto*!

La desconfianza de los rusos estaba, pues, plenamente justificada: hacia finales de 2021, se estaba preparando un ataque ucraniano. Pero, a estas alturas, la Casa Blanca no era el patrocinador. Alguna rama de la CIA, tal vez, no lo sé. El hecho es que Washington se iba enredando en un conflicto generalizado en el espacio de unas pocas semanas.

El 17 de diciembre de 2021, Putin escribió a la Alianza Atlántica pidiendo garantías por escrito sobre Ucrania. El 26 de enero de 2022, Blinken respondió: «Nada ha cambiado, no va a cambiar nada». Esto no significa que la OTAN fuera a atacar.

Putin era muy consciente de que la Administración estadounidense

no podía aceptar el principio de garantías y revelar su debilidad cediendo a lo que en realidad era un ultimátum. Así que Blinken hizo lo que Putin esperaba de él: dijo «no». Rusia entró en guerra en el momento que consideró oportuno. Los rusos habían evaluado las fuerzas en juego y decidieron que, por razones militares y demográficas, tendrían una ventana de oportunidad óptima entre 2022 y 2027. Rusia subestimó sin duda el potencial del ejército ucraniano, pero no el muy débil potencial industrial de la OTAN.

La eficaz resistencia de Kiev, que generó la ilusión de que era posible una victoria occidental, fue la tragedia definitiva para Estados Unidos. Los primeros éxitos de los ucranianos volvieron loco a un Blob manipulado por los neoconservadores. La retirada rusa del norte de Ucrania y el éxito de las contraofensivas ucranianas en otoño de 2022, en el sur hacia Jerson y en el este en el óblast de Jarkov, permitieron que el militarismo se apoderase mentalmente de la Casa Blanca. La dinámica de la guerra se había vuelto irresistible, porque la guerra es, siempre y en todas partes, una de las virtualidades del nihilismo. El repliegue militar estadounidense de 2008-2016 fue razonable pero frágil, porque se produjo en un momento en que germinaba un nihilismo que, de repente, en 2022, empezó a sintonizar con el nihilismo ucraniano.

Los efímeros éxitos militares del nacionalismo ucraniano han lanzado a Estados Unidos a una escalada de la que no puede escapar, so pena de sufrir una derrota que ya no sería meramente local sino global: militar, económica e ideológica. La derrota ahora significaría el acercamiento germano-ruso, la desdolarización del mundo, el fin de las importaciones pagadas con la «máquina de hacer dinero colectiva» y una gran pobreza.

Pero no estoy nada seguro de que la gente de Washington sea consciente de esto. Recemos para que no lo sean y se muestren capaces de alcanzar una paz que, según creen, sólo anunciaría, para ellos y para Kiev, otro Saigón, otro Bagdad u otro Kabul.

Sin embargo, el estado sociológico cero de Estados Unidos nos impide hacer cualquier predicción razonable sobre las decisiones últimas que tomarán sus dirigentes. No olvidemos que el nihilismo hace posible cualquier cosa, absolutamente cualquiera.

[1] En el texto original, *énarques,* nombre dado a los antiguos alumnos de la École nationale d'administration (ENA). *[N. del T.]*

[2] Andrei P. Tsygankov, *The Dark Double. US Media, Russia and the Politics of Values,* Oxford, Oxford University Press, 2019, p. 74.

[3] Kagan, *Of Paradise and Power,* cit.

[4] Tsygankov, *The Dark Double,* cit.

[5] *Ibid.,* p. 46.

[6] Hans Kundnani, *The Paradox of German Power,* Oxford, Oxford University Press, 2015, pp. 57-59.

[7] Véase mi entrevista con Olivier Berruyer, «L'Allemagne tient le continent européen», aparecida en la página web *Les Crises* en septiembre de 2014.

[8] Emmanuel Todd, «The Coming Crisis Between the U.S. and Germany», conferencia pronunciada en el Institute for Advanced Study de Princeton en febrero de 2016. En ella anunciaba un conflicto venidero entre Alemania y Estados Unidos.

[9] Citado por Pierre Melandri en «Americans First: la géopolitique de l'administration Biden», *Politique étrangère* 3 (2021).

[10] Kagan, *The Jungle Grows Back,* cit., p. 135.

POSTSCRIPTUM

NIHILISMO ESTADOUNIDENSE: LA PRUEBA DE GAZA

Las tres semanas que siguieron a la reanudación del conflicto entre Israel y Hamás el 7 de octubre de 2023 nos ha permitido ver, en bruto, en estado pulsional, la preferencia de Washington por la violencia. Ante una guerra en la que sobre todo morían civiles de ambos bandos, inmediatamente se mostró a favor de agravar el conflicto.

El 8 de octubre trasladó su primer portaaviones al Mediterráneo oriental para apoyar a Israel, seguido de un segundo el 14 de octubre. No había ninguna necesidad militar para esta reacción instintiva. ¿Quién podía creer en un ataque iraní? Israel tiene armas nucleares, Irán no.

Joe Biden hizo entonces una visita de solidaridad a Tel Aviv y a su regreso, el 20 de octubre, pronunció un discurso de un simplismo infantil: Hamás = Putin, Israel = Ucrania. Olvidó que en Israel viven cerca de un millón de ciudadanos procedentes de Rusia, muy apegados a su cultura de origen y que no pueden entender, digan lo que digan los medios occidentales, ni la erradicación de la lengua rusa llevada a cabo por Kiev ni los símbolos nazis de los extremistas ucranianos. La indiferencia de Washington hacia los israelíes de carne y hueso es fascinante. Es a un país imaginario al que Estados Unidos declara su solidaridad sin límites.

El 27 de octubre de 2023, Estados Unidos se negó a votar a favor de la resolución para establecer «una tregua humanitaria inmediata, duradera y prolongada» propuesta por Jordania. 120 naciones votaron a favor, 45 se abstuvieron y sólo 14 lo hicieron en contra: Israel, Estados Unidos, Fiyi, Tonga, las Islas Marshall, Micronesia, Nauru, Papúa Nueva Guinea, Paraguay y Guatemala, así como Austria, Hungría, la República Checa y Croacia (¿el fantasma del Imperio austrohúngaro?). El voto estadounidense contra la tregua es nihilista, rechaza la moral común de la humanidad.

La mayoría de los países occidentales se abstuvieron, incluidos los del eje estadounidense en Europa, como Reino Unido, Polonia y Ucrania. Francia, Noruega, Irlanda, España y Portugal aprobaron la moción jordana, junto con Rusia y China. Alemania se abstuvo, decisión que, sin embargo, suaviza su actitud tradicional, por principio favorable a Israel.

Esta desavenencia revela sin duda, además de la persistencia de una moral ordinaria (las masacres de civiles deben cesar), un temor ante la irresponsabilidad estratégica de Estados Unidos, ya que, con este votación, en plena guerra de Ucrania, Estados Unidos ha optado por indisponerse de forma inmediata y permanente con el mundo musulmán.

La menos preocupante de las interpretaciones presentaría el apoyo de Estados Unidos a la guerra contra Hamás como una forma de hacer olvidar, y de olvidarse ellos mismos, que están perdiendo la guerra en Ucrania. Por fin un teatro de operaciones donde podrían actuar libremente, sin temor a las represalias rusas, bombardeando un poco más Siria y tal vez algún día Irán. El Mediterráneo oriental es, en realidad, el único mar donde los portaaviones estadounidenses siguen siendo operativos, ya que los misiles hipersónicos chinos los han convertido en armas obsoletas para la defensa de Taiwán. Desgraciadamente, el 18 de octubre Vladímir Putin envió aviones Mig a patrullar sobre el mar Negro armados con misiles Kinjal, capaces de alcanzar esos portaaviones en un tiempo estimado de entre cinco y diez minutos.

La prensa occidental, que durante meses había estado alimentando la ilusión de una contraofensiva ucraniana victoriosa, se sintió indudablemente aliviada al tener que dirigir su atención a esta nueva guerra.

En lo que respecta a Estados Unidos, el concepto de nihilismo nos permite ir un paso más allá en nuestra interpretación: su compromiso irreflexivo e incondicional con Israel es un síntoma suicida.

La OTAN está en guerra. Hemos visto en el Capítulo XI que la mayoría de los países no occidentales (el «Resto del Mundo») se inclina por Rusia y que su negativa a respetar las sanciones

occidentales había permitido a la economía rusa mantenerse a flote. Hemos visto a Arabia Saudí colaborar con Rusia para gestionar el precio del petróleo, y reconciliarse con Irán (aliado de Rusia), bajo la benevolente supervisión de China (aliada de Rusia). La OTAN también está perdiendo la guerra industrial, al haberse mostrado incapaz de producir municiones y misiles en cantidades suficientes. A principios de octubre de 2023, el fracaso de la contraofensiva ucraniana de verano era de sobra conocido y se empezaba a especular con el colapso del ejército de Kiev. Pues bien, fue en este contexto en el que el Gobierno estadounidense decidió reforzar el apoyo del mundo musulmán a Rusia. La postura belicista de la Administración Biden, que se ha ampliado de Ucrania a Oriente Próximo, ha dado a Rusia, aunque esté en guerra, la oportunidad de aparecer como una fuerza de paz. Para el mundo árabe, Rusia es ahora el único escudo posible contra la renovada violencia de Estados Unidos. La preferencia de Washington por la guerra nos anima a imaginar que un día los israelíes, cansados de su guerra interminable, se acabarán volviendo hacia Rusia, a la que están humanamente próximos, para que les ayude a salir del atolladero de las represalias.

Si queremos anticipar las decisiones estratégicas de Estados Unidos, debemos, pues, abandonar urgentemente el axioma de la racionalidad. Estados Unidos no busca ganancias evaluando costes. En el pueblo de Washington, en el país de los tiroteos masivos, en la hora de la religión cero, la pulsión primera es una necesidad de violencia.

PINCHE AQUÍ

A FONDO

Vivimos tiempos en los que nos sentimos aplastados por tanta información; saturados de noticias en papel, en televisión, en radio, en internet. Elaboradas por los periodistas de forma precipitada para ser los primeros, breves porque saben que no tenemos mucho tiempo para dedicarle, superficiales porque con tantas tecnologías simultáneas ya hemos dejado de concentrarnos. Como resultado, en los temas de actualidad complejos y que necesitan un seguimiento y unos antecedentes, nos sentimos perdidos. Leemos noticias de apenas una columna o un titular y vemos imágenes de veinte segundos, pero no logramos abarcar la cuestión en toda su perspectiva y contexto.

Por ello nace la colección de libros *A Fondo*. Sobre asuntos que todos los días están en los medios, pero que requieren que rompamos el ritmo trepidante que nos imponen para acercarnos con la suficiente perspectiva, extensión y elaboración tranquila. Los profesionales mejor conocedores del caso, en su mayoría periodistas, se encargarán de exponer los temas en un lenguaje accesible, con el contexto y los antecedentes necesarios. El lector descubrirá la información primaria que se perdió en la dinámica de los medios, la profundidad que no permitían los diarios ni la televisión y el rigor que la precipitación del periodismo actual impide.

A Fondo incorpora al ensayo una actualidad desacostumbrada en los libros, y al periodismo, una profundidad y un rigor que estábamos perdiendo.

Pascual Serrano